

01056

4
rej.



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

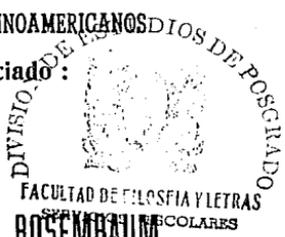
MEXICO EN EL HORIZONTE POLITICO DE LA
DIRIGENCIA ARGENTINA 1910 - 1917

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

T E S I S

Que para Optar por el Grado de
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Presenta el Licenciado:



PABLO S. YANKELEVICH ROSENBAUM



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

INTRODUCCION.....	1
Notas.....	21
1. LA ARGENTINA DEL CENTENARIO.....	23
1.1 El perfil económico y político del régimen argentino.....	24
1.2 Argentina, provincia spenceriana.....	56
1.3 Radicales, socialistas y anarquistas.....	68
1.4 De la literatura a la política: la Generación del 900.....	95
Notas.....	113
2. ARGENTINA EN EL MUNDO.....	122
2.1 Cuestiones doctrinales.....	123
2.2 Argentina y América Latina.....	130
2.3 Argentina y los Estados Unidos.....	141
2.4 Un pretendido "Destino Manifiesto".....	175
Notas.....	185
3. ARGENTINA-MEXICO. 1910-1913.....	194
3.1 La crisis del porfiriato y el maderismo bajo la mirada de la elite dirigente.....	195
3.2 Anarquistas y socialistas frente a la Revolución Mexicana.....	228
3.3 México, escala de Manuel Ugarte en su campaña latinoamericana.....	242
3.4 La prensa y la política diplomática argentina frente al gobierno de Victoriano Huerta.....	269
Notas.....	281
4. ARGENTINA-MEXICO. 1914.....	291
4.1 Argentina en la mediación del ABC.....	292
4.2 Ugarte y su campaña de solidaridad con México.....	323
4.3 México en el centro de una polémica anarquista.....	349
Notas.....	372

5.	ARGENTINA-MEXICO. 1915-1917.....	380
5.1	México en los últimos años del "régimen" argentino.	381
5.2	El Partido Socialista se pronuncia por Carranza.....	449
5.3	El constitucionalismo rescata a Ugarte.	470
	Notas.	505
CONCLUSIONES.....		517
	Notas.	531
BIBLIOGRAFIA.....		532

ABREVIATURAS

AMRECA.

ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES
EXTERIORES Y CULTO DE ARGENTINA.

CNF.
SDC.
SP.

CONFERENCIA DE NIAGARA FALLS
SECCION DIPLOMATICA Y CONSULAR.
SECCION POLITICA.

AGNA.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION
ARGENTINA.

FHU.

FONDO MANUEL UGARTE.

ASREM.

ARCHIVO DE LA SECRETARIA DE RELACIONES
EXTERIORES DE MEXICO.

AEHARG.

ARCHIVO DE LA EMBAJADA MEXICANA EN
ARGENTINA.

INTRODUCCION

En la historiografía latinoamericana de los siglos XIX y XX, es significativa la presencia de estudios que dan cuenta de las relaciones de las naciones europeas y los Estados Unidos con los países de América Latina. Ello no resulta extraño de tener presente el papel desempeñado por aquellas naciones en el proceso mismo de gestación de los estados iberoamericanos.

Un desarrollo "extrovertido" en los países del área, condujo no sólo a perfilar determinado tipo de modelo económico, sino que la presencia europea y norteamericana es fácilmente rastreable en los espacios políticos, jurídicos, así como en la constitución de ambientes y climas culturales.

Aquella presencia ha sido estudiada en diversos aspectos. Entre ellos sobresalen los de índole económica: inversiones extranjeras, flujos comerciales y financieros, oleadas migratorias, y en estudios por ramas o sectores productivos. La estrecha vinculación entre el interés extranjero con las dirigencias políticas nacionales, ha dado lugar a un buen número de investigaciones tendientes a desentrañar esos nexos y su influencia en los distintos escenarios nacionales. En el ámbito de las ideas, los estudios no son escasos. Ilustración europea, Revolución Francesa, romanticismo, positivismo y Revolución Rusa, por citar solo algunos hitos, han sido objeto de investigaciones realizadas a fin de medir el impacto de aquellas concepciones, doctrinas y procesos en el espacio latinoamericano.

Frente a este panorama, no abundan los trabajos orientados al estudio de las relaciones entre los mismos países latinoamericanos. Las razones son de peso: escasos o nulos intercambios comerciales, enormes dificultades en las comunicaciones, múltiples conflictos fronterizos. En relación a estos últimos, sólo la historia diplomática ha sido prolífica en tanto esfuerzo, sobre todo gubernamental, por legitimar ampliaciones o pérdidas de territorio en un largo proceso por definir las fronteras nacionales.

En un universo signado por la fragmentación, los celos y un profundo desconocimiento de la realidad continental, las sociedades latinoamericanas constituyeron sus referentes inmediatos, y éstos no pudieron ser otros que la realidad europea y norteamericana, con diferente grado de intensidad según el país de que se trate.

Sin embargo un hecho vino a trastocar esta situación: la Revolución Mexicana. Ella emerge con rasgos distintivos en el horizonte continental. Lo que en un principio se creyó una revuelta más, entre los tantos enfrentamientos armados que recorren la geografía política de América Latina, al poco tiempo, pasó a convertirse en una guerra de considerables dimensiones, que no sólo se extendía en el tiempo, sino que además, amenazaba con trascender sus fronteras. La casi un década de lucha armada, bajo la presión de incesantes amenazas y materializadas

invasiones por parte de los Estados Unidos, fue objeto de especial observación en latinoamérica.

Pero la guerra civil en México no sólo llamó la atención por sus perfiles "épicos". Los sucesos mexicanos venían a inaugurar una nueva etapa en la historia continental. Conocidas las proclamas, los programas y los líderes, quedaba claro que aquella "revuelta" perseguía algo más que un simple cambio de gobierno. Todo un orden de dominación se derumbaba bajo un reclamo popular expresado por la vía de las armas.

El desmoronamiento de la muy alabada y propagandizada fortaleza del régimen porfirista no debió pasar desapercibida en América Latina en momentos que, en la mayoría de los países del área, con características distintas, se hacían presentes demandas sociales similares a las enarboladas en México.

La Revolución Mexicana estalla entonces en un universo continental cargado de tensiones. El orden social oligárquico comienza a resquebrajarse, incapaz de contener el conjunto de contradicciones por él generadas. Al reclamo de mayor apertura en los sistemas políticos, encabezado por los sectores medios; se sumaba un activismo obrero y campesino que sólo la represión era capaz de silenciar.

La dimensión internacional que adquirió la Revolución en México

también fue objeto de atención. La lucha se desarrollaba a las puertas de un vecino que despertaba escasas simpatías en el resto del continente. Aquello era entonces toda una "experiencia": trastocar las bases de la dominación porfirista, y hacerlo además en abierto desafío a las pretensiones norteamericanas.

México revolucionario alertó pero también alentó a gobiernos y a intelectuales del resto del continente. El peligro de una sublevación generalizada causó alarma entre los defensores del *statu quo* latinoamericano. Pero también, en los umbrales de la Primera Guerra Mundial y frente a la quiebra del "europeísmo" dominante; núcleos de intelectuales comenzaron a perfilar a la Revolución Mexicana como un "laboratorio" donde realizar posibles proyectos "nacionales" y materializar soñadas "utopías" de regeneración y unión continental.

En el grado y modalidades que asumió la repercusión de la Revolución Mexicana en América Latina, estuvo presente también una campaña de propaganda que distintas fuerzas revolucionarias realizaron antes de 1917, campaña que luego de esta fecha fue asumida directamente por el Estado mexicano.

Desde principios de siglo, el esfuerzo magonista constituye el antecedente más lejano de un sector de los revolucionarios por publicitar su existencia. La red de distribución de *Regeneración* incluyó lugares tan "remotos" como Buenos Aires y Montevideo.

El constitucionalismo, desde 1915, desplegó una política diplomática de considerables alcances. Las batallas de la diplomacia carrancista fueron libradas en los Estados Unidos, pero algunas escaramuzas tuvieron lugar en las principales capitales de América Latina. El Primer Jefe designó a dos de sus principales colaboradores -Isidro Fabela y Luis Cabrera- para ejecutar el diseño de una estrategia hacia el subcontinente. La campaña del constitucionalismo no ahorró esfuerzos ni recursos. Delegaciones obreras y estudiantiles recorrieron los países de la región. El objetivo era romper el cerco informativo impuesto por las agencias de noticias norteamericanas. El resultado fue en buena medida exitoso. Los contactos gubernamentales se acrecentaron, pero sobre todo fueron sellados acuerdos con el mundo intelectual. En él depositó el carrancismo la esperanza de ampliar el arco de alianzas, propagandizar sus propuestas, e insertar a la Revolución Mexicana en las corrientes de una práctica regeneradora de la realidad continental.

Las imágenes que en América Latina se formaron alrededor de los que sucedía en México no siempre fueron las mismas. Primero, porque ellas se constituían en ámbitos diferenciados dentro de cada realidad nacional. Dependiendo de su ubicación social y matriz ideológica, los distintos sectores de una dirigencia fueron decodificando las noticias e informaciones que recibían. Segundo, porque a medida que se prolongaba el fenómeno revolucionario, en cada uno de estos segmentos dirigentes se

puede apreciar una evolución en la percepción del proceso mexicano. Y tercero, porque esas "percepciones diferenciadas" fueron interceptadas en mayor o menor medida por una campaña propagandística proveniente de las distintas facciones en lucha.

Este múltiple juego de imágenes construidas e ideas proyectadas constituye el eje de la presente investigación centrada en el estudio del caso argentino.

Una indagación de este tipo no reconoce antecedentes historiográficos en México ni en Argentina.¹ En el primer caso, los estudios sobre la Revolución Mexicana no han incluido el aspecto de su proyección latinoamericana. En el terreno de las implicaciones internacionales, los recientes trabajos de F. Katz, L. Meyer y P. Py,² han ahondado en las formas en que el proceso revolucionario se fue tejiendo también al calor de las pretensiones de las potencias imperiales. El estudio de las relaciones con Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia se tornan de trascendental importancia dada la magnitud de los intereses que tenían en México aquellas naciones. En éstos y otros estudios³ sobre la fase armada de la Revolución, la referencia a América Latina es marginal; como marginal e incluso inexistente fue el papel desempeñado por los países latinoamericanos durante el proceso revolucionario.

Igual situación se observa en relación a estudios orientados a

personajes y a ambientes ideológicos-culturales.⁴ La coordenada de la influencia de la Revolución Mexicana está ausente; y sólo es posible encontrar algunas huellas en obras dedicadas al análisis de ciertas figuras.⁵ Entre ellas, resulta arquetípica la personalidad de José Vasconcelos, sobre quien se ha escrito un buen número de trabajos.⁶ Por último, alejada de estos temas, E. Meyer ha indagado la presencia de la Revolución Mexicana en la historiografía norteamericana.⁷ Presencia insoslayable asentada en una vecindad no exenta de conflictos.

Nuestro objeto de estudio necesariamente se asienta en otros parámetros. No existe parangón entre la magnitud del interés europeo y norteamericano en México, con el que tuvo Argentina. Por otro lado, tampoco es comparable el grado de reflexión que la realidad mexicana despertó en Estados Unidos, con los análisis generados por los intelectuales argentinos.

Sin embargo, en la historiografía argentina, señalar la repercusión que tuvo la Revolución Mexicana es casi un leit motiv, llegado el momento de enumerar las influencias externas en fenómenos como la Reforma Universitaria⁸ o la gestación de corrientes políticas antimperialistas durante la década del 1920.⁹ Por otro parte, el historiador norteamericano T. Mac Gann, en una afirmación por demás polémica, ha llegado a sugerir que por temor a una explosión social como la mexicana, la elite dirigente argentina aceleró el trámite de las leyes electorales de 1912,

así el presidente Roque S. Peña "salvó a la Argentina de una Revolución".¹⁰ Y por último, el gobierno argentino, aunque tangencialmente, participó en la compleja situación política mexicana de 1914-15 a través de la conocida mediación del ABC en Niagara Falls.

Más allá de las simples referencias, desconocíamos en realidad la magnitud del impacto de la Revolución Mexicana en la Argentina de la segunda década de este siglo. Por ello nuestra investigación se planteó con el objetivo de indagar la repercusión del fenómeno revolucionario, intentado estudiar como éste se proyectó :

a) en el interior de la elite gobernante argentina, buscando descubrir el tipo de percepción que tuvo de los acontecimientos mexicanos, en tanto hecho político que signa la destrucción del orden oligárquico en momentos que Argentina parece vivir una crisis política que no tuvo la misma dimensión, pero sí similar significado.

b) en el diseño de una política exterior hacia Estados Unidos y América Latina en general, y México en particular; analizando las líneas de continuidad y ruptura en las tradicionales directrices que caracterizaron la política exterior argentina.

c) en núcleos de intelectuales que marginados de los círculos del poder, convirtieron a la Revolución Mexicana, fundamentalmente a sus contornos nacionalistas, en fuente de inspiración de una conducta política "antimperialista" sustentada en nociones de solidaridad continental.

d) en sectores de la "izquierda" política argentina, que encontraron en la Revolución Mexicana un ámbito para ratificar bases doctrinales, o bien para extraer enseñanzas de aquella experiencia.

El conjunto de problemáticas sistematizadas de la manera propuesta, carece de antecedentes en la historiografía argentina. El estudio del proceso político que derivó en la reforma electoral de 1912 y en el posterior triunfo del radicalismo en 1916, ha sido objeto de importantes investigaciones,¹¹ pero ninguna de ellas incorporó el tema de la percepción que la dirigencia argentina tuvo de procesos históricos extranjeros.

Por otra parte, en el orden de las relaciones exteriores, resulta notable la ausencia de trabajos que aborden el comportamiento del gobierno de Roque Saenz Peña y Victoriano de la Plaza (1910-1916), a pesar de la estatura que como diplomáticos ambos alcanzaron a lo largo de sus carreras políticas. Pocos profesionales incursionaron en la problemática que nos ocupa. Existen obras generales sobre política exterior argentina, donde el accionar de este gobierno, es sólo parte integrante de una indagatoria más amplia.¹² Así también, en algunos trabajos históricos sobre el periodo, el tema aparece de manera marginal, además de revestir un carácter descriptivo y autocelebratorio, constituyendo meros insumos para un síntesis, antes que aportes significativos para el estudio del tema.¹³

Por último, en relación a estudios que aborden el origen, ideología y praxis de organizaciones "antimperialistas" en la Argentina de la década de 1910, la ausencia es total. Sabemos de su existencia gracias a la consulta de fuentes primarias. Si bien esta problemática no ha sido objeto de investigaciones específicas, es posible rastrear antecedentes en obras dedicadas al estudio de ciertos personajes cuyos planteamientos presentan claros contornos "antimperialistas", como es el caso de Manuel Ugarte¹⁴ y de José Ingenieros.¹⁵ Junto a estas obras, los trabajos de C. Buchrucker¹⁶ y de E. Zuleta Alvarez,¹⁷ configuran contribuciones de importancia a pesar de estar centradas en propuestas políticas que cristalizaron a partir de 1930.

En un principio nuestro proyecto contemplaba extenderse a un periodo mayor. A medida que avanzábamos en la búsqueda de documentación, se iban confirmando lo que eran sólo intuiciones. Nexos creados durante la fase armada de la Revolución, aparecían reforzados durante la década de 1920. Si en el fragor de la lucha, el constitucionismo incluyó en su agenda una proyección hacia América Latina; una vez iniciada la tarea de reconstrucción, desde el ámbito estatal, aquella proyección adquirió verdadera sustancia. El proyecto vasconceliano en su dimensión latinoamericana comenzó a perfilarse como digno de un estudio específico. Y mucho más, si la masa documental para el periodo anterior había ya rebasado los límites de lo que podíamos

haber imaginado.

Frente a esta situación decidimos reducir el periodo de estudio. La indagación cubriría los años que corren entre 1910 y 1917. Consideramos que el recorte temporal resultaba apropiado por la contemporaneidad de procesos históricos en ambos países. La fase armada de la Revolución venía a coincidir con los últimos años del "régimen" argentino. Mientras el trasegar de los ejércitos en México echaba por tierra el orden porfiristas; en Argentina, las reformas a la legislación electoral signaban la suerte de una vieja dirigencia. La promulgación de la Constitución mexicana de 1917, en tanto basamento de un nuevo ordenamiento social, fue contemporánea al ascenso de Hipólito Irigoyen a la presidencia argentina.

Por otro lado, los móviles que determinaron la participación de la diplomacia de Buenos Aires en el conflicto mexicano a través del ABC fueron resultado de un proceso que también se clausuró con la llegada de Irigoyen al poder. En este sentido, la indagación del manejo de las relaciones exteriores, debía necesariamente abrirse a las nuevas coyunturas creadas por el fin de la Primera Guerra Mundial. Esta apertura obligaba a alejarnos cada vez mas de nuestro objeto de investigación. México quedaría desdibujado, si queríamos incluir la dimensión diplomática en un estudio con mayores límites temporales.

El "corpus" principal de la investigación está conformado entonces por las imágenes que en Argentina se construyeron alrededor de los acontecimientos sucedidos en México entre el estallido de la Revolución y la consolidación del constitucionalismo.

El escenario principal de esta historia es Argentina, y sus personajes la dirigencia política. Dentro de esta dirigencia no sólo incluimos a los gobernantes del país, sino a una gama de sectores que, desde ópticas distintas, observaron los sucesos mexicanos. Las opiniones sobre México se despliegan sobre un ancho abanico. Desde diplomáticos hasta anarquistas, profesores universitarios y líderes del socialismo, periodistas, analistas políticos, dirigentes estudiantiles y escritores. Nuestro interés consiste en dar cuenta de los distintos matices que tuvieron esas opiniones, de su inserción en una realidad nacional como la argentina, de las matrices ideológicas desde donde se construyeron esas opiniones, pero también de la propia evolución de las mismas conforme se desarrollaban los acontecimientos en México, y de acuerdo al grado de permeabilidad que tuvieron esos sectores para con campañas de propaganda de origen mexicano.

La captura de estas aproximaciones sobre lo que sucedía en México se consiguió básicamente a través de una investigación hemerográfica. La prensa periódica y las revistas constituyen el único registro existente de donde pudimos extraer la información.

Los diarios se revelaron en extremo útiles. No sólo por las opiniones allí vertidas, sino porque permitieron un seguimiento preciso de fuentes de información, procedencia e impacto de las noticias en la opinión pública, y además, porque el registro de la periodicidad con que aparecían notas sobre México, pusieron de manifiesto el grado de interés que despertaba la realidad mexicana en sectores diferenciados de la dirigencia argentina.

Esta investigación también incursiona en el terreno de las relaciones diplomáticas. Interesaba averiguar las razones por las que la diplomacia argentina se inmiscuyó en el conflicto entre México y los Estados Unidos. Argentina, tradicionalmente "aislacionista" en el entorno latinoamericano, modificó de manera radical ese comportamiento una vez producido el desembarco de tropas norteamericanas en el puerto de Veracruz. La coyuntura mexicana debía tener alguna importancia como para haber destrabado un mecanismo que lanzó al país a la arena de las disputas hemisféricas. Hemos indagado este proceso, porque como resulta obvio, la participación de Argentina en las Conferencias de Niagara Falls en 1914 y en la Conferencia Panamericana de 1915, obligaron a gobernantes y analistas a dirigir su mirada hacia México. El sólo hecho de intentar contribuir a la "pacificación de México" denota una determinada manera de observar a los mexicanos y de observarse a sí mismos por parte de los gobernantes.

En esta parte del trabajo, nuestras fuentes -además de hemerográficas- han sido básicamente documentos de archivos diplomáticos. Del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina, y del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, hemos extraído una considerable cantidad de información, que ha nuestro entender clarifica la actuación de la cancillería de Buenos Aires frente a la Revolución Mexicana.

Historia política e historia diplomática intentan ser conjugadas en esta investigación. Cada una de ellas tiene un peso específico, sin embargo, en varios capítulos la línea divisoria se torna imprecisa. Informes diplomáticos dan cuenta de los entretelones de las negociaciones entre México y los Estados Unidos, pero también quien firmaba esos documentos manifestaba opiniones muy precisas sobre el significado de la Revolución Mexicana. En las notas periodísticas sucede lo mismo. La intervención diplomática argentina, daba lugar para expresar ideas y aventurar hipótesis alrededor de México, su historia y la Revolución.

Para la presentación de nuestro estudio adoptamos un criterio cronológico. Los dos primeros capítulos presentan el escenario sobre el que se despliega la investigación. El capítulo primero constituye una revisión de las características del desarrollo económico, político y cultural del país en los años previos a

1910. El capítulo segundo es una apretada síntesis del comportamiento internacional de la nación. Consideramos adecuado dejar asentados los antecedentes históricos de la política exterior argentina, en tanto que pretendemos demostrar las rupturas producidas en esa política a raíz de la coyuntura creada por la invasión norteamericana a México.

El estudio de la imagen y proyección de la Revolución Mexicana en Argentina, está representado en el resto del capitulado. La periodización adoptada es la siguiente: 1910-1913, 1914 y 1915-1917. Los criterios de esta organización fueron determinados por los flujos de información que llegaban al país, por los momentos más álgidos de la participación diplomática argentina, y por el propio desarrollo de los sucesos en México.

De esta forma, el tercer capítulo cubre los años que corren entre las primeras noticias de la existencia de una revolución y el ascenso al poder del general Victoriano Huerta. Con sorpresa el sector gubernamental observó a México, al tiempo que se fueron perfilando opiniones divergentes en el interior de este grupo. La aprobación de la nueva legislación electoral en Argentina dió lugar a análisis que tenían como referente a México. La diplomacia argentina se aprestaba a participar en el conflicto. El ABC quedó constituido y desde esa entente la concillería de Buenos Aires intentó conseguir un puesto de avanzada en el tablero de las relaciones hemisféricas. Por otra parte, el

periódico *Regeneración* quedó instalado en las columnas de la prensa socialista y anarquista. Los derroteros seguidos por el magonismo fueron motivo de apreciaciones divergentes en cada uno de aquellos sectores políticos. La visita a México del escritor Manuel Ugarte, completa este capítulo. La figura de Ugarte y su experiencia mexicana durante el maderismo cobra relevancia no sólo por el espectro de alianzas que anudó en México, sino también porque su visión de lo que allí sucedía, ubicó al escritor en el centro de una vasta campaña solidaria desplegada en Argentina.

El año 1914 es analizado en el cuarto capítulo. La actuación de la diplomacia argentina en Niagara Falls convirtió a México en un espacio de atracción para los distintos sectores de la dirigencia nacional. La invasión norteamericana, dió lugar a la gestación de corrientes de opinión, organizaciones y una movilización social de desconocidos perfiles en la Argentina de entonces. México diariamente estuvo presente en la prensa. La "cuestión" mexicana ocupó espacio en informes diplomáticos, artículos en revistas, panfletos y carteles callejeros, y durante varios meses fue motivo de polémica en el seno del anarquismo argentino.

Del periodo que se abre en 1915 hasta 1917 da cuenta el último capítulo. El estallido de la Primera Guerra Mundial desplazó a México de las primeras planas de la prensa argentina. Sin embargo el interés no decaió. Este pasó a expresarse por otros canales.

La cancillería de Buenos Aires "envalentonada" con los "éxitos" alcanzados en Niagara Falls, decidió participar en la Conferencia Panamericana que terminó otorgando reconocimiento diplomático al gobierno de Carranza. Las maniobras de esa diplomacia todavía se extendieron hasta 1916, cuando el ingreso a México de la expedición "punitiva" de Pershing. En aquella coyuntura el constitucionalismo apuntó hacia América Latina. Fabela arribó a Buenos Aires, y detras de él hicieron lo mismo representantes obreros y estudiantiles. La propaganda carrancista comenzó a rendir sus frutos. Mientras la elite gobernante se aprestaba a abandonar el poder después de la derrota electoral de 1916, distintos sectores de la oposición política no escondieron sentimientos solidarios para con un México constitucionalista.

Nuestro quehacer concluye en 1917 sobre la base de los informes diplomáticos del primer ministro plenipotenciario argentino en México, la rectificación de una conducta exterior argentina, las noticias del inicio del un proceso de reconstrucción en México, y una amplia gama de "adherentes" argentinos a la causa mexicana. Entre ellos un movimiento de estudiantes universitarios que, un año después, hizo posible la Reforma Universitaria.

Resta sólo hacer mención a circunstancias, colegas, amigos y maestros que hicieron posible esta investigación. El proyecto se inició en el marco de las actividades docentes y de investigación realizadas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad

de Buenos Aires. El Departamento de Historia y sobre todo la Cátedra de Problemas Latinoamericanos Contemporáneos, dieron la necesaria cobertura institucional para realizar nuestra tarea. A mis colaboradores en dicha Cátedra dejo constancia de mi agradecimiento.

Las labores de documentación en Argentina se realizaron en archivos que siguen abiertos al público sólo por la constancia y responsabilidad de sus trabajadores. La tarea de búsqueda de fuentes, en condiciones que a diario desafiaban nuestra vocación, fue facilitada por la generosa disposición de aquellos trabajadores. A ellos mi agradecimiento.

El profesor Horacio Pereyra en más de una ocasión alentó esta investigación, sugirió temas y puso su biblioteca a mi disposición. El Dr. Pablo Pozzi, fue un importante interlocutor. En diálogos con él se aclararon dudas y se confirmaron algunas "intuiciones". Su generosidad incluyó verdaderos actos de "desprendimiento" para con libros de su propiedad, así como la ayuda en la localización de bibliografía. Largos viajes en autobús fueron escenario de muchas conversaciones sostenidas con la profesora Patricia Funes. El intercambio de ideas sobre un tema de investigación que en más de un punto compartíamos, revelaron un apreciable valor. El profesor Patricio Gelli fue un guía imprescindible en el rastreo de fuentes anarquistas. Yolanda Blasco tuvo a bien ayudarme en las tareas de localización de

fuentes hemerográficas. Su eficiencia resultó sorprendente, sobre todo cuando se aproximó la fecha de mi partida a México. A todos ellos expreso mi agradecimiento.

Mención especial merece el profesor Sergio Bagú, quien revisó la primera versión de este trabajo. Su atenta lectura y las agudas observaciones realizadas permitieron corregir errores como infundir confianza después de meses de solitaria redacción.

Sólo queda dejar asentado que esta tesis ha sido producto de casi tres años de búsqueda de documentos en Argentina, y un año en México. Desde la misma formulación del proyecto estuvo presente la "vigilante" mirada de la Dra. Eugenia Meyer. Primero por cartas y después en distintas conversaciones, pude aprovechar su profundo conocimiento de la Revolución Mexicana. También su biblioteca fue objeto de un selectivo "saqueo" en cantidad de libros difíciles de encontrar. A ella deseo expresar un especial agradecimiento, no sólo por su tarea en tanto directora de esta tesis, sino además, por toda una serie de actitudes solidarias que sería larga, muy larga de enumerar.

NOTAS

1. Una excepción en este panorama es el sugerente estudio de Ricardo Melgar Bao sobre la recepción de la Revolución Mexicana en Perú. Véase: R. Melgar Bao. "La Revolución Mexicana en el movimiento popular-nacional de la región andina" en Boletín de Antropología Americana. México. Dic. 1982.

2. F. Katz. La guerra secreta en México. México. Ed. Era. 1982. 2 vols. L. Meyer. Su majestad británica contra la Revolución Mexicana. El fin de un imperio informal. México. Colmex. 1991. P. Py. Francia y la Revolución Mexicana. 1910-1920. O la desaparición de una potencia media. México. FCE. 1991.

3. Véase por ejemplo, B. Ulloa. La Revolución Intervenido. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos. 1910-1914. México. Colmex. 1971. J. Mac Gregor. México y España 1910-1913. México. Tesis de maestría en historia. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. 1991. I. Fabela. Historia diplomática de la Revolución Mexicana. México. FCE. 1959. 2 vols. D. Richmond. La lucha nacionalista de Venustiano Carranza. 1893-1920. México. FCE. 1986. Ch. Cumberland. La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas. México. FCE. 1982 y Madero y la Revolución Mexicana. México. Siglo XXI Eds. 1983.

4. Véase por ejemplo, V. Alba. Las ideas contemporáneas en México. México. FCE. 1960. J. Cockroft. Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. México. Siglo XXI Eds. 1978. Arnaldo Córdova. La ideología de la Revolución Mexicana. México. Ed. Era. 1979. J. Hart. Los anarquistas mexicanos. 1860-1900. México. Sep/70. 1974.

5. Véase por ejemplo, E. Krauze. Caudillos culturales de la Revolución Mexicana. México. Siglo XXI Eds. 1978. F. Serrano Magallón. Isidro Fabela y la diplomacia Mexicana. México. Sep/80. 1981. P. Patout. Alfonso Reyes y Francia. México. Colmex. 1986.

6. Entre las más importantes, por la perspectiva histórica con que se aborda el personaje, destacan: J.J. Blanco. Se llamaba Vasconcelos. México. FCE. 1977. R. Phillips. José Vasconcelos and the Mexican Revolution of 1910. Stanford University Press. 1953. J. Skirius. José Vasconcelos y la cruzada de 1929. México. Siglo XXI Eds. 1982. C. Fell. José Vasconcelos. Los años de aguila. México. UNAM. 1989.

7. E. Meyer. Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910. México. INAH. 1970.

8. Véase por ejemplo, H. Sanguinetti y A. Ciria. La Reforma Univeristaria. Bs. As. CEAL. 1984. 2 vols. J.L. Romero. Situaciones e ideologías en América Latina. México. UNAM. 1981.

9. Véase por ejemplo, J.C. Portantiero. Estudiantes y política en América Latina. México. Siglo XXI Eds. 1983. G. Selser. Alfredo Palacios. Nuestra América y el imperialismo. Bs. As. Ed. Palestra. 1961.

10. "La Argentina y los Estados Unidos. 1880-1914" en Argentina del Ochenta al Centenario. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1980. p.665.

11. Véase por ejemplo, N. Botana. El orden conservador. Bs. As. Ed. Hyspamérica. 1984. N. Ruíz. Ley Saenz Peña. Pro y contra. Bs. As. CEAL. 1985. F. Luna. Irigoyen. Bs. As. Ed. Belgrano. 1978. D. Rock. El radicalismo argentino. Bs. As. Amorrortu Eds. 1975. G. del Mazo. El radicalismo. Ensayo histórico y doctrinario. Bs. As. Ed. Raigal. 1957.

12. D. Antokoletz. Historia de la diplomacia argentina. Bs. As. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. 1923. N. Piñeiro. La política internacional de Argentina. Bs. As. s.e. 1924. I. Ruíz Moreno. Historia de las relaciones exteriores argentinas. Bs. As. Ed. Perrot. 1961. C. Silva. La política exterior de la nación argentina. Bs. As. Ministerio del Interior. 1946.

13. Véase por ejemplo, A. Cárcano. Roque Saenz Peña. La revolución por los comicios. Bs. As. EUDEBA. 1961. Mis primeros ochenta años. Bs. As. s.e., 1943. V. Lascano. América y la política argentina. Bs. As. Ed. Perrot. 1961.

14. N. Galasso. Manuel Ugarte. Bs. As. EUDEBA. 1973. 2 vols.

15. S. Bagú. Vida ejemplar de José Ingenieros. Bs. As. Ed. Claridad. 1936. O. Terán. José Ingenieros. Antimperialismo y nación. México. Siglo XXI Eds. 1984.

16. Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial. 1927-1955. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1987.

17. El nacionalismo argentino. Bs. As. Ed. La Bastilla. 1975. 2 vols.

1. LA ARGENTINA DEL CENTENARIO.

1.1 EL PERFIL ECONOMICO Y POLITICO DEL REGIMEN ARGENTINO

A partir de 1880, Argentina entró en un proceso de considerable dinamización de sus estructuras económicas como resultado de la confluencia de diversos factores.

El proceso de industrialización experimentado en la economía europea, fundamentalmente en Inglaterra, permitió al país insertarse de manera rápida en el mercado mundial como productor de materias primas. Argentina unía a la posesión de extensos territorios de fertilidad privilegiada, una situación socio-política capaz de garantizar condiciones de alta rentabilidad a la inversión extranjera. Así, para llevar a cabo el proceso de plena inserción a la economía mundial, fue necesario realizar una serie de adecuaciones sobre un conjunto de elementos económicos, políticos y socio-demográficos que se conoce genericamente como el proyecto liberal del 80.

Mediante la federalización de la ciudad de Buenos Aires y la nacionalización de las rentas de la aduana -que marcaron el fin de largas luchas civiles- y la realización de campañas militares que permitieron incorporar a la administración nacional extensos territorios antes en señorados por tribus indígenas, el país alcanzó una unidad política y geográfica reflejada en la afirmación del poder central.

Una serie de medidas institucionales (redacción del código civil, creación de los tribunales y la municipalidad de Buenos Aires, sanción de normas tendientes a la secularización del Estado, como la ley de educación común y la creación del registro civil) y económicas (sanción de las leyes de bancos y monedas) modernizaron las estructuras del Estado y concedieron garantías a las inversiones extranjeras mediante la estabilidad política y la unidad monetaria y presupuestal.

La campaña contra el indio permitió la conversión de millones de hectáreas en campos naturales de pastoreo, con la consecuente expansión de la ganadería. Al tiempo que, la necesidad de adaptar la producción a la demanda externa originaba una expansión notable de las áreas dedicadas a la agricultura.

El auge de las exportaciones fue en buena medida resultado de la demanda del mercado inglés de productos alimenticios y del desarrollo de la industria británica en el último cuarto del siglo XIX. A cambio de los alimentos importados de Argentina, Gran Bretaña exportaba a dicho país un gran número de productos industriales. Así, en líneas generales, la economía argentina se fue moldeando de acuerdo a los preceptos clásicos del libre cambio y de la especialización internacional.¹

La expansión de las exportaciones agropecuarias tuvo lugar en una época en que la estructura básica de la propiedad de la tierra ya

estaba configurada.² La pauta de las grandes heredades se consolidó definitivamente en el siglo XIX. El mecanismo de incorporación de tierras no resultó de un desplazamiento de la población hacia zonas de frontera, sino que, una campaña militar³ permitió que los nuevos territorios se distribuyeran en enormes extensiones entre antiguos propietarios, grandes financieros y especuladores.⁴ Uno de los aspectos más señalados del auge de las exportaciones fue el aumento del valor de la tierra y de su renta, que junto con la creciente importancia de la carne luego de 1900, garantizó la supervivencia de grandes unidades productivas. La consecuencia fue la consolidación de la estructura latifundista y el surgimiento de una poderosa elite política.

La expansión de las actividades agropecuarias requirió de un constante financiamiento, y éste en buena medida provino del extranjero. El capital británico fue el pilar que sustentó el rápido crecimiento económico que vivió Argentina en el último tercio del siglo pasado.

Inversiones inglesas fueron las encargadas de dotar al país de una red ferroviaria. La infraestructura de transportes fue el punto clave de todo el sistema económico, haciendo posible el boom agropecuario. Las líneas férreas pasaron de tener dos mil kilómetros en 1880 a treinta mil kilómetros en 1913. Radicado principalmente en el transporte, el capital inglés se dirigió

también a los servicios públicos, al sistema bancario, a empréstitos al gobierno y al sector industrial (industria frigorífica).

En 1880 las inversiones inglesas no sobrepasaban los 20 millones de libras esterlinas, hacia fines de 1890 habían aumentado a 207 millones, y en 1914 eran 357.7 millones.⁵ A partir de 1890 y hasta la Primera Guerra Mundial, Argentina fue el primer país latinoamericano destinatario de capitales británicos.

Hacia 1914, Gran Bretaña y en menor medida otras naciones europeas (Francia y Alemania) eran de primordial importancia para Argentina en tanto mercados, fuente de bienes importados, abastecedores de bienes de inversión y propietarios de innumerables bienes del país. Más que el comercio, fueron las inversiones y las propiedades, las que dieron preeminencia a Gran Bretaña. Si bien en los años previos a la Guerra Mundial, los alemanes comenzaron a hacer sentir su presencia, sobre todo en el comercio de importación -modificando el simple modelo bilateral anterior a 1900-; los ingleses se las arreglaron para completar la ventaja de haber llegado primero, con un amplio sistema de vínculos semi-institucionalizados con la elite gobernante. Tenían fuertes aliados en el gabinete y en el Congreso, y gravitaban en los asuntos del país a través de los principales órganos de prensa. Así mismo, mucho antes de 1914 ya se había establecido la práctica de nombrar a notables políticos argentinos en los

consejos directivos de empresas británicas. Esto contribuía a ampliar el acceso de esas empresas al gobierno, y gestaba en la elite gobernante poderosos intereses creados que quedaban comprometidos con la defensa de dichas empresas.

De esta manera existía una estrecha complementariedad de intereses entre los sectores más encumbrados de la elite gobernante y los comerciantes e inversores británicos. Esto no significó que no hubieran discrepancias y conflictos entre ellos. Pero lo que se discutía en tales casos no era la relación en sí misma, sino la distribución de los beneficios. Ocasionalmente se entablaban disputas sobre asuntos tales como las tarifas ferroviarias o de las compañías de electricidad y otros servicios públicos, o bien surgían dentro de la elite nuevas facciones que tenían un contacto menos directo con los ingleses y, apelando a todo el poder político que eran capaces de reunir, trataban de reencauzar el flujo de inversiones o de crédito de una manera que le fuese más favorable. Pero la elite gobernante no cuestionaba, en principio, ni las propiedades extranjeras; ni el control extranjero de importantes segmentos de la economía, o la transferencia de una parte de la riqueza del país al exterior. Esto era aceptado como algo natural para garantizar inversiones futuras que eran el objetivo básico del proyecto económico.*

La economía y la sociedad argentina tuvieron como eje al sector exportador. La producción ganadera (cueros, carne y ganado en pie)

fueron los rubros tradicionales de exportación hasta aproximadamente 1870. Los cereales a partir de esta fecha tuvieron un papel decisivo, y entre ellos fue el trigo el que mostró una enorme capacidad de expansión. Mientras que los cereales ocuparon un lugar predominante en la última década del siglo pasado, seguidos sólo a distancia por los vacunos en pie; a partir de 1900 fueron las carnes las que encontraron en los frigoríficos una nueva capacidad expansiva. Desde entonces la dupla cereales y carnes pasaron a ser los rubros principales de las exportaciones argentinas.

La evolución de estas producciones estuvo condicionada por una serie de factores centrados en la necesidad de refinar y mejorar la cría de ganados. En tal sentido el paso a una producción de carnes selectas impulsó al sector agrícola. La aparición de la industria frigorífica requería de un refinamiento del ganado ovino y bovino, y éste último al intensificarse, obligó a subdividir los campos en porciones de terreno adecuado provistos de pasturas cultivadas y aguadas. Todo esto hizo necesario la importación de reproductores, alambre, molinos, semillas y artículos varios. De esta forma la agricultura comenzó a combinarse con la ganadería, preparando prados y forrajes artificiales. La rotación de estas actividades en una misma unidad productiva fue el sustento del extraordinario crecimiento de las exportaciones agrícolas.⁷ En efecto, entre 1872 y 1915 la superficie total cultivada pasó de 580 mil hectáreas a 24

millones. Desde 1890, exceptuando periodos ocasionales de sequías o de depresiones económicas, Argentina exportó anualmente hasta 10 millones de toneladas de cereales.¹⁰

Hemos señalado que el desarrollo de la producción de carnes estimuló el cultivo extensivo del cereal, y que este desarrollo estuvo vinculado con la difusión del frigorífico. Su evolución fue compleja y atravesó varias etapas, ya que la explotación económica de la carne congelada sólo cobró vigencia recién entrado este siglo.

Hacia finales del siglo pasado, la demanda británica de carnes se satisfacía principalmente con animales vivos importados de Estados Unidos y Canadá. Argentina participaba de este comercio en una proporción reducida debido a lo largo del viaje y a los altos costos del transporte, y al hecho de que el cruce del Atlántico provocaba daños y pérdida de peso en el ganado.

Mientras Gran Bretaña importó ganado en pie, Estados Unidos dominó el mercado. Uno de los principales factores que promovieron el desarrollo de la industria frigorífica argentina, fue el cierre del mercado británico a las importaciones argentinas de animales vivos, argumentando una epizootia.

La imposibilidad de seguir exportando ganado en pie, promovió una serie de ajustes en la economía ganadera, hasta que en 1901 las

exportaciones de vacunos congelados comenzaron a insinuarse en el mercado británico, para alcanzar en 1905 cifras superiores a las de Estados Unidos. A partir de entonces el vuelco fue total, mientras Argentina aumentaba los envíos de carne vacuna congelada, los Estados Unidos cayeron a niveles insignificantes."

El hecho trascendental de esta etapa de afianzamiento y expansión de la industria frigorífica, fue la incorporación de capital norteamericano. En el último cuarto del siglo XIX se había formado un poderoso trust de la industria de la alimentación en los Estados Unidos. Sus integrantes, Armour, Swift, Hamond y Morris, habían logrado monopolizar el negocio del ganado, su industrialización y posterior comercio.

El desplazamiento de capitales internacionales se realizó hacia regiones de abundante materia prima y bajos costos de producción. Desde este punto de vista, la industria ganadera argentina ofrecía óptimas condiciones para la radiación de capitales afectados a la misma. "La entrada de capital norteamericano en la Argentina tuvo pues, una característica apropiada al objeto. Desde luego su propósito inmediato, consistía en aprovechar la aceptación que tenía en el mercado de Londres la materia prima argentina, y en transformarla mediante la utilización del trabajador local, notoriamente más barato que el norteamericano, esto fue realizado paulatinamente durante los primeros ocho y diez años de desempeño en el país."¹⁰ A partir de 1908, una

serie de frigoríficos argentinos comenzaron a ser transferidos a firmas norteamericanas. De esta manera, se quebró el predominio que hasta entonces mantenían los ingleses en la industria frigorífica.

Con el propósito de liquidar la competencia, los frigoríficos norteamericanos pagaron, en un comienzo, precios muy altos por el ganado. Procedimiento que entusiasmó a los ganaderos argentinos, quienes ingenuamente saludaron su introducción en el país como una liberación de los reducidos precios impuestos por el monopolio inglés.

Como consecuencia del avance estadounidense en la industrialización y comercialización de carne argentina, se desató una aguda rivalidad. Norteamericanos e ingleses se enfrentaron en la llamada "guerra de la carne", por el dominio del mercado europeo. Finalmente, a través de sucesivas negociaciones, se establecieron cuotas o porcentajes de embarque para cada uno de los sectores productores: estadounidenses, ingleses y argentinos, donde los montos asignados a los primeros fueron cada vez mayores, muestra del completo predominio de Estados Unidos en el mercado internacional de la carne.¹⁴

Sobre el conjunto de estas bases, Argentina a partir de 1880 inició un proceso de expansivo crecimiento. Entre esa fecha y 1910 el valor de sus exportaciones se sextuplicó. La producción

anual creció a un ritmo del 5%, mientras que la población lo hacía con un porcentaje del 3.4%. La superficie cultivada aumentaba anualmente en 8.3% y la extensión de las vías férreas en 15.4%.¹²

La dependencia de la economía argentina del mercado europeo era evidente. En 1910, las exportaciones hacia Gran Bretaña constituyeron el 44% del total de saldos exportables, mientras que las importaciones de ese origen, que casi llegaron a abarcar la mitad de las exportaciones inglesas en América Latina, representaron el 31% del total de productos importados por Argentina.¹³

La idea de una Argentina "granero del mundo", imagen difundida por los gobernantes argentinos del Centenario, se apoyó en esta avalancha de exportaciones y la consecuente política de realizaciones materiales. Capital y mercados europeos cimentaron una duradera alianza con la elite terrateniente. Alianza que resulta insoslayable al momento de analizar comportamientos y principios de esta "generación" que condujo los destinos nacionales desde 1880.

La Argentina aluvial

La consolidación del latifundio como patrón de tenencia de la tierra, tuvo importantes repercusiones en relación a otro de los

pilares sobre los que se asentó el proyecto del '80: la inmigración.

La puesta en marcha de un proceso de expansión económica requería de una disponibilidad de mano de obra que no podía ser satisfecha en un país de extenso territorio y escasa población. La solución a tal dilema se halló en una política de promoción a la inmigración ultramarina.

Millones de europeos, que en sus países de origen sufrían los costos sociales del proceso de reacondamamiento que implicaba la revolución tecnológica e industrial, cruzaron el océano atraídos por la promesa de tierra y altos salarios.

Desde 1857 (fecha en que se recogieron por primera vez datos) hasta 1916 ingresaron al país un total de 4.758.729 inmigrantes, de los cuáles permanecieron 2.575.021. Mas de un millón vinieron de Italia y algo menos de España. Los años en que la inmigración alcanzó su punto máximo fue 1889, en que arribaron casi 220.000 personas. y los posteriores a 1905. A partir de entonces no hubo ningún año en que entraran menos de 200.000 personas, alcanzándose en 1912 y 1913 la cifra tope de 300.000.¹⁴

Entre 1895 y 1914 la proporción de extranjeros en relación con los argentinos nativos fue del 34%¹⁵. El 79% de los inmigrantes eran españoles e italianos, en tanto que el 21% restante

comprendía una variedad de nacionalidades: rusos, franceses, alemanes, suizos, ingleses e irlandeses.¹⁶

Este aluvión inmigratorio se enfrentó a una estructura latifundista que obstaculizó el acceso a la tierra de los recién llegados. Por tal razón, sólo una parte del caudal inmigratorio se canalizó hacia la agricultura, por lo general en régimen de arrendamiento y aparcería.¹⁷

La gran mayoría de los extranjeros no se asentó en las zonas rurales, sino en las ciudades, y especialmente en la capital del país. Según el censo de 1914, el 70% de los inmigrantes radicaban en áreas urbanas. Por el contrario, la población nativa se repartía por mitades entre el campo y la ciudad.¹⁸ Este hecho coadyuvó a la aceleración de un proceso que elevó el sector urbano del 27% en 1860, al 37% en 1895 y al 53% en 1914.¹⁹

La expansión del sector de servicios y del comercio, y aunque en menor medida y con mayor lentitud, el crecimiento de las industrias manufactureras, contribuyó a acelerar el proceso de urbanización, dando origen a mutaciones en la estructura ocupacional con la consiguiente expansión y diversificación del entramado social.

Al hallarse cerrados los canales de acceso a la propiedad territorial, basamento del poder político y económico de la elite

gobernante; los extranjeros se orientaron generalmente a las ramas terciarias y secundarias de la economía. En 1895, el número de inmigrantes duplicaba al de los argentinos en dichas actividades, que por otra parte, permitían la obtención de beneficios económicos, aunque no la remoción de los obstáculos que cerraban las vías al ascenso social y a la participación política.²⁰ El desarrollo de las ramas secundaria y terciaria, y el incremento de la alfabetización²¹, sirvieron de base para la creación de una amplia clase media de origen criollo-inmigratorio, integrada así mismo por arrendatarios y pequeños propietarios rurales.

La diversificación de la estructura productiva facilitó el surgimiento de la clase obrera, que en la capital era mayoritariamente de origen extranjero.

El expansivo proceso de crecimiento económico no significó que Argentina fuera un paraíso para los inmigrantes. Aunque la movilidad social estaba muy difundida, un gran número de extranjeros quedaban en las filas de la clase obrera. Había una clara explotación en muchos aspectos, sobre todo en materia de vivienda y alquileres. Esto pronto originó tensiones y una tradición de conflictos de clase que persistieron incluso en periodos de rápido crecimiento económico. El rasgo sobresaliente de la economía argentina era su inestabilidad. La economía estaba fuertemente condicionada por factores estacionales y por las

disrupciones del ciclo económico, influencias ambas que desestabilizaban la demanda de mano de obra y el nivel de los salarios.

La mayor parte del aporte inmigratorio no sólo se vió impedido de acceder a la propiedad de la tierra, sino que también fue perjudicado en la propia distribución del ingreso. En buena medida el boom de la tierra de finales del siglo pasado que gestó la fortuna de la elite se basó en una estructura liberal del crédito y el uso de un papel moneda depreciado. La inflación incrementaba los precios internos, pero los salarios iban a la zaga de aquellos, con lo cual el papel moneda se convirtió en un instrumento de distribución del ingreso a favor de la elite, y en perjuicio de los trabajadores, y de hecho sirvió para disminuir el salario real.

Una distribución del ingreso perjudicial para los asalariados, se vió reforzada por la indole de los lazos de la elite con el capital extanjero. Para las compañías extranjeras como para los terratenientes, cuanto menor era el salario promedio, menor era el costo de la mano de obra y mayor la ganancia. También en este plano los intereses de ambos sectores eran complementarios

Sobre tales circunstancias, no es de sorprender que las relaciones políticas entre inmigrantes y elite gobernante fueran casi siempre tensas. La elite necesitaba de los inmigrantes, pero

a menudo colocaba trabas para el ascenso social y la participación política. "Aunque los inmigrantes eran como los capitales extranjeros, el motor principal del crecimiento económico, la elite les tenía en general desconfianza, sentimiento con frecuencia correspondido por aquellos."²²

El origen rural de la elite, y el asentamiento urbano de la inmigración tuvo hondas repercusiones en el sistema político. La elite terrateniente no controlaba la distribución de los empleos urbanos, ni podía recurrir a éstos para imponer su liderazgo político a los inmigrantes. Dado que no existía nexo ocupacional entre uno y otro sector, el sistema político se inclinó hacia la restricción. Al no haber posibilidad de controlar a los inmigrantes dentro del esquema político, lo aconsejable fue mantenerlos fuera en la mayor medida posible; puesto que cuanto más se intensificara el papel político de los inmigrantes, más posible sería que la posición de la elite se viese amenazada.²³

Como consecuencia de ello, la oleada de agitaciones obreras que envolvieron a Argentina desde fines del siglo pasado y durante las primeras décadas del siglo XX, fueron sistemáticamente reprimidas por el Estado. La magnitud de estas agitaciones y la procedencia extranjera de sus dirigentes ahondó la intranquilidad de la elite gobernante. La solución se encontró, luego de la represión física, en una serie de instrumentos jurídicos: el Estado de Sitio, la Ley de Residencia de 1902 y la

Ley de Seguridad Social de 1910.

La primera de estas leyes autorizaba al Poder Ejecutivo a expulsar a todo extranjero cuya conducta fuera considerada peligrosa para la seguridad nacional. La segunda, prohibía la entrada al país, además de quienes hubieran cumplido condenas por delitos comunes, a los anarquistas y demás personas que profesaran o preconizaran el ataque por cualquier medio de fuerza contra las instituciones y funcionarios de la nación.

El sistema político oligárquico

Los cambios introducidos en la estructura socio-económica del país, dieron lugar a una serie de situaciones de creciente inestabilidad social. Sin embargo, esos cambios no condujeron a modificaciones sustanciales en el orden político, ya que a lo largo de treinta años, un mismo sector social logró mantener en sus manos la dirección de los asuntos públicos: la llamada oligarquía argentina.

El término "oligarquía" hace referencia tanto a la elite terrateniente y comercial, como al sistema político que prevaleció en Argentina hasta 1916. En este último sentido, el término es más exacto, ya que se trató del "gobierno de unos pocos", aunque estos pocos no siempre fueron los mismos. En cierta manera, el poder rotó entre distintas facciones que

representaban distintos intereses dentro de la elite. Algunas veces tales diferencias tenían vinculaciones regionales, otras se referían al tipo de actividad que llevaban a cabo los diferentes grupos dentro de la elite.²⁴

La palabra oligarquía es tal vez un poco imprecisa en cuanto sugiere una homogeneidad en la composición de la elite, característica que para el caso argentino es aplicable a los años posteriores a 1900 más que a los anteriores. El periodo clásico del orden oligárquico como sistema institucional fueron las tres décadas posteriores a 1880. El afán de la elite por ganar el control del Estado, estuvo determinado por el hecho de que éste era la fuente principal de crédito, y el nexo para establecer lucrativos contactos con el capital extranjero. Había también una gran interés por mantener la estabilidad política, elemento imprescindible para atraer al país el capital y la mano de obra extranjera. Como consecuencia de ello, la elite terminó por politizarse, afanándose por mantener alejados de la vida política a otros sectores sociales con el fin de reducir al mínimo posibles influencias desestabilizadoras.

La vida política argentina entre 1880 y la Primera Guerra Mundial, sólo se hace inteligible en los términos del interés de la elite por preservar la estabilidad y el crecimiento económico. En la medida en que un sistema oligárquico sirvió a estos fines, sobrevivió; su remplazo por un sistema de gobierno representativo

siguió a un periodo de turbulencia política, en que se vieron involucrados sectores no pertenecientes a la elite, que la antigua estructura probó ser incapaz de manejar.

Desde el punto de vista político, el lapso que corre entre 1880 y la Primera Guerra Mundial puede dividirse en dos periodos. El primero que corre hasta cerca de 1900, donde a despecho de la creciente agitación política de comienzos de la década de 1890, el dominio de la elite permaneció en buena medida intacto. En el segundo periodo, se asiste al surgimiento de una estructura política mas plural, generada por las divisiones en el interior de la elite, pero sobre todo, por el crecimiento de los sectores urbanos, que finalmente condujo, en 1912, a la introducción de reformas en el sistema electoral.

La Constitución liberal argentina de 1853, establecía la representación popular, la división de los poderes y una estructura de gobierno federal. Esta Constitución nunca fue formalmente abandonada, sin embargo sus preceptos fueron sistemáticamente violados, con la supuesta intención de impedir la repetición de largos periodos de guerras civiles. La elite congeló la vida política mediante la imposición de controles que reducían al mínimo la influencia de otros sectores.

La oligarquía argentina fue descrita por uno de sus miembros con las siguientes palabras: "los gobernantes [de la nación] se

reclutan en una clase de ciudadanos que, sino constituyen propiamente una casta, forman por lo menos una clase dirigente [...] Esta clase corresponde aproximadamente a la primera capa social, formada por los miembros de las familias mas tradicionales, por los ricos, por los hombres ilustrados. Los miembros de esta clase mantienen entre sí relaciones sociales y económicas más o menos estrechas, y comparten, como es natural, opiniones y sentimientos comunes. Sin esta posesión de una moral en común, no sería posible el intercambio de servicios y atenciones que se prestan [...]."²⁵

El sistema político giraba en torno al fraude electoral organizado. El fraude permitía preservar el mito de las libertades constitucionales. Los mecanismos de negociación política institucionalizada estaban estrictamente reservados a los miembros de la elite. Se ha estimado "que en 1910, sólo un 20% del total de la población masculina participaba en las elecciones, cifra que se reducía a un 9% si se toman en cuenta los inmigrantes."²⁶ Las elecciones era manipuladas mediante el fraude, o los votantes sobornados o intimidados; al tiempo que, eran sumamente estrechos los canales de reclutamiento para ocupar cargos electivos.

El segundo rasgo básico del sistema político, era la práctica de crear lealtades políticas mediante recompensas personales. Para ello, el principal mecanismo era la distribución de cargos en el

gobierno nacional y en las provincias. Este dispositivo era utilizado para eliminar la oposición, o bien como medio para canalizar hacia distintos grupos terratenientes, los beneficios provenientes del control del Estado. De esta forma, las lealtades y alianzas políticas terminaron por basarse en un sistema de patronazgo oficial, y en la distribución de cargos públicos. Los caudillos políticos locales de segunda categoría, controlaban las elecciones dentro de su zona de influencia, sacando provecho de la porción de patronazgo que les era conferida desde el poder central. El presidente de la nación ejercía su poder gracias al control total de los nombramientos para cargos oficiales, y a las alianzas con los gobernadores de las provincias.

La actividad política que consistía en gran medida en el intercambio de favores de distinta índole entre los miembros de la elite, se convirtió en un asunto entre "notables". La estabilidad del sistema en su conjunto, dependía directamente de la expansión económica y de la continuidad en el flujo de inversiones extranjeras. Ellas eran en buena medida las que proveían las ganancias que el Estado podía distribuir entre los distintos segmentos de la elite. En época de depresión, los márgenes de beneficio y el valor de las tierras mermaban. El cese de la inversión extranjera causaba serios impactos en la disponibilidad del crédito y en los préstamos hipotecarios sobre las tierras, que se otorgaban previendo que la expansión de los mercados y las comunicaciones habría de continuar. Cuando la

depresión asestó su golpe, se desató entre los terratenientes una aguda competencia por el control del Estado, único medio para protegerse contra los efectos de la contracción económica. Esto ocurrió a mediados de la década de 1870, y también a comienzos de la década de 1890, periodos ambos de rebelión e inestabilidad.²⁷

Las rupturas en el orden oligárquico

En la década de 1880 menguaron considerablemente las diferencias políticas interoligárquicas. Una oleada de inversiones extranjeras, sin precedentes hasta entonces generada por las condiciones favorables de las exportaciones para el mercado británico, elevó rápidamente la disponibilidad de crédito. En esta fase de expansión la oligarquía se consolidó de manera estable. En 1880, el general Julio A. Roca, fue nombrado presidente de la nación.

Las primeras realizaciones de Roca consistieron en hacer retroceder a los indios de las zonas de frontera, y desbaratar una importante rebelión en la provincia de Buenos Aires. Con ello por un lado, pudo ampliar la cantidad de tierras disponibles, y por otro, puso fin al poder militar de las provincias. A continuación la administración roquista se dió a la tarea de organizar el Estado, que por primera vez emergió como una entidad unificada, con un claro monopolio del poder y la autoridad. El país fue pacificado, y se abrieron las puertas a las inversiones

extranjeras en gran escala. El poder político se distribuyó entre los integrantes del partido de Roca: el Partido Autonomista Nacional.

Durante la presidencia de Roca, el Congreso fue fraudulentamente colmado por sus partidarios, y se terminó con la oposición que aún quedaba en las provincias. Para ello se usó una oportuna combinación de soborno y violencia, logrando establecer un sistema en que la autoridad presidencial resultaba incuestionable.²⁰

El sistema funcionó debido a que el proceso de expansión económica permitió ampliar la base de apoyo del Partido Autonomista Nacional, actuando el gobierno como árbitro entre los diversos sectores terratenientes. En la década del ochenta, mientras el modelo no enfrentó dificultades, fueron pocos los terratenientes que no sacaron tajada de él. Sus debilidades sólo se pusieron de manifiesto a fines de esa década durante el gobierno del sucesor de Roca: Miguel Juárez Celman.

Este último intentó crear un bastión independiente de la influencia y control de Roca. Comenzó a ubicar a sus acólitos en posiciones claves, y a favorecer ciertas camarillas regionales, merced a la canalización de los fondos y al reparto de concesiones para las vías férreas. Esto minó la unidad del Partido Autonomista Nacional y el precario equilibrio de fuerzas

logrado por Roca. El epicentro político se desplazó de Buenos Aires a la provincia de Córdoba, donde Juárez Celman tenía sus seguidores. El presidente pudo haber salido indemne, de no ser por el hecho de que el boom económico de la década entró en un catastrófico colapso en 1889-1890, privando al sistema político de sus componentes unificadores básicos: la estabilidad, el crédito barato, la intensificación de los transportes, y el aumento del valor de la tierra. Como consecuencia, se volvió por un tiempo a las luchas faccionales. En 1890, los principales hacendados y comerciantes de la provincia de Buenos Aires organizaron una revuelta que, si bien fracasada, dejó al presidente en una difícil situación. En agosto de ese año, Juárez Celman presentó su renuncia.

Roca se reveló como la persona mejor dotada para reducir al mínimo las fricciones internas de la elite. Su figura dominó el escenario político argentino hasta entrado el nuevo siglo. Su papel de "gran elector" otorgó al sistema la necesaria estabilidad. Las discrepancias de comienzos de los noventa se disiparon con un trasfondo de gradual recuperación económica. Los sucesores de Juárez Celman evitaron cometer el mismo error: tratar de alterar la distribución del poder mediante un desplazamiento regional del flujo de los beneficios oficiales. A principios de este siglo, Buenos Aires había reinstaurado su tradicional supremacía.

Entre 1898 y 1902 Roca cumplió su segundo periodo presidencial. Sin embargo su influencia comenzó a declinar en 1906, cuando la muerte del presidente Manuel Quintana llevó a la primera magistratura al vice-presidente José Figueroa Alcorta. Apoyado por los rivales de Roca, Alcorta comenzó a urdir intrigas contra los partidarios de aquel en las provincias. La oposición roquista fue acallada en el Congreso mediante la clausura temporaria de ese organismo, junto a otras medidas autoritarias semejantes.²⁷

Esta división en el interior de la elite, fue muy distinta a la ocurrida en la década del noventa. No fue precipitada por la depresión económica, ni tampoco por una simple y directa disputa intersectorial en procura del control del aparato estatal. Por el contrario, en la Argentina de principios de siglo, apareció en escena un sector urbano cada vez más politizado, con reclamos de participación política. En tal sentido, la ruptura tendría más que ver con los nexos que sectores de la elite comenzaron a tender hacia ese nuevo actor político.

Con anterioridad a 1900, la elite era el único sector politizado. Las expresiones de descontento eran generalmente satisfechas, adaptando la receptividad del Estado para con los diferentes sectores terratenientes. Como había acontecido a principios de los noventa, fue posible redistribuir los cargos públicos y permitir el acceso a ello a distintos segmentos de la elite, con los consecuentes beneficios económicos. En esto consistió la

máxima habilidad de Roca: dotó a la oligarquía de un mecanismo intrínseco mediante el cual podía restaurarse el equilibrio político y ganarse a los grupos ajenos a ella o bien neutralizarlos.

A partir de 1900 el plan de Roca resultó socavado por la creciente politización de los principales sectores urbanos: la clase media y los obreros inmigrantes. La aparición de estos sectores en el panorama político, desafiando el poder monóptico de la elite fue en esencia respuesta a las condiciones económicas desfavorables a que eran sometidos. Al comenzar el nuevo siglo, pese al rápido crecimiento económico, se asiste a un aumento de la inquietud política de los sectores urbanos.

La presión de la clase media, provenía fundamentalmente de un nuevo partido político, la Unión Cívica Radical. Esta agrupación contenía una creciente proporción de sectores medios, pero estaba conducida y controlada por un remanente de la fracción que se había rebelado contra Juárez Celman en 1890. Este conjunto de dirigentes no pertenecían a la clase media, sino que era un segmento de la propia elite que había eludido ser cooptada por el roquismo. El peligro que planteaba derivaba de la decisión de derrocar al gobierno mediante una rebelión, para luego instaurar un sistema democrático. Durante muchos años, distintos presidentes procuraron agenciarse la buena voluntad de los líderes radicales, para ello fueron comunes las ofertas para

ocupar cargos públicos. Este procedimiento tuvo éxito antes de 1900, y la Unión Cívica Radical dejó en gran parte de constituir una amenaza. Pero a medida que los vínculos con la clase media se robustecían, la técnica resultó cada vez menos eficaz. Para la época del gobierno de Figueroa Alcorta (1906-1910) comenzó a vislumbrarse que los radicales constituían toda una amenaza, y que una rebelión popular podía llevarlos al poder.

La segunda fuente de impugnación al poder oligáquico provino de la clase obrera. A comienzos de este siglo, el anarquismo logró un buen número de adeptos entre los obreros de Buenos Aires. Una serie de huelgas violentas desencadenaron un torrente de medidas represivas por parte del gobierno. Las huelgas fueron quebradas, sancionándose las leyes de Residencia y Seguridad Social.

Enfrentada a esta doble amenaza, la elite se escindió en dos partes con diferentes opiniones en cuanto a la forma de abordar el problema. Roca y sus partidarios continuaron apoyando el orden establecido. El consejo era reprimir a la oposición. Figueroa Alcorta y un número cada vez mayor de integrantes de la elite, comenzaron a acariciar la idea de una apertura en el sistema político.

Los "reformistas" de la elite, constituían sólo una minoría a fines del siglo pasado. Sin embargo, en 1901, este sector ganó un importante aliado: Carlos Pellegrini. Pellegrini había sucedido a

Juárez Celman como presidente en 1890, y había sido, junto a Roca, el principal arquitecto de la recuperación económica como de la recomposición política.

Pellegrini fue ministro del interior durante la segunda presidencia de Roca, y en 1901, trató de concretar un acuerdo con ciertos bancos europeos con el objeto de consolidar la deuda nacional mediante una serie de empréstitos, ofreciendo como garantía las recaudaciones fiscales provenientes de los aranceles aduaneros sobre artículos importados. La reacción que causó esta propuesta -correlato de una rápida politización del medio urbano- desató una verdadera tempestad en oposición a Pellegrini. Como consecuencia, Roca se vió obligado a desautorizar el plan de su ministro, rompiendo de paso con su principal socio político. El episodio tuvo un efecto traumático para Pellegrini, quien tomó súbita conciencia de la importancia y poder de la opinión pública. En los últimos cinco años de su vida (murió en 1906) se unió a los que exigían reformas para un reacomodamiento del sistema político.

Pellegrini gravitó en la decisión de Figueroa Alcorta de borrar la influencia de Roca, y de ese modo contribuyó a allanar el camino a la reforma. El fundamento de la posición de Pellegrini, compartido por la mayoría de los "reformistas", era que la elite se equivocaba al confiar en una política cerrada, sólo sostenida por la represión. Como contrapartida, proponía la creación de un

partido conservador con apoyo de las fuerzas populares, siguiendo el ejemplo de otros países occidentales. De crearse este partido, la estructura conservadora sería apuntalada con cierto grado de consenso, al tiempo que se podría gobernar sin reprimir y sin temor a las revueltas.

La reforma electoral

Además de neutralizar el influjo de Roca, Figueroa Alcorta maniobró de tal modo que consiguió que su sucesor fuera uno de los líderes del movimiento de reforma: Roque Saenz Peña. Bajo los auspicios de este último, la reforma fue finalmente implantada en 1912,³⁰ sancionándose dos leyes: una de ellas autorizaba la preparación de un nuevo padrón electoral libre de vicios y la otra, establecía el voto secreto y obligatorio, e instauraba un nuevo sistema de sufragio que reconocía la representación de las minorías a través del sistema de lista incompleta.³¹

La Ley Saenz Peña, como se dió en llamar a esta reforma electoral, ponía de relieve la preocupación de los miembros de la elite por garantizar la estabilidad política y, en la decisión de sancionarla, la Unión Cívica Radical cumplió un papel decisivo. Saenz Peña, al organizar su gabinete en 1910, volvió a intentar cooptar al líder radical Hipólito Irigoyen, pero éste, tal y como había sucedido en ocasiones anteriores, prefirió permanecer independiente. De esta forma, el hacer concesiones políticas

pareció ser el único camino para eliminar la oposición radical y el peligro de una insurrección.

Saenz Peña estaba convencido de la incapacidad de los radicales para triunfar en elecciones limpias, sostenía que ellos podían, eventualmente, asaltar el poder a través de una asonada armada. De esta manera, la intención del propio presidente fue que la reforma actuara como una barrera de contención, para aislarlos del apoyo popular, aplacarlos y disuadirlos de emprender el camino de las armas.

La solución ideada por el presidente, era la misma que años antes había ofrecido Pellegrini. Creía que la elite debía democratizar las instituciones del país, organizar un partido conservador mayoritario, legitimando así su poder y, suprimiendo las expresiones más inquietantes de descontento popular. Interesaba a los reformadores inculcar una tradición de participación democrática e instruir a la ciudadanía en el ejercicio del sufragio. Se veía en ello el medio de crear una opinión culta y moderada. Objetivo clave del proyecto era promover la creación de partidos políticos "modernos", capaces de suministrar una articulación coherente de diversos grupos de intereses. Los reformadores llamaron a esto "democracia orgánica", y la oponían al viejo sistema del fraude, la violencia, la participación limitada y las organizaciones partidarias de corte personalista.

La confianza depositada por la elite en la ley Saenz Peña, se vió fortalecida por el hecho de que ella no possibilitaba un procedimiento verdaderamente democrático. Sólo se concedía el derecho al sufragio a los argentinos nativos, y como el grueso de la clase obrera era extranjera, esto constituía una clara discriminación. En la práctica, radicales y clases medias nativas podían participar del sistema, obreros e inmigrantes quedaban fuera como antes.

Se tenía la impresión que de conquistar a los radicales, quedaba eliminado el verdadero peligro que se cernía sobre el sistema político. Y en lo que respecta a los obreros, el propósito era permitir el desarrollo del Partido Socialista, para que actuase como válvula de escape de las demandas obreras, a fin de reducir la atracción anarquista.

De modo que, a pesar de la insitencia en la formación de partidos políticos de masas y en la incorporación de las minorías, la ley Saenz Peña sólo abrió las puertas del sistema político a grupos de propietarios nativos de clases medias y a una minoría de trabajadores oriundos del país. En síntesis, el nuevo sistema electoral constituía una concesión mínima, tendiente a restaurar la estabilidad política y resguardar los intereses de la elite.

El propio Saenz Peña sólo pudo evaluar durante un breve lapso las secuelas de la reforma. Murió en 1914. En dos años la reforma

parecía haber alcanzado el propósito deseado. Los radicales comenzaron a participar en los procesos electorales. La amenaza de rebelión disminuyó. El movimiento anarquista fue desarticulado, después de una furiosa represión en 1910. Únicamente en un aspecto la reforma fracasó: el partido conservador que el grupo de reformistas aspiraba a crear en el orden nacional, no logró materializarse. Las rivalidades regionales perduraron, y no fue posible encontrar una fórmula capaz de agenciarse el apoyo de los sectores urbanos. En cambio el radicalismo creció hasta convertirse en 1916 en el movimiento político más poderoso del país.

Bajo la presidencia de Victorino de la Plaza (1914-1916), las reformas volvieron a reconsiderarse, en vista de la decadencia de las propuestas conservadoras. Pero a la postre triunfaron los postulados de 1912. La propia actitud de la elite hacia el radicalismo se modificó. Fueron abandonadas las posturas más extremas de considerar a la Unión Cívica Radical una fuerza disruptiva e insurreccional, para dar paso a aproximaciones a ella, en tanto instrumento útil para acercarse a las clases medias, cerrando el paso a las masas obreras inmigrantes.

En 1916, se celebraron por primera vez elecciones presidenciales al amparo de la reforma. Los radicales triunfaron. Los viejos partidos conservadores quedaron con menos cargos nacionales y provinciales de los que ocuparon con anterioridad, viéndose

obligados a ejercer la autoridad que retuvieron, a través del Congreso, en particular del Senado.

El triunfo de Irigoyen en 1916 cierra un ciclo en la historia contemporánea argentina. "La revolución por los comicios", como fue bautizado este hecho por un apologista de R. Saenz Peña, significó el desplazamiento de la elite del control directo del Estado. Sin embargo, dejó intacto la distribución del poder económico. El conservadurismo, es decir, los intereses terratenientes, el poder financiero y comercial de Buenos Aires, el vínculo con los mercados europeos, así como una actitud represiva frente a la clase obrera; perduraron en esencia. Sobre esta base, y con estrategias desiguales, el radicalismo se desarrolló hasta 1930.

1.2 ARGENTINA, UNA PROVINCIA SPENCERIANA

El ascenso y consolidación del orden oligárquico estuvo acompañado de un bagaje ideológico desde el cual la elite racionalizó y legitimó su accionar. Al calor de las rápidas transformaciones ocurridas en la sociedad, los sectores dirigentes, liberales a ultranza, pronto convirtieron al país en una provincia spenceriana. El darwinismo social trasuntó la esfera pública y privada. Las proposiciones de Spencer, condensadas en su teoría de la ley de la evolución,³² cautivo a los dirigentes argentino, al punto de convertirla en "religión oficial".

Diversas razones permiten afirmar que en Argentina el terreno se encontraba convenientemente abonado para recibir la semilla del positivismo. Algunas ideas afines pululaban en los escritos de la generación romántica de 1837,³³ de suerte que, los románticos argentinos parecían hacer positivismo sin conciencia de ello.³⁴

Lo cierto es que los sobrevivientes de esa generación frecuentaron la lectura de Spencer y Mill, sin sorprenderse de su doctrinas. Pero además existía en los medios académicos una sólida tradición naturalista y empirista que, como es obvio, terminó por crear una atmósfera propicia para la absorción del científicismo³⁵.

A estos antecedentes, es necesario agregar la naturaleza peculiar del liberalismo que guiaba a los sectores dirigentes. El pensamiento de la generación echeverriana había buceado en el estudio de la sociedad nacional de su tiempo, adelantando el advenimiento del pensamiento sociológico posterior. Un sólido puente quedó tendido entre esas ideas de la primera mitad del siglo XIX, y el positivismo de sus herederos de la década de 1880. Y entre las inquietudes heredadas, la del progreso ocupaba, desde la época de la Revolución de Mayo, un lugar de privilegio.

La "misión civilizadora" alcanzaba todos los ámbitos de la vida nacional, y tenía por desideratum el progreso del país. Un progreso entrevisto como el desenlace feliz y fatal de un proceso de violenta ruptura con el pasado hispánico. En este sentido, el pragmatismo de los ochentistas, su obsesión por el progreso y la modernización, no deja de ser tributario de ideas y propuestas formuladas por la generación anterior. Sin duda, los herederos roquistas, tenían la creencia que con ellos se continuaba una misma tradición política, y en cierto modo ésto es cierto. La tradición liberal se perpetuaba en alguna de sus formas, al tiempo que, se introducían significativas variantes impuestas por el ritmo cambiante de la realidad social y política. Y a esas variantes respondió la oposición que encabezaron los viejos representantes del liberalismo como Sarmiento y Mitre.³⁶

Entre los elementos heredados, resulta paradigmática la

conceptualización en torno a una marcha hacia etapas cada vez mas avanzadas de civilización, en la que la Generación del 80 creyó vehementemente. En este sentido, es insoslayable la presencia de las ideas de Sarmiento.

La fórmula de "civilización y barbarie" expuesta en el **Facundo**, sirvieron de fundamento para un vasto plan de acción en aras de alcanzar la tan deseada civilización. Sarmiento, al promediar el siglo pasado, presentó de manera sistemática, lo que en su opinión y en la de su generación, entendía por caracteres básicos de la realidad social argentina.

Frente a un panorama marcado por luchas faccionales, guerras civiles y una prolongada dictadura como la rosista; sus reflexiones estuvieron orientadas hacia la necesaria organización de un poder público, y la puesta en marcha de un proyecto liberal y progresista. Esas reflexiones atendían la concepción de que Argentina se movía entre dos principios opuestos: el principio del progreso y la libertad, frente al principio antisocial y anárquico, ignorante y tiránico. El primero estaba representado por la vida urbana, el segundo por la vida rural. Sarmiento expreso esta antinomia en su tajante fórmula "civilización y barbarie".

El conjunto de los males argentinos, residían en la naturaleza de su vida rural. "Tintura asiática" en palabras sarmientinas.

Vastas llanuras, despobladas y desérticas, "habitat propio de beduinos". Allí se formaba espontánea y naturalmente el espíritu de "montonera", la banda armada que seguía al caudillo y lo elevaba al poder. "Así es como la vida argentina empieza a establecerse, por estas peculiaridades, el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autoridad sin límites y sin responsabilidad de los que mandan, la justicia administrada sin formas y sin debates."³⁷

La extensa llanura vacía condicionaba el destino nacional. Era esa extensión la que impedía el triunfo de la civilización, porque la acción de las ciudades debido a su escaso desarrollo y poca población, no podía proyectarse en la inmensa pampa. Esas ciudades constituían para Sarmiento la única esperanza. "Allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y los colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos."³⁸

Sarmiento remarcaba el contraste entre las dos formas de vida, la tensión creciente entre el hombre del campo y la ciudad: "Saliendo del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto, el hombre del campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos, sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos pueblos extraños, dos sociedades distintas. Aún hay más, el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén

Su lujo y sus modales cortesés; y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. "37

El diagnóstico sarmientino sobre los males nacionales fue en buena medida aceptado por sus herederos políticos e ideológicos. Si el "desierto rural" era el eje del atraso, la solución consistía en destruir el mal de raíz: "La conquista del desierto", como se llamó el proceso de incorporación de tierras en manos indígenas, con el consecuente exterminio de sus antiguos pobladores, la extensión de las vías férreas, la política de población por vía inmigratoria, la multiplicación de los centros urbanos, la difusión de la educación pública, las campañas de persecución y sometimiento del elemento gaucho, constituyeron algunas de las soluciones puestas en práctica en el diseño del proyecto civilizatorio.

Y éste efectivamente alcanzó su máxima expresión durante los treinta años en que la elite terrateniente condujo los destinos del país. El conjunto de realizaciones materiales, reseñadas en el apartado anterior, fueron decodificadas por la elite gobernante como el triunfo definitivo del proyecto de Sarmiento: la construcción de una nación ante el desafío del desierto argentino.

El positivismo irrumpe en Argentina con esa tematización de los

problemas nacionales. La primera administración de Roca, señala el comienzo de la influencia de Spencer en la vida política. Cuando este gobierno decidió iniciar su cruzada secularizadora, las doctrinas del filósofo inglés encontraron una oportunidad para filtrarse en los círculos oficiales.

Obedeciendo a un plan que consideraban inamovible, los liberales fueron disputando, palmo a palmo a la iglesia, el control de la educación, la secularización de los cementerios, y la facultad de registrar enlaces, nacimientos y defunciones. Las últimas décadas del siglo pasado, conocieron encendidos debates en torno a las relaciones entre los poderes públicos y la religión tradicional argentina. A las doctrinas esgrimidas por los clericales, los liberales opusieron las ideas científicistas del positivismo europeo. Para los católicos, la lucha era contra el ateísmo entronizado en el gobierno; y para éste, era el combate contra un pasado retardatario y por la civilización científica.

Para un país de inmigración, donde la Constitución Política de 1853 aseguraba la libertad de cultos, no era aceptable que la escuela pública enseñara la religión católica en forma coercitiva y excluyente. El proyecto educativo de la Generación del 80, continuidad del esbozado décadas antes por Sarmiento, en el sentido de que era función del Estado garantizar la educación popular, se convirtió en punto de fricción con los intereses

clericales.

Eduardo Wilde, acaso la más representativa figura política del liberalismo positivista de esta generación, a la sazón ministro de educación de Roca, libró esta batalla con contundente éxito. Cuando en 1883, se iniciaron las discusiones acerca del proyecto de educación común, Wilde concurrió al Congreso nacional para defenderla. Como en todo su obrar político, el ministro echó mano de las últimas doctrinas en boga, sosteniendo que religión y ciencia eran incompatibles, pues "la ley del progreso tiene que verificarse forzosamente, y en el progreso está todo." 10

Al año siguiente, luego de acaloradas discusiones, fue sancionada la ley 1.420 por la cual quedó firmemente establecida la escuela pública, gratuita y laica en todo el país.

Al tiempo que el positivismo ganaba adeptos en los sectores gubernamentales, la filosofía spenceriana se abría camino en los medios académicos. En 1885, F. Ameghino publicaba su célebre obra *Filogenia*, base del credo evolucionista argentino. Dos años más tarde, se enseñaba por primera vez el positivismo en las aulas de la Universidad de Buenos Aires.

Carlos Ibarguren ha dejado en varios pasajes de sus memorias, una fresca pintura de las ideas dominantes en los círculos universitarios de fin de siglo: "teníamos una absoluta fe en la

ciencia, en la sociología que surgió entonces, en el progreso indefinido que se alcanzaría por los adelantos técnicos que harían felices a los pueblos [...] Dominaba la visión materialista, no sólo en el terreno de la ciencia experimental, sino también en la psicología, en las especulaciones filosóficas, y en el vasto campo de lo social, económico e histórico, cuyos problemas se examinaban y se apreciaban bajo esa lente. La sociedad era mirada como un organismo semejante al humano, sujeto a leyes físicas y químicas."¹

Si la influencia del pensamiento positivista se manifestó en forma ostensible en las aulas universitarias, sus efectos en el ámbito de la docencia no fueron menos importantes. Aquí, la matriz comtiana gozó de una primacía indiscutible, y en buena medida debido a la prédica del naturista italiano P. Scalabrini, desde la Escuela Normal de Paraná

Junto a la figura precursora de Scalabrini, comenzó a destacarse la del profesor correntino J.A. Ferreira. Este admirador del positivismo comtiano, llegó a convertirse en el conductor de un grupo de intelectuales y maestros, que dejó una fuerte huella en la escuela pública argentina. El mismo Ferreira llevó a cabo una experiencia pionera, al fundar en 1888 en su provincia natal, la célebre Escuela Popular de Esquina. En 1895 comenzó a editar la Escuela Positiva, publicación que difundía el ideario positivista, y en la que colaboraron las principales

personalidades de esa corriente educacional como V. Mercante, M. Victoria y A. Bassi entre otros.⁴²

A principios de este siglo, el mundo universitario imbuido en la enseñanza de la filosofía positivista, comenzaba a producir sus primeros frutos en el campo de la sociología. En 1897, F. Veiga, consiguió crear una cátedra de antropología y sociología criminal. En 1903, C.O. Bunge, desde una extrema posición biologista-social, publicó *Nuestra América*. Un año más tarde, E. Quesada, quien había escrito sendas monografías sobre Comte y Spencer, ocupaba el puesto de profesor titular de Sociología, y en 1905, A. Colmo editaba sus *Principios Sociológicos*⁴³.

La carrera ascendente del filósofo inglés en el medio universitario argentino, parece alcanzar su momento de apogeo, con la creación de la Universidad de la Plata en 1905. El diputado M. Pinedo, al informar del proyecto de creación de la universidad, afirmó: "Me parece que ha llegado felizmente para nuestro país, la hora en que se plantea la famosa ley de Spencer de la diferenciación universitaria, que haciéndose cargo de la multiplicidad heterogénea de las necesidades de la vida colectiva, abre nuevos rumbos a la tendencia personal, concitando organizaciones y tendencias propias, que nos permite [...] ofrecer fértil y ancho campo a los que quieran emprender la marcha de los nuevos senderos de la investigación científica".⁴⁴

La ortodoxia liberal impregnó el ámbito de la política económica. La concepción de dejar librado todo, o casi todo a la iniciativa privada, en oposición al papel "regulador" del Estado, alcanzó su máxima expresión durante la administración del presidente Juárez Celman. Este abrió a los capitales extranjeros la llave de la economía argentina, y rechazó de plano la intervención estatal. La teoría de que el Estado era el peor administrador tuvo en este gobierno un celoso defensor. Un furioso *laissez faire* fue profesado por esta generación de políticos, que encontraron en Spencer y su obra *El hombre contra el Estado* una permanente fuente de inspiración.⁴⁵

En aras del "progreso material", los principios de un liberalismo económico fueron aplicados al pie de la letra. El "antiestatismo" y el librecambio pautaron el comportamiento económico de la Generación del 80. Sin embargo, el liberalismo profesado por la elite, pretendió sustraerse del proceso de renovación social que se operaba en el país. Frente a la tarea de construcción de un orden estable, la oligarquía deslindó lo político de lo económico. Roca definió su pensamiento en la célebre lema "paz y administración". Paz significaba no sólo la represión a todo intento revolucionario, sino también la resuelta eliminación de toda lucha limpia y transparente por la conquista del poder, por considerarla peligrosa para un país en vías de modernización. Administración, en cambio significaba el cumplimiento de los principios liberales de progreso y enriquecimiento. Aquel lema

condensa entonces el doble camino que recorrió la oligarquía, liberal hasta las últimas consecuencias en el plano económico, y estrechamente conservadora en el plano político.⁴⁶

Los hombres de la Generación del 80, con una estructura mental permeada de principios evolucionistas, no pudieron dejar de proclamar la inevitabilidad del progreso, entendido como una ley casi ciega de la historia. La Argentina del Centenario asiste entonces a lo que se consideró el cénit del proyecto. La elite gobernante -eufórica con sus logros materiales- consideró que finalmente el país, en 1910, había alcanzado la senda del progreso indefinido.

Por otra parte, y a diferencia de lo ocurrido en otras latitudes de América Latina, el positivismo argentino no se precipitó en un partido o en un círculo dirigente que articuló su programa tomándolo como base o ideología aglutinante. Su influencia fue mucho más extendida, y no se limitó a los sectores ligados al roquismo.

El proceso mismo de apertura del sistema político, se inició en grupos que, distanciados del roquismo, intentaron "enderezar" el camino de la "evolución política" en aras de alcanzar la "democracia orgánica". Como lo ha señalado N. Botana, "el clima intelectual del Centenario, lleno de retórica vacía, pletórica de alabanzas a una Argentina feliz, [...] creaba también un estado

colectivo de mala conciencia en los grupos dirigentes de la sociedad ilustrada. Públicamente se manifestaba la contradicción entre los mandatos constitucionales y las prácticas políticas corrientes, mientras que los estudios de ciencia política descriptiva analizaban la realidad del fraude electoral y los mecanismos informales que distribuían los cargos políticos al haber cambios de gobierno."⁴⁷

Así, el pensamiento positivista argentino no se presentó sólo como una defensa del orden establecido, sino que, sirvió también de fundamento para la realización de correcciones al sistema político.

El predicamento de las ideas positivistas en general, y spencerianas en particular, es rastreable incluso en el seno del socialismo argentino. El fundador del Partido Socialista, J.B. Justo, que se había formado en el positivismo universitario, reconocía en algunos de los conceptos de Spencer, una fuente para el análisis de la realidad: "¿A que tiende la historia?, ¿adonde va la vida? -se preguntaba Justo- a su propio incremento, a su propia expansión. Como los organismos elementales, propende el hombre a multiplicarse con toda su potencia.[...] Por ello crea su técnica, por ellos establece y cambia sus relaciones sociales. En su eterno impulso vegetativo, invade el mundo entero, sujeta las fuerzas de la física, reduce o extiende, según sus propias necesidades las otras formas de vida. Lucha también consigo

mismo.[...] ¡Ay de los pueblos que no saben sacar del suelo que habitan todo lo que el cultivo de la vida puede dar! Ellos serán barridos o dominados por otras clases y otros pueblos más enérgicos. ¿Para qué son las revoluciones y las conquistas?. Vano es todo derecho a la vida que no se afirme en su propio ejercicio.[...] Una fuerza primordial domina la historia: la tendencia al crecimiento indefinido del protoplasma."¹⁸

En suma, el positivismo argentino mostró una ductibilidad sorprendente. Prueba de ello es que de una u otra forma, sus huellas son localizables en buena parte de la "inteligencia" de principios de siglo. Como asegura A. Ardao, "este pensamiento fue adoptado, pero también fue adaptado, y las razones de su aceptación hay que buscarlas menos en la evolución del pensamiento europeo, que en la realidad, los intereses y los cambios, en síntesis en las circunstancias históricas concretas de la Argentina en tránsito hacia la modernización en los albores de nuestro siglo."¹⁹

1.3 RADICALES, SOCIALISTAS Y ANARQUISTAS

En la última década del siglo pasado y en el marco de una sociedad en pleno proceso de transformación, comenzaron a despuntar los gérmenes de una futura actividad política opositora.

Como producto de desacuerdos entre distintas facciones de la elite gobernante, se asiste a un proceso de diferenciación interna. Aunado a ello, el crecimiento de los sectores medios, pasó a convertirlos en masa de maniobra de organizaciones políticas. Y por último, la llegada masiva de inmigrantes, fue conformando una clase obrera que, con el correr del tiempo, y a través de una serie de instancias organizativas, terminó constituyéndose en un serio elemento disruptivo del orden establecido.

La llamada "Revolución del 90" se erige como un parteaguas en este proceso. Ciertos segmentos desprendidos de la elite comenzaron a tejer alianzas con sectores sociales antes marginados de la escena política, para dar nacimiento a los primeros partidos políticos modernos.

Los radicales⁸⁰

La Unión Cívica Radical, fue la primera fuerza política nacional

en Argentina. Los orígenes del partido se remontan a la depresión económica y la oposición política a Juárez Celman en 1889. Un año antes, había surgido un grupo organizado de oposición a ese presidente, con el nombre de Unión Cívica. En Julio de 1890, la Unión Cívica preparó una revuelta contra el presidente, que si bien no triunfó, obligó a Juárez Celman a dimitir. En 1891, y a raíz de una polémica en torno a si se debía o no mantener relaciones con el nuevo gobierno de C. Pellegrini, la Unión Cívica se dividió, y de esa fractura nació la Unión Cívica Radical conducida por Leandro N. Alem. Durante los años siguientes, Alem trató infructuosamente de alcanzar el poder por vía revolucionaria. El fracaso tanto de la Unión Cívica en su momento, como de la Unión Cívica Radical de Alem después, estuvo determinado por el hecho de que al renunciar Juárez Celman, la fracción del Partido Autonomista Nacional que respondía a Roca, y que contaba con el apoyo de Pellegrini, amplió su base política, y se ganó la simpatía de la mayoría de la elite. Los partidos opositores todavía no estaban en condiciones de contrarrestar este hecho apelando al apoyo popular.

En 1891, el proceso de reorganización interna de la elite estaba virtualmente concluido. Todas las facciones con real predicamento habían sido atraídas hacia el gobierno, quien sólo dejó fuera a los grupos carentes de poder. Fue en este momento que nació la Unión Cívica Radical. Alem y sus partidarios se vieron excluidos, y por consiguiente forzados a continuar la búsqueda de un

sustento popular y de una base de masas.

El nuevo partido se hallaba integrado basicamente por grupos escindidos del patriciado, y que por una razón u otra estaban descalificados. Hasta 1876 -año en que muere Alem- este se había esforzado por conquistar el apoyo popular y, obtener los medios para organizar una rebelión generalizada. Pero el descontento del pueblo se fue diluyendo, y los intentos radicales por ganarse a grupos de hacendados de fuera de la provincia de Buenos Aires terminaron en un fracaso. En 1871 y 1873 los radicales organizaron revueltas en las provincias, pero todas ellas sucumbieron.

Durante casi todo el periodo que se extendió entre la muerte de Alem y 1905, el radicalismo perdió posiciones, atrapado entre la recomposición de la elite gobernante, la cooptación de algunos de sus dirigentes por parte del roquismo, y una ardua disputa en el interior del partido por la sucesión de Alem. Hasta 1900, los sucesos más destacados fueron en primer lugar, la llegada de Irigoyen a la jefatura del partido, y en segundo lugar, la reorganización de sus seguidores en la provincia de Buenos Aires, para desde allí expandirse poco a poco a las filiales provinciales, hasta constituir una organización nacional.

Al despuntar el nuevo siglo, sectores de clase media comenzaron a mostrar signos de creciente descontento. Sobre todo los

universitarios -provenientes de familias inmigrantes urbanas- encabezaron movimientos de protesta, tendientes a democratizar la vida universitaria y actualizar planes y programas de estudio. Junto a este descontento de signo estudiantil, en otros sectores se observa cierto malestar frente a la política económica.

Ante este panorama, Irigoyen desde 1903, comenzó a planear una revuelta. Se activaron los mecanismos de organización y movilización partidaria en todo el país. El líder radical se dio a la tarea de fraguar un golpe militar. Logró considerable apoyo estudiantil, e ideó poner a la vanguardia a un grupo de oficiales jóvenes del ejército. Sin embargo, fracasó la asonada militar concretada en 1905. Los altos mandos del ejército seguían adhiriendo al gobierno conservador. Tampoco consiguió encender la chispa en la población capitalina.

A pesar del fracaso el levantamiento tuvo efectos a largo plazo. Sirvió para recordar a la oligarquía que el radicalismo no estaba muerto. De ahí en adelante, todos los gobiernos que se sucedieron estuvieron perseguidos por el fantasma de intrigas clandestinas para derrocarlos. Otro de los efectos positivos de la revuelta de 1905 fue que desde ese año el radicalismo comenzó a acrecentar sus fuerzas, proceso que culminaría con la victoria electoral de 1916.

Entre el golpe abortado de 1905 y la promulgación de la ley Saenz

Peña en 1912, los radicales avanzaron a grandes pasos en el reclutamiento del favor popular. Sus organizaciones provinciales y locales no desaparecieron como había sucedido en revueltas anteriores, sino que comenzaron a extenderse. En esos años quedó constituido un núcleo de líderes locales intermedios, en su mayoría hijos de inmigrantes. La mayor parte eran profesionales urbanos con títulos universitarios.

Hacia 1908 las organizaciones locales pasaron a ser conocidas como "comités". Organizados en un principio a la manera de células clandestinas, se convirtieron en organismos de conducción en la tarea de procurar la movilización popular.

El crecimiento del radicalismo a comienzos de este siglo, estuvo estrechamente ligado al proceso de estratificación social. De hecho, los puestos de dirección del partido, estuvieron concentrados entre miembros de las clases medias urbanas dedicadas a actividades terciarias¹. En este sentido, la propuesta radical por alcanzar un "gobierno representativo", resultó atractiva para estos sectores que acusaban a la elite gobernante de sus dificultades para ascender en la escala social, mas allá de las infimas actividades comerciales e industriales propias de la primera generación de inmigrantes.

Luego de 1905, los radicales comenzaron a incrementar el volumen de su propaganda. El contendio efectivo de la doctrina y la

ideología radical era muy limitado. En realidad no pasaba de ser un ataque ecléctico y moralista a la oligarquía, al que se añadía la demanda de un gobierno representativo. El partido operaba sobre la base de dos consignas: "la abstención" o negativa a participar en las elecciones fraudulentas, y "la intransigencia revolucionaria", o la determinación de repudiar al sistema político vigente, y establecer una democracia representativa por vía de una revolución.

Se intentó dar a las doctrinas radicales algún grado de dignidad filosófica, relacionándolas con las enseñanzas de Peter Krause, el escritor alemán del siglo XIX. La ideología radical estaba fuertemente impregnada de un tono ético y trascendentalista. Su énfasis en la función orgánica del Estado y en la solidaridad social, presentaba un agudo contraste con el positivismo de la oligarquía.

La importancia de estas ideas, que por lo general se expresaban de una manera confusa, consistió en que armonizaban con la noción de una alianza de clases que el radicalismo terminó por representar, y que hubiera sido mucho más difícil de alcanzar si hubiera adoptado doctrinas positivistas.

Sin embargo, uno de los rasgos más destacados del radicalismo a partir de esta época, fue evitar hacer explícito cualquier programa político. Había sólidas razones estratégicas para

proceder así. El partido constituía por entonces una coalición. Sus líderes no se mostraban dispuestos a perder la oportunidad de granjearse adherentes atándose a determinados intereses sectoriales. En toda circunstancia, el objetivo era evitar diferencias sectoriales, y poner de relieve el carácter coaligante del partido.

El radicalismo nunca hizo público su diagnóstico de los "males" nacionales. Sólo se afirmaba que la corrupción de la oligarquía había limitado el desarrollo del país. La libertad y el crecimiento económico, sólo se alcanzarían mediante la "democracia", presentada casi como la panacea para resolver los problemas del país.

Los seguidores de Irigoyen no aspiraban a introducir cambios en la economía, su objetivo era más bien fortalecer la estructura primario-exportadora, promoviendo un espíritu de cooperación entre la elite y los sectores urbanos que estaban poniendo en tela de juicio el monopolio del poder político.

Esto último, quizás fue captado por los reformadores de 1912, interpretando que la política radical no representaba un peligro serio para los intereses de la elite; y que la permanente amenaza de desestabilización, bien podía disiparse haciendo concesiones en lo referente al gobierno representativo.

Las metas de los reformadores y de los radicales divergían en este aspecto. Los primeros confiaban en que surgiera un partido conservador rejuvenecido, en tanto que los segundos estaban resueltos a remplazar a sus predecesores y a establecerse como una nueva elite gobernante.

A partir de 1912 los radicales abandonaron finalmente su política de abstención, y comenzaron a postular candidatos para las elecciones. Todavía su organización partidaria no estaba constituida con firmeza. La Unión Cívica Radical tenía presencia nacional, pero faltaba una coordinación central. El prestigio de Irigoyen era creciente, pero el radicalismo carecía de cuadros dirigentes con reconocimiento en todo el país. De manera que entre 1912 y 1916, la Unión Cívica Radical se dedicó a fortalecer su organización partidaria. En este último aspecto, la ventaja de los radicales era su vaguedad. El enfoque moral que tenían de los problemas políticos, les permitió presentarse ante el electorado como un partido nacional, por encima de diferencias regionales, sectoriales e inclusive de clase.

Desde 1912, Irigoyen demostró toda su sagacidad política. Se las ingenió para convertir al radicalismo de una confederación de grupos provinciales en una organización nacional centralizada. A nivel nacional, los radicales fueron tejiendo alianzas en aras de ganarse el apoyo de terratenientes de provincia y sus seguidores. Y en el plano local, sobre todo en las grandes ciudades, surgió

un sistema de "caudillos"²² de barrios, que no tardaron en establecer un sistema de patronazgo, útil a los fines de conquistar sufragios.

Con una aceptada maquinaria partidaria, la Unión Cívica Radical llegó a las elecciones presidenciales de 1916. Sobre un total de 747.471 votos emitidos, obtuvo 340.802 (45.6%). Aunque no era mayoría absoluta, su más cercano contendiente, el Partido Demócrata Progresista sólo alcanzó 99.000 mil votos (13%). A los fines de la composición del colegio electoral, los radicales mostraron una fuerza diseminada ampliamente en todo el país.²³

La victoria electoral del radicalismo signó el fracaso del proyecto de los reformadores de 1912. El control directo del Estado pasó a nuevas manos, al tiempo que, se inició un proceso de repliegue y autoconservación de la elite gobernante tradicional.

El Partido Socialista

Los orígenes del Partido Socialista, están directamente vinculados a los primeros signos de activismo obrero bajo la forma de sindicatos, sociedades cooperativas y huelgas; en el marco de la crisis política de comienzo de la década de 1890.

A mediados de aquella década, los socialistas iniciaron una

actividad dirigida a explotar el potencial político de los obreros. El Partido Socialista fue fundado en 1896 como consecuencia de una serie de escisiones de la Unión Cívica Radical. El jefe máximo del partido, hasta su muerte en 1928, fue Juan B. Justo. Este se había sumado en 1890 a la Unión Cívica y formó parte de la rebelión contra Juárez Celman, más tarde se unió a los radicales, pero al poco tiempo los abandonó.

Justo realizó sus primeras incursiones en el socialismo sin haber leído a Marx. Su primera inclinación por el socialismo estuvo aparentemente motivada por su experiencia profesional. La práctica médica lo puso en contacto con las víctimas de la miseria, la fatiga, el alcoholismo y la explotación. Productor de estas observaciones, Justo inició una reflexión que lo condujo hacia posiciones socialistas.

La base doctrinal del socialismo que profesó Justo comenzó a tomar cuerpo a partir de un viaje que realizó a Europa. Allí entró en contacto con E. Valdervelde, líder del Partido Socialista de Bélgica, y con J. Jaurés en Francia. Mientras que en Madrid, Justo revisó la obra de Marx, traduciendo por primera vez al español el primer volumen de *El capital*.

Sin embargo para Justo, la figura más importante que determinó su adhesión al socialismo no fue Marx, sino Spencer. Justo usó el darwinismo spenceriano para explicar la evolución de la sociedad

a partir del antagonismo de clase.²²

La oposición a cualquier tipo de acción violenta, acercó rápidamente al Partido Socialista a posiciones socialdemócratas muy próximas a las sostenidas por Bernstein en Alemania y Jaurés en Francia. La gran aspiración de Justo era crear una democracia parlamentaria de tipo europeo. Confiaba en encontrar el medio para superar la lucha por cargos públicos que entablaban entre sí las distintas facciones de la elite; luchas que eran para él, el rasgo más característico de la oligarquía como de la Unión Cívica Radical. Esa "política criolla" debía ceder espacio a partidos organizados con "principios y programas", y las facciones rebeldes tenían que dar paso a un electorado masivo, instruido y disciplinado.

A los fines de conseguir una coherencia programática y una organización "racional", el Partido Socialista restringió cuidadosamente la afiliación a un pequeño número de personas. En 1910 éstas no sobrepasaban los dos millares. En su mayoría, el reducido núcleo pertenecía a sectores de clase media de origen urbano, junto a algunos líderes de extracción obrera.

La rigidez y centralidad con que funcionó el partido, gravitó enormemente en sus programas políticos y en su estilo de acción, permitiéndole dar a su propaganda una coherencia que alcanzaron muy pocos partidos. Su periódico *La Vanguardia*, se convirtió en

lectura corriente de la clase obrera urbana de todo el área sudamericana, y gozaba de buen prestigio en España.

Sin embargo, más que en cualquier otro partido político argentino de la época, esa rigidez doctrinaria y centralidad estricta de la autoridad, conspiraron contra la existencia de una pluralidad de opiniones capaz de garantizar un consenso partidario mínimo. El Partido Socialista estuvo siempre sujeto a divisiones internas que lo fueron debilitando. Esa tendencia a la división y expulsión de los disidentes, se convirtió en un escollo que jamás pudo sortear.

En 1909, Justo publicó su obra mas importante, Teoría y Práctica de la Historia. Ella fue una verdadera fuente de doctrina para el partido. La idea central del libro gira en torno a que los pueblos atrasados pueden repetir los procesos sociales de los países adelantados. El punto de partida de las reflexiones de Justo, era la consideración de que el capitalismo se manifestaba uniformemente. En tal sentido, el tránsito al socialismo dependía de una aceleración de la evolución del modelo capitalista.

En su libro, el fundador del Partido Socialista, reunió infinidad de hechos y datos recogidos en otros países, de los que dedujo leyes generales para todos ellos, y en particular para Argentina. Las sociedades humanas fueron consideradas como organismos semejantes a los biológicos y compuestas de una "masa de hombres

y cosas movidos y modelados por fuerzas regulares como las que mueven el sistema solar y han moldeado la corteza terrestre."²⁶

En método empleado por Justo impedía observar las particularidades del desarrollo del capitalismo. Se analizaba el proceso histórico argentino con el patrón de lo acontecido en los países centrales. Las características de la sociedad argentina que no correspondían con el modelo clásico fueron dejadas de lado. El futuro estaba entonces en propender a un desarrollo similar al de aquellos estados que habían vivido su propia revolución industrial.

Tal como pensaba Bernstein y admitía Justo, el capitalismo tendía a la distribución de las riquezas entre un número cada vez mayor de poseedores. El fenómeno de la concentración creciente de capital en monopolios industriales y financieros, era visto como un proceso que favorecía "la distribución del capital en acciones entre un número creciente de capitalistas de toda categorías."²⁷ Sobre esta base, Justo no hacía distinciones entre capital nacional y extranjero, ni podía percatarse del carácter expoliador asumido por las inversiones extranjeras.

Posiciones como éstas, llevaron al Partido Socialista a coincidir en buena medida, con el proyecto de la Generación del 80. Los puntos de contacto no sólo eran de carácter económico (defensa de la promoción de inversiones foráneas, aceptación del principio de

división internacional del trabajo, y oposición a todo intento proteccionista), sino que, en la misma percepción de la historia nacional se alinearon en la vertiente liberal, suscribiendo la línea interpretativa abonada por Sarmiento y los de su generación.

El confeso "internacionalismo" de los socialistas, fundado en la creencia de una homogeneización general de la humanidad por vía evolutiva, impidió comprender y reflexionar sobre el carácter de las problemáticas nacionales. "La cuestión nacional", no sólo argentina, sino también latinoamericana, jamás estuvo en su agenda.

El tema del imperialismo nunca fue teorizado. La injerencia británica en Argentina, era observada como benéfica. De hecho, en el programa partidario no aparecían propuestas nacionalizadoras. Frente a los Estados Unidos, los socialistas tuvieron una posición errática. Sin poner en duda los efectos positivos del avance norteamericano en las economías latinoamericanas; en algunos casos, se mostraron críticos a un accionar estadounidense que incluía intervenciones e invasiones militares.²⁰ Esta posición crítica no siempre se mantuvo con coherencia; y en todo caso la justificación del avance territorial de Estados Unidos sobre zonas de América Latina, siempre podía explicarse a partir de la premisa de considerar a los países de la región como sociedades gobernadas por "oligarquías criollas, bárbaras y

feudalizadas", que impedían la puesta en marcha del motor capitalista. A manera de ejemplo de esta postura, reproducidos en extenso un párrafo escrito por Justo en 1909: "No se habían establecido aún los ingleses en Norte América cuando ya funcionaba la imprenta en México, y, por muchos años, este país hizo más papel en el mundo que las oscuras colonias del Noreste, cuyo comercio no tenía mas numerario metálico que los pesos mexicanos de plata. Pero las cosas anduvieron en uno y otro país de muy diferente manera. Los enérgicos colonos ingleses, luchando palmo a palmo con una indómita población indígena, desmontaron y cultivaron un vasto territorio, y formaron una democracia de campesinos propietarios, viciada por la esclavitud de los negros del Sud, bastante fuerte y coherente, sin embargo, para conseguir pronto su independencia; y a partir de ésta, los Estados Unidos adelantaron en población, en técnica, en economía a pasos de gigante. En México, en cambio, donde los españoles encontraron pueblos ya sometidos por la civilización indígena, les fue fácil sujetarlos a su vez, y distribuirselos para el trabajo en las minas; aquella híbrida sociedad, basada en que 'todo blanco es caballero', desarrollóse lentamente, oprimida por el dogma y el privilegio, y se emancipó tarde de su débil metrópoli, para caer en una serie interminable de revueltas. Ya había salido de los Estados Unidos el primer buque a vapor que surcara los mares, ya cruzaban aquel país vías férreas y líneas de telégrafo, ya sus instituciones políticas llamaban la atención del mundo, y todavía el dictador Santa Anna se oponía en México a la construcción del

primer ferrocarril, porque, según él, iba a quitar el trabajo a los arrieros. Nada de extraño, pues, que a mediados del siglo pasado la exuberante civilización norteamericana, en dos pequeñas expediciones militares, quitara extensos territorios, no al pueblo de México, formado por miserables y esclavizados peones, sino a la oligarquía de facciosos que lo gobernaba. Allí se han construido siete florecientes repúblicas agrícolas y mineras, allí ha surgido California [...]."²⁷

Las coincidencias entre los socialistas y la elite gobernante no opacan los puntos de oposición. Y éstos aparecen con claridad si se toman en cuenta el tipo de sectores sociales a los que el Partido Socialista intentó representar.

Una diferencia central era que el apoyo del Partido a la estructura económica liberal, se basaba en la defensa de los intereses de los consumidores urbanos. De tomar en cuenta éste último, es posible entender el arraigo de los socialistas en segmentos de clase media como en porciones de la clase obrera. El Partido no tenía como único propósito intentar conducir a la clase obrera, sino que anhelaba crear una alianza urbana suficientemente poderosa, como para reformar la pauta predominante de la distribución del ingreso creada por la economía primaria-exportadora. Por consiguiente, además de estar integrado en su mayor parte por grupos de clase media, al socialismo interesaba sobre manera obtener el apoyo electoral de

esta clase.

El partido practicaba un socialismo de tipo reformista y parlamentario. Sus programas eran siempre muy detallados y se dividían convencionalmente en objetivos "máximos" y "mínimos", y en objetivos "políticos" y "económicos".⁶⁰ Si bien su posición tenía como base el postulado de que en Argentina se había desarrollado la "explotación capitalista", su aceptación de las inversiones extranjeras le impedía plantear políticas nacionalizadoras. En lo referente a la actividad más importante sometida a control del capital extranjero, los ferrocarriles; los socialistas limitaron en gran medida sus demandas a mejorar las condiciones de trabajo. Esta era una característica de todo su enfoque del problema obrero. Su grandes consignas apuntaban a construir una completa legislación laboral. En cuanto a la cuestión salarial, los socialistas se mostraban mucho menos directos, dando en general mayor importancia a medidas tales como la reducción del costo de vida, que se amoldaban mejor a su oposición al proteccionismo y su apoyo al libre cambio.

En el programa político del Partido Socialista, las medidas en favor de los intereses puramente obreros eran aún menos evidentes. Los objetivos de ese programa tenían sobre todo un matiz jacobino. Durante muchos años reclamaron que el Poder Ejecutivo se modificase, creando una Junta de Gobierno en lugar de la Presidencia. En materia de elecciones y de actividad legislativa,

promovían el sistema de referendo popular y exigían la abolición del senado nacional. El partido era fuertemente anticlerical y antimilitarista. Propugnaba por la separación de la Iglesia del Estado, y por la formación de milicias populares para remplazar al ejército profesional.

Pese a la popularidad que alcanzó; el Partido Socialista, como consecuencia de sus posturas político-ideológicas, siempre tendió a quedar en una posición intermedia. Su adhesión a una reforma social enfrentaba la dificultad de que una proporción de la clase media se componía de pequeños propietarios y empresarios; mientras que su defensa de la democracia parlamentaria, y su repulsa a la acción directa, no resultaron eficaces para promover un cambio sustancial en provecho de la clase obrera. Bajo el régimen oligárquico, la defensas del parlamentarismo implicaba una virtual impotencia. Con anterioridad a 1912, a despecho del gran apoyo que tuvieron en la ciudad de Buenos Aires, los socialistas apenas lograron una banca en el Congreso nacional. Su único triunfo importante, fueron las leyes estableciendo el día domingo como jornada de descanso obligatorio, y regulando el trabajo de mujeres y niños. Medidas de corte más liberal que socialista.

Un influyente comentarista italiano que visitó Argentina antes de 1910, E. Ferri, declaró: "El Partido Socialista, se llama 'socialista, pero no es sino un 'partido obrero' en su programa

económico (ocho horas, salarios altos, trabajo de mujeres y niños), y es un 'partido radical' (en el sentido europeo de la palabra) en su programa político. Los socialistas argentinos cumplen la función específica del partido radical que falta [...]. Partido y doctrina socialista sin propiedad colectiva es un absurdo."⁴¹

El resultado fue que el socialismo atrajo principalmente a grupos de obreros calificados, que gozaban de cierto 'status aristocrático', como los ferroviarios, y a otros sectores muy especializados que gozaban de mejores condiciones para la movilidad social y el aburguesamiento. El Partido fue relativamente fuerte en las zonas de Buenos Aires de población obrera más antigua, pero su ambivalencia le impidió controlar las entidades claves de la organización obrera: los sindicatos.

A partir de 1910, en que la corriente sindicalista comenzó a cobrar relieve en la organización obrera, la influencia socialista dentro de ella declinó. Ya en 1902 las querellas entre socialistas y sus rivales anarquistas, condujeron a la creación de una federación separada y minoritaria controlada por los primeros: la Unión General de Trabajadores. Organización de escasa representatividad, y que ya en 1907 estaba virtualmente desaparecida. De allí en mas, en casi todos los casos, los socialistas sólo contaron con el apoyo de una minoría en cada nuevo intento organizativo de los sindicatos obreros.

Los anarquistas

La presencia del anarquismo en Argentina está directamente vinculada al fenómeno inmigratorio. Mucho de los inmigrantes llegaron al país con una experiencia política previa, adquirida en las filas del movimiento anarquista, sobre todo, español e italiano.

Desde 1880 son perceptibles los primeros esbozos de organizaciones anarquistas, muchas de ellas articuladas sobre la base del país de procedencia de sus miembros.

Pronto Argentina pasó a convertirse en área receptora de connotadas personalidades del anarquismo mundial. Es el caso de E. Malatesta, quien en 1905 llegó al país huyendo de Italia. Junto a él se sumaron varios militantes activos de la Primera Internacional. Malatesta, en los años que permaneció en Argentina, desarrolló una vigorosa labor organizativa, reflejada sobre todo en el acercamiento de los distintos grupos anarquistas, así como en el fortalecimiento de la labor editorial.

Al cabo de unos pocos años, el anarquismo se incrustó profundamente en las masas de trabajadores de Buenos Aires, y también en las del interior del país. El origen inmigratorio de la clase obrera argentina, el sentimiento de desarraigo, el

aislamiento que padecían los trabajadores respecto de la sociedad global, a lo que había que sumar la ausencia de instrumentos políticos capaces de integrarlos al sistema de poder, facilitaron la difusión de aquellas corrientes que desconfiaban de la conveniencia de una participación obrera en las luchas políticas y electorales.

En la última década del siglo pasado el anarquismo argentino vivió una serie de reacondicionamientos a partir de disputas intestinas entre sus núcleos originales, y entre éstos y el Partido Socialista. Estas disputas se desplegaban en una polémica en torno al tipo de estrategia para con la clase obrera, y por ende, alrededor del proyecto revolucionario a encarar. Esos fueron los años germinales del anarquismo en Argentina, teñidos de un fuerte tinte intelectualista, todavía sin nexos orgánicos y permanentes con el movimiento obrero.

En 1898 se sumó al anarquismo argentino el Dr. P. Gori, anarquista italiano de un activo pasado, que se destacó también como jurista, abogado y experto en criminología. La presencia de Gori, más allá del amplio quehacer académico que desarrolló, cobra relieve en tanto catalizador de un movimiento en gestación. A Gori le cupo un papel crucial en la resolución de las disputas entre los 'individualistas' seguidores de Stirner, y los 'colectivistas' partidarios de Bakunin, disputas que quedaron resueltas en favor de los últimos. Junto a esta toma de posición

teórica, y al calor de un ascenso de la lucha obrera, el anarquismo argentino se inclinó a participar en la organización de los trabajadores.⁶²

La importancia de los anarquistas argentinos radica en el papel que cumplieron en la organización sindical. Hasta la década de 1890, los esfuerzos tendientes a la creación de sindicatos permanentes no tuvieron demasiado éxito. En este periodo hubo una serie de federaciones generales de corta vida, que no sólo fracasaron por el escaso apoyo que obtuvieron, sino también por las disputas en el interior del anarquismo y entre éste y el Partido Socialista.

A fines del siglo XIX, los anarquistas, ya con un perfil más definido, se adueñaron de la situación y quedaron en condiciones de consolidar su influencia. Su creciente poderío se hizo notorio cuando en 1904 se fundó la Federación Obrera Regional Argentina. El uso del término 'regional' ponía de relieve el carácter internacionalista y cosmopolita del movimiento, traduciendo su concepción del Estado nacional como "[...] un ser ficticio, una idea antinatural, una concepción antihumana dependiente de los convencionalismos y azares de la guerra [...]."⁶³ La influencia anarquista se manifestó con fuerza en 1905, cuando el Quinto Congreso de la FORA aprobó la moción por la cual se adoptaba el comunismo anárquico como principio político.

El triunfo de los anarquistas en los sindicatos, coincidió con una marcada exacerbación de los conflictos obreros en Buenos Aires. En la década de 1890 los movimientos huelguísticos tendieron a ser parciales y descoordinados, lo que permitió a la patronal quebrar las huelgas con relativa facilidad mediante el procedimiento de contratar esquiroles. Para superar este obstáculo, los anarquistas comenzaron a difundir la consigna de la huelga general. Pronto las consignas ganaron plena aceptación, y así el periodo que corre entre 1902 y 1910 estuvo signado por una serie de huelgas generales masivas, que llevaron a que el Estado se viera envuelto en violentas campañas de represión. En ese periodo, el gobierno nacional impuso el Estado de Sitio en cinco ocasiones. En 1902 y 1910 respectivamente, el Congreso Nacional sancionó la Ley de Residencia y la de Defensa Social, medidas estas que llegaron a convertirse en un símbolo de la relación entre la oligarquía y la clase obrera urbana.⁶⁴

Mediante la aplicación de estas leyes, se golpeó duramente a la dirigencia anarquista. Centenares de líderes fueron expulsados del país o encarcelados. La Ley de Residencia, aplicada supuestamente contra la dirigencia obrera, es reveladora de la manera como la oligarquía percibía el problema obrero: se negaba a reconocer que los inmigrantes tenían legítimos reclamos, y en consecuencia, consideraba que ellos eran producto de "agitaciones foráneas". En la represión, el procedimiento rutinario consistía en la confiscación y destrucción de las imprentas anarquistas,

seguido de la deportación de sus redactores. El castigo no terminaba con la deportación, pues muchos inmigrantes una vez llegados a su país de origen, debían enfrentar el cargo de haber eludido el servicio militar. Como nuevo elemento disuasivo de las huelgas, la Ley de Defensa Social autorizaba el encarcelamiento de obreros nativos, ampliando de esta manera los alcances de la represión.

Las tensas relaciones entre el Estado y el movimiento obrero alcanzó su máxima expresión en 1910. En aquel año, y con motivo de las fiestas del Centenario, la agitación obrera amenazaba, hasta hacer peligrar la exhibición de pompa y boato que organizaba la oligarquía. El anarquismo programó una huelga general para unos días antes de la celebración del Centenario y como respuesta, la represión fue brutal. La furia oficial destruyó e incendió locales e imprentas anarquistas, encarceló a centenares de dirigentes. La ciudad de Buenos Aires pasó a convertirse en un enorme campo militar patrullado por treinta mil soldados.⁴³

Como resultado de esta embestida el anarquismo fue debilitado. En las décadas siguientes su presencia se diluyó entre nuevas campañas represivas, y el surgimiento de corrientes sindicalistas que terminaron por ganar centralidad en la dirección del movimiento obrero argentino.

El notable éxito que el anarquismo alcanzó, al lograr una posición hegemónica en la dirección del movimiento obrero, estuvo acompañado de una impresionante actividad ideológica y coyuntural a través de sus publicaciones. En efecto, en la primera década de este siglo el movimiento anarquista argentino estuvo entre los más influyentes e importantes del mundo, situación que se manifestó en la extensa literatura que publicó y exportó a otros países. M. Netlau, verdadero erudito de la bibliografía anarquista, llegó a expresar que la capital argentina era un centro editorial tan importante que en 1910 se llegaron a editar tantos folletos y libros de propaganda anarquista como en Barcelona, máximo centro mundial.⁶⁶ Como ejemplo de esta situación, basta citar el periódico La Protesta, que fundado en 1897, en 1904 se convirtió en uno de los pocos cotidianos con que contó el movimiento anarquista en el mundo.

El alto grado de difusión de las ideas anarquistas en Argentina, no tuvo como correlato un nivel teórico y político de la misma envergadura. Diego Abad de Santillán, afirmó al respecto que "se han divulgado ideas, pero no se ha pensado; el movimiento argentino fue un vehículo excelente, pero no ha ofrecido al mundo mucho de original."⁶⁷

Esa ausencia de "originalidad" no sólo puede ser imputable al bajo nivel intelectual de sus propagandistas, sino a las circunstancias de que el movimiento anarquista se expandió en

Argentina en momentos de una parálisis intelectual a nivel mundial. Pero además de esto, esa falta de "originalidad" habría que buscar en las características propias de un movimiento obrero en germen. Aún cuando en Argentina la clase obrera tuvo un fuerte peso en las primeras décadas de este siglo, la heterogeneidad en su composición nacional era tan grande, el peso de la inmigración extranjera era de tal importancia, que paradójicamente, en el proceso mismo de reafirmarse como clase obrera, se vedaba a sí misma la comprensión teórica de 'clase nacional'.

El crisol de nacionalidades sobre el que se asienta el origen de la clase obrera argentina, y la exclusión del sistema institucional de poder, posibilitaron que el anarquismo echara raíces; pero éste fue incapaz de pensar teórica y prácticamente, los caminos que podían conducir a una transformación revolucionaria de la sociedad argentina. En otras palabras, una doctrina como la anarquista que fundamentaba su análisis de la explotación y la lucha de clases a partir de los principios abstractos de justicia no pudo, en el caso argentino, reflexionar sobre los instrumentos necesarios para superar la limitación constitutiva de la clase obrera, y en consecuencia, elaborar una teoría de la revolución basada en el análisis concreto de la naturaleza del Estado argentino.

1.4 DE LA LITERATURA A LA POLITICA: LA GENERACION DEL 900

Hacia 1910 Argentina habia alcanzado el cénit de su expansión económica. De ello era reflejo y símbolo Buenos Aires, la ciudad capital, populosa y cosmopolita. Amplias avenidas y monumentos suntuosos, alumbrado eléctrico, modernos tranvías y automóviles le conferian la fisonomía de la más avanzada ciudad europea.

La elite gobernante convirtió a Europa y sus valores en el punto de referencia obligado. Fue establecido un juego de referencias y validación de comportamientos sociales, que no sólo alcanzaban el ámbito de las ideas, la literatura y las artes en general; " un código argentino existía más si se parecía al de Napoleón, un dandy criollo era mejor si imitaba a Disraeli, una casa en una estancia en Cañuelas, era más comfortable, más casa al fin, si estaba copiada de un chateau francés o a algún cottage británico."

Sin embargo, en esa Buenos Aires cosmopolita y floreciente, comenzó a actuar una nueva generación de intelectuales. Con una heterogénea composición, esta generación se integraba por hijos de inmigrantes de cuño pequeño burgués, por descendientes de antiguas familias acomodadas caídos en apremios económicos, por profesionales con inclinaciones sociales; pero también por muchos otros formados al margen de la institución universitaria y del ámbito académico oficial: empleados de oficinas, periodistas de

segunda línea, poetas y escritores cuyas obras a nadie interesaba publicar.

La Argentina del 900, marcadamente inclinada al beneficio material, no era ámbito proclive para la producción artística. A pesar de ello, esta bohemia se reunía y discutía sobre doctrinas políticas, teatro, música y literatura. El socialismo y el anarquismo ejerció sobre ella una gran influencia.

Entre los padres de esta generación, figuran Leopoldo Lugones, Alberto Ghirardo, Manuel Ugarte y Angel de Estrada, quienes habían tenido como referente a Rubén Darío durante su estancia en Buenos Aires. Las nuevas propuestas del poeta nicaragüense, abrió en estos jóvenes alternativas estéticas como para intentar romper y superar la aridez científicista del positivismo.⁴⁷ Aunque sin abandonar un exultante cosmopolitismo, a ese grupo inicial, se sumaron más tarde entre otros, Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Emilio Betcher, Alberto Gerchunoff y Juan Pablo Echagüe.

De todos ellos fueron sus maestros los franceses Balzac, France, Flaubert, Rolland; los rusos Tolstoi, Dovstolevsky, el noruego Ibsen y el alemán Suderman. Las obras de Bakunin y Kropotkin eran de lectura obligada, y sobre todo Darío a quien admiraban por la estética de su poesía, pero se sentían menos entusiasmados por la temática de sus versos.

Las inquietudes sociales y políticas, así como el acercamiento a la realidad nacional, comenzaron a abrirse paso en la mente de estos jóvenes que en los años siguientes superaron el europeísmo inicial para realizar, en tanto generación, la primera obra global de carácter nacionalista.

El país en que vivían se transformaba rápidamente. Nuevos sectores aparecían en el espectro social. Exigencias inéditas planteaban desequilibrios en la estructura política. La oligarquía, temerosa de que pudiera ponerse en entredicho su status privilegiado, se mostraba incapaz de generar pautas culturales propias. Un sistema electoral caduco y discriminatorio, un predominio económico que tenía al capital extranjero como fundamento esencial, comenzaron a despertar inquietudes de corte nacionalista.

Para los miembros de esta generación, al país vivía una situación límite y ante ello, proyectaron soluciones de carácter intelectual y moral. Se ocuparon en primer lugar del riesgo que entrañaba la aparición masiva de elementos desconectados del pasado nacional, portadores de otras lenguas y culturas. En segundo lugar, del materialismo, de la falta de ideales, del afán desmedido de riqueza que ellos consideraban la contrapartida inevitable del progreso material generado por el proyecto del 80. Por último, hubo un tercer elemento que se abrió paso en esas conciencias de la Argentina eufórica del Centenario: una postura

crítica al reinado del capital extranjero y, de la mano de Rodó, el temor a Calibán.

La fórmula que se ofreció era la defensa de la identidad por la unidad de la enseñanza y la transmisión del idioma; la afirmación de la tradición, cuyo baluarte era el interior del país frente al cosmopolitismo del puerto de Buenos Aires; y la reivindicación de un origen enraizado en España. Todo ello enmarcado en una voluntad espiritualista, purificante, capaz de actuar como herramienta en la tarea de superar la diversidad de culturas, producto del aluvión inmigratorio.

En 1909, apareció una obra fundamental en el ideario de este primer nacionalismo, *La Restauración Nacionalista* de Ricardo Rojas.⁷⁰ Este escrito sostenía que la situación de pueblo nuevo y cosmopolita de la Argentina, requería más que nunca "el culto de la tradición y la formación de un ambiente histórico nacional."⁷¹ Recordaba que una inmensa cantidad de brazos italianos trabajaban en los campos argentinos, y que una suma extraordinaria de capitales británicos movían sus empresas. Tras la prosperidad evidente, se escondía "una silenciosa tragedia del espíritu tradicional."⁷² Un cúmulo de males convertía en imperiosa la necesidad de una reacción en favor de la conciencia nacional, y ésta sólo se alcanzaría mediante la formación de un ideal nacionalista. El instrumento básico de este proceso era la educación, que coadyuvaría a la consolidación de una

"personalidad colectiva."⁷³ Según Rojas, la conciencia nacional se formaría sobre la base de "la existencia de un territorio, de una solidaridad cívica y del conocimiento de una tradición continua y una lengua común, alcanzado ésto último mediante la enseñanza de la historia."⁷⁴ Sólo por medio de la conciencia histórica, decía Rojas, se llegaría a constituir una conciencia nacional. Debía "ser la escuela el hogar de la ciudadanía donde se fundieran y armonizaran los elementos cosmopolitas que forman la nación."⁷⁵

A manera de conclusión, Rojas incluía una serie de medidas fragmentarias, conducentes a la concreción de sus objetivos, entre las cuales, sintomáticamente se apuntaba la promoción de viajes de estudio a las provincias del interior, y más notable aún, a España.

En 1910 Manuel Gálvez publicó El diario de Gabriel Quiroga, este libro junto con el de Rojas, constituyen los dos pilares sobre los que se asentó el nacionalismo del Centenario. Gabriel Quiroga, alter ego de Gálvez, recorre las provincias con el fin de respirar aire argentino y empaparse de patria y de tradición. Sostenía Gálvez "que el espíritu nacional no se ha extinguido del todo, sólo se halla oculto bajo la espesa capa de cosmopolitismo",⁷⁶ impuesto por la preminencia de Buenos Aires. Y de la misma forma que "el alma española antigua pervive en su arte, su literatura, sus viejos edificios cargados de historia;

debe rastrearse el alma argentina en las escasas tradiciones que aún se conservan, en su exigua literatura, y en los pueblos del interior donde aún no ha penetrado la civilización contemporánea."?? Antes que "las compuertas de Buenos Aires abrieran paso al elemento extraño y a la riqueza fácil" el espíritu de las provincias influía en la nación, "existía en el territorio una gran unidad espiritual, y se conservaba el alma de la nacionalidad. Pero ahora la idiosincracia cosmopolita de Buenos Aires margina el espíritu de la patria vieja."??

Del fomento del provincianismo, esperaba Gálvez la salvación de la nacionalidad "ya que el localismo provincial, con su amor a las tradiciones, su resistencia a lo extranjero, su espíritu americano"?? encarnaba la resistencia a la desnacionalización. Exaltaba Gálvez la profundidad del espíritu provinciano, frente a la superficialidad del porteño, y hallaba en las ciudades de provincia una espiritualidad de la que carecía Buenos Aires "donde reina una materialismo repugnante."??

El ideario argentino que propugnaba el escritor, debía surgir volviendo la mirada hacia las profundidades de la raza, plasmada por la conjunción de dos elementos: el americano y el español. El acento puesto en la necesidad de volver los ojos hacia España no era casual. Durante el largo periodo en que las energías argentinas habían estado al servicio de un progreso acelerado, estrechamente ligado a la expansión del mercado inglés; España

había representado el oscurantismo, la decadencia. Pero ante una situación caracterizada por la presencia masiva de elementos extranjeros, España aparecía como el sustrato capaz -por razones de lengua, tradición e historia- de ofrecer un nivel de identificación a una sociedad marcada por la heterogeneidad. "Los argentinos, decía Gálvez, no han dejado de ser españoles."²¹

En esta generación de intelectuales, la preocupación por la fundación de una conciencia nacional a partir de la tradición, y de la búsqueda de raíces; entroncó con las propuestas de Rodó. La indagación en la espiritualidad 'latina', el encuentro en ella de factores distintivos condujo rápidamente a identificar al Calibán anglosajón, de ahí a la denuncia del expansionismo norteamericano hubo sólo un paso. Y en este aspecto, la Generación del 900 tuvo una voz pionera, la de Manuel Ugarte.

El "paladín" de la causa latinoamericana

A partir de la búsqueda de nuevas alternativas estéticas, Manuel Ugarte llegó también al abordaje de asuntos políticos. Sin embargo, quizás por una experiencia distinta respecto al resto de sus compañeros de generación, la preocupación por la unidad latinoamericana frente a la agresión norteamericana, se convirtió en uno de los temas centrales de su vasta obra.²²

Manuel Ugarte nació en 1875 en el seno de una familia de

terratenientes bonaerenses. La formación francesa lo acompañó desde muy joven. En 1889 llegó a París, y allí concluyó sus estudios secundarios. De regreso a Buenos Aires, abandonó los estudios para inclinarse por la literatura. Sus primeras experiencias en este campo fueron desarrolladas en el marco de una publicación que fundó, La Revista Literaria. Creación no ajena a la Revista Nacional, creada por Rodó en Montevideo. Durante algo más de un año, sobrevivió esta publicación, desde donde el joven Ugarte lanzó sus primeras críticas al afrancesamiento de Darío, y al academicismo de la vieja guardia literaria argentina. Junto con Ghirardo, realizó sus primeras defensas de la poesía social, al tiempo que, comenzó a estrechar lazos con intelectuales latinoamericanos: José Santos Chocano, Rufino Blanco Fombona, Ricardo Palma, Jaime Frevre. Estos autores encontraron cabida en la revista de Ugarte, y con todos ellos estableció una relación que perduró toda su vida.

En 1897 Ugarte se trasladó a París, capital de la bohemia latinoamericana. Los contactos establecidos desde La Revista Literaria se ensancharon. En el clima intelectual del barrio latino, comenzó a avivarse una inquietud política en Ugarte. La guerra hispano-norteamericana de 1898, aparece como el catalizador de lo que sería una preocupación medular: el expansionismo norteamericano.

Con una cultura exclusivamente literaria, ajena a toda reflexión

histórica o sociológica, Ugarte se embarcó rumbo a Estados Unidos a fines de 1898. De la simple curiosidad por conocer el avasallante crecimiento norteamericano, Ugarte pasó a descubrir una amenaza: " El pueblo norteamericano no era para mí, entonces, más que un gran maestro de vida superior, y celebré sin reservas el inaudito esfuerzo desarrollado en poco más de un siglo. Las comprobaciones penosas para nuestro patriotismo hispanoamericano, las inducciones inquietantes para nuestro porvenir, las pruebas de las intuiciones que abriga el imperialismo en lo que respecta a resto del continente, empezaron a nacer a mis ojos en el mismo territorio de los Estados Unidos." ²³

A partir de indagaciones en bibliotecas, apareció frente a Ugarte la materialización de la política expansionista norteamericana. "Las interrogaciones se alinearon entonces, las unas frente a las otras. ¿Cómo no surgió una protesta en toda la América de habla española, cuando los territorios mexicanos de Texas, California y Nuevo México fueron anexados a los Estados Unidos?. ¿Porqué razón no hubo en el continente una sublevación de conciencias, cuando los que fomentaron el separatismo de Cuba en nombre de la libertad, invocando altos principios de justicia, y argumentando el derecho de los pueblos a disponer de su suerte, impusieron la enmienda Platt, y la concesión de estaciones navales estratégicas en las costas de la isla?. ¿Se concilia acaso, con la plena autonomía de nuestros países, la existencia en Washington de una oficina de repúblicas hispanoamericanas, que tiene una

organización de un Ministerio de Colonias?. ¿No implica la doctrina Monroe un protectorado?, etc..."⁸⁴

Con este tipo de preocupaciones, en el verano de 1898 Ugarte abandonó los Estados Unidos para dirigirse a México. Allí el escritor frecuentó el núcleo de intelectuales agrupados en torno a la *Revista Moderna*. "Allí conocí a Jesús Valenzuela, Luis G. Urbina, Ciro Ceballos, Amado Nervo, Juan Sanchez Azcona, Jesús Urueta, Julio Ruelas, Alfonso Cravioto, Rubén Campos, y muchos otros [...]. Nunca hubo en nuestra América una floración conjunta de brillantes espíritus como la que en aquel momento se levantaba, en la que con orgullo llamaban todos la capital azteca."⁸⁵

Ugarte en más de un punto coincidía con las propuestas literarias de los mexicanos, al tiempo que llamó poderosamente su atención, el vivo resentimiento y la hostilidad con que la juventud mexicana trataba al "gringo".

Con estas impresiones y las captadas en Estados Unidos, Ugarte regresó a París. Y desde allí emprendió una campaña periodística que duró largos años. Escribió para *El País* de Buenos Aires, *La Epoca* de Madrid y la *Reviue Mondiale* de París. Habló de los congresos panamericanos, sobre la política comercial norteamericana, y sobre la mentalidad latina de las repúblicas hispanoamericanas.

Junto a esta actividad, Ugarte comenzó a vincularse al socialismo francés. Bajo la influencia de Jaurés adhirió a un socialismo evolucionista, y sobre todo a la tesis de que cada partido socialista debía elaborar una propia práctica en correspondencia a las condiciones del país donde actuaba.

En Ugarte, la inclinación hacia el socialismo careció de todo soporte teórico. Nunca reflexionó sobre, ni a partir de los clásicos. Su adhesión en todo caso correspondió a 'un sentir el socialismo como la idea del siglo', frente a un mundo de injusticias, miserias y desigualdades. Diríamos que Ugarte abrazó el socialismo más por indignación moral, que por un claro entendimiento de las posiciones sostenidas por la Segunda Internacional.

Armado con estas nuevas experiencias, Ugarte regresó a Buenos Aires en 1903. Se integró a un grupo de intelectuales con similares inquietudes (Leopoldo Lugones, Alfredo Palacios y José Ingenieros), afiliándose al Partido Socialista. Un año más tarde volvió a Europa. El partido de Justo lo envió como delegado al Congreso Internacional Socialista de Amsterdam. Esta nueva estancia en el viejo continente se prolongó hasta 1911.

Desde su bastión parisino Ugarte se entregó a la literatura, al ensayo y a la polémica en torno a la necesidad de concebir la creación artística con un sentido social.⁹⁶ Junto a esto, la

política imperialista norteamericana, estimuló su interés y preocupación. Se multiplicaron sus artículos en la prensa, dictó conferencias, y como consecuencia de todo ello publicó en 1910 *El porvenir de América Latina*, obra que alcanzó un eco continental, y con la cual Ugarte quedó integrado a la primera generación de "antimperialistas" latinoamericanos.

En efecto, desde finales del siglo pasado y principios de éste, como respuesta a la política hegemónica de Estados Unidos, toda una generación de intelectuales de América Latina comenzó a levantar su voz de protesta. En 1893 el brasileño Eduardo Prado escribió *La ilusión americana*, en cuyas páginas denunció las tropelías norteamericanas en Iberoamérica. En 1898, el venezolano César Zumeta dió a conocer *El continente enfermo*, donde afirmó que "sólo una gran energía y una perseverancia ejemplar pueden salvar a la América del Sur de un protectorado norteamericano".⁹⁷ En 1900, el uruguayo José Enrique Rodó publicó su *Ariel*, convocando a la unidad hispanoamericana contra el Calibán del norte. En 1902, el colombiano José María Vargas Vila editó *Ante los bárbaros*, extensa diatriba contra los Estados Unidos; y por la misma fecha, Rufino Blanco Fombona, refutó las pretensiones vertidas por el norteamericano Stead en la americanización del mundo en el siglo XX. Ugarte desde 1901, ha estado escribiendo artículos periodísticos, desde los cuales comenzó a armar su propuesta cristalizada en *El porvenir de América Latina*.

Desde coordenadas espiritualistas que remiten a Rodó, Ugarte se adentró en la historia hispanoamericana, para erigir el concepto de "raza latina" en el punto distintivo de la civilización latinoamericana frente a la norteamericana. Minimizando las diferencias regionales, América Latina aparece como un espacio donde "con ligeros matices, el medio social, las costumbres, las inclinaciones, los sentimientos y los gustos son idénticos. Desde el punto de vista de la raza, como desde los otros, las repúblicas de origen hispano no pueden ser más semejantes."¹⁰⁰

Esas semejanzas no sólo constituían la línea fronteriza entre dos civilizaciones, sino que, el "porvenir de América Latina" pasaba a depender del acto de asumir esas semejanzas y actuar en consecuencia. "Los Estados Unidos, formados por la acumulación de gentes frías y razonadoras, se han desarrollado de acuerdo con su origen, haciéndose una originalidad de la vida fabril y el industrialismo desbordante. La América del Sur, donde predomina el espíritu latino ha tomado otros rumbos, que no son ni superiores ni inferiores, que son simplemente diferentes. Tengamos la audacia de cargar con el pasado y confesar lo que somos [...]. Lo que fortifica a las grandes naciones es la unidad de la raza. Antes de hacer nada grande, los hombres necesitan tener la convicciones de pertenecer a un conjunto homogéneo, y no a una muchedumbre en derrota [...]. La fuerza de todos los países reside en las mismas cualidades, cada uno perdura por su originalidad. Y sólo fortificaremos la nuestra cultivando el

orgullo de lo que somos."67 Y si se trataba de reconocer orígenes, "nada de recriminaciones contra España. Los sudamericanos que niegan su origen son suicidas y parricidas a medias. España fue la cuna y el brazo de la nacionalidad."68 Para Ugarte, el alma latina de hispanoamérica tenía dos vertientes, una España, la otra, "la segunda conquista de origen francés, que desde el siglo XVIII ha catequizado a América Latina, por la virtud de su pensamiento."71

Las diferencias de origen, de educación y de contumbres volvían irreconciliables a la sociedad norteamericana con las de origen latino. Pero la preocupación de Ugarte no radicaba en señalar esas diferencias, sino en el peligro que representaba -en palabras de Ugarte- la locura imperialista estadounidense. "Armados de la paradoja imperialista, según la cual un pueblo que no sabe hacer valer sus riquezas, no tiene derecho a conservarlas, los Estados Unidos vienen utilizando desde hace algún tiempo la desigualdad y divisiones para empujar sus fronteras hacia el Sur, absorbiendo y regenteando territorios que forman parte de la América Latina."72

Aunque con limitaciones -que más adelante señalaremos-, existe en Ugarte una reelaboración del fenómeno imperialista que no se reduce, según la matriz arrialista, a un dato cultural, materialista o utilitario, sino que prevé un curso en donde el imperialismo norteamericano extenderá gradualmente su dominación,

"primero con la fuerza comercial, después con la política, y por último con las armas [...]. De ahí que al pensar en el peligro yanqui, no debamos ver una agresión brutal, sino un trabajo paulatino de invasiones subterráneas, de conquistas graduales, que irradiarán cada vez con mayor intensidad desde su frontera en marcha hacia las comarcas latinas."⁹³

Resulta importante detenerse en el análisis del contenido que Ugarte otorgó al vocablo "imperialismo", a los fines de intentar comprender su propuesta, como su accionar latinoamericanista durante la segunda década de este siglo.

El último tercio del siglo pasado fue el escenario donde irrumpió el fenómeno imperialista. En 1882, la Standart Oil Co. de New Jersey se convirtió en el primer trust norteamericano. La política imperialista norteamericana quedó inaugurada oficialmente en 1898. Y recién en 1910 apareció el libro de Hilderfing El capital financiero, seis años más tarde se publicó el clásico trabajo de Lenin El imperialismo, fase superior del capitalismo.

De tener en cuenta estos datos, y agregar la demora implícita en la transmisión de estos mensajes teóricos a esos intelectuales latinoamericanos, máxime si ellos lejos de participar en estos debates, arribaron a la política desde una práctica artística, es fácil inferir la escasa densidad teórica desde la cual

abordaron el problema.

Desde una matriz espiritualista Ugarte construyó el objeto de sus ataques antimperialistas, identificándolo básicamente con aquella nación que lo sustentaba, más que con una categoría explicativa de la recomposición operada en el capitalismo mundial desde las últimas décadas del siglo XIX. En Ugarte impactaron con dureza las características 'anexionistas', 'territorialistas' asumidas en América Latina por el imperialismo norteamericano.

Fueron estas limitaciones las que impidieron un análisis más preciso del fenómeno, y lo que es más significativo aún, el sostener una visión acrítica del imperialismo europeo. En efecto, en el texto de Ugarte brilla por su ausencia el papel desempeñado por Inglaterra en las economías latinoamericanas en general, y Argentina en particular. Así encontramos el hecho paradójico de un Ugarte criticando el proyecto para establecer un ferrocarril panamericano, bajo la acusación de ser una grave amenaza para las soberanías latinoamericanas, sin observar el completo dominio que ejercían los británicos sobre las vías férreas de su propio país.

Sin poder observar el papel desempeñado por el imperialismo europeo, Ugarte diseñó su propuesta: "Nosotros tenemos particular interés en que Europa conserve sus posiciones. Primero porque ella nos dió la civilización, las aptitudes para hacer valer la riqueza y hasta el alma nacional, que sólo es una resultante de

la conquista y de las inmigraciones posteriores. Y segundo, porque el equilibrio de influencias es la primera condición de la autonomía, y porque el triunfo del empuje panamericano importa el aniquilamiento de nuestras nacionalidades nacientes."??

En el horizonte ugartista, Europa emergía como un reaseguro de la defensa latina. Su postura era la de equilibrar influencias europeas, y a la vez enfrentar a ellas las pretensiones norteamericanas: "América Latina dispone, para preservarse, de una serie de recursos que combinados con destreza pueden determinar una victoria. El más poderoso sería la presión que los intereses europeos deben ejercer sobre las ambiciones norteamericanas. Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, han colocado en las Repúblicas del Sur grandes riquezas, han establecido vastas corrientes de intercambio y de emigración, y no pueden ver comprometidos las prolongaciones de su esfuerzo. En caso de que los yanquis pretendieran extender su obra que ya ha comenzado en Centroamérica, se encontrarían, si sabemos dirigir las cosas, en pugna con los más grandes. Este choque de apetitos es la mejor salvaguardia [...]. Los europeos se opondrán siempre -si manejamos con soltura los detalles sutiles de la política exterior- a todas las amenazas del imperialismo."??

El andamiaje de la defensa latina quedaba constituido además por la propuesta de unión y solidaridad de los pueblos latinoamericanos. De esta forma, surge con claridad la real

dimensión del discurso "antimperialista" de Ugarte: la denuncia contra el expansionismo norteamericano por un lado, y por otro, y como factor dominante, la contrapropuesta defensiva de unidad latinoamericana. "Apoyada en su unidad moral y en la simpatía de sangre con Europa, América Latina puede oponer una resistencia invencible."⁷⁶

El desafío consistía en trabajar por el establecimiento de vasos comunicantes entre las balcanizadas naciones del continente. El esfuerzo principal debía dirigirse a concientizar "el espíritu público", y en la preparación de esta labor, señalaba Ugarte, "los más ilustrados y los mejores deberán entregarse al infatigable esfuerzo de propaganda."⁷⁷ La autoreferencia resulta innegable, al otorgar a los hombres de letras la responsabilidad del esfuerzo inicial. "Los poetas, han hecho en realidad hasta ahora por la unión, mucho más que las autoridades. Sobre todo en una circunstancia, en que del buen acuerdo entre todos, depende la salvación o el fracaso de los latinos del Nuevo Mundo."⁷⁸

Fiel a sus ideas, Ugarte se lanzó a una enorme tarea de propaganda a lo largo de América Latina. Quehacer que resultó potenciado a partir de los sucesos que estallaron en México en 1910.

NOTAS

1. Véase. H.S. Ferns. Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX. Bs. As. Ed. Hachette. 1972. Cap.XIII.
2. Véase. M.P. Burgin. Aspectos económicos del federalismo argentino. 1820-1850. Bs. As. Ed. Hachette. 1971. R. Cortes Conde y E. Gallo. La formación de la Argentina Moderna. Bs. As. Ed. Paidós. 1967. R.M. Ortiz. Historia económica de la Argentina. 1850-1930. Bs. As. Ed. Hachette. 1971.
3. "[...] los veteranos de la campaña [contra el indio] fueron recompensados con cesiones de tierra, sobre una base bastante equitativa, en proporción al grado y al servicio. Sin embargo, éstas promediaban alrededor de 8.000 hectáreas, y los beneficiarios tenían que pasar tantas dificultades y hacer tantos gastos para localizar, deslindar y registrar sus propiedades, que muchas de ellas fueron vendidas a precios muy rebajados y terminaron en manos de unos cuantos monopolistas. Además la mayor parte de las veces, la práctica era vender las tierras públicas en grandes extensiones [...]" A.P. Whitaker. Argentina. México. Ed. Diana. 1966. p. 71.
4. Véase. R. Cortes Conde y E. Gallo. Op. Cit. R.M. Ortiz. Op. Cit. N. Sbarra. Historia del alambrado en la Argentina. Bs. As. Ed. Raigal. 1955.
5. Citado por M. Rapoport. Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas. 1940-1945. Bs. As. Ed. Gelgrano. 1980. p.23.
6. Véase. D. Rock. Op. Cit. Cap.I.
7. Véase H. Giberti. Historia económica de la ganadería argentina. Bs. As. Ed. Hyspamérica. 1986. J. Scobie. Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910. Bs. As. Ed. Hachette. 1968.
8. Cifras tomadas de D. Rock. Op. Cit. p.13.
9. En 1901 Argentina exportó 21 mil toneladas de carne vacuna congelada. En 1905 la cifra ascendió a 129 mil toneladas, frente a las 112 mil exportadas por Estados Unidos. En 1911, Argentina alcanzó la cifra de 309 mil toneladas contra 7 mil de los Estados Unidos. Cifras tomadas de E. Gallo y R. C. Conde. La república conservadora. Bs. As. Ed. Paidós. 1972. p.122.
10. R.M. Ortiz. Historia de la industria argentina. Bs. As. Ed. Hachette. 1966. p.146.

11. La primera etapa de la "guerra de la carne" se prolongó hasta 1911, en que tuvo lugar la Primera Conferencia de Fletes. Allí se estableció que a los frigoríficos norteamericanos les correspondiera el 41.35% de los embarques, a los británicos el 40.15% y a los argentinos el 18.50%. Estos porcentajes tuvieron vigencia hasta 1913. Roto el acuerdo, hubo que esperar hasta 1915 para fijar nuevas cuotas. Esta vez correspondió el 58.5% a los norteamericanos, el 29.64% a los británicos y el 11.86% a los argentinos. En 1927 se celebró un nuevo acuerdo. Los norteamericanos siguieron beneficiándose: 60.91%, en cuanto a los británicos y argentinos, correspondió el 29.09% y el 10% respectivamente. Véase F. Smith. Carne y Política en Argentina. Bs. As. Ed. Paidós. 1983.
12. Datos tomados de D. Rock. Op. Cit. pp.13-14.
13. Datos tomado de M. Rapoport. Op. Cit. pp.20-21.
14. Datos tomados de D. Rock. Op. Cit. pp.18-19.
15. Oscar Cornblit. "Inmigrantes y empresarios en la política argentina" en T. Di Tella y T. Halperín Donghi, Los fragmentos del poder. Bs. As. Ed. Jorge Alvarez. 1969. p.374.
16. A. Whitaker. Op. Cit. p.38.
17. Existieron también políticas de colonización de tierras, y éstas tuvieron relativo éxito en las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe.
18. En el censo de 1914, de los 7.865.237 habitantes censados, 2.357.952 habían nacido en el exterior, o sea un 29.9%, si consideramos sólo la población del litoral 36.6%, y si nos reducimos al ámbito de la capital federal, la proporción de extranjeros en el total de habitantes de la ciudad llegaba al 49.3%. Datos tomados de J. Panettieri. Argentina: historia de un país periférico. Bs.As. CEAL. 1986. p. 179.
19. Datos tomados de A. Whitaker. Op. Cit. p.76.
20. Véase S. Bagú. Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina. Caracas. Universidad Central de Venezuela. 1969.
21. El nivel de alfabetización se elevó de un 22% en 1869, a un 46% en 1895 y al 65% en 1914. Datos tomados de A. Whitaker. Op. Cit. p.58.
22. D. Viñas. Del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal. Bs. As. Ed. Jorge Alvarez. 1965. p.29.

23. Véase C. Solberg. *Inmigration and nationalism in Argentina and Chile. 1890-1914.* Texas. Texas University Press. 1970.
24. Por ejemplo, para el caso de las diferencias entre los dos tipos de actividad ganadera: criadores e invernadores, véase P. Smith. *Op. Cit.*
25. J.N. Matienzo. *El gobierno representativo federal de la Republica Argentina.* Bs. As., s.p.i., p.322.
26. G. Germani. *Política y sociedad en una época de transición.* Bs. As. Ed. Paidós. 1966. pp.225-226.
27. Véase E. Gallo y R. Cortés Conde. *Op. Cit.* Bs. As. Ed. Paidós. 1972; y J. Panettieri. *Op. Cit.*
28. Véase Cornblit, E. Gallo y A. O' Connel. "La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias." en T. Di Tella, et. al. *Argentina, sociedad de masas.* Bs. As. Eudeba. 1965; y N. Botana. *Op. Cit.*
29. Para una pormenorizada descripción de las medidas antiroquistas adoptadas por Alcorta, véase M.A. Cárcano. Roque S. Peña... *Op. Cit.*
30. La reforma a las leyes electorales de 1912, reconoce algunos antecedentes, a la postre frustrados, pero que manifiestan la toma de conciencia de un sector de la elite por intentar una apertura en el sistema político. En este sentido, un antecedente importante fue la ley 4.161 promulgada en enero de 1903. Véase H.Pereyra. "La reforma de la ley electoral del año 1902. Proyecto J.V. González." en *Trabajos y Comunicaciones.* La Plata. N.7. 1967.
31. Véase M.A. Cárcano. Roque S. Peña... *Op. Cit.* Cps. III y IV.
32. Spencer define esta ley como "la integración de la materia y la disipación concomitante del movimiento por el cual la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminado e incoherente, a un estado de heterogeneidad determinado y coherente." J. Ferrater Mora. *Diccionario de Filosofía.* Bs. As. Ed. Sudamericana. 1965. p.711.
Spencer aplicaba esta ley a todos los dominios de la realidad, y particularmente a la biología, psicología y sociología. Puede afirmar entonces que "esta ley del progreso orgánico es la ley de todo progreso, en el cual se realiza siempre la misma evolución de lo simple a lo complejo mediante diferenciaciones sucesivas." H. Spencer. *Creación y Evolución.* Madrid. Valencia Sampere y cia. Eds, s.f. p.122.
En la evolución, afirmaba Spencer, no hay punto final, todo equilibrio es sólo el punto de partida de una nueva desintegración, y por eso el universo entero se haya sometido a

un ritmo constante y eterno, a un perpetuo cambio que, en el plano ético y político, culmina en un individualismo cercano a la perfección. No la perfección absoluta, porque ello representaría, de acuerdo a su teoría, el fin de la evolución y el aniquilamiento de la conciencia humana que adquiere su sentido en el permanente esfuerzo de adaptación al medio.

Las ideas de Spencer llegaron a Argentina entramadas con las de otros pensadores coetáneos, particularmente con las de Darwin y Haeckel, de las que era en parte tributaria su filosofía; pero también con las de Comte, Mill y Taine, por mencionar los más importantes nombres del pensamiento que se ha dado en llamar positivista.

Incuestionablemente, Comte y Spencer aparecen como los pilares de ese pensamiento, y más allá de sus diferencias, hay ciertos supuestos comunes en las propuestas de ambos: 1) El método científico y las ciencias en general, aparecen como el más seguro instrumento de conocimiento. 2) El positivismo, como teoría del conocimiento, no admite otra realidad más que los hechos y sus encadenamientos, por eso rechaza todo conocimiento apriorístico y metafísico. 3) La sociedad se asemeja a la naturaleza, en tanto puede compartir con ésta el mismo tipo de leyes predecibles e inevitables, o ser natural ella misma, orgánica y biológicamente determinada. y 4) la historia tiende, a través de una serie de etapas sucesivas o de un proceso evolutivo, hacia el progreso.

En este sentido amplio, el positivismo incluye el científicismo, el naturalismo y el evolucionismo, y de este modo resulta lo suficientemente abarcativo de las diferentes direcciones del pensamiento predominante en Argentina a fines del siglo XIX.

33. En el marco de una sucesión de intentos fallidos por materializar bases que dieran sustento a una definitiva organización de la vida nacional, en 1835, las disputas entre federales y unitarios condujeron al poder a Juan Manuel de Rosas. La dictadura por él inaugurada, llevó al exilio a toda una generación de "ilustrados" pensadores. El proyecto rosista, y sobre todo la apoyatura popular que lo sostuvo, fue motivo de relexión por parte de esa intelectualidad perseguida, a la que se conoce en la historia del pensamiento argentino con el nombre Generación del 37. Ella intentó por primera vez en Argentina, una interpretación de la realidad nacional sobre bases cercanas al sansimonismo francés. Miembros destacados de este grupo fueron: Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Miguel Cané. En las reuniones de este núcleo -el Salón Literario organizado en la librería de Marcos Sastre- se combinaban preocupaciones literarias y político-sociales. Clausurado el Salón por Rosas, los jóvenes organizaron su militancia en una organización secreta: Asociación de la Joven Generación Argentina. De esta Asociación salió un documento fundamental: **Creencia o Credo**, que redactaron Echeverría y Alberdi, y que luego en 1846, el primero recogió con el nombre de **Dogma Socialista**. En él se echaban las bases de un vasto sistema de ideas que constituyó el núcleo del pensamiento conciliador que

condujo a la "reorganización nacional", periodo que se abre con la caída de Rosas en 1852. Estrechamente vinculado a la Asociación, Domingo F. Sarmiento escribió, en su exilio chileno en 1945, *Facundo o Civilización y Barbarie*, que completó el cuadro de ideas de las que será tributaria la Generación del 80

34. Precisamente esta circunstancia, que en su momento llamó a atención de Alejandro Korn, es la que ha permitido a algunos especialistas hablar de un positivismo autónomo, desvinculado del que Comte elaboraba en su Francia natal. Véase H. Spalding. *Argentine. Sociology from the end of the Nineteenth Century to World War One*. Bs. As. Instituto Torcuato Di Tella. Documento de Trabajo N. 52, 1976.

35. La obra de R. Soler, *El positivismo argentino*, México, UNAM, 1976; constituye hasta la fecha el más importante estudio dedicado a indagar el impacto del positivismo en los medios académicos argentinos. En lo referente al rastreo del pensamiento positivista en los círculos gubernamentales, el tema está prácticamente inexplorado. Una reciente publicación, intenta plantear algunas líneas de investigación: C. Mayo y F. García Molina. *El positivismo en la política argentina 1880-1906*. Bs. As. CEAL. 1989.

36. Acerca de las rupturas y continuidades en el pensamiento liberal y sus reflexiones en torno a las cuestiones nacionales, es sugerente el artículo de T. Halperin Dongui "1880, un nuevo clima de ideas", en *El espejo de la historia*. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1987.

37. D.F. Sarmiento. *Facundo*. México. SEP/UNAM. 1982. p. 91.

38. *Ibid.* p. 83.

39. *Ibid.* p. 114.

40. Citado por C. Mayo y F. García Molina. *Op. Cit.* p. 18.

41. C. Ibarguren. *La historia que he vivido*. Bs. As. EUDEBA. 1969. p. 56.

42. Véase J.C. Tedesco. *Educación y sociedad en Argentina. 1880-1900*. Bs. As. CEAL. 1982.

43. Sobre las primeras producciones académicas realizadas desde una vertiente positivista, véase R. Soler. *Op. Cit.*

44. *La Nación*. Bs. As. 9/12/1905.

45. La influencia de las ideas de Spencer tuvo una marcada proyección en la venta de ferrocarriles y en la enajenación de obras de salubridad de la ciudad de Buenos Aires. Con

anterioridad a 1880, el gobierno nacional y las provincias construyeron e hicieron funcionar varias líneas férreas. El gobierno de Juárez Celman, fiel a su credo liberal, los vendió uno tras otro a intereses particulares. Uno de los últimos en venderse fue el Ferrocarril Oeste, la línea férrea de mayores ganancias en Argentina. En 1889, el Congreso aprobó la venta de esta línea a una compañía británica. Hubo cierta oposición en la Legislatura, pero la resistencia fue vencida por los ministros nacionales, que aparecieron ante las Cámaras para argumentar que un gobierno que deseaba desempeñarse correctamente, no debía inmiscuirse en asuntos económicos. En apoyo de esta posición, los voceros del presidente acudieron una y otra vez al pensamiento liberal europeo contemporáneo, afianzando sus exposiciones con los nombres y argumentos de Spencer, Bulcke y Leroy-Besulieu, entre otros. Véase R. Sacalabrini Ortiz. *Historia de los Ferrocarriles Argentinos*. Bs. As. Ed. Plus Ultra. 1971.

46. J.L. Romero. *Las ideas políticas en Argentina*. Bs. As. FCE. 1977. p. 186.

47. N. Botana. "La reforma política de 1912" en M.G. Zapiola (comp.) *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina hasta 1930*. Bs. As. Ed. Amorrortu. 1978. p.233.

48. J.B. Justo. *Teoría y Práctica de la Historia*. Bs. As. Ed. La Vanguardia. 1938. pp.520-521.

49. A. Ardao. "Assimilation and transformation of Positivism in Latin America", en R.L. Woodward (Ed.). *Positivism in Latin America, 1850-1900*. Lexington, Massachusetts, D.C. Health and Co. 1971. pp.16.

50. La bibliografía sobre el radicalismo es abundante. El esbozo que aquí se presenta ha tenido como fuentes básicas de consulta las siguientes obras: N. Botana. Op. Cit. S. del Mazo. Op. Cit. F. Luna. Op. Cit. E. Gallo y Silvia Sigal. "La formación de los partidos políticos contemporáneos. La UCR. (1891-1916)" en T. Di Tella, et. al. Op. Cit. D. Rock. Op. Cit. A. Roig. *Los krausistas argentinos*. México. Ed. Cajica. 1969.

51. Un pormenorizado estudio sobre los orígenes de los dirigentes intermedios del radicalismo ha sido realizado por D. Rock. Véase, "Machine politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930" en *Journal of Latin American Studies*. Vol. 4. Parte II. Nov. 1972.

52. La estructura y funcionamiento de los comités radicales y los caudillos barriales, ha sido estudiada por D. Rock, *El radicalismo...* Op. Cit. Allí se describe y analiza el sistema de prebendas (facilidades ante apremios económicos, asesorías legales, venta de alimentos baratos, etc.) diseñado por el

radicalismo en busca del apoyo electoral en el medio urbano de Buenos Aires.

53. Los radicales fueron mayoría en Capital Federal, Córdoba, Entre Ríos, Mendoza, Santiago del Estero y Tucumán, y minoría en provincia de Buenos Aires, Catamarca, Corrientes, Jujuy, La Rioja, Salta y San Juan.

54. R. Walter. *The socialist party of Argentina. 1890-1930*. Austin. University of Texas Press. 1977. p.19.

55. *Ibid.* pp.20 y ss.

56. J.B. Justo. *Op. Cit.* p.123.

57. E. Bernstein. *Socialismo evolucionista*. Valencia. F. Sempere y cia., s.f.. p.61.

58. En el análisis de la conducta del Partido Socialista frente a la Revolución Mexicana, ahondaremos en los detalles de su percepción del imperialismo norteamericano.

59. J.B. Justo. *Op. Cit.* p.137.

60. Para un presentación detallada de las bases programáticas del Partido Socialista, véase J. Oddone. *Historia del socialismo argentino*. Bs. As. CEAL. 1983. 2 vols.

61. Citado por A. Posada. *La República Argentina. Impresiones y Comentarios*. Madrid, s.e., 1912. pp.285-286.

62. El estudio mas importante sobre el anarquismo argentino, sobre todo en sus años fundacionales hasta principios del siglo XX, es el de I. Oved. *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. México. Siglo XXI Eds. 1978.

63. E. López Arango y D. Abad de Santillán. *El anarquismo en el movimiento obrero*. Barcelona. Ed. Cosmos. 1925. p.82

64. Un análisis detallado de esta relación, puede hallarse en J. Suriano. *Trabajadores, anarquismo y Estado represor. De la ley de Residencia a la de Defensa Social. (1902-1910)*. Bs. As. CEAL. Colección conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea. N.9. 1988.

65. Una detallada descripción de la represión de mayo de 1910, puede hallarse en D. Abad de Santillán. *El movimiento anarquista argentino*. Bs. As. Ed. Argonauta. 1922. También puede consultarse a S. Marotta, *El movimiento sindical argentino*. Bs. As. Ed. Lacio. 1961. 2 vols.

66. M. Netlau. Contribución a la bibliografía anarquista en América Latina. Bs. As., s.p.i., 1927. p.10.
67. D. Abad de Santillán. Op. Cit. p.32.
68. D. Viñas. Literatura argentina y realidad política. Bs. As. CEAL. 1982. p.241.
69. C. Paya y E. Cárdenas. El primer nacionalismo argentino en Galvez y Rojas. Bs. As. Ed. Peña Lillo. 1978. p.25.
70. La primera edición tuvo como subtítulo "Informe sobre educación", y fue publicado por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública. Este "informe" fue encargado a Rojas por el gobierno argentino, y para su realización el autor se embarcó en un largo viaje por Europa, donde estudió los sistemas educativos de cada uno de los países que visitó.
71. R. Rojas. La Restauración Nacionalista. Bs. As. Ed. Peña y Lillo. 1971. p.23.
72. Ibid. p.28.
73. Ibid. p.32.
74. Ibid. p.60.
75. Ibid. p.53.
76. M. Gálvez. El diario de Gabriel Quiroga. Bs. As., s.p.i., 1910. p.55
77. Ibid. p.56.
78. Ibid. pp. 59, 60 y 185.
79. Ibid. p.153.
80. Ibid. p.150.
81. Ibid. pp.65-66.
82. Hasta el presente, el estudio más completo sobre la obra de Ugarte, es el de N. Galasso. Op. Cit. Galasso, sobre la base de revisar buena parte del archivo personal de Ugarte, reconstruye la vida del personaje a manera de biografía histórica. A pesar de la enorme apoyatura documental del trabajo, el resultado es deficiente. El maniqueísmo y la ausencia de labor crítica en el manejo de las fuentes primarias, conducen a Galasso a presentar la evolución político-ideológica de Ugarte de manera lineal, sin contradicciones, a manera de apología de un pensamiento que se revela útil para un ideario político de corte "nacional-

revolucionario", del que se dice depositario el propio autor de la obra.

83. M. Ugarte. El destino de un continente. Bs. As. Ed. de la Patria Grande. 1962. pp.12-13.

84. Ibid. p.15.

85. Ibid. p.30

86. Durante este periodo, Ugarte publicó las siguientes obras: Visiones de España (1904), Mujeres de París (1904), El arte y la democracia (1905), Los estudiantes de París (1905) Una tarde de otoño (1905), La joven literatura latinoamericana (1906), Enfermedades sociales (1906), Vendimias juveniles (1906), Burbujas de la vida (1908), Las nuevas tendencias literarias (1908), y Cuentos argentinos (1910).

87. C. Zumeta. El continente enfermo en Pensamiento político venezolano del siglo XIX. Textos para su estudio. Ediciones conmemorativas del seiscientosenario de la independencia. Caracas. 1961. T.II. p.81.

88. M. Ugarte. El porvenir de América Latina. Bs. As. Ed. Indoamérica. 1953. p.39.

89. Ibid. pp. 42 y 44.

90. Ibid. p.44.

91. Ibid. p.44.

92. Ibid. p.53.

93. Ibid. p.86.

94. Ibid. p. 90.

95. Ibid. p.98.

96. Ibid. p.99.

97. Ibid. p.100.

98. Ibid. p.102.

2. ARGENTINA EN EL MUNDO

2.1 CUESTIONES DOCTRINALES

En el último tercio del siglo pasado Argentina quedó plenamente incorporada al mercado mundial, y desde entonces parecen consolidarse ciertas constantes en el manejo de sus relaciones exteriores.⁴

A diferencia de buena parte de América Latina; en Argentina, el grado de vinculación de su economía con Europa, sobre todo con Gran Bretaña, y la no complementariedad de la producción nacional con la norteamericana, constituyen ejes centrales para apreciar el tipo de inserción y proyección del país en el mundo.

Aunque supeditada principalmente al capital y al comercio británico, Argentina desde las últimas décadas del siglo pasado tuvo una libertad de movimiento y de opción superior al resto de América Latina. La cantidad de sus productos exportables fue mayor, como también el número de sus compradores, y el de países inversores dentro de su territorio. Si bien la corriente comercial con Europa fue predominante, las importaciones procedentes de Estados Unidos llegaron a ser considerables, y en cuanto a las inversiones de capital en empresas locales, las europeas sobresalieron siempre, pero las estadounidenses alcanzaron también un importante nivel.

Para Gran Bretaña Argentina fue un vendedor de productos

primarios, de los cuales difícilmente hubiera podido prescindir y, en cuanto a inversiones, un país deudor no necesaria ni incondicionalmente sometido a sus demandas. La afiliación argentina al ámbito de influencia británica no se tradujo en actitudes sumisas. Esta afiliación debe entenderse a partir de la comprensión del tipo de lazos económicos establecidos entre las dos naciones, como también desde el perfil de la política exterior de Londres hacia el país sudamericano. En esta dirección, rescatamos los aportes de H. Ferns, quien afirma que si la diplomacia británica en el Río de la Plata tuvo éxito, es menester no atribuir demasiada significación a la palabra éxito: "Puede considerarse que la diplomacia británica tuvo éxito en cuanto contribuyó a fomentar oportunidades comerciales buscadas por los intereses británicos influyentes. Pero de ello no hay que inferir que la diplomacia británica ejerciera un exclusivo poder de decisión, o que se basara preponderantemente por la fuerza. Por el contrario, la diplomacia británica hubo de participar habilmente en la órbita de la comunidad argentina, ya prestando un reducido apoyo, ya privando a otros de ese limitado apoyo, siempre cuidadosa de no comprometer sin reservas o absolutamente la pequeña fuerza de influencia que Gran Bretaña poseía con una determinada facción, y siempre decidida a conservar la apariencia de la no intervención."

Para Europa continental, el comercio y las inversiones relacionadas con Argentina, fueron de discreta importancia, sin

que el país quedara nunca en situación de completa dependencia. Y finalmente, para Estados Unidos: Argentina, un país de producción agropecuaria similar a la suya, era un comprador que pagaba el déficit de su balanza de pagos con el superhábit procedente de Europa, y por tanto, un cliente que estaba en condiciones de escoger y de no acatar.

Hacia 1910, en el concierto latinoamericano, Argentina se había convertido en el país más avanzado, que ostentaba uno de los índices de crecimiento económico más altos del mundo. La Argentina del Centenario -celebrada por Lugones en su "Oda a los Ganados y las Mieses"- cumplió el sueño de sus fundadores. Y este ambiente de exultante optimismo impregnó también la conducta internacional con un matiz de orgullosa independencia y obstinada afirmación nacional.³

Sobre esta base y en términos doctrinales, desuntan en el horizonte de la política exterior argentina dos elementos que la caracterizarán: la defensa del arbitraje como instrumento de resolución de los conflictos internacionales, y el principio de no intervención en los asuntos internos de otras naciones.

La devoción de los gobernantes argentinos por la fórmula de arbitraje, ha llegado a ser traducida como signo de debilidad territorial,⁴ en el sentido de que cuando el país sometió a arbitraje internacional sus componendas limitrofes, todos ellos

terminaron con veredictos desfavorables al patrimonio nacional.

En esta defensa del arbitraje, se llegó a acuñar la llamada "fórmula argentina del arbitraje". Según ella, se someterían a solución arbitral "todas las controversias de cualquier naturaleza, que por cualquier causa surgieran entre las naciones, en cuanto no afecten a los principios de la Constitución de uno u otro país, y siempre que no puedan ser solucionadas mediante negociaciones directas." Esta fórmula, establecida a fines del siglo pasado, fue la más amplia de la época, pues sólo escapaban a su alcance los puntos prohibidos en las Constitución política nacional: mientras otros países se reservaban un mayor margen de excepciones, basados en conceptos como el interés nacional, la soberanía o el honor nacional.

La amplitud de esta proposición, su subsecuente aplicación en la solución de problemas de límites, y la aceptación de fallos desfavorables al país; quizás se explique por el hecho de la abundancia de tierra en un país despoblado, donde nunca la geografía fue un obstáculo para el asentamiento humano. Se debe agregar además, que en estos problemas territoriales, se trataba de superficies inhóspitas, lejanas y áridas, de ninguna manera aptas para la explotación agro-ganadera, eje del proyecto del 80.

Por otra parte, la defensa del principio de igualdad jurídica entre los estados, y el respeto a su soberanía manifestada en la

doctrina de la no intervención, constituye la expresión más acabada del grado de autonomía con que la elite gobernante manejó los asuntos internacionales.

En toda América Latina, fueron frecuentes que las demandas extranjeras residentes estuvieran acompañadas por presiones diplomáticas. Los gobiernos de los damnificados reaccionaban pidiendo reparación de daños, o interviniendo claramente en los asuntos internos del país en cuestión. Argentina no fue la excepción, y en dos oportunidades durante el pasado siglo, la cancillería reaccionó abonando el camino de lo que a partir de 1902 se conoció con el nombre de Doctrina Drago.

En 1872, el canciller Carlos Tejedor se enfrentó a las demandas del encargado de negocios británico en Buenos Aires, quien decía representar los intereses de un grupo de ingleses residentes en Argentina, afectados en sus propiedades por un ataque de grupos indígenas. Ante el reclamo diplomático, Tejedor respondió que "Los extranjeros, desde que entran a un país, están sujetos a leyes territoriales. y que para el ejercicio de sus derechos, como para las quejas civiles y criminales [...] tienen que dirigirse a las autoridades nacionales y, esperar y acatar sus resoluciones."*

Estos principios fueron ampliados por el canciller Bernardo de Irigoyen en 1876, quien en otro documento oficial dejó

establecido que "sólo cuando hay denegación de justicia, y cuando esa vía judicial está notoriamente entorpecida por los encargados de aplicarla, puede venir un asunto que afecte intereses extranjeros a la discusión diplomática."⁷

Finalmente, en 1902 estas pautas doctrinarias fueron lanzadas al ámbito internacional. El hecho que sirvió de base fue el bloqueo y bombardeo a los puertos venezolanos por parte de Alemania, Gran Bretaña e Italia. El motivo para tal acción fue el incumplimiento de pagos de empréstitos, y el reclamo por daños que la guerra civil venezolana había causado en propiedades europeas.

Ante estos hechos, los Estados Unidos reaccionaron con el llamado "Primer Corolario Roosevelt" a la Doctrina Monroe, según el cual esa Doctrina no protegía a ningún estado contra el castigo, si se conducía erróneamente, con tal que ese castigo no se tradujera en adquisición de territorio por una potencia no americana.

El gobierno argentino, a través del canciller Luis María Drago, lanzó un desafío tanto a las naciones europeas, como a los Estados Unidos. Drago envió una nota al departamento de estado, nota que más tarde se llamaría "Doctrina", y en ella señaló que "el cobro militar de los empréstitos supone la ocupación territorial para hacerlo efectivo, y la ocupación territorial supone supresión o subordinación de los gobiernos locales [...]. La deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada, ni

menos a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una potencia europea."®

La simple enunciación de una postura contraria al cobro compulsivo de las deudas, poco modificaron un panorama latinoamericano caracterizado por el avance estadounidense. En diciembre de 1903, el gobierno de Estados Unidos se apoderó del istmo panameño, y un año más tarde Roosevelt otorgó a su país facultades de policía internacional en el área latinoamericana. A pesar de ello, el Gobierno argentino se empeñó por imponer su doctrina en el sistema interamericano. En 1906, en el marco de la Tercera Conferencia Panamericana, fue motivo de discordias, sin que se alcanzara ningún éxito. En 1907, la posición argentina fue aprobada por la Segunda Conferencia de Paz de La Haya, y recién en 1936 se incorporó al cuerpo doctrinal de la organización panamericana.

A partir de los principios de arbitraje y de no intervención, Argentina se proyectó en el escenario internacional. Mientras buena parte del espacio latinoamericano comenzaba a recibir el impacto de la política norteamericana, Argentina mostraba una mayor libertad de movimientos. Su relación con Europa aclaró en buena medida estos comportamientos, al tiempo que deviene en matriz explicativa de sus actitudes "opositoras" hacia los Estados Unidos y aislacionista para con los países del subcontinente.

2.2 ARGENTINA Y AMERICA LATINA

Después de concluidas las guerras de independencia que provocaron un movimiento de solidaridad continental, Argentina comenzó a delinear una política de aislamiento para con el resto de América Latina. Se mantuvieron lazos, a veces estrechos, desde el punto de vista diplomático, pero tales relaciones nunca sirvieron para cobijar esquemas asociativos permanentes.

Esta situación se observa con claridad en las respuestas negativas, o el poco favor que se dispensó a las propuestas de confederación latinoamericana. La invitación de Bolívar para concurrir al Congreso de Panamá fue recibida con poco entusiasmo. El gobierno argentino autorizó el envío de dos representantes, mismo que a la postre jamás concurren.

En 1847 el gobierno de Perú tomó la iniciativa de organizar un Congreso en Lima, llamado después "Americano". Asistieron Bolivia, Chile, Ecuador y Nueva Granada. Argentina fue invitada, pero el gobierno rechazó la oferta. "Las extraordinarias circunstancias en que se encuentra la República -se decía en la respuesta- no le permiten ocuparse de este asunto, que por su magnitud e importancia exige sería meditación y calma." Con "las extraordinarias circunstancias" se hacía alusión al bloqueo anglo-francés al puerto de Buenos Aires. Paradójicamente, la convocatoria el Congreso respondía a la necesidad de establecer

una mecanismo de solidaridad efectiva frente a las agresiones europeas.

En septiembre de 1856, Chile, Perú y Ecuador suscribieron un Tratado Continental cuya finalidad era oponer una coalición de países americanos a los planes agresivos de Francia en América Latina. Años más tarde, Rufino de Elizalde, ministro de relaciones exteriores del presidente argentino Bartolomé Mitre, negó la adhesión a esta iniciativa, en una serie de notas fechadas en noviembre de 1865. " Se cree en la existencia de una amenaza general en la América independiente [... pero] el gobierno argentino no tiene motivos para admitir la existencia de esa amenaza, ni cree que serían suficientes los medios que se proponen para conjurar ese peligro si realmente existiese. La coalición de potencias europeas que se supone podría ser el enemigo, no existe. Esta liga no podría hacerse a nombre de los intereses materiales y comerciales de Europa, porque esos intereses están en armonía con los de las naciones americanas, y no habría poder humano que pudiera crear un antagonismo que no tiene razón de ser."¹⁰.

El gobierno de Mitre tenía su propia interpretación de una realidad en la que no veía amenaza alguna: "La acción de Europa en la República Argentina ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido desinteligencias con algunos gobiernos europeos no siempre ha podido decirse que los

abusos de los poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones, no hayan sido la causa." Más aún, "no hay un elemento europeo antagonista de un elemento americano; lajos de eso, puede asegurarse que más vínculos, más intereses, más armonía hay entre las repúblicas americanas con algunas naciones europeas, que entre ellas mismas." El canciller Elizalde, dejaba constancia que el gobierno argentino reconocía a propósito de los planes franceses en México, "que América tiene intereses comunes. Protestará Argentina, y tomará las medidas necesarias contra la conquista de México, si fuese cierto, lo que no cree que se intentase hacer."¹¹

En 1864, la ocupación de las islas Chinchas por España, provocó una nueva convocatoria. Iniciativa que tomó Perú. Argentina, sin apartarse de su política tradicional, destacó un observador, carente de poderes para incorporarse al Congreso, y suscribir tratado o compromiso alguno. El observador era Sarmiento, recientemente designado ministro plenipotenciario ante el gobierno de los Estados Unidos. Sarmiento se incorporó al Congreso contrariando las instrucciones de su gobierno, lo que motivó posteriormente, agrias reprimendas del presidente Mitre.¹²

Para la elite dirigente el mundo latinoamericano se presentaba como una nebulosa "inorgánica y antidemocrática" y por sobre ella se elevaba el modelo europeo, paradigma de civilización y fuente

de los capitales y la mano de obra que reclamaba esa dirigencia.

Poco se sabía del resto de las naciones de América Latina, a excepción de los países limítrofes. Y en las relaciones con ellos, sobresalen cuestiones de límites, muchas de las cuales escondían estrategias de poder regional.

El desmembramiento del antiguo virreinato del Río de la Plata, provocó una larga cadena de contiendas por la definición de las fronteras argentinas; al tiempo que los estados independientes colindantes con Brasil, heredaron las disputas que, desde el siglo XVI, habían mantenido el imperio español y el portugués.

La fijación definitiva de los límites de Argentina fue una tarea que se prolongó a lo largo de todo el siglo pasado y buena parte del presente.¹³ Los principios de arreglos pacíficos entre los gobiernos y el de arbitraje internacional, fueron siempre defendidos por el gobierno argentino. Sin embargo, en el caso de Brasil y Chile, en más de una oportunidad se estuvo al borde del conflicto armado. No sólo los límites territoriales eran motivo de controversia, sino el creciente poderío militar de uno u otro país, que en la perspectiva de la elite significaba una ruptura del equilibrio regional en términos de intereses geoestratégicos.

Al despuntar el siglo XX Argentina, Brasil y Chile eran los países de mayor desarrollo en el sur del continente. Los

gobernantes veían a sus naciones con reales posibilidades de ejercer algún tipo de liderazgo regional, y por supuesto, para las recién profesionalizadas fuerzas armadas, las hipótesis de guerra giraban en torno a conflictos con sus "poderosos" vecinos.

Resulta importante detenerse en este asunto, a los fines de intentar explicar más tarde, el accionar argentino a través de la alianza con Brasil y Chile (ABC), frente al conflicto mexicano.

Los problemas con Chile se remontan al momento mismo de la independencia del poder español, sin embargo comenzaron a acrecentarse cuando el gobierno argentino lanzó su "Conquista del Desierto", donde por medio de avances militares, buena parte de la Patagonia fue arrebatada a los indígenas e incorporada a la jurisdicción nacional. Sobre territorios cordilleranos ya en litigio, se agregó entonces la posesión militar de los mismos por parte del gobierno argentino. La connivencia entre tribus indígenas abastecidas desde Chile, fue interpretada por los dirigentes argentinos como expresión de un potencial expansionismo chileno. Los intentos de arreglos concertados se sucedieron, sin alcanzar éxito alguno. Al iniciarse este siglo, la tensión entre ambos países se acrecentó. Perfeccionaron su capacidad bélica, y aumentaron sus efectivos. Consecuencia directa de un estado de guerra inminente, fue el establecimiento en Argentina de la ley de servicio militar obligatorio. (Ley 4.031 de 1901).

Argentina tenía dos acorazados en construcción en Italia, Chile encargó a Inglaterra, otros más grandes. Argentina estudió la posibilidad de contratatar dos más aún mayores. En la víspera de la navidad de 1901, las hostilidades estuvieron a punto de abrirse. Finalmente el peligro se dispó. Ambos gobierno llegaron a un acuerdo, a través de los llamados "Pactos de Mayo" firmados en 1902. El diferendo quedó al arbitrio del rey de Gran Bretaña, Eduardo VII, quien en noviembre de ese año expidió su fallo. El resultado del arbitraje fue que de los 94 mil kilómetros cuadrados en disputa, Chile obtuvo 54 mil y Argentina el resto, decisión que fue acatada por ambos países. Por medio de los "Pactos de Mayo", también se llegó a un acuerdo de limitación de armamentos navales, con lo cual, bajo la óptica de los gobernantes argentinos, quedó restablecido el equilibrio militar en la frontera occidental.⁴⁴

Una vez terminado el conflicto con Chile, apareció en escena la rivalidad con Brasil. El poder militar de éste último país, pasó a convertirse en una verdadera obsesión para los gobernantes argentinos; y la búsqueda de un equilibrio militar en el Río de la Plata, fue el tema central de la agenda de la cancillería argentina a lo largo de casi un década.

Las disputas territoriales se remontan a viejos pleitos entre España y Portugal. La presión de éste último sobre el norte, noreste y la porción oriental del área rioplatense, comenzaron

desde los primeros momentos de la conquista portuguesa de Brasil. Los conflictos con Brasil, atraviesan buena parte del siglo XIX argentino, y la intervención brasileña en los asuntos rioplatenses se dejó sentir en distintas oportunidades. Sin embargo, y después de solucionadas las diferencias limítrofes, la colindancia con Brasil continuó siendo interpretada como una "amenaza" por la dirigencia argentina.

Este peligro pareció materializarse con la llegada del Barón de Río Branco a la cancillería brasileña en 1902, por la política exterior que diseñó hasta su muerte en 1912. El llamado "conquistador pacifista", durante los años de su gestión, y a través de hábiles maniobras diplomáticas, acrecentó el territorio de su país en más de un millón de kilómetros cuadrados. Para algunos especialistas argentinos en temas de relaciones exteriores, el Barón representó la prolongación del Imperio en plena República brasileña.⁴³ Su proyecto de "grandeza brasileña" se materializó además del ensanche territorial, en una serie de cuestiones 'formales', como la elevación de la misión diplomática en Washington al rango de embajada, y en aspectos más concretos, como un ambicioso plan armamentista, reflejado sobre todo en el poder naval, el más importante de América Latina en esa época.

Mientras Argentina y Chile a través de los "Factos de Mayo", se autolimitaban bilateralmente en el terreno del poderío naval;

Brasil emprendía la construcción de treinta nuevos barcos para su escuadra. entre ellos tres acorazados, emergiendo como una fuerza de considerables aspiraciones hegemónicas en el subcontinente.

En Argentina no dejó de advertirse este accionar de la diplomacia brasileña, y ello generó una fuerte corriente de opinión opositoria que proclamaba que el "orgullo nacional" se veía lastimado ante el empuje de Brasil y su política continental.

Esta conflictiva coyuntura adquirió ribetes peligrosos cuando, y como contrapartida al proyecto de Río Branco, Estanislao Zeballos se hizo cargo de la cancillería argentina en 1906. Entre la vasta producción intelectual de Zeballos¹⁴, destacan sus reflexiones y actividades para conseguir la preeminencia argentina en el cono sur del continente.

Las desaveniencias internacionales adquirieron perfiles agudos en 1904. En ese año, Río Branco promovió una campaña a favor de la militarización de Brasil, y la conjetura de un "imperialismo brasileno"—hasta entonces sólo esbozada por la elite gobernante—encontró una firme sustentación. Zeballos afirmaba que "el Barón de Río Blanco aspiraba a imponer, una vez conseguida la superioridad militar, su política en el Plata."¹⁷

Los dos países, ya venían desplegando un importante plan de acrecentamiento militar, cuando Zeballos asumió las funciones de

Canciller. Este, en un primer momento (1907), intentó una acción concertada con Chile, solicitando a Brasil que dividiera sus grandes acorazados en construcción, para aliviar la carrera armamentista. Solución que Rio Branco no admitió. Paralelamente, Zeballos intentó acercar a los gobiernos de Paraguay y Uruguay, política a la postre frustrada por las hábiles maniobras del canciller brasileño. Y por último, en 1908, presentó su más imaginativo plan: "consistía en formalizar inmediatamente una negociación diplomática con Brasil para exigirle la división e su escuadra con nosotros. Comenzaríamos con discreción y amabilidad, para evitar rozamientos de amor propio, y en caso de resistencia formal del Brasil, le haríamos saber que no estábamos dispuestos a permitir la incorporación de los grandes acorazados a su escuadra. Movilizaríamos 50 mil reservistas de la Guardia Nacional, y la escuadra que está en excelente pie, y entonces le daríamos a Brasil ocho días de plazo para resolver la situación, y al mismo tiempo haríamos gestiones en Europa para explicar a las grandes potencias nuestra actitud por la paz y para asegurarla por muchos años, aunque tuviéramos que pasar un mes de agitaciones en esta negociación diplomática o en la ocupación de Río de Janeiro, que según los ministros de Guerra y Marina, era un punto estudiado y fácil por la situación de indefensa del Brasil."¹⁰

La actitud belicista del canciller estuvo acompañada de un ambicioso plan de adquisiciones militares. "El que tiene el poder

militar -escribió Zeballos- habla fuerte, y el que pide con una espada desenvainada, obtiene siempre todo lo que desea o gran parte de ello."17 Entretanto, en los círculos políticos se fue desarrollando una resistencia a los planes del canciller. Incluso creció el descontento en hombres cercanos al partido gobernante. La figura de Zeballos comenzó a ser torpeada, por significar una guerra inminente con Brasil.

Las polémicas alcanzaron una particular resonancia hasta que finalmente el presidente Figueroa Alcorta removió a su canciller. La renuncia de Zeballos no significó un freno a la carrera armamentista. El proyecto de rearme pasó al Congreso nacional y éste autorizó la adquisición de nuevos acorazados para la flota de guerra. Frente a ello, Río Branco replegó sus aprestos belicistas, en tanto que el nombramiento de Victorino de la Plaza, como remplazante de Zeballos, contribuyó a disipar la tensión.

El restablecimiento de la calma correspondió a la gestión del electo presidente Saenz Peña. De manera personal, en una escala en Río de Janeiro, en su viaje de Europa a Buenos Aires, inició las tareas de distensión; y más tarde, a través de enviados personales se llegó a un acuerdo definitivo. La carrera armamentista se detuvo, contribuyendo a ello la propia muerte de Río Branco en 1912.

Como corolario del entendimiento final con Chile primero, y con Brasil después, emerge la propuesta del ABC, de la cual es mentor el propio Saenz Peña. Indicios de ese acuerdo son rastreables desde 1910, aunque adquirió presencia internacional a partir del desembarco norteamericano en el puerto de Veracruz en 1914.

2.3 ARGENTINA Y LOS ESTADOS UNIDOS

En junio de 1810, el presidente norteamericano James Madison dió instrucciones a Joel R. Poinsett para que marchara a Buenos Aires con el propósito de conquistar la amistad de la recién constituida Junta de Gobierno Independiente. Poinsett tenía asignado dos objetivos principales: explicar a las autoridades rioplatenses las "ventajas del comercio con los Estados Unidos, y promover la buena voluntad, conveniente a los habitantes de un mismo hemisferio, que tienen un interés común."²⁰

Desde aquella temprana fecha, la tarea de llevar a la práctica esos dos objetivos puso de manifiesto los enormes desacuerdos entre las dos naciones. El intercambio comercial argentino-norteamericano, hasta entrado el siglo XX, fue de muy poca monta en comparación con el europeo. Desde el punto de vista económico, las praderas naturales de ambos países invitaban a una explotación agro-ganadera, y por ello mismo resultaba imposible la existencia de un intercambio comercial significativo.

Por otra parte, en el rubro de las relaciones hemisféricas, las desaveniencias fueron profundas. La aceptación de la influencia europea por parte de Argentina, significaba como alternativa inevitable, la desconexión con los Estados Unidos, y una actitud opositora a todo intento "monroista" de defensa hemisférica. Actitud que debe observarse también en el marco de la continua

disputa entre Gran Bretaña y los Estados Unidos con respecto a América Latina, donde éstos últimos no poseían todavía un potencial razonable para desafiar a los ingleses en el extremo sur del continente.²¹

Al promediar el siglo XIX, la actividad comercial entre Argentina y los Estados Unidos fue escasa²², y poco auspiciosa en el terreno político-diplomático. Esto último, se debió particularmente al 'episodio' Malvinas, donde en 1830 un buque de guerra norteamericano arrasó un establecimiento argentino. La posterior ocupación británica de las islas parece haber sido decidida aprovechando el conflicto existente y sus repercusiones.²³ La incursión norteamericana en Malvinas, vino a opacar unas relaciones que de por sí, sólo se mantenían a un nivel protocolar, para convertirse en un tema de reclamo permanente por parte de Buenos Aires en Washington , y por supuesto en Londres tiempo después.

Los débiles vínculos económicos fueron todavía socabados, por la política proteccionista que los Estados Unidos implementaron después de la Guerra de Secesión. Argentina en plena expansión del ovino, encontró en el mercado norteamericano un buen comprador. Sin embargo, las tarifas proteccionistas de 1867 en Estados Unidos perjudicaron notablemente las posibilidades de exportación argentinas. Peterson señala al respecto: "hasta 1867, el comercio entre los dos países se había movido sin mayores

restricciones provocadas por leyes aduaneras locales. Pero cuando los proteccionistas norteamericanos afirmaron su control, una vigorosa combinación de criadores de ovejas y de fabricantes de tejidos, logró una tarifa prohibitiva contra la importación de lana cruda, que era la exportación principal de la República Argentina. Las nuevas tarifas excluyeron virtualmente este artículo de los mercados norteamericanos, en una época en que Inglaterra, Francia e Italia lo admitían libremente."²⁴

De este manera, a fines de la década del setenta, no existía ni suficiente comercio, ni una afinidad política que permitiera anidar esperanzas de un estrechamiento de relaciones entre Argentina y los Estados Unidos.

Este desalentador panorama comenzó a mostrar signos de mejoría -por el lado comercial- una década más tarde. La razón de ello estriba en que si bien no desapareció la competencia entre las dos economías en la producción de materias primas: los Estados Unidos iniciaron una nueva fase de su desarrollo económico, asentada en la expansión de su industria manufacturera. Argentina pasó entonces a convertirse en un mercado potencial para el consumo de bienes manufacturados norteamericanos."²⁵

La lejanía geográfica, la falta de líneas de transporte regular y sobre todo, la demora en diseñar políticas comerciales acorde con su objetivo exportador, obstaculizaron todavía las buenas

perspectivas de un mayor intercambio. En un informe de 1881 el cónsul norteamericano en Buenos Aires, E. Baker, indicaba a su gobierno que en el comercio exterior argentino de ese año, por un total de 100 millones de pesos, 44 millones correspondían a importaciones y 56 millones a exportaciones, de los cuales Europa controlaba 80 millones, 34 millones de importaciones y 46 millones de exportaciones. Algunos años después, en 1885, consignó Baker que habían llegado al puerto de Buenos Aires 1.153 navíos ingleses, 1.126 franceses, 117 alemanes y ni uno solo norteamericano. El comercio exterior argentino totalizaba, según su informe, 176 millones de pesos, y de ellos más de 48 millones fueron a Inglaterra, 37 a Francia, 15 a Alemania y sólo 10 a Estados Unidos.²⁶

James J. Blaine, fue el primer norteamericano que, ocupando el cargo de secretario de estado, comprendió que su país podría beneficiarse con un mayor mercado exportador, y ese mercado no podía ser más que el de América Latina. Con estas ideas Blaine invitó en noviembre de 1881, a los estados americanos a un Congreso por la Paz. Esta propuesta estuvo condenada al fracaso. Después del asesinato del presidente Garfield, Blaine fue remplazado por Freylinhuysen, quien canceló el mencionado Congreso. Algunos estados latinoamericanos ya habían aceptado la invitación; otros, inclusive Argentina, no acusaron recibo.

Desechada la propuesta, Blaine pasó a convertirse en el principal

promotor del posteriormente llamado "sistema panamericano". En una airada carta al presidente Arthur, el ex secretario de estado le reprochaba la cancelación de la Conferencia, en la que veía "un comienzo amistoso y auspicioso, en un amplio campo que hasta ahora hemos descuidado, y que ha sido prácticamente monopolizado por nuestros rivales comerciales europeos".²⁷ A la postre, los esfuerzos de Blaine provocaron una sucesión de propuestas panamericanas en el Congreso norteamericano, que habrían de cristalizar en 1889, con la invitación a otra reunión: la Primera Conferencia Panamericana.

Desde Buenos Aires, los informes del cónsul Baker reforzaban la insistencia de Blaine para "romper el monopolio europeo". El obrar de éste último, se materializó en principio en la decisión del presidente Arthur de nombrar una comisión de tres miembros, para que visitara América del Sur a los fines de "averiguar la mejor forma de asegurar relaciones internacionales y comerciales más estrechas."²⁸

Cuando los tres enviados norteamericanos iniciaron su viaje por América Latina a fines de 1884, la actitud hacia Estados Unidos que predominaba en la elite dirigente argentina, combinaba el doble sentimiento de admiración y creciente recelo.

El respeto de la elite argentina hacia la "gran república del norte", se remonta al momento mismo de la independencia. A

mediados del siglo pasado, la admiración por sus conquistas materiales y morales, marginó en algunos casos -por ejemplo en Sarmiento- la comprensión del amenazante "Destino Manifiesto". Pero en otros, se fue constituyendo un sentimiento ambiguo, que oscilaba entre el respeto y una marcada desconfianza. Representante de esta corriente, a la postre abrazada por buena parte de la elite dirigente, fue Juan Bautista Alberdi. Alberdi, ideólogo en la redacción de la Constitución argentina de 1853, pensó ese documento teniendo como referencia la de Estados Unidos.

Defensor de los procedimientos jurídicos norteamericanos, Alberdi fue al mismo tiempo un enconado opositor a cualquier propuesta de solidaridad hemisférica. En 1844 publicó su Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano, y en ella rescató la idea de unión americana de los 'próceres' de la independencia hispanoamericana. Pero el americanismo de Alberdi no incluía a los Estados Unidos, sino que por el contrario, proclamaba la necesidad de estrechar vínculos con Europa.²⁷

Alberdi temía a los Estados Unidos. Su antagonismo se encauzaba principalmente contra la Doctrina Monroe. Los estados hispanoamericanos - decía en una obra posterior- " debían apoyarse en tratados comerciales con Europa, para defenderse contra Brasil y los Estados Unidos. Su riesgo está en Estados Unidos; su salvaguardia en Europa".²⁸ Según Alberdi, la

Doctrina Monroe era un manto que ocultaba la intervención estadounidense en América Latina. "¿Qué es la doctrina Monroe?", se preguntaba, y esgrimía como respuesta: "la doctrina del egoísmo."³¹

Alberdi se convirtió en vocero de una conducta antinorteamericana, misma que pasó desapercibida hasta la aparición de Estados Unidos en el escenario sudamericano a finales de la década del 80. La propuesta del Congreso por la Paz de Elaine, no causó sorpresa. Pero la mediación de Estados Unidos después de la Guerra del Pacífico, reavivó las reservas argentinas con respecto a las intenciones norteamericanas en esas latitudes.

La fecha del 4 de julio, siempre fue para la oligarquía argentina, motivo de un saludo amistoso al gobierno norteamericano. Ese día en el año 1884, el periódico *Sudamérica*, puso de manifiesto en su página editorial un notorio malestar al advertir que en las relaciones entre los dos países "el sentimiento tradicional ha sufrido algo por la preponderancia material de los Estados Unidos."³² Dos días más tarde, desde esas mismas páginas, se atacó la intromisión norteamericana en la Costa del Pacífico sudamericano. Y en septiembre, el mismo diario, matizó sus opiniones. Para la elite gobernante, una cosa era la crítica a las ambiciones estadounidenses, y otra, las ventajas de recibir inversiones de capital norteamericano. Unos

pocos estadounidenses habían llegado a Buenos Aires para estudiar la posibilidad de establecer una línea de vapores. Sudamérica, los acogió afectuosamente, aludió al grupo con el significativo término de "cliente", y señaló la importancia del capital y del "conocimiento práctico norteamericano".³³

Casi para las mismas fechas, arribaron a Buenos Aires los comisionados del Departamento de Estado. En el informe que elevaron al Congreso de los Estados Unidos en junio de 1885, señalaron algo que la elite dirigente argentina ya comenzaba a creer con firmeza: "la República Argentina -anunciaron- son los Estados Unidos de América del Sur."³⁴

Los comisionados no descubrieron nada nuevo, por sobre lo ya informado por el cónsul Baker. El dominio británico era completo, y nula la presencia norteamericana. Terminaron recomendando entre otros aspectos, la necesidad de comunicaciones regulares y directas, una mayor presencia de firmas comerciales y bancos estadounidenses, así como una reducción de tarifas aduaneras respecto a los productos argentinos.³⁵

Los enviados norteamericanos omitieron mencionar en su informe el hecho que la visita a Argentina duró sólo doce horas. Para los orgullosos gobernantes argentinos, la 'inspección relámpago' fue un desaire. Años más tarde, una importante figura de la elite, Vicente G. Quesada -ministro plenipotenciario en los Estados

Unidos de 1825 a 1870- escribió una obra en la que atacaba ferozmente a los norteamericanos. Bajo el seudónimo de Domingo Pantoja, Quesada recordaba la breve aparición de la misión comercial en Buenos Aires: "esta comisión estuvo en la República Argentina pocas horas, y sus informes no son resultado de estudios e indagaciones directas, han tenido espejismos puramente fantásticos."³⁶

Mientras la preocupación esbozada por Blaine comenzaba a ganar adeptos entre los dirigentes gubernamentales y comerciales de Estados Unidos; en Argentina, la idea de algún tipo de unidad política y económica capitaneada por Washington era motivo de discusiones. Aunque todavía, la Primera Conferencia Panamericana, no era más que un esbozo de proyecto.

En Buenos Aires, el tema de la 'unión americana' se convirtió en objeto oportuno de tesis doctorales y artículos en revistas académicas. Una tesis defendida en la Universidad de Buenos Aires, sostenía que cualquier "unión americana debía excluir a los Estados Unidos, puesto que los objetivos y las ambiciones de los yanquis son contrarios a los de las naciones latinoamericanas"³⁷

Sin embargo, la mayor controversia la desató Alejandro Calvo, en la época la mayor autoridad argentina en materia de derecho internacional, cuando publicó su libro Política Americana. Calvo

clamaba por ambiciones universales, y no nacionales o sectarias. Requería el desarrollo de un internacionalismo genuino, basado en la amistad y el comercio con todo el mundo, pero especialmente con los Estados Unidos. Rechazaba la idea, que entonces estaba ganando terreno en Argentina, de que la superioridad racial era la causa de las realizaciones anglosajonas, sobre los pueblos de origen español. Inclusive llegaba a aceptar la doctrina Monroe, que decía, "debería ser lema de una causa común".⁷⁰

Las posiciones de Calvo pronto encontraron dos firmes opositores, quienes se empeñaron en demostrar que una alianza con la "gran nación del norte" no encuadraba con la realidad argentina. Se trató de Bernardo de Irigoyen y Ernesto Quesada.

El primero, ex ministro de relaciones exteriores, publicó un artículo en la Revista Nacional en noviembre de 1886. Usando el mismo título que Calvo, "Política Americana", Irigoyen estudiaba la actuación internacional de los Estados Unidos encontrándola defectuosa. Criticó el intervencionismo norteamericano que, en su opinión, provenía de una mala interpretación de la doctrina Monroe. Sostenía que los dirigentes estadounidenses, inclusive Blaine, expresaban peligrosas ideas expansionistas bajo la mascarada del Destino Manifiesto. Irigoyen no veía la necesidad de asociarse al monroísmo, bastaba con combatir siempre la intervención. Sobre este punto Argentina no debía transigir. "La no intervención es y debe ser, uno de los principios más sólidos

de la política exterior argentina."37

A las opiniones de Irigoyen siguió dos meses más tarde, un artículo de Quesada titulado "La política americana y las tendencias yanquis". Aunque sin la calidad de las declaraciones del ex canciller, el joven Quesada penetró hondamente en el problema de las relaciones entre ambas naciones. "Las simpatías por los norteamericanos han sido entre nosotros tradicionales, basada no sólo en la admiración de su asombroso progreso, sino en que, habiendo calcado en gran parte nuestra organización sobre la de los Estados Unidos, los consideramos nuestros maestros naturales [...]. Sin embargo, hoy los Estados Unidos tratan de inaugurar una política de carácter continental, sobre todo en lo que al comercio se refiere [...]. El futuro económico de la Argentina -decía Quesada- se encuentra profundamente comprometido en la búsqueda de mercados que ha iniciado Estados Unidos. Mientras en el pasado, los esfuerzos de cooperación habían girado en las esferas doradas de la teoría pura, ahora los tiempos cambiaron. Los Estados Unidos llegan a la escena con objetivos prácticos y métodos prácticos amparados en la doctrina Monroe, que así aplicada, servirá en el futuro para secundar de la manera más eficaz las nuevas tendencias de la política yanqui."38

En un segundo artículo, Quesada atacó una propuesta que comenzaba a recibir considerable atención en los Estados Unidos: la idea de establecer algún tipo de unión aduanera con América Latina. De

acuerdo a la opinión del autor, este plan mostraba a los norteamericanos como los prusianos del hemisferio occidental. Advertía que el gobierno de Washington trataba de establecer un Zollverein (unión aduanera) americano con el objeto de "hacer a la América Latina tributaria de los Estados Unidos económica y mercantilmente [...]. Quesada expuso las causas de su recelo al plan norteamericano: "aún sin dar importancia a la parte política del proyecto, la enormidad del monopolio comercial que tiende su parte económica, es tanto mayor, cuanto que, de realizarla, quedarían los estados latinoamericanos separados de la Europa, a quien deben su vida, poblados por su inmigración y fecundados por sus capitales, amén de las pérdida de sus mercados de materias primas y de generosos empréstitos."⁴¹ Tres años más tarde, estas mismas ideas fueron expuestas por los compatriotas de Quesada, frente a una asorada delegación norteamericana en la Primera Conferencia Panamericana.

A finales del siglo pasado las relaciones entre las dos naciones eran poco auspiciosas. Los planes de incrementar el intercambio económico, reducir tarifas y establecer comunicaciones regulares, estaban sólo en los escritos de Elaine y sus seguidores. En el terreno de la política panamericana, los desacuerdos no podían ser más evidentes.

Argentina continuó alimentando una posición desafiante. En 1885, apenas llegó a Washington el ministro argentino Vicente Quesada,

planteó al presidente Cleveland una cuestión que tenía medio siglo de antigüedad: la de las islas Malvinas. El representante argentino exigió al gobierno de Estados Unidos un pago como indemnización, por su participación en el asunto que había terminado con la pérdida de dichas islas. Cleveland por supuesto, reclazó la exigencia.

Por su parte, Estados Unidos inició en 1887 una acción diplomática tendiente a consolidar las relaciones bilaterales. Se elevó al rango de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario al representante de esa nación en Buenos Aires. El título era demasiado altisonante comparado con la realidad.

Los esfuerzos de Blaine en aras de alcanzar algún tipo de "unión americana" finalmente cristalizaron en la convocatoria a la Primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington en 1899. Blaine, de nuevo al frente del Departamento de Estado, esperó a los delegados latinoamericanos con dos instrumentos, en cuya eficacia no dudó: una unión aduanera, y un sistema de arbitraje obligatorio controlado por los Estados Unidos. El primero abriría el mercado latinoamericano a los productos estadounidenses; el segundo, implicaba la expansión permanente del predominio político de Estados Unidos sobre el conjunto de las repúblicas del sur.

Argentina aceptó la invitación, y su actuación en Washington ha

pasado a los anales del panamericanismo como la muestra más contundente de oposición al proyecto hegemónico diseñado por Estados Unidos.⁴²

El presidente Juárez Celman delegó la representación argentina a tres delegados: Manuel Quintana, Roque Saenz Peña y Vicente G. Quesada. Los dos primeros participaron en la Conferencia, en tanto que Quesada, ministro entonces en Washington, conocedor del plan de acción argentino, prefirió prudentemente ausentarse.

Cuando aún no había terminado la Conferencia, Roque Saenz Peña fue designado canciller argentino, y en 1907 volvió a representar a su país en la Conferencia de Paz de La Haya. Ambos delegados fueron después presidentes de la nación, Manuel Quintana (1904-1906) y Roque Saenz Peña (1910-1914). En suma, eran al momento de la Conferencia, los representantes más genuinos de un régimen político y de una orientación internacional: la de la Generación del 80.

Desde que desembarcaron en Estados Unidos los dos delegados, haciendo uso de un amplio conocimiento en materia de reglamentos y procedimientos de reuniones diplomáticas, cuestionaron la organización de la Conferencia, aún antes que empezara.⁴³

Los delegados argentinos fueron los únicos que no aceptaron la invitación a realizar una excursión 'de lujo' a lo largo de seis

mil millas de ferrocarril, preparada y pagada por el gobierno norteamericano. El amplio esfuerzo publicitario para demostrar la prosperidad material de Estados Unidos, no contó con la asistencia de los argentinos, quienes permanecieron en Washington mejorando el 'plan de ataque'.

Saenz Peña y Quintana diseñaron una estrategia de boicot a la Conferencia sobre la base de no hablar en ningún momento a título personal. Sus posiciones fueron siempre las del gobierno argentino.** Fueron sus mejores armas la coherencia de sus argumentaciones, el conocimiento profundo de las normas y la legislación internacional, y la solidez con que defendieron los principios de la política exterior argentina. Ni en lo político ni en lo económico cedió la delegación argentina. Y en todos y en cada uno de los temas de la Conferencia, los puntos de vista argentinos se fueron imponiendo, ante la sorpresa de los norteamericanos.

El duelo diplomático más importante fue librado en torno a los temas centrales de la convocatoria: el sistema de arbitraje y la unión aduanera.

En relación al primero, la disputa adquirió matices excepcionales, pues Argentina era una firme defensora del principio de arbitraje, mientras que los Estados Unidos aparecían ahora abanderados con la misma posición. Ambas naciones emergían

como 'aliadas' en igual causa, pero ninguna quería ceder la jefatura en la creación del plan de arbitraje. Argentina sostuvo su posición de arbitraje 'amplio', defensor por sobre todo, de las soberanías nacionales⁴⁰, Estados Unidos defendió una acepción más limitada, tendiente a excluir cualquier problema en que estuviera envuelta su propia independencia de acción.

Quintana fue el encargado de defender la posición de su país y, en la sesión del 14 de abril de 1890 señaló: "a la vista del derecho internacional americano, en estos continentes no hay naciones grandes ni pequeñas. Todas son igualmente soberanas e independientes, todas igualmente dignas de consideración y respeto. En consecuencia, el arbitraje propuesto no es un pacto de abdicación, de vasallaje o de sumisión. Tanto antes, como después de ser concluido, todas y cada una de las naciones de América conservará la dirección exclusiva de sus destinos políticos, absolutamente, sin interferencias de otros [...]. Tal, caballeros, es la letra del tratado propuesto [...], que ha eliminado toda sugerencia que quisiera atribuir a sus estipulaciones un carácter compulsivo, aún cuando fuera solamente moral [...]. Es casi innecesario agregar que, sino fuera así, la delegación argentina no hubiera dudado en restarle su apoyo [...]. La delegación argentina se congratula por esta explicación de sus ideas respecto del proyecto de arbitraje. Tal vez éste servirá para prevenir, en el futuro, interpretaciones tan poco autorizadas como repugnantes a la sinceridad de algunos, a la

dignidad de otros, y a la cordialidad de todos."⁴⁶

La prensa argentina manifestó muy poco interés por la reunión de Washington. Esta situación comenzó a cambiar cuando los enfrentamientos se trasladaron de las formas protocolarias, al verdadero meollo de la cuestión. El responsable de transmitir estas disputas fue José Martí, contratado como corresponsal exclusivo por el diario La Nación de Buenos Aires. Después del discurso de Quesada, Martí escribió una larga nota donde reseñaba el hecho de que los argentinos habían desbaratado la trama norteamericana para erigir un sistema de arbitraje obligatorio como tribunal permanente que obedeciese a los dictados de Washington. Martí comparaba toda la Conferencia con "una caja de sorpresas china, una caja dentro de otras, hasta que al final se resolvió el misterio: el plan de arbitraje yanqui, del cual surgirán los Estados Unidos para dominar América Latina."⁴⁷

Explicitada la posición argentina en la propuesta que su delegación presentó respecto al arbitraje, Roque Saenz Peña quedó a cargo del ataque a la unión aduanera. Aquí las diferencias fueron profundas y sin matices. Argentina dejó claro que no habría tal unión, porque ella implicaría una ruptura con Europa, a cambio de una ilusoria compensación por parte de Estados Unidos. "Todo lo que tienda a ligar mercados similares será estéril" advirtió Saenz Peña. La crítica del delegado argentino ponía de manifiesto intereses irreconciliables, que no sólo

pasaban por países que tenían producciones iguales, sino que el librecomercio de uno, chocaba con las políticas proteccionistas del otro; y finalmente porque la propuesta de Washington implicaba una seria amenaza para la independencia política de los estados latinoamericanos.

En una memorable alocución, el 15 de marzo de 1890, Roque Saenz Peña señaló: "No es misterio para nadie que las naciones de América sostienen y desenvuelven su comercio [...] con Europa; el fenómeno económico se explica naturalmente y sin esfuerzo, nuestras riquezas las forman productos del suelo. Y si hay en el continente un mercado que es manufacturero a la vez, él debe merecernos consideraciones especiales [...] pero es lógico, forzoso e inevitable, que los países productores de frutos naturales [...] busquen y procuren los mercados fabriles, y especialmente aquellos que los recibe libremente [...]. ¿Por qué entonces las materias primas han de desviar su ruta hacia Europa? ¿Qué razón hay para que vivan apagadas las corrientes de nuestro comercio, cuando el resto de la América produce lo mismo que los Estados Unidos necesitan para trabajar y dominar con sus riquezas el comercio del mundo? [...]. Yo encuentro que la inalterabilidad de las tarifas [aduaneras] es un obstáculo insalvable para nuestro comercio, y en cuanto a la liga [aduanera] ella no llegará a aumentar el intercambio: éste nacerá fuerte y robusto, cuando la protección haya cambiado sus tarifas por el lema de Gaurey: laissez faire, laissez passer [...].

Aduana y libre cambio son atagonistas irreconciliables.[...]. No debo disimular mi desacuerdo con algunos errores dominantes sobre nuestros países. Los Estados Unidos se han impuesto a la observación del mundo, por la notoriedad de su grandeza y por la sabiduría de sus ejemplos. Los pueblos que no han alcanzado espectabilidad tan prominente, están sujetos a errores tal vez involuntarios, como los que han hecho decir a un senador de esta nación, que los estados hispanoamericanos comenzarán a entregar la llave de su comercio, y concluirán olvidado la de su política. Empiezo por declarar que no conozco la llave de los mercados argentinos, tal vez porque no tienen ninguna, porque carecen de instrumento de clausura de todo engranaje monopolizador y prohibitivo [...]". Saenz Peña cerró su larga disertación con un desafío abierto, que fue inmediatamente recogido por los hombres de su generación: "No carezco de afecto o amor por América, pero carezco de ingratitud o desconfianza hacia Europa, [...]. Dejad que América sea para la humanidad."¹⁸

La fórmula 'América para los americanos' tan difundida por los Estados Unidos, encontró su igual en la de 'América para la humanidad', llamamiento amplio lanzado por el futuro presidente argentino.

El lema llenó las primeras planas de los periódicos en Buenos Aires. La Nación, se ubicó a la vanguardia de una campaña contra la Conferencia. Martí advertía a los lectores argentinos que

tendría que declararse por segunda vez la independencia de América Latina. El exiliado cubano, matizaba sus análisis del desarrollo de la reunión, con anécdotas acerca de los delegados argentinos, como aquella en que Blaine dijo a Quintana: "señor delegado, en Boston la gente creería por su porte, que Ud. es el presidente de una universidad.", y la respuesta: "señor, en mi país todos tienen el mismo porte."¹⁷

Al término de la Conferencia, los delegados argentinos regresaron a su país con la seguridad de un deber cumplido. Habían hecho oír la voz de un gobierno orgulloso de sus logros. Habían desafiado a la 'gran nación del norte' en su propia casa.

Para la elite gobernante Argentina quedó como la campeona de América, -en realidad de toda la humanidad- ante los ojos de América Latina. La actuación internacional de esa dirigencia hizo que "la Unión Panamericana adoptara la forma de un eje, y no de un bloque. El hemisferio occidental tenía un polo sur, así como un polo norte."¹⁸ El 'éxito' alcanzado por la delegación argentina, reforzó en el futuro próximo, las convicciones de la elite. En el ataque a un panamericanismo de cuño norteamericano, se fue templando el orgullo nacional de esa dirigencia.

Dos años después de esa Conferencia, Vicente G. Quesada publicó el ya mencionado libro Estados Unidos y la América del Sur. Por haberse desempeñado como representante argentino en Washington,

con jurisdicción también en México, Quesada escribió que su misión había sido alertar a los mexicanos contra sus vecinos del norte. "Los Estados Unidos pretenden anexarse a México y Canadá, y después dominar el mundo". Denunció a la Primera Conferencia Panamericana como un intento de cerrar los mercados de América Latina a los productos europeos. Atacó la existencia de barrios pobres, la proporción de divorcios y la avaricia en los Estados Unidos, para después elogiar "la prensa libre, la filantropía y la eficiencia mecánica del país."²¹ Quesada criticó ciertos aspectos de la sociedad norteamericana, para luego volverse a admirar los elementos que más se asemejaban a los rasgos y ambiciones de la sociedad a la que pertenecía.

Después de la experiencia de Washington, la preocupación panamericana desapareció para el gobierno y la prensa argentina. Los Estados Unidos tardaron una década en reflotar el proyecto. Mientras tanto, y con lentitud, el comercio bilateral mostraba signos alentadores,²² aunque los problemas de fondo se mantenían intactos.

Con el nuevo siglo Washington convocó a la Segunda Conferencia. Esta vez se realizó en México en 1902. La importancia del programa de esta nueva reunión, reside en las omisiones de las cuestiones básicas de la Primera Conferencia. El plan de unión aduanera desapareció. En su lugar emergió un agenda con temas muy generales. Los Estados Unidos, después de lo sucedido en 1889-90,

diseñaron una estrategia tendiente a disminuir todo punto de fricción. Bajo el lema de 'cooperación interamericana', el gobierno de Washington pretendió que su agresiva política expansionista no fuera tema de discusión. Este plan de acción terminó convirtiendo ésta, y las sucesivas Conferencias, en reuniones verdaderamente anodinas.

A pesar de la cautela norteamericana, en la Segunda y Tercera Conferencia los delegados argentinos encontraron un buen margen de maniobra para hacer manifiestas sus diferencias e impugnaciones a las propuestas estadounidenses.

En la reunión de México, las disputas centrales de nuevo giraron en torno al tema del arbitraje amplio y obligatorio que pugnaba Argentina. El asunto cobró actualidad frente al caso chileno, por los resultados de la Guerra del Pacífico, donde Chile anexionó buenas porciones de territorio peruano y boliviano. Pero la preocupación argentina se extendía también al conflicto que envolvía al país con Chile, y a la carrera belicista en que estaban enroladas ambas naciones. Las discusiones se prolongaron, y a la postre ninguna de las posiciones en favor de un mecanismo de arbitraje continental alcanzó el status de declaratoria formal. La delegación de Argentina en un balance provisional de la Conferencia, informaba que "el panamericanismo es un movimiento gobernado por sentimientos vagos, que únicamente podría tornarse práctico cuando fuera inspirado por la justicia,

la igualdad, la integridad territorial y las relaciones comerciales fundadas sobre una competencia abierta para todos." 23

Aunque "gobernado por sentimientos vagos", Argentina participó en las reuniones convocadas por ese panamericanismo que los Estados Unidos se preocupaban por imponer. Las posiciones argentinas seguían siendo las mismas, y sin mucha dificultad la elite argentina logró insertarlas en las discusiones de la Conferencia. Pero en este camino los resultados "prácticos" fueron pocos. Ante ello, la dirigencia argentina lanzó, al margen del naciente sistema panamericano, un nuevo desafío al monroísmo: la llamada Doctrina Drago.

El bloqueo de los puertos venezolanos por potencias europeas en 1902, fue aprovechado para defender el principio que condenaba el cobro compulsivo de las deudas públicas. El hecho de que la agresión fuera europea, permitió a Argentina presentar sus argumentos como 'complementarios' de la doctrina Monroe. El objetivo era comprometer a los Estados Unidos en una posición antiintervencionista.

Argentina, volvió a poner a los Estados Unidos en una posición incómoda, y mucho más de tomar en cuenta, la coyuntura latinoamericana de principios de siglo bajo el amenazante 'gran garrote' de Roosevelt. En 1902, la respuesta norteamericana fue

ambigua, pero dos años más tarde, las diferencias entre ambas doctrinas las volvió excluyentes. Roosevelt en 1904, expuso su corolario a la doctrina Monroe. Los Estados Unidos se autoproclamaban policía del orden americano. El diario argentino La Prensa, calificó la declaración del presidente norteamericano como "la más seria amenaza contra la integridad sudamericana que haya salido de Washington."⁵⁴

Al calor de las opiniones que los miembros de la elite tenían de los Estados Unidos, comenzó a fraguarse un sentimiento de superioridad argentina frente al resto de América Latina. A fines del siglo pasado, La Prensa deslizó un comentario, proclamando para el país "una gran misión civilizadora en el Nuevo Mundo."⁵⁵ En la explicitación de este sentimiento emerge con claridad el destino que la elite dirigente tenía reservado para su país. El mismo periódico, tiempo después de conocido del 'corolario Roosevelt', señaló que Argentina podía considerarse excluida de la definición del presidente norteamericano sobre los desorganizados estados latinoamericanos, pero que "dependía de la Argentina defender el principio de la soberanía de toda América Latina frente al Gran Garrote".⁵⁶

A pesar de los tonos desafiantes, la ambigüedad continuó caracterizando la percepción argentina de los Estados Unidos. Entre la admiración y el recelo, cristalizó aquel sentimiento de superioridad. Muestra de ello, es por ejemplo, la gran embestida

contra la intervención en Venezuela en 1902. y casi inmediatamente, la tranquilidad con que la diplomacia argentina reconoció al nuevo gobierno panameño, luego de la secesión de Colombia en 1903.

La posición argentina frente a Venezuela, pudo ser interpretada como una acción de defensa de la soberanía de América Latina, pero fundamentalmente de la soberanía argentina frente a una eventual situación similar. El país era deudor de Europa, ya había conocido los desastres de crisis financieras, y nada lo exceptuaba de volver a repetir la experiencia. La agresión a Venezuela podía sentar un peligroso antecedente.

A la mirada de la oligarquía, la situación de Panamá era distinta. La ocupación norteamericana se escondía tras el separatismo nativo. La disputa giraba en torno al paso interoceánico: pero por sobre todo, ese sentimiento de superioridad permitió a la diplomacia de Buenos Aires mostrarse condescendiente con las tesis de Roosevelt. En otras palabras, Estados Unidos estaban actuando en beneficio del 'progreso' sobre todo en aquellas naciones más atrasadas, víctimas de violentas turbulencias. De hecho la prensa nacional, si bien no aprobaba la acción de Estados Unidos en Panamá, cargó las tintas en esta cuestión al "mal gobierno colombiano."²⁷

En un momento de plena expansión imperialista, Argentina podía

darse el lujo de confrontar con los Estados Unidos. La explicación, quizás podamos encontrarla en las palabras de uno de los arquitectos del régimen oligárquico. En noviembre de 1905, Carlos Pellegrini, con motivo de la exhibición anglo-argentina, dijo: "Gran Bretaña ha invertido, en este momento, en la Argentina la suma de 1.400.000.000 pesos oro. Y si se agrega que somos una población de seis millones escasos, podemos afirmar que no hay nación en el mundo donde el capital extranjero haya acudido en tales proporciones. Sólo los que quieren ignorar estos hechos y la influencia determinante en las relaciones internacionales de estos poderosos vínculos económicos, pueden hablarnos de doctrinas monroístas, y creer que semejanzas de instituciones o igualdades de longitudes pueden sobreponerse en la orientación de la política internacional a los grandes intereses económicos, olvidando que por la fuerza de los hechos somos aliados económicos de la Inglaterra, alianza que puede ser más eficaz que la verdadera alianza política."

Mientras tanto el panamericanismo languidecía. En el intervalo que hubo entre la Segunda y la Tercera Conferencia, los representantes argentinos en Washington, ignoraron la mayor parte de las reuniones de la comisión ejecutiva de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas. Y más aún, el gobierno argentino no pagó la cuota anual para el mantenimiento de la Oficina, correspondiente a los años de 1904 a 1907.

La Tercera Conferencia se reunió en Río de Janeiro en 1906. Estados Unidos mantuvo la misma estrategia: sacar del programa la mayor cantidad de temas escabrosos. El mismo Secretario de Estado, E. Root, se trasladó a Brasil, con el fin de limar asperezas y demostrar la 'buena voluntad' de su gobierno.

Argentina volvió a entorpecer el cordial desarrollo de la reunión. La disputa Río Branco-Zeballos en torno a la hegemonía militar en el sur del continente hubiera sido motivo suficiente para opacar las sesiones: pero a ello se agregó el intento argentino de discutir la Doctrina Drago, contraponiéndola a la Monroe. Como ya era costumbre, Washington optó por no inmiscuirse en temas sustanciales.

Quizás el hecho más significativo que se desprende de esa reunión, fue el viaje de Root a Buenos Aires. A pesar de las duras críticas de la prensa argentina a la Conferencia, la visita de Root fue recibida con palabras elogiosas. Pocos días antes de su llegada, La Nación expresó su agrado "por la oportunidad que ofrecía a los argentinos para demostrar la riqueza de su país."³⁷ Al desembarcar Root, La Nación le dijo "la bienvenida a la nación más rica y poderosa de la América del Sur, donde serían derrotadas sus ideas falsas acerca del grado de progreso de la América Latina."³⁸ Ese mismo día, La Prensa comentó que Argentina había avanzado más allá del peligro de una conquista imperialista y de la seducción económica. "Bienvenido, Root

futuro mensajero de la grandeza argentina!".⁶¹

Root en conferencias, banquetes oficiales y declaraciones a los periodicos, correspondió con la misma moneda. Colocó a Argentina en el mismo plano de prosperidad que los Estados Unidos.

Para la elite dirigente, aquella fue un excelente oportunidad para mostrar la 'bonanza' nacional a un representante del gobierno norteamericano. La gobierno argentino había conseguido reducir el panamericanismo a su minima expresión, pero al mismo tiempo, se lanzó de lleno a la búsqueda del reconocimiento norteamericano. Argentina debía ser reconocida como una igual, como una nación 'civilizada'. Sólo sobre esa base, el panamericanismo dejaría de ser un "sentimiento vago", para transformarse en acciones "prácticas".

El gesto de Root presagiaba tiempos venideros. Al concluir la primera década de este siglo, las relaciones entre las dos naciones comenzaron a transitar una senda de 'mutuo' entendimiento. Las agrias disputas, que caracterizaron los veinte años anteriores empezaron a diluirse.

Hacia 1910, se hizo manifiesta la presencia económica norteamericana en Argentina. Las inversiones de capital, sobre todo en títulos, se aproximaron a los veinte millones de dólares.⁶² La participación estadounidense aumentó también en

el mercado argentino, representando sus herramientas, maquinaria, productos químicos, entre otros, el 14.2% de las importaciones argentinas, en comparación con el 13% de 1904 y el 10.2% de 1889.⁴³ Pero el intercambio comercial no era recíproco. La política tarifaria norteamericana era el núcleo de problema. Hasta 1909, sólo el 17% de los productos argentinos entraban a los Estados Unidos libres de derechos, mientras que por ejemplo, dicha cifra era del 99% para Brasil y Chile. En 1909, los cueros argentinos volvieron a la lista de productos libres de arancel norteamericano. Y esta decisión, resultado sobre todo de las presiones de los industriales del cuero y el calzado de Massachusetts, fue recibida con satisfacción por los productores y el gobierno argentino.

A raíz de esta medida, los artículos argentinos no imponibles llegaron a un 47% de las exportaciones hacia Estados Unidos, cifra muy inferior aún a la de la mayoría de los países de América Latina, aunque suficiente como para que La Prensa vislumbrara la posibilidad de un mayor entendimiento. La reducción del arancel del cuero fue calificada de "acontecimiento histórico que permite suponer que los lazos de amistad que hoy nos ligan a la Norte América, irán estrechándose a medida que la reciprocidad de intereses se haga más intensa, para beneficio común de los dos pueblos que provocan la admiración del mundo entero por los progresos realizados."⁴⁴

A pesar de estos progresos, los vínculos comerciales eran débiles, muy pocas casas comerciales estadounidenses tenían agencias en Buenos Aires. No existía ningún banco de Estados Unidos en Argentina, y ningún medio de transporte regular unía Argentina con Estados Unidos. Pero los "lazos de amistad" comenzaron a estrecharse. En los años previos a 1910, por lo menos hubo gestos en esta dirección. En 1907, con motivo de la Segunda Conferencia de La Haya, los Estados Unidos presentaron la Doctrina Drago a las naciones europeas bajo la forma de resolución Porter.⁶⁵ Argentina apoyó a los Estados Unidos. Votó a favor de la propuesta Porter, y ésta terminó aceptada por la Conferencia.

Por otra parte, en 1908, el gobierno argentino inclinó su preferencia hacia la industria naval norteamericana, con motivo de plan armamentista en que se vió envuelto el país en su rivalidad con Brasil. A lo largo de dos años, y en un proceso donde no estuvo ausente el fuerte interés del Departamento de Estado por favorecer a los astilleros norteamericanos; el gobierno de Figueroa Alcorta decidió la compra de dos acorazados a firmas estadounidenses, desechando las ofertas británicas.⁶⁶

Los acorazados, las relaciones con Europa y con Estados Unidos, eran asuntos importantes para los gobernantes argentinos de 1910. Pero una cosa era aún más importante: ellos mismos. La celebración del Centenario de la Revolución de Mayo fue un gran

acontecimiento, y como parte de él, en Buenos Aires se reunió la Cuarta Conferencia Panamericana. Para la elite esta Conferencia resultó un homenaje más.

De todas las reuniones de este tipo, la de Buenos Aires fue la menos conflictiva. Argentina y los Estados Unidos eliminaron toda propuesta que pudiera herir susceptibilidades. Argentina no pidió la inclusión de ningún tema especial en la agenda de la Conferencia.⁶⁷

La opinión de la prensa de Buenos Aires fue favorable a la reunión y a los Estados Unidos. Las rebajas tarifarias de 1909, el primer aumento palpable de las inversiones norteamericanas, el cambio de actitud del Departamento de Estado hacia Argentina manifestada en la visita de Root, y la percepción de que esa reunión realizada en el marco del apoteótico festejo de 1910, fortalecería la posición de Argentina ante el resto de América Latina, aparecían como trasfondo de los artículos de la prensa diaria. "Los delegados vienen a la conferencia a celebrar el Centenario argentino, y tienen la oportunidad de conocer en su perfección uno de los polos de cultura, de poder y de influencia en el Nuevo Mundo."⁶⁸

El año de 1910 inauguró un periodo de coincidencias entre Argentina y Estados Unidos. Los gobernantes argentinos echaron un manto de olvido sobre las agrias disputas en torno al

panamericanismo. Ahora ellos pasaron a considerar que una cadena de errores y falsas interpretaciones norteamericanas sobre la realidad continental, generaron las desconfianzas en un ideal panamericano "surgido en 1889, cuya germinación fecunda llega en plena y hermosa realización a Buenos Aires en 1910."⁶⁷

La afiliación de Argentina al panamericanismo no significó una renuncia a su vinculación europea. El país aparecía para sus gobernantes como un modelo de desarrollo económico y comportamiento político en el espacio latinoamericano. Por su parte Estados Unidos, con el bajo perfil dado a las reuniones panamericanas después de lo sucedido en 1889, contribuyó a reafirmar esa creencia en la elite argentina. Un artículo en la prensa de Buenos Aires, daba cuenta de esta nueva situación: "Seamos francos y digamos pues, toda la verdad: la idea panamericana, persigue, como un anhelo común, el bienestar continental; pero no comporta [...] un plan de concentración, ni de hostilidad, ni siquiera de desconfianzas o celos contra Europa [...]. Los tiempos son de cooperación y de solidaridades continentales, y esta orientación humana, es, por fortuna incontrarrestable."⁶⁸

La armonía en que se desarrolló la Cuarta Conferencia, tuvo sólo una nota disonante. La representación brasileña sugirió incluir en la agenda el tema de la doctrina Monroe. La referencia no prosperó. El asunto era lo suficientemente explosivo, como para

ser aceptado por argentinos y norteamericanos. Sin embargo, es llamativa la sutileza con que la prensa dió cuenta de lo poco afortunado de la propuesta brasileña: "En otros tiempos, era habitual erigir la doctrina Monroe como una fantasía de un imperialismo pavoroso [...], hasta que el tiempo, los hechos y el buen sentido desvanecieron esas preocupaciones." A pesar de esta condescendencia, el editorialista volvía a dejar asentada la posición argentina. El monroísmo no sería aceptado "mientras no se señalen las razones que podrían mover a resentimiento a una nación de Europa, por la solidaridad de alguna de América con un principio que vela por la integridad del continente."⁷¹

La Primera Conferencia Panamericana duró seis meses, la Cuarta, seis semanas. Los resultados alcanzados fueron escasos. El panamericanismo continuó siendo un "sentimiento vago", pero a diferencia de lo sucedido en 1889, en Buenos Aires en 1910, los dos rivales parecían haber arribado a un acuerdo.

Se asiste entonces a la inauguración de una corta etapa, donde la nota distintiva fue el esfuerzo por acrecentar buenas relaciones. Así lo explicaba el diario *La Prensa*, con motivo de la clausura de la reunión panamericana de Buenos Aires: "La creciente amistad de la República Argentina y los Estados Unidos, será benéfica a todos los pueblos americanos, porque cuando una palabra argentina sea pronunciada a favor de ellos en Washington, será palabra sincera, escuchada con simpatía, y que influirá en el bienestar

común, y nuestro país no se apartará, lo esperemos, de esta política sabia, fraternal y previsorá."72

2.4 UN PRETENDIDO DESTINO MANIFIESTO

En los años previos a la Primera Guerra Mundial la elite dirigente argentina intentó reformular su relación con Washington. Esta política fue realizada bajo la creencia de que los éxitos alcanzados en el desarrollo material, y el reconocimiento de los mismos por parte de Estados Unidos, daría al país la oportunidad de desempeñar un papel de contrapeso frente a las ambiciones norteamericanas en el subcontinente.

Los dirigentes argentinos consideraron que las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos se asentaban sobre la base de una percepción homogénea de la realidad latinoamericana. El término **South America**, usado por los estadounidenses, ofendía el orgullo de los gobernantes argentinos. Ellos requerían un reconocimiento explícito de sus logros materiales. Sólo a partir de ello creyeron en la posibilidad de adherir y sobre todo, influir en el sistema panamericano.

El gobierno norteamericano comprendió el reclamo. Por ello la trascendencia que tuvo la visita de Root en 1906. Todavía años después, la prensa argentina continuó reditando artículos con la impresión causada por la presencia del secretario de estado en Buenos Aires. Bajo el título de "Recuerdos de actualidad", **La Nación** publicó una nota de Emilio Mitre, fechada en julio de 1906: " Los Estados Unidos son hoy estrella de primera magnitud

[...] la República Argentina, es astro que surge en el firmamento del sur, como una promesa de inmensa dilación [...]. Por una acción de dinamismo político los dos astros han aproximado sus órbitas [...] para guiar a los que navegan por el mar de la vida."73

John Barret, director de la Oficina de Repúblicas Americanas, fue un firme defensor del reclamo argentino. En Buenos Aires, no se escondía simpatía por un personaje entregado a combatir "el erróneo concepto que en Estados Unidos se tiene de nuestros países". Aunque claro está, que la frase "nuestros países", inmediatamente se matizó. Para la elite, el mote South America, sólo servía para hacer referencia a "agrupaciones semicivilizadas [...], esas republiquetas centrales, próximas a los Estados Unidos, que viven en perpetua anarquía."74

El interés argentino por dar a conocer sus logros a los Estados Unidos, se manifestó reforzando la propia vanidad de sus gobernantes- en la reproducción de artículos de norteamericanos, donde viajeros ocasionales dejaban asentados sus impresiones del país. El coronel E. Buckner, pasó una temporada en Buenos Aires a fines de 1911, y después publicó sus experiencias en el New York Sun. Poco tiempo transcurrió para que esta nota fuera leída en Argentina. "Los argentinos forman el pueblo más encantador del mundo, no existe en ninguna parte una pueblo más culto, más progresivo, ni de más corazón. La mujer de Buenos Aires es la más

hermosa del mundo y la mejor vestida [...] Creo que la República Argentina, es uno de los mejores campos del mundo para los jóvenes con pequeño capital y algunos conocimientos del lado técnico de las industrias fabriles, pues en este campo se harán fortunas allá [...]". Pero para el coronel Buckner, lo que más llamo su atención fue "la extraordinaria cantidad de personas que vi, y que parecían norteamericanas [...]. El presidente Dr. Saenz Peña, es exactamente del mismo tipo que nuestro juez George Gray de Delaware."²⁰

Los gobernantes argentinos deseaban de los norteamericanos, inversiones, mayor intercambio comercial, pero sobre todo, ser tratados como iguales. En este camino se debe inscribir la visita que Roosevelt realizó a Argentina a fines de 1913. El ex presidente fue objeto de un recibimiento digno de un jefe de estado. Impartió conferencias, visitó distintas ciudades, se entrevistó con autoridades nacionales, y recibió, entre otros nombramientos, el de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires.

En la ceremonia donde le fue otorgado este nombramiento, Roosevelt, escondiendo el 'gran garrote', se encargó de rendir un homenaje a Argentina. Señaló que jamás se había planeado aplicar la doctrina Monroe a Argentina. "Ella, no necesita ser protegida, pues como los Estados Unidos, puede protegerse así misma [...]. La actitud recíproca de los Estados Unidos, debe ser de igual a

igual, con mutuo respeto, y cada uno con el respeto propio." Pero el ex presidente tenía reservado un párrafo en su discurso que arrancó una ovación en los presentes: "Somos de origen europeo tanto vosotros como nosotros, heredamos la cultura europea del viejo mundo, estamos unidos a las naciones de Europa por mil lazos, y saludo todo acrecentamiento de la amistad de algunos de nuestros pueblos y los de Europa."⁷⁶

El anfitrión en la ceremonia fue el ex canciller E. Zeballos, quien comenzó su discurso ofreciendo la bienvenida de una nación "cuyo destino manifiesto le descubre ya amplios horizontes [...]. La República Argentina no necesita protección, porque ha concluido su evolución civilizadora, y es un país respetado y que sabe hacerse digno del respeto del mundo."⁷⁷

La sentencia de Roque Saenz Peña "América para la humanidad", encontró en la dirigencia argentina del Centenario su más fiel garante. Mientras que, el sentimiento de orgullo nacional, agigantado por la avalancha de realizaciones materiales, se reforzó aún más a partir de las posturas evolucionistas en boga.

Teorías raciales se hicieron manifiestas en la producción científica argentina. José Ingenieros, esgrimió la idea de una superioridad en la raza argentina, centro de irradiación de la futura raza "neolatina." El vasto territorio, la fecundidad del suelo y finalmente la raza blanca, permitiría a Argentina superar

a sus estrechos competidores: Brasil y Chile. Ingenieros creía que en pocos lustros, la fortaleza de Argentina se afianzaría en América del Sur. "La historia se burla de los débiles y es cómplice de los fuertes. Sin fuerza no hay derecho, quienes quieran reivindicar un derecho, sea un individuo, una nación o una raza, debe trabajar para ser el más fuerte, eso basta." 70

El Ingenieros de principios de este siglo, creyó firmemente en la existencia de una Argentina con un destino orientado a la grandeza: "A pesar de sus apariencias, el ideal del imperialismo no es la guerra, sino la paz. Si la Argentina y la Australia continúan su rápido desarrollo [...] podrán llegar a pesar en la balanza mundial. No hay motivos sociológicos para creer que el continente europeo conservará el primer puesto en la civilización humana [...]. Después de Estados Unidos joven, y el Japón adolescente ¿la Argentina y la Australia, orientándose por nuevos ideales, incesantemente renovados, no llegarán a adquirir una influencia cardinal en la civilización del mundo?" 71

Una pregonada superioridad racial argentina, y la fórmula de 'imperialismo pacífico' acuñada por Ingenieros, impregnaron un clima de ideas que trasunta la noción de una Argentina llamada a ocupar un papel tutelar en América del Sur.

Estas concepciones aparecen con claridad en el discurso de hombres cercanos al poder. En 1912, Isidoro Ruíz Moreno,

prestigioso diplomático, publicó un breve ensayo con el título de *Propaganda argentina en América*. El autor asignó a su país un abierto cometido: "nuestra patria, por sus progresos, por su intelectualidad, y por el maravilloso vigor de crecimiento que posee, tiene una altísima misión que llevar en América [...]. Se ha organizado definitivamente y goza de los beneficios de una paz interna que parece asegurada, sus instituciones administrativas figuran entre las más adelantadas del mundo, [...] todos los elementos de riqueza y de valor [...] la colocan a la cabeza de las naciones latinoamericanas. Siendo más vigorosa y próspera, está en mejores condiciones que ninguna otra para acentuar una política de acercamiento recíproco, completando así en el sud, lo que los Estados Unidos verifican desde el norte."⁸⁰

Ruiz Moreno, encontraba a Brasil, Chile y México en condiciones semejantes a las de Argentina. Pero con un ligero análisis descartó a los virtuales competidores. Brasil por razón de su idioma, y Chile en virtud del conflicto aún latente con Perú, fueron rápidamente eliminados. Por último, "México que goza de una admirable prosperidad fiscal, ha entrado en un periodo de descomposición interna, que, desgraciadamente no parece que podrá ser en breve conjurado, y su vecindad con las repúblicas de América Central despertaría recelos y desconfianzas."⁸¹

De tal suerte que, Argentina emerge en el horizonte político de su diplomacia, no sólo con la potencialidad de extender su

influencia material, sino y sobre todo, las de orden moral, "materias en las que realmente valemos." El país, señaló Ruiz Moreno, " sin demostrar la pretensión de querer servir de educador o modelo, [...debe] hacer llegar a los gobiernos y pueblos del resto de América, el conocimiento exacto de su vitalidad, de su presente y su porvenir."²²

En este contexto fue gestado el ABC. A partir de 1910, la elite dirigente , después de desactivar los puntos de fricción con Chile y Brasil, se dió a la tarea de anudar una alianza con pretensiones estratégicas.

Los intereses de cada uno de los países que confluyeron en esta entente se despliegan sobre grados diferentes de vinculación con el mundo en general, y con los Estados Unidos en particular. Aunque el común denominador, pareciera ser, la búsqueda de una mejor ubicación y por ende una mayor capacidad de negociación frente al gobierno norteamericano.

Para el caso argentino sostenemos que esta alianza promovida por Roque Saenz Peña en sus días de diplomático en Europa, y luego desde la presidencia de la nación²³ fue diseñado a manera de escudo multinacional bajo el cuál, el país por un lado podía garantizar la continuidad de una situación de convivencia armónica con sus vecinos, y por otro, aparecer mejor protegido y legitimado en sus aspiraciones por 'disputar' espacios de

influencia a los Estados Unidos.

Esta generación argentina de hombres ricos, cultos y 'progresistas' identificó su propia imagen con la de toda la nación que gobernaban. Así, y sin más bases de sustentación, se lanzó a la arena de la política internacional, creyendo tener suficientes méritos como para participar en un proceso que obviamente vislumbraron: la división del mundo en esferas de influencias. Argentina y sus dos antiguos rivales, intentaron hacer pesar su 'poderio' en la solución de los problemas políticos del continente, esgrimiendo la bandera del pacifismo y el arbitraje como fórmula de concordia universal.

La propuesta del ABC no era original. Se trató de una aplicación demasiado burda de la Real Politik. La idea básica se asentaba en una fórmula de política positiva, análoga a otras del viejo mundo, que según sus sostenedores habían favorecido el mantenimiento de la paz.

Carlos Becú, ideólogo argentino del ABC, sostenía que: "el predominio de unos países sobre otros parece ser la condición necesaria de la vida internacional, la sociedad de las naciones requiere una coerción poderosa, que velando por la conservación de los intereses recíprocos, asegure la paz, paralice la agresión inoportuna, y ponga remedio a la inquietud y al desorden interno y externo". Para Becú, esa realidad internacional, tenía en

América una manifestación palpable: la doctrina Monroe. Pero esa misma realidad fue mudando, "la parte meridional del continente, que por su misma situación ha permanecido fuera del alcance del monroísmo, está convirtiéndose en un nuevo centro de política, como consecuencia del engrandecimiento económico, el aumento de la población, y del progreso cultural alcanzado [...]". De tal suerte que, las naciones del ABC "han adquirido la capacidad necesaria para hacer cada cual o todas juntas, su propio monroísmo, [...] y especialmente para determinar en esta parte del planeta las condiciones políticas, propias o extrañas, que consideran necesarias para el cumplimiento de sus destinos". América se encontraba bajo una doble influencia internacional, la de Estados Unidos, y la del ABC. Centros de poder paralelos, que "sin duda actuarán en pro del bienestar del continente" pero los intereses podrán divorciarse, y en ese caso el ABC ejercería "un conveniente y recíproco contrapeso".⁹⁴

Las afirmaciones de Becú, no fueron el resultado del desvarío de un experto profesor universitario; por el contrario manifiestan el ambiente y las creencias de los dirigentes argentinos del Centenario. Ellos actuaron bajo el supuesto de que finalmente, Estados Unidos habían aceptado y reconocido la grandeza nacional argentina, grandeza que intentaron potenciar a través de la entente sudamericana.

La prensa oficial, refleja con sorprendente transparencia este

clima de ideas. En julio de 1913, en el editorial de La Argentina, se anotaba: "Hoy Argentina es foco de luz que llama la vista hasta de los más lejanos. Hoy la leyenda de su riqueza y portentoso desarrollo corre por toda la tierra, y sobrepuja hasta la verdad. Los Estados Unidos han reconocido que la Argentina es el exponente más perfecto del progreso latinoamericano, y prevé que en el porvenir, no lejano, será el factor más potente de la política del continente".²⁵

Si la dirigencia argentina puso tanto empeño porque los Estados Unidos la valorara como sus iguales; no resulta difícil inferir, el tipo de apreciación y la escala de valores con esa dirigencia observó al resto de América Latina. Entre un sentimiento de superioridad, y el manifiesto deseo de servir de modelo, esa dirigencia, que todo le debía a Europa, pretendió insertarse en el espacio latinoamericano.

NOTAS

1. Entre la abundante bibliografía en torno a la política exterior argentina, destacan los trabajos de Juan Carlos Puig y Gustavo Ferrari. Estos autores, en un esfuerzo de síntesis e interpretación, alejados de visiones historiográficas de corte tradicional, avanzan en el camino de "descubrir" constantes en el manejo de la política exterior argentina. Para el primero son cuatro: 1) afiliación a la esfera de influencia británica; 2) oposición a los Estados Unidos; 3) aislacionismo respecto a América Latina; y 4) debilidad de la política territorial. Véase J.C. Puig. "La política exterior argentina: incongruencia epidérmica y coherencia estructural." en *América Latina, políticas exteriores comparadas*. Bs. As. GEL 1984. Vol.I. Por su parte Ferrari despliega su esquema de política exterior argentina a partir de seis constantes: 1) pacifismo; 2) aislacionismo; 3) evasión por medio del derecho; 4) moralismo; 5) enfrentamiento con Estados Unidos y europeísmo; y 6) demembración territorial. Véase G. Ferrari. *Esquema de política exterior argentina*. Bs. As. Eudeba. 1983.

2. H.S. Ferns. *Op. Cit.* p.276.

3. Véase S. Bagú. *La realidad argentina en el siglo XX. Argentina en el mundo*. Bs. As. FCE. 1962. Vol.III.

4. Véase G. Ferrari. *Op. Cit.* De alguna manera el precursor de esta tesis fue Estanislao Zeballos, quien a principios de este siglo, escribió entre muchas otras obras, "La diplomacia desarmada" en *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Bs. As. T. XXX y XXXI. 1908. Como una buena síntesis del pensamiento de Zeballos, puede consultarse R. Etchepareborda. *Zeballos y la política exterior argentina*. Bs. As. Ed. Pleamar. 1982.

5. Citado por I. Ruiz Moreno. *Op. Cit.* p.143.

6. Citado por O. Usinge. *Fundamentos de la política internacional argentina*. Rosario, s.p.i. 1952. p.127.

7. Citado por C. Silva. *Op. Cit.* p. 462. La nota del canciller Bernardo de Irigoyen se originó con motivo del arresto del gerente del Banco de Londres de la ciudad de Rosario. La representación británica en Buenos Aires reclamó, e incluso amenazó con enviar un buque de guerra hacia Rosario. Finalmente desistió de concretar la amenaza.

8. Citado por A. Conil Paz. *Historia de la Doctrina Drago*. Bs. As. Ed. Ferrot. 1975. p.56.

9. Citado en Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. La política exterior de la República Argentina. Bs. As. UBA. 1931. p.40.

10. Ibid. p.50.

11. Ibid. p.52.

12. Mitre en carta a Sarmiento fechada el 10 de octubre de 1864, decía: "He leído con atención su papeleada sobre el Congreso Americano, y la reunión de Plenipotenciarios, así como sus cartas en que procura explicar Ud. la parte embrollada del negocio. Desde luego le haré presente una cosa, y es que todos los que figuran en ese negocio están en su papel, y representan, efectivamente un interés, una idea, una política de su país. Todos menos Ud. Aparece Ud. como miembro del Congreso Americano, al cual no ha sido Ud. enviado y, sin embargo que, a puerta cerrada, dice que no tiene poderes, procede en él como tal miembro, y ostenciblemente acreditó la idea de lo que es realidad, por no desacreditarse con las limeñas [...]." Citado por V. Lascano. América y la política argentina. Bs. As. Ed. Perrot. 1961. p.48.

13. Los límites definitivos de Argentina con los países vecinos fueron establecidos en las siguientes fechas: 1879 con Paraguay, a través del laudo arbitral del presidente norteamericano R.B. Hayes. 1895 con Brasil, por medio del laudo arbitral del presidente norteamericano E.G. Cleveland. 1925 con Bolivia y 1961 con Uruguay, a través de acuerdos binacionales. 1902 y 1904 con Chile. En la primera fecha se demarcó el límite austral con la suscripción de los llamados "Pactos de Mayo", sometidos al laudo arbitral del rey de Inglaterra; y en la segunda fecha, fue resuelta la disputa en torno a la llamada "Puna de Atacama" en el noroeste argentino, aquí el acuerdo fue binacional. Finalmente, y en fecha reciente, 1985, quedó terminado el pleito por el Canal de Seagle, en el extremo austral del los dos países. En este caso, el fallo arbitral correspondió al Vaticano. La bibliografía sobre estos temas es muy abundante. Una buena síntesis de la cuestión puede encontrarse en L. S. Sanz "Historia Diplomática." en Historia Contemporánea Argentina. Bs. As. Academia Nacional de Historia. Ed. El Ateneo. 1964. Vol.II.

14. Son numerosas las publicaciones referentes a la cuestión argentina-chilena. Una buena síntesis es el trabajo de G. Ferrari, Conflicto y Paz con Chile. Bs. As. Eudeba. 1969. Allí también puede consultarse una amplia bibliografía sobre la materia.

15. Me refiero a la escuela fundada por E. Zeballos en Argentina de principios de siglo, y a los profesionales que en fechas recientes continúan sosteniendo las posiciones de Zeballos. Véase por ejemplo, R. Etchepareborda Op. Cit., C. Silva, Op. Cit.,

entre otros.

16. E. Zeballos (1853-1923). A pesar de la magnitud de la obra de Zeballos se carece de un estudio pormenorizado de ella. La producción de Zeballos se despliega en más de trescientas publicaciones de su autoría, alrededor de temas tales como antropología, historia, política, literatura, economía, geografía y relaciones exteriores. Fue diputado nacional en distintas oportunidades, ocupó la cartera de relaciones exteriores en 1889, 1991 y 1906; representante de la Legación Argentina en Washington en 1893 y miembro de distintas comisiones diplomáticas. Fue fundador de la Sociedad Científica Argentina y del Instituto Geográfico Argentino. Profesor universitario, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Editor-fundador de la Revista de Derecho, Historia y Letras. Presidente de la Sociedad Rural Argentina, y fundador del Instituto Popular de Conferencias del diario La Prensa. En la multifacética y erudita vida de Zeballos, destaca en el terreno de las relaciones internacionales, su constante bregar por la defensa del territorio nacional, inclusive a través de la guerra, si ella fuera necesario, contraponiéndose a la tradicional política argentina de someter las disputas a arbitraje internacional. Fue un permanente impulsor de la carrera armamentista, e introductor, cuando ocupó puestos ejecutivos, de nuevas tecnologías de guerra. Como conocedor y estudioso de la geografía nacional, se convirtió en pionero de la cartografía militar. El ejército le otorgó el grado de teniente coronel de Guardias Nacionales. Como lo señalamos en la nota 15, Zeballos origina una escuela doctrinaria en materia de política exterior, asentada en una exacerbada defensa y proyección del "orgullo" y de la "soberanía" nacional. Sobre este personaje puede consultarse C. Melo, "Estanislao Zeballos" en Revista de la Universidad de Nacional de Córdoba. Córdoba. T.II. 1961. R. Etchepareborda. Op. Cit. E. Coni. "Dos aspectos de Estanislao Zeballos: el historiador y el economista" en Boletín de la Academia Nacional de Historia. Bs. As. N.2. 1927. B. Gonzalez Arrilli. "Estanislao Zeballos" en Investigaciones y Ensayos. Bs. As. Academia Nacional de Historia. N. 6-7. 1969. A. Orzabal Quintana. "Zeballos y el panamericanismo" en Revista de Historia del Derecho. Bs. As. 1976. L. Podestá. "Dr. Estanislao Zeballos" en Anales de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales. Bs. As. N.2. 1957.

17. E. Zeballos. "Río Branco" en Revista de Derecho, Historia y Letras. Bs. As. T. XLI. 1912. p.431.

18. Carta de E. Zeballos a R. Saenz Peña, Bs. As. 27/6/1908. Citada por G. Ferrari. Esquema de política exterior. Op. Cit. p.67.

19. E. Zeballos. "La diplomacia desarmada" en Op. Cit. p.530.

20. W.R. Manning, (ed). *Diplomatic correspondence of United States concerning the independence of Latin American Nations*. New York. 1925. T.I pp.6-7.

21. Véase F.J. Riopy. *La rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra por América Latina*. Bs. As. Eudeba. 1969.

22. El promedio anual de intercambio entre las dos naciones de 1850 a 1860 inclusive, era aproximadamente de cuatro millones de dólares. De ese monto, más de las dos terceras partes correspondía a exportaciones argentinas a Estados Unidos. Véase *Report on the commercial relations of the United States with all foreign nation*. Washington. 1866. Vol.I. p.595.

23. La expedición del buque 'Lexington' a las islas Malvinas, y su posterior repercusión en la ocupación británica de las islas, es aún tema de conjeturas. El historiador H. Peterson afirma que "los agentes ingleses en Washington y Buenos Aires, sabían que las relaciones entre los dos países eran tensas [Argentina y Estados Unidos], y sin duda dieron por supuesto que Estados Unidos no iba a impedir una ocupación inglesa y no apoyarían a los argentinos." H. Peterson. *La Argentina y los Estados Unidos*. Bs. As. Eudeba. 1970. pp.128-129.

24. *Ibid.* p.178.

25. Esta nueva situación debe ubicarse en el marco de las modificaciones que el proceso de industrialización de Estados Unidos introdujo en el sistema de división internacional del trabajo. La economía norteamericana se autoabastecía de numerosos productos primarios, y particularmente de aquellos en los que se especializaba Argentina: y por otra parte, comenzó a contar con una tecnología más avanzada que la británica, al punto tal que, en las primeras décadas del siglo XX, esta situación le permitió exportar productos manufacturados y bienes de capital de alta tecnología.

El dato más importante de este proceso, fue la formación de grandes firmas en Estados Unidos, cuya expansión las obligó a proyectarse hacia el exterior, respondiendo a la atracción que ejercían sobre ellas los menores costos de producción y las materias primas más baratas con que contaban los países de la periferia. Las inversiones norteamericanas comenzaron a fluir hacia América Latina y Argentina no fue la excepción, (recuérdese la incursión en la industria de la carne, sobre la que hicimos mención en el capítulo anterior).

Junto a las inversiones, las exportaciones norteamericanas experimentaron un auge considerable a partir de la primera década de este siglo. Máquinas, hierro, acero, y automotores de ese origen desplazaron a sus equivalentes u otros productos británicos, y provocaron desde esas fechas hasta aproximadamente 1930, lo que se ha dado en llamar el "comercio triangular" entre Estados Unidos, Argentina y Gran Bretaña.

Mientras las importaciones provenientes del primer país casi se quintuplicaron entre 1910 y 1929, las provenientes de Gran Bretaña fueron perdiendo participación en el mercado argentino. Lo más destacado sin embargo, fue que los saldos de la balanza comercial con Gran Bretaña eran favorables para Argentina, al contrario de lo que ocurría con los correspondientes al comercio argentino-norteamericano. Para compensar los saldos negativos con Estados Unidos, Argentina debía apelar a los superhábits de sus operaciones con el Reino Unido, aunque una parte de éstos sirvieran para pagar los servicios financieros de las inversiones británicas, y el crédito norteamericano. El más detenido estudio sobre este fenómeno, es el de J. Fodor y A. O' Connell. "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX" en *Desarrollo Económico*. Bs. As. IDES. N.49. 1973.

26. Report on the commercial relation ... Op. Cit. pp.462 y 517.
27. Citado por G. Connell Smith. *Los Estados Unidos y la América Latina*. México. FCE. 1973. p.124.
28. *Ibid.* p.126.
29. J.B. Alberdi. "Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano." en *Obras Escogidas*. Bs. As., s.e. Vol.VII. 1954. pp.22-27.
30. J.B. Alberdi. "Política exterior de la República Argentina" en *Ibid.* Vol.III. p.7-8.
31. J. B. Alberdi. "América" en *Ibid.* Vol.VII. p.123.
32. *Sudamérica*. Bs. As. 4/7/1884.
33. *Ibid.* 12/9/1884.
34. Citado por H. Peterson. *Ibid.* p.382.
35. Sobre los pormenores de esta visita. véase *Ibid.* Cap. XV.
36. D. Pantoja (V. G. Quesada) *Los Estados Unidos y la América del Sur. Los yanquis pintados por sí mismos*. Bs. As., s.e. 1893. pp.88-89.
37. F.B. Astigueta. *Solidaridad Americana*. Bs.As. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. (tesis doctoral), s.f. (1885?) p.48.
38. A. Calvo. *Política Americana*. Bs.As., s.e. 1886. p.16.
39. B. de Irigoyen. "Política Americana" en *Revista Nacional*. Bs. As. N.7. 1886. p.10.

40. E. Quesada. "La política americana y las tendencias yanquis" en Revista Nacional. Bs.As. N.9. 1887. p.130.

41. E. Quesada. "Política Americana" en Revista Nacional. Bs.As. N.10. 1887. p.177.

42. La contribución más importante al conocimiento de la actuación argentina en las cuatro primeras Conferencias Panamericanas, es la obra de T. Mac Gann. Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano. 1880-1914. Bs.As. Eudeba. 1960.

43. Los cuestionamientos fueron variados, destacando entre ellos, el hecho de que Blaine presidiera la Conferencia, sin ser miembro de la delegación norteamericana, cuando la tradición diplomática estipula que sólo los miembros de las delegaciones anfitrionas deben presidir reuniones internacionales. La ausencia de un mecanismo de traducción al español de las minutas y resoluciones de las distintas comisiones de la Conferencia. Los delegados argentinos también hicieron saber su disgusto por la forma en que estaban establecidas las comisiones, el reglamento de la Conferencia, y una serie de herramientas de procedimiento. Véase T. Mac Gann Op. Cit. pp.198-223.

44. Esta estrategia les permitió minar las posiciones norteamericanas, cuya delegación cayó en una serie de contradicciones. Sus miembros llegaron a sostener entre sí opiniones encontradas, frente a una serie de temas que trataron las distintas comisiones.

45. Sobre la "fórmula argentina" de arbitraje, véase el apartado 2.1 de este capítulo.

46. Citado por T. Mac Gann. Op. Cit. pp.220-221.

47. La Nación. Bs.As. 31/5/1890.

48. Este discurso de R. Saenz Peña, más tarde fue recogido bajo la forma de artículo con el nombre de "Zollverein Americano" en Temas de política internacional. Bs.As. Ed. Raigal. 1952. pp.177,180-181,191 y 198-199.

49. La Nación. Bs.As. 24/1/1890.

50. T. Mac Gann. Op. Cit. p.246.

51. D. Pantoja (V.G. Quesada). Op. Cit. pp.271-272.

52. Los embarques norteamericanos a la Argentina fueron valuados en 9.563.510 dólares en 1899, y en 11.537.668 en 1901. Las exportaciones argentinas a los Estados Unidos ascendieron de 5.112.561 dólares en 1899, a 8.065.318 dólares en 1901. Cifras

- tomadas de H. Peterson. Op. Cit. p.321.
53. Citado por T. Mac Gann. Op. Cit. p.308.
54. La Prensa. Bs.As. 8/12/1904.
55. Ibid. 16/10/1893.
56. Ibid. 13/12/1905.
57. La Nación. Bs.As. 6 y 12/11/1903 y La Prensa. Bs.As. 23/11/1903.
58. Citado por S. Bagú. La realidad argentina en el siglo XX. Op. Cit. p.71.
59. La Nación. Bs.As. 11/8/1906.
60. Ibid. 14/8/1906.
61. La Prensa. Bs.As. 14/8/1906.
62. The foreign debt of the Argentine Republic. Baltimore. 1934. pp.33-34.
63. Véase el apartado 1.1 de este trabajo.
64. La Prensa. Bs.As. 5/7/1910.
65. La resolución Porter enunciaba que ningún gobierno tenía derecho a recurrir a la fuerza para recaudar deudas contractuales, excepto cuando el estado deudor rechaza el arbitraje, o cuando, después del arbitraje no se sometía a la sentencia. Véase R. Moreno Martínez. La doctrina Drago y sus proyecciones en la vida internacional. Córdoba. UNC. 1960.
66. Sobre estas negociaciones véase H. Peterson. Op. Cit. cap.XVIII.
67. Entre otros temas, el programa de la Cuarta Conferencia Panamericana incluyó los siguientes: consideraciones de los informes sobre la acción de los distintos gobiernos con respecto a acuerdos panamericanos previos; consideración del informe del director de la Oficina de Repúblicas Americanas referente a su posible reorganización; resolución que expresara el agradecimiento a A. Carnegie, quien había donado la construcción del nuevo edificio en que se desarrollarían las actividades de los estados americanos en Washington; conmemoración del Centenario argentino de la independencia; planes para la celebración de la apertura del canal de Panamá e intercambio de profesores y estudiantes. Véase T. Mac Gann. Argentina y los Estados Unidos. Op. Cit. p.408.

68. La Prensa. Bs.As. 30/7/1910.
69. Ibid. 1/7/1910.
70. La Nación. Bs.As. 25/7/1910.
71. Ibid. 1/8/1910.
72. La Prensa. Bs.As. 1/9/1910.
73. La Nación. Bs.As. 14/11/1913.
74. Ibid. 24/1/1910.
75. E. Buckner. "Impresiones de la República Argentina" en Revista de Derecho, Historia y Letras. Bs.As. AÑO XIV. T.XLI. 1913. pp.343-345.
76. "T. Roosevelt y la política internacional americana" en Ibid. p.601.
77. Ibid. pp. 545 y 564.
78. J. Ingenieros. "Sociología Argentina" en Obras Completas. Bs.As. Ed. Mar Océano. 1961-1962. T.6. p.72.
79. J. Ingenieros. "Crónicas de Viaje" en Ibid. T.8. p.173.
80. I. Ruiz Moreno. "Propaganda argentina en América" en Revista Argentina de Ciencias Políticas. Bs.As. Vol.4. 1912. pp.38-39.
81. Ibid. pp.39-40.
82. Ibid. p.49.
83. Los orígenes del ABC se remontan a 1909, cuando en Roma y a iniciativa del representante chileno, se fundó la Academia de Bellas Artes latinoamericanas, propuesta apoyada por los representantes argentinos y brasileños. Roque Saenz Peña, entonces en Italia, se convirtió en un ferviente propagandista de la idea de un acercamiento entre las tres cancillerías. En los anales de la historia de las relaciones entre Argentina y Brasil ha quedado señalado como un hito, la cordial bienvenida que en Río de Janeiro, el canciller brasileño dió a R. Saenz Peña, cuando el entonces candidato a la presidencia regresaba de Europa hacia Buenos Aires. Después de años de violentos enfrentamientos, el gesto brasileño inauguró una nueva etapa en las relaciones bilaterales. Y por último, las festividades del Centenario tanto chileno como argentino, con el consecuente intercambio de visitas presidenciales, fue perfilando un ambiente propicio para la gestación de la entente.

En los años previos a la Primera Guerra Mundial la aproximación entre las tres cancillerías se concretó, a pesar de no existir ningún fundamento legal que acreditara la existencia del bloque diplomático. El Pacto del ABC recién fue suscrito en 1915. Véase. C. Silva. Op. Cit. R. Etchepareborda. Política externa argentina. Córdoba. UNC. 1967. J. Monzó. El Pacto pacifista del ABC. Bs.As., s.e. 1915. R. Saenz Peña. Op. Cit.

84. C. Becú. El ABC y su concepto jurídico y político. Bs.As. Lib. La Facultad. 1915. p.12.

85. La Argentina. Bs.As. 4/7/1914. No es de extrañar que este artículo apologético del presente y futuro argentino, haya sido publicado el día en que los Estados Unidos celebran su independencia.

3. ARGENTINA-MEXICO 1910-1913

3.1 LA CRISIS DEL PORFIRIATO Y EL MADERISMO BAJO LA MIRADA DE LA ELITE DIRIGENTE

Para los gobernantes e intelectuales argentinos de principio de siglo, México aparecía lejano y desconocido. Sólo el brillo de sus antiguas civilizaciones precolombinas era objeto de interés para los fundadores de la arqueología y antropología rioplatense.

Las relaciones diplomáticas entre los dos países revestían formas puramente protocolares, y el intercambio comercial era inexistente.¹ En consecuencia, la realidad mexicana era parte integrante de reflexiones generales sobre América Latina, y de manera ocasional, se daba cuenta de ella en los escritos diplomáticos.

En 1903, Carlos O. Bunge publicó *Nuestra América*, que en ediciones posteriores llevó el subtítulo de "Ensayo de psicología social". La obra pronto alcanzó una dimensión continental, para convertirse en un clásico del darwinismo social latinoamericano.² Bunge intentó analizar la realidad de la América española partiendo de la influencia de las razas, para llegar a definir las características que aquellas asumieron en la formación del carácter nacional.

Para Bunge comprender la política hispanoamericana, es decir, fenómenos tales como el caudillismo y las dictaduras, exigía una

previa diferenciación de los grupos étnicos que componían la estructura social. Era preciso estudiar los caracteres psicológicos de grupos tan diferentes como los españoles, los indios, los negros y los mestizos.

El español fue definido por su arrogancia: "obligado a rechazar las frecuentes invasiones a su península, el español hubo de rendir culto a la valentía individual, culto manifestado en la arrogancia".³ El latinoamericano heredó entonces, esta característica esencial del peninsular, a la que se añadió el secular fatalismo indígena, y el servilismo de los negros.

Pereza, tristeza y arrogancia⁴, explican según Bunge la incapacidad política, y la "patología social" de los hispanoamericanos. Estos tres elementos fundacionales de la psicología criolla, permiten comprender la aparición de los caudillos; y entre ellos, a manera de caso "clínico", Bunge dedicó un apartado especial a Porfirio Díaz.

A diferencia de otros "caciques" latinoamericanos de neto corte "retrógrado", como Rosas en Argentina, o García Moreno en Ecuador; Díaz emerge como el "cacique-estadista". En una sociedad "mayoritariamente" indígena, donde los blancos son la excepción, Bunge se preguntaba "¿Puedese hacer de tal pueblo una democracia?, ¿Es posible hacer una raza republicana de la raza india?. Evidentemente no, y el dilema es éste: o tiranía, único

medio de mantener el orden, o el desorden. Díaz optó por el orden y, dentro del orden realizó el progreso".⁶ El gobernante mexicano era el responsable de una vasta obra de "civilización material", pero se lo acusaba del "atraso moral" de su pueblo. Atraso, que según Bunge, no era responsabilidad de Díaz, sino de la raza y el medio, de los cuáles Díaz era también producto.⁶

Si para Bunge la solución de los males de la "política criolla", pasaba por la europeización de las sociedades hispanoamericanas; el juicio final sobre Díaz no fue del todo elogioso. "No obstante considerarle un buen gobernante criollo, me temo que un verdadero estadista a la europea no habría jamás procedido como él. El lema 'poca política y mucha administración' lo emite un déspota, que para mantenerse en el poder, por la pasividad de su pueblo, ya no necesita hacer política [...]. En otros pueblos, menos resignados, más europeos, tal lema sería siempre una farsa: la farsa de los zares".⁷

Con Europa como referente, la dirigencia del país más europeo de América Latina miraba a México. Bunge sistematizó una serie de creencias y reflexiones, ampliamente difundidas y compartidas por buena parte de la elite gobernante y un círculo de intelectuales. Después de todo, la blancura racial y las 'ventajas' de no contar con poblaciones indígenas de relevancia, también fueron motivo de orgullo y optimismo.

En 1904, Ernesto Quesada publicó sus Recuerdos de mi vida diplomática, en ellos, a manera de crónica de viaje, el autor dejó asentadas sus impresiones sobre México y los Estados Unidos⁴. En compañía de Francisco Sosa, Quesada recorrió la ciudad de México. Como parte del paisaje urbano, el diplomático argentino deslizó comentarios sobre los habitantes de la ciudad: "es visible en todas partes y bajo distintos aspectos las ruinas aztecas y toltecas de los monumentos indios, que parece conserva, como guardianes empobrecidos, la numerosa población india, que es actualmente la mayoría de los obreros: pudiendo observarse sin grande esfuerzo, que hubieron razas diferentes, tan claramente se marca el sello de la esclavitud secular, de la ausencia de voluntad personal y del fatalismo abyecto, en los que por la embriaguez del pulque [...] se olvidan penas. Los indios no tienen idea de mejorar su posición, les falta nervio para emanciparse de la inferioridad tradicional que los vio nacer y les verá morir por generaciones de generaciones".

Como diplomático, visitó a autoridades y asistió a variadas recepciones. Ese fue el México que básicamente registran sus páginas. "Los mexicanos viven con toda la comodidad de la vida moderna". "La numerosa población india" fue un dato marginal que sólo mereció unos escasos, pero significativos párrafos. Quesada constató lo que Bunge había convertido en objeto de estudio.

Un panorama caracterizado por el poco interés en México comenzó a

modificarse cuando irrumpió el fenómeno revolucionario. Las informaciones de una revolución que echaba por tierra la alabada solidez del porfiriato, rápidamente se convirtieron en noticias dignas de ser reproducidas por la prensa capitalina. Paulatinamente, México fue ocupando espacio en periódicos, para transformarse después en tema de reflexión, inquietud e incluso acción tanto gubernamental como de importantes sectores de la sociedad.

Argentina estableció contacto con los sucesos mexicanos a través de diferentes vías. En primer lugar, la prensa diaria, reproduciendo cables y analizando la situación por medio de sus editorialistas y corresponsales. En segundo lugar, por intermedio de revistas, donde se publicaron artículos de autores mexicanos, latinoamericanos y estadounidenses que, dependiendo de su ubicación político-ideológica, pintaron una cuadro a veces favorable a la Revolución, y otras abiertamente contrario. Por último, a través de argentinos que, por distintas razones, estuvieron en México y más tarde dieron a conocer sus opiniones.

Por su parte, el gobierno argentino además de estas vías, contó con los informes de su servicio exterior. La representación consular en México, y la diplomática en Estados Unidos, desde 1910 comenzaron a enviar comunicaciones acerca de los sucesos mexicanos. Las noticias llegadas desde México, tienen la ventaja de describir in situ la realidad de un país asolado por la

guerra; mientras que las provenientes de Washington, desde un principio aparecen centradas en el tema del peligro de una intervención armada de los Estados Unidos.¹⁰

Hacia 1910 la representación argentina en México estaba a cargo de Juan Agustín García. Un año antes, García fue acreditado como encargado de negocios. El bajo rango del nombramiento denota el escaso interés que México despertaba en la cancillería argentina.

De acuerdo a sus funciones, García se abocó a la tarea de intentar establecer un intercambio comercial entre las dos naciones. Con anterioridad a su llegada, el comercio bilateral era prácticamente inexistente. Las cifras eran irrisorias.¹¹

García no desconocía una realidad comercial fundada en las ventajas de mercados y transportes monopolícamente controlados. Era conciente del fenómeno de la intermediación, por el cual Argentina resultaba compradora de productos mexicanos a través de terceros países: Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania. En sus informes, el encargado de negocios apuntaba: "El intercambio comercial entre ambos países, no sólo es posible, sino seguro, y aún necesario para salvaguardar los intereses de ambos países, de los cuales México resulta especulado por los grandes mercados mundiales que acaparan sus mercancías para venderlas después; y la Argentina, se ve obligada a comprar productos mexicanos en mercados revendedores. Diremos en términos vulgares, que a la

postre lucran con ambos, comprando barato al primero, y vendiendo caro al segundo".¹²

García inició gestiones para promover la importación de productos argentinos. En 1910, dos cargamentos de cereales partieron desde Buenos Aires. Los compradores fueron Ernesto Madero y la Sociedad Harinera de la Ciudad de México¹³. La crisis agrícola mexicana hizo posible estas primeras compras. En los cálculos del encargado de negocios, el panorama era halagueño. Sobre esta base, García desplegó una estrategia tendiente a convencer a su cancillería de la necesidad de establecer una línea de vapores subsidiada que uniera en el menor tiempo posible, los puertos de Tampico y Veracruz con el de Buenos Aires. Junto a ello, estimó imprescindible elevar el rango de la representación argentina, para ello sugirió el nombramiento de un ministro plenipotenciario.

Las propuestas de García, descansaban sobre la idea de una Argentina capaz de comenzar a ejercer su influencia ante al avasallador poder norteamericano. Los esfuerzos por concretar los embarques de cereales, y establecer una corriente comercial con México, tenían entre otros fines "evitar que los Estados Unidos alcancen una victoria decisiva en el aseguramiento de este mercado, que se presta tan soberbio para nosotros".¹⁴ Igual intención se manifiesta cuando el encargado de negocios aboga por el nombramiento de un ministro plenipotenciario: "Debemos

acercarnos a México tanto como podamos [...] para establecer en América un equilibrio que puede alterarse cuando menos se piense".¹⁵

El proyecto de establecer una línea de vapores directa entusiasmó a los dos gobiernos. De hecho, a mediados de 1910, se iniciaron conversaciones para procurar que la subvención fuera pagada por ambas partes. El periódico *La Prensa* de Buenos Aires, apoyó la iniciativa, porque sentaría "las bases de un intercambio importante, no sólo por la calidad de los productos, sino por las respectivas poblaciones".¹⁶

Por otra parte, los éxitos alcanzados en materia de política hacendaria bajo la gestión de José I. Limantour, fueron motivo de elogiosos comentarios por parte de García y la prensa argentina. Sin lugar a dudas, estas opiniones alimentaron el interés argentino por incrementar el intercambio comercial. "México, por sus progresos económicos, está a la cabeza de los pueblos hispanoamericanos. -decía un editorialista de *La Prensa*- a pesar de que en otros órdenes muestra signos de retraso, como el analfabetismo de más del 80% de la población". El juicio final era optimista, convenía a Argentina acrecentar vínculos con el "México respetado de hoy, y poderoso y culto del mañana".¹⁷

La explosión revolucionaria echó por tierra los esfuerzos para el establecimiento de un transporte regular, como también las

realizadas para la firma de un tratado comercial. Por otra parte, elevar el rango de la representación diplomática. en medio de una situación tan confusa como la mexicana, pareció poco propicio al gobierno argentino. Esta decisión quedó aplazada hasta 1916.

El encargado de negocios argentino fue testigo de los últimos años del régimen porfirista. En sus informes confidenciales pintó un cuadro de la situación totalmente ajeno a la efervescencia política de aquellos años. La imagen de Díaz era por demás laudatoria: "como gobernante, ha realizado una obra de imperecedera memoria, y construido, puede decirse, los cimientos de la grandeza futura de México. Antes de él reinaba el caos, a su advenimiento se hizo el orden".¹⁹

La última reelección de Díaz quedó registrada en el análisis de García. como la confirmación de la aptitud de México para el ejercicio de la vida democrática: "el prestigio del general Díaz acaba de ser puesto a prueba en el movimiento electoral [...] que ocupó a todo el mundo, especialmente por las notas convulsivas del periodismo extranjero, que se complace en ver grandes acontecimientos donde no hay sino el curso regular y ordinario de los sucesos. El hecho fue en sí extraordinario, pero sin que un sólo instante produjese alarma, porque todos confiaban en el buen sentido del pueblo [...]. y en el prestigio del presidente. No ha podido demostrarse con más elocuencia, cuanto se equivocaban los alarmistas que quisieron ver en este movimiento electoral un

regreso al periodo antiguo de las revoluciones, y hablaron [...] en descrédito de México. La regresión temida es imposible".¹⁷

García representó a su país en las fiestas del Centenario mexicano. Asombrado de la opulencia con que el porfiriato se encargó de mostrar sus logros al mundo; en sus informes ocupó un lugar marginal el proceso de descomposición del régimen. Ninguna línea dedicó a la campaña del antireeleccionismo en 1909. La figura de Madero, y su posterior rebelión, recién aparecen en sus comunicaciones de principios de 1911. Los levantamientos maderistas en el norte de México "causaron sensación, no por la importancia que ese movimiento pudiera tener, sino porque durante más de treinta años no se había alterado el orden público".²⁰

Compartiendo el optimismo y la seguridad del gobierno mexicano, García comunicaba en marzo de 1911 que "dentro de breve tiempo dará fin la revolución, y ésta es la creencia general, en vista de la concentración de tropas en el Estado de Chihuahua, y de la fortaleza del mismo gobierno, cuya aspiración, como es natural, tiende a que el año 1911 comience en plena tranquilidad".²¹

Incapaz de percibir con agudeza los acontecimientos mexicanos, García dirigió la atención hacia lo que llamó "nuevo giro de la política imperialista en Washington", en clara alusión a la avanzada norteamericana sobre América Central, "pues es bien sabido que en territorio de los Estados Unidos se fraguan

revoluciones, contra cualquier gobernante de esas naciones, que no sea persona grata al gobierno norteamericano".²² Para el encargado de negocios, México no escapaba a esa "política imperialista", por ello apuntó: "todo puede ser, pero cuando se ve de cerca lo que son los yankees, no puede uno menos que sonreír escépticamente, y estremecerse al ver las caricias que los Estados Unidos a México, al que seguramente darán un zarpaso cuando la ocasión se presente".²³

García no percibió las razones de aquella concentración de tropas en la frontera norte, ni que los Estados Unidos se hubieran convertido en refugio desde donde Madero y sus seguidores preparaban la ofensiva. Sin embargo indicó: "México, por su posición geográfica, se halla en inmediato peligro del expansionismo norteamericano. Expansionismo que, por el momento encuentra una barrera en los sentimientos antivankees del pueblo mexicano". García destacó con lujo de detalles las manifestaciones antinorteamericanas de los estudiantes de la ciudad de México y Guadalajara, con motivo del linchamiento de Antonio Rodríguez en Rock Spring, Texas, en 1910. En la misma dirección, el encargado de negocios, dedicó especial atención al estrechamiento de relaciones de México con Japón, en tanto "política que manifiesta su rechazo a las imposiciones norteamericanas".²⁴

Pero para García esa política no resultaba suficiente. La fórmula

revoluciones, contra cualquier gobernante de esas naciones, que no sea persona grata al gobierno norteamericano".²² Para el encargado de negocios, México no escapaba a esa "política imperialista", por ello apuntó: "todo puede ser, pero cuando se ve de cerca lo que son los yankees, no puede uno menos que sonreír escépticamente, y estremecerse al ver las caricias que los Estados Unidos a México, al que seguramente darán un zarpaso cuando la ocasión se presente".²³

García no percibió las razones de aquella concentración de tropas en la frontera norte, ni que los Estados Unidos se hubieran convertido en refugio desde donde Madero y sus seguidores preparaban la ofensiva. Sin embargo indicó: "México, por su posición geográfica, se halla en inmediato peligro del expansionismo norteamericano. Expansionismo que, por el momento encuentra una barrera en los sentimientos antiyankees del pueblo mexicano". García destacó con lujos de detalles las manifestaciones antinorteamericanas de los estudiantes de la ciudad de México y Guadalajara, con motivo del linchamiento de Antonio Rodríguez en Rock Spring, Texas, en 1910. En la misma dirección, el encargado de negocios, dedicó especial atención al estrechamiento de relaciones de México con Japón, en tanto "política que manifiesta su rechazo a las imposiciones norteamericanas".²⁴

Pero para García esa política no resultaba suficiente. La fórmula

que propuso confidencialmente, coincide con la de toda una generación de diplomáticos argentinos: "La República Mexicana esta sujeta al Coloso del Norte, por una fuerza que sólo puede debilitar la estrecha unión de México con algún otro país fuerte de su raza, [...] y de los países que marchan a la vanguardia de la civilización en América, los Estados Unidos en el norte, y la Argentina en el sur, son los grandes núcleos que encuadran como en un paréntesis a México, [...] por lo tanto, y en mi concepto, el gobierno argentino debe acercarse a todas las naciones americanas de nuestra raza, [...] dándoles a conocer nuestros recursos, nuestra fuerza y resolución, nuestros hombres y nuestras ideas, nuestro patriotismo y nuestra fe [...] con el fin de contrarrestar el influjo y las tendencia dominadoras del Coloso del Norte, el cual en su deseo de crecer y sojuzgar, puede llegar a extremos increíbles, sino se le pone un valladar inquebrantable".²⁵

Encendido detractor del panamericanismo monroista, García desconocía los nuevos aires que empezaron a correr en la cancillería de Buenos Aires. A fines de julio de 1710, y con motivo de la propuesta brasileña de incluir en la agenda de la Cuarta Conferencia Panamericana el tema de la Doctrina Monroe, la prensa mexicana realizó una serie de entrevistas a diplomáticos latinoamericanos.

Mientras el ministro chileno Eduardo Suárez Múgica y el encargado

de negocios brasileño Felix Cavalcanti, externaron opiniones favorables hacia la Doctrina Monroe, coincidiendo, por supuesto con el embajador Henry L. Wilson²⁶; Jacinto García se permitió discrepar abiertamente: "no creo factible la adopción de monroismo como doctrina panamericana, ni mucho menos le concedo valor efectivo en los propósitos que exhibe. [...] América no tiene nada que temer a las naciones europeas, por lo tanto se hace innecesaria la aplicación de una Doctrina que no hallaría donde aplicarse".²⁷ Para García, la Doctrina Drago tenía más estatura que la Monroe, y en favor de aquella realizó una encendida defensa.

En otra entrevista concedida al Mexico Herald, García fue más explícito. En su edición del 29 de julio, el periódico tituló en primera plana: "Argentina no teme al Tío Sam". El funcionario argentino declaró que sólo la codicia norteamericana, explicaba la intervención en Cuba y Nicaragua, "me opongo a la Doctrina Monroe, en tanto ella significa América para los americanos solamente".²⁸

El 'escándalo' producido por estas declaraciones, condujo a la salida de García de México tiempo después. La diplomacia norteamericana no disimuló su disgusto. El embajador H.L. Wilson pidió a García una rectificación. El encargado de negocios argentino, presionado por las circunstancias, declaró que sus palabras fueron mal interpretadas. Mientras que a instancias de

Wilson, las cartas intercambiadas entre él y García, fueron publicadas por la prensa mexicana.²⁹ Habiendo tomado estado público la polémica, y presentadas las disculpas por parte de García, éste encontró defensores en los editoriales de El Tiempo y El País. La crítica a la mala fe del periodismo ejercido por el Mexico Herald, sirvió de excusa para deslizar opiniones contrarias a la personalidad del embajador Wilson.³⁰

Mientras tanto García informaba de lo sucedido al canciller argentino. En su defensa se preguntaba: "si los representantes de Chile y Brasil manifestaron abiertamente sus opiniones favorables a la Doctrina Monroe, ¿por qué no habría de manifestarse una contraria, cuando éste es el sentir de nuestros más distinguidos juristas, quienes unánimemente niegan su caracter protector de los intereses continentales [...]?. Pero García avanzó en sus especulaciones. El reclamo de Wilson, correspondía a una campaña tendiente a aislar a Argentina del entorno americano. Si en su opinión, Argentina estaba destinada a jugar las veces de guardián en el equilibrio continental, si la suerte de México dependía del acercamiento hacia Buenos Aires, resulta entendible una afirmación como la siguiente: "Los Estados Unidos han visto con mal disimulado encono, la presencia argentina aquí, considerando tal vez que por nuestro carácter y circunstancias podríamos influir más o menos tarde en que perdieran su dominio absoluto en México. Somos los más independientes, los más progresistas y los más alejados de los yankees en América; se nos señala como sus

futuros competidores, y no es inexplicable que nos teman y traten de contrariar".³¹

El diario La Prensa de Buenos Aires, reprodujo las noticias del 'affaire' Wilson-García,³² y los periódicos mexicanos siguieron el asunto con atención durante casi un mes. Finalmente, la cancillería argentina intervino. Reunida toda la información³³, el canciller Ernesto Bosch envió una dura reprimenda a García. Se recriminaba "su absoluta falta de tacto y discreción", así como "la completa ausencia de circunspección en su actuación como agente diplomático". Al mismo tiempo, García fue intimado a abstenerse de realizar nuevas declaraciones sobre "las líneas fundamentales de la política exterior argentina."³⁴

Meses más tarde García fue trasladado a Perú. La decisión es significativa. Su antimonroísmo desbocado resultaba incómodo para un gobierno argentino interesado en limar asperezas con Estados Unidos, y que además, desde Washington recibía otras informaciones.

En efecto Rómulo Naón, ministro argentino en Washington, y hombre de confianza de la elite argentina, informaba confidencialmente a principios de 1911 que, en conversación con el presidente Taft, éste "consideraba muy difícil la situación en México, en virtud del estado de anarquía reinante, y de la hostilidad hacia los propietarios norteamericanos, [...pero] a pesar de todo, el

gobierno de los Estados Unidos no resolverá la intervención sino lo ordena expresamente el Congreso. Recordaba las dificultades de la intervención en Cuba, los dinerales y las tropas que exigiría. Desea que V.E. sepa, que los Estados Unidos no tienen propósito alguno de apropiarse de territorio Mexicano".³⁵

La cancillería argentina se mantuvo atenta a las comunicaciones de Naón. Mientras tanto, alejar a García resultaba razonable. Después de todo, carecía de sentido generar fricciones con los norteamericanos a partir de una figura menor como el encargado de negocios. Este, en abril de 1911, cesó en sus funciones en México. Interrogado el canciller Bosch por el representante mexicano en Buenos Aires acerca de los motivos del retiro de García, aquel se limitó a señalar que "se debió a causas especiales".³⁶

La renuncia de Porfirio Díaz fue conocida Argentina a través de las noticias transmitidas por los cables internacionales. A partir de ellos, los editorialistas de los principales diarios lanzaron sus primeras interpretaciones. La Prensa inmediatamente tomó partido por lo que llamó "la causa republicana". Discriminó la obra material del gobierno de Díaz del régimen político al que condenó: "Discutida ha sido la personalidad del mandatario, que durante treinta años ha gobernado México, haciendo irrisorias las prácticas republicanas. Es muy difícil juzgarlo con un criterio desapasionado, pero no puede dejar de reconocerse, que ha sido un

gran carácter, y que ha realizado grandes y positivos progresos a su patria. [...] La revolución ha terminado y con ello comienza una nueva era para México. La renuncia del presidente importa una gran triunfo para la democracia [...]."²⁷ Ningún tipo de apreciación se deslizo sobre Madero, mas que el señalamiento de ser el líder del movimiento

Por su parte La Nación, mucho más conservadora y probritánica, mostró una opinión cauta. Condenó las modalidades tiránicas del régimen, pero haciendo votos para que el porfirismo no muriera, por los hombres de valía que podrían colaborar con el nuevo gobierno. "Si la paz se afirma, si la libertad encuentra garantías, si el progreso continúa, querrá decir que el general Díaz ha caído por no haber comprendido a tiempo que le había llegado la hora del retiro. Si ocurre lo contrario, quizá habrá que reconocer que no se equivocaba, al creer necesario el régimen que durante tantos años impuso al país".²⁸

La opinión de los voceros principales de la elite argentina, se asentaba sobre débiles bases empíricas. Pero la solidez de sus posturas ideológicas, unida a un conocimiento marginal de la realidad mexicana, permitieron articular estas primeras aproximaciones. Los análisis aparecen centrados en la personalidad, cualidades y defectos de Díaz: héroe en la lucha contra el invasor francés, estadista en materia de crecimiento económico, pero tirano como gobernante. Las causas del movimiento

revolucionario. quedaban explicadas por los defectos del sistema político porfiriano. Las reflexiones no trascendían hacia el entorno que hizo posible y en el que actuó Porfirio Díaz.

Sin embargo, con sorprendente rapidez, pocos días después de la renuncia de Díaz, la necesidad de una reforma política en Argentina, era analizada a la luz de los acontecimientos mexicanos. La Prensa dedicó un largo editorial titulado "México, aquí y allá", intentando demostrar "el ejemplo que da México a las democracias del mundo". El orden político mexicano, servía de excusa para criticar a los llamados "gobiernos dinámicos que dominan con la fuerza y corrompen con los favores y el dinero". Los gobiernos dinámicos "dividen a la clase dirigente para anularla, disolviendo los partidos políticos. Mantienen en la ignorancia a las masas para dominarlas. Prodigan dádivas y favores en el ejército para unirlo a su suerte, y enriquecen al pueblo y a las clases cultas, para degradarlas y convertirlas en adherentes sensualistas [...]." En una hábil maniobra de liberalismo político y fe republicana, el periódico señaló: "Los pueblos no son comparables a los cerdos, cuya única función es engordar. Los grandes pueblos desdeñan el engorde, si ha de costarle la libertad. Restablecerla en México, tal es la misión de la triunfante revolución. El presidente dinámico, ha caído ahogado por su propio sistema". Meses antes de la modificación de la legislación electoral argentina, la Revolución Mexicana servía de ejemplo para un sector de la dirigencia enrolada en la reforma

del orden político: "Ved el sistema que cae en México [...]. ¡He ahí el ideal de gobierno fuerte recomendado a la República Argentina, durante treinta años, como base mejor de su riqueza, sistema que lucha todavía para restaurar su imperio protestado constantemente por el pueblo [...]!. Ved al heroico pueblo de Juárez, amenazado por una larga anarquía, y con su independencia otra vez comprometida. ¡He ahí los frutos finales del sistema cuya eliminación fundamental en la política argentina corresponde a la presidencia y a las generaciones de patriotas de la actualidad!".³⁷

Una percepción centrada en los defectos del régimen mexicano, fue compartida por buena parte de la elite dirigente. En este sentido resulta revelador detenerse en la opiniones del cónsul argentino en México, no sólo por la perspectiva desde la cual analizó hechos de los que fue testigo; sino también, por la imagen que de esos hechos proyectó al gobierno argentino. Imagen que con seguridad, influyó en la construcción de un cuadro de la situación mexicana.

Pedro Goytia llegó a México después de los Pactos de Ciudad Juárez. Porfirio Díaz marchaba ya al exilio, y Francisco León de la Barra ocupaba provisionalmente la presidencia. En julio de 1911, el cónsul envió un detallado informe de la realidad mexicana. En él queda perfilada la matriz ideológica desde la cual analizará de aquí en más la situación revolucionaria.

Las tres décadas de gobierno porfirista, el perfil despótico del presidente Díaz, y la flagrante violación de las leyes, fueron señaladas como las deformaciones de un ordenamiento político necesario para guiar a México por el camino de la civilización. Díaz " gobernó el país, y lo gobernó relativamente bien para esa época azarosa de la vida nacional. Fue fuerte en el gobierno, como sin duda debía serlo en esa hora anormal [...]. Su poder y su prestigio fueron creciendo, y el país encarrilándose por la vía del orden [...]. Al pueblo, por otra parte, la opresión no le molestaba, porque su condición y su abandono por todo lo que constituyera un derecho o un ejercicio de la libertad, como los desconocía no los amaba, ni sentía la pérdida de un bien que nunca había disfrutado. Esa es la razón de su apatía, que contribuía al arraigo del despotismo".⁴⁰

Si el gobierno fuerte era una necesidad, y si al pueblo "la opresión no le molestaba". ¿por qué cayó Díaz?. La respuesta del cónsul no puede dejar de ser contradictoria: "[...] pudo haber gobernado el país hasta el fin de su existencia, pero se había adueñado de tal modo del gobierno, que cuando llegó a solicitársele alguna concesión, como la que produjo la Revolución, se negó altaneramente a concederla".⁴¹

La "concesión" a la que hace referencia Goytia, era el ejercicio de "algunas libertades" para la contienda electoral de 1909. Ante ello, " Madero exasperado [...] redobló sus trabajos, y no le

costó mucho hacer numerosos prosélitos entre los indios, que es casi la totalidad de este país". La naturaleza de esta alianza, y sobre todo la presencia indígena, permitían al cónsul manifestar sus desconfianzas sobre el proceso revolucionario: "porque ha de saber Ud. --señaló Goytia al canciller argentino-- que de catorce millones de habitantes que tiene México, nueve millones son indios, dos millones extranjeros y, tres millones gente más o menos civilizada".⁴²

Madero, en opinión del cónsul, carecía de toda idoneidad. "No tiene ni el prestigio, ni el talento, ni la ilustración, ni la suficiencia que da la experiencia de la vida política, en la que recién entra a actuar, sirviéndose de elementos de las más bajas esferas del pueblo".⁴³

Los desórdenes, las partidas armadas, y la efervescencia política de los meses previos a la elección de Madero, presagiaban los tiempos por venir. El líder de la Revolución mostraba incompetencia para controlar la situación. Por eso señalaba Goytia a mediados de 1911: "todo el país está en plena anarquía, con la indiada armada, cometiendo asesinatos, salteamientos y robos que horrorizan".⁴⁴

México se presentaba como una sociedad invertebrada, que sólo un gobierno fuerte podía volver a encarrilar. La caracterización del conflicto quedó limitada a una lucha faccional entre caudillos,

sin más objetivos que satisfacer ambiciones personales. No hubo matices en las opiniones del cónsul. La convulsionada situación política y social de México pasó inadvertida. La amplia base "indígena" condenaba cualquier proyecto regenerador. "Los políticos explotan la ignorancia de las tribus indígenas guerreras y feroces, con promesas de entregarles tierras que se arrebatarán a los ricos, a los latifundistas, para devolvérselas a ellas, que se consideran sus vendaderos dueños [...]. La inmensa base indígena pide tierras, tierras que varias veces han recibido, y que otras tantas han vendido para satisfacción de sus vicios".¹⁵

El peso otorgado al factor racial limitó toda la percepción de Goytia. Poco supo de la estructura social de México. Para él, "indios, mestizos y mexicanos" tenían el mismo status; y para colmo de males "la escasa inmigración que radica en este suelo, es perseguida con ensañamiento, y en general, ningún extranjero goza -como en otras partes- de las consideraciones y garantías, hacia estos poderosos factores de la felicidad y grandeza de las naciones".¹⁶

A las dificultades internas derivadas de este orden de cosas, el representante argentino agregó las de indole internacional. Se manifestaba convencido de que la Revolución fue fomentada por los Estados Unidos, "no sólo con elementos bélicos, sino también con dinero, que lo ha tenido abundante Madero".¹⁷

Goytia, sin la vehemencia de su antecesor, observó con recelo a los Estados Unidos por "su política de dominación expansiva y opresiva que triunfalmente viene desarrollando".⁴⁸ Aunque con el correr del tiempo, y frente a los "actos de vandalismo" contra los propietarios norteamericanos, fue matizando sus opiniones, hasta mostrarse permisivo con la política intervencionista de Washington.

Bajo estos parámetros, el cónsul mantuvo informado al gobierno argentino. Sus informes fueron pintando un cuadro donde México se deslizaba hacia una situación cada vez más anárquica, y de peligrosa desintegración como estado soberano. "El comercio está abatido, el capital está retraído de la circulación, las obras públicas se han suspendido, las rentas fiscales han disminuido; mientras que el gobierno va perdiendo confianza, la gente se desorienta en presencia de la inacción, y de la falta de piloto para dirigir la nave en la hora de la borrasca".⁴⁹

Las oscuras predicciones que realizó antes de que Madero asumiera la presidencia, aparecían confirmadas en sus informes de 1912. Goytia ocupó decenas de páginas para describir las rebeliones de Vázquez Gómez y Bernardo Reyes primero, y las de Pascual Orozco y Félix Díaz después. Con lujo de detalles relató los movimientos militares, las características del arsenal bélico, y los "actos de exterminio que no tienen ejemplos ni en la épocas más bárbaras de la historia de los pueblos primitivos".⁵⁰

Ninguna esperanza veía en la rebelión de Orozco, "hombre vulgar [...] un pelado, la última clase social de México".²¹ No sucedía lo mismo con las apreciaciones sobre Reyes, "general de gran prestigio, con una brillante foja de servicios rendidos con valor y lealtad".²², y con Félix Díaz, "hombre que en nada desmerece a su tío".²³ Desorientó al cónsul, la manera expedita con que fueron sofocadas las sublevaciones de Reyes y Díaz. Por las cualidades otorgadas a los dos personajes, supuso que no hubieran intentado ningún movimiento, sin antes asegurarse posibilidades de éxito. Aferrado como estaba a la idea de que Madero era incapaz de conducir el gobierno, ni siquiera se percató de la 'precaria' fidelidad del ejército federal hacia la figura del presidente. Para el cónsul, Reyes y Díaz fueron traicionados por sus pares militares, en una muestra más de "que la gente de aquí no tiene ninguna seriedad, para ellos el honor y la dignidad es cosa baladí [...], es cosa corriente aquí, señor ministro, que le digan a uno: me rajé pues, es decir desisto, no cumplo mi compromiso".²⁴

Goytia rápidamente descubrió el peligro que representaba Emiliano Zapata. "El bandido Zapata ¡es un problema!".²⁵ En buena parte de sus informes describió su accionar, como el del ejército en su contra, pero "todo el mundo es zapatista en la campaña, las mujeres, los ancianos, las criaturas de diez años, todos son adictos fervorosos. De este modo el movimiento aumenta sus proporciones y ensancha su acción destructora".²⁶ Horrorizado

de la ferocidad puesta en la represión al zapatismo, y temeroso a la vez de la llegada de los mismos a la ciudad de México, "pués de tanto en tanto se los ve en las cumbres del Ajusco", el cónsul indicó en Julio de 1912: "Zapata en el sur, mantiene entre el bandolerismo vivo y latente, el prestigio de su causa. Sus legiones no ceden ante el empuje de cañones y ametralladoras. En su lucha tremenda, Zapata, bandolero y todo, es un hombre indomable". 27

Las sublevaciones en el campo, la agitación obrera en la ciudad, las discusiones en las cámaras legislativas, como la pluralidad de opiniones en la prensa diaria; fueron para el cónsul señales manifiestas de un orden subvertido, de un estado revolucionario que conducía al caos. Subyace en su percepción del fenómeno revolucionario, no sólo la referencia del ordenamiento social del país que representaba, sino además, la vertiente más conservadora del pensamiento político argentino. El hecho revolucionario queda descalificado per se, al margen de las características asumidas en México, y de las cuales dió detallada cuenta. En clave de neto corte positivista, la Revolución venía a interrumpir la lenta pero segura marcha hacia "el perfeccionamiento del organismo social". Por ello señalaba que con "la revolución, entró el país en el periodo más grave de su historia [...]. La revolución ha triunfado, pero la evolución es superior a la preparación del país para el ejercicio de la vida institucional". 28

La "anarquía" que constató en esos años de su estancia en México, se le figuraba como un retroceso a décadas preporfirianas. La figura del "caudillo-estadista", con ciertos comportamientos "despóticos", aparece resignificada. Goytia, finalmente se inclinaba por el orden porfiriano. "Aquel mandatario conocía a su pueblo, y sabía que no merecía, sino en pequeñas dosis, la inapreciable facultad de la libertad. Y así se la otorgaba y se la suprimía, cuando del uso quería pasar al abuso. Mientras tanto, el orden se mantenía inalterable, y el progreso derramaba sus beneficios en todos los ámbitos de la Nación".⁶⁷

Por su parte, la prensa 'seria' de Buenos Aires, siguió los hechos mexicanos, sin más información que la transmitida por los cablegramas provenientes de los Estados Unidos. Las noticias de levantamientos armados y permanente inseguridad, pronto llevaron a La Nación a celebrar la validez de la cautela observada meses antes. Ante la insurrección de Vázquez Gómez y la de Orozco, un editorialista afirmaba: "La revuelta da ocasión a lamentables hechos de violencia, anunciando la profecía de quienes anunciaban que con la caída del gobierno de Díaz, renacería en México el audaz y sanguinario bandolerismo, que sólo la férrea mano del General pudo dominar".⁶⁸

La Prensa a su vez, continuó depositando esperanzas en el movimiento liderado por Madero. Esta publicación, interpretó los desórdenes como la consecuencia lógica de un proceso

revolucionario donde, "es muy difícil cambiar en un día lo hecho durante seis lustros [...]. Hoy los servidores incondicionales de Díaz, acostumbrados a disponer de los destinos públicos, son los revolucionarios. Los hombres acostumbrados al mando no quieren comprender que los tiempos y las necesidades de los pueblos cambian".⁴¹ El periódico, citando editoriales de *Le Neveau Monde* de París, consideraba que las cualidades regeneradoras del programa de Madero, necesitaban para materializarse, sólo un ambiente de paz, pues el terreno de la vida material había sido dejado en excelentes condiciones por la administración porfirista.

La amenaza de una intervención militar estadounidense, desde un principio se convirtió en motivo de inquietud. *La Nación*, en febrero de 1912, señalaba los peligros de una intervención "por las graves alteraciones del orden"⁴²; mientras que para *La Razón*, el gobierno mexicano no evaluaba correctamente la amenaza "del imperialismo de Estados Unidos, empeñándose en abrir el camino para una intervención que tal vez ha de borrar de los anales de la existencia a la propia nacionalidad mexicana". Este periódico, desde un darwinismo social extremo, llegó a sostener que la causa del conflicto mexicano "reside en el cruzamiento de razas superiores con las inferiores".⁴³ Sobre esta base, no resulta extraño entonces, que meses más tarde, *La Razón* externara coincidencias con las declaraciones de "un hombre de negocios norteamericano" que de paso por Buenos Aires, manifestó

al periódico: "El presidente mexicano se halla entre la espada y la pared. De un lado las clases conservadoras, ricas, prestigiosas, influentes, y el elemento extranjero en masa, que echan de menos la administración pacífica, honesta, perfectamente regular de Don Porfirio. Del otro, los elementos levantiscos, populares, indígenas, que conservan todos los atavismos feroces de sus antepasados, y asimilan todos los vicios de la civilización [...]."64.

A medida que llegaban los cablegramas, y a veces de manera apresurada, los editorialistas daban cuenta de la situación mexicana. Mientras tanto, con mayor calma, analistas políticos empezaron a escribir los primeros ensayos. Es el caso de R. Root quien, en la prestigiosa Revista Argentina de Ciencias Políticas, publicó en 1912, un breve trabajo sobre las causas de la Revolución Mexicana.

En el contexto argentino, la originalidad de Root no radicó en sus disquisiciones sobre "el ancestral atavismo indígena" ni en el escaso aporte civilizatorio del conquistador español, reflexiones que remiten a los escritos de Bunge, y con las que el autor inició su artículo. Sino que, además de ello, Root encontró "el error porfirista" en la desorbitante concentración de la riqueza. "Las grandes propiedades, las grandes industrias, los ingenios de azúcar, las minas, las estancias, los ferrocarriles, etc, etc, todo, casi todo, está en manos de extranjeros o de

poderosos mexicanos". Díaz no fomentó la pequeña propiedad, "no fomentó que la masa del pueblo tenga vínculos o intereses comerciales que absorban sus energías", así "el indio pelado" sin ambiciones y sin cultura, "se convirtió en ferviente seguidor de líderes opuestos a un gobierno "que siempre dió franquicias al extranjero, sobre todo al norteamericano". Por ello estalló la revolución, y en ésta "el mexicano del pueblo, y el hacendado arruinado nada pierden [...], pues nada han tenido, y nada les queda por perder".⁴⁵

Pero las referencias al inicio del artículo no fueron sólo muestra de una profesión de fe evolucionista. Para Root, la presencia de inversiones norteamericanas en México pusieron frente a frente a "la civilización contra la incultura". A la luz de este dilema, el autor analizó el peligro de una invasión estadounidense. Después de descartar todo anhelo anexionista, "pues norteamericana sólo quiere el comercio"; pasó a preguntar: "¿cuál sería la actitud de las naciones americanas ante una intervención?". La respuesta es reveladora de la profundidad con que caló en ciertos sectores de la intelectualidad argentina, la idea de que su país se encontraba en igual umbral de desarrollo que los Estados Unidos: "no me animo a vertir una opinión. Sólo pregunto a mis compatriotas argentinos, ¿qué actitud asumiría nuestro gobierno [...] si en alguna república limítrofe se despreciaran las vidas y propiedades argentinas? ¿Impacibles permitiríamos atropellos que ofendieran nuestro honor y nuestro

espíritu humanitario?. Extendamos pues ese mismo criterio al caso norteamericano y México".⁶⁶

La construcción imaginaria de un destino de grandeza argentino, vuelve posible afirmaciones como la anterior. Root no reparó en la inexistencia de inversiones argentinas capaces de suscitar un reclamo como el norteamericano. Sin embargo, el camino de la analogía resultaba válido, aunque en el caso argentino, "el honor y el espíritu" nacional fuera lo único capaz de ser "atropellado".

Mientras analistas hacían sus primeras aproximaciones sobre lo que acontecía en México, los reporteros buscaban la palabra de los representantes diplomáticos mexicanos en Buenos Aires. Estos, con las precauciones del caso, guardaron bien sus opiniones. La lejanía, y la rapidez con que se desenvolvían los acontecimientos, aumentaban la incertidumbre. Por lo general, ante la insistencia de los periodistas, los diplomáticos afirmaban que sólo podían guiarse por las comunicaciones oficiales. Pero aquellas, tampoco eran frecuentes.⁶⁷

Sin embargo, la opinión mexicana pronto hizo su aparición. A fines de 1911, Agustín Aragón⁶⁸, publicó un largo y detallado análisis de la Revolución Mexicana en la Revista de Derecho, Historia y Letras. Desde coordenadas comtianas, el autor construyó un sólido alegato en favor de la Revolución. Las

reflexiones de Gabino Barreda, en tanto necesidad de retomar el liberalismo de los constituyentes de 1857, dieron soporte teórico a las proposiciones de Aragón: "haber desoido las desinteresadas advertencias de Barreda, que fue patriota de veras, significa para los que gobernaron a México en las últimas tres décadas, el desconocimiento de que la participación del hombre en la vida colectiva presenta dos caracteres: el concurso y la independencia. Seamos los gobernados elementos de orden y factores de progreso, pero respeten los gobernantes lo que cada uno de ellos puede exigir de los demás para asegurar la libertad".⁶⁷

Aragón se propuso transmitir a los lectores argentinos "la real significación" de la revolución maderista, pues "pocas veces expresa la narración de un diario la verdad de lo que ha pasado".⁷⁰ El artículo comenzaba por desmentir todas las informaciones que demeritaban el hecho revolucionario. En primer lugar, señaló que la Revolución no fue "un cuartelazo". El ejército federal siempre permaneció fiel a la autoridad porfirista, y luchó contra una legión de civiles constituida por "proletarios, profesionistas, estudiantes, hacendados, capitalistas y empleados [...]", que por cierto "no eran gavillas desordenadas de gente vagabunda".⁷¹ La corrupción y la falta de profesionalismo del ejército federal, aunado a la táctica guerrillera de las fuerzas de la insurrección, posibilitaron el triunfo de la Revolución. El líder del movimiento fue Madero,

quien paso a conquistarse a sus seguidores a partir de un "raro valor civil". Para Aragón, "el buen sentido popular estableció una diferencia entre Madero y todos los demás políticos, pues [...] mientras los últimos se movían pidiendo la venia del general Díaz, Madero obró sin arrodillarse [...]".⁷²

Después de considerar infundadas las versiones de que dinero norteamericano financió el movimiento, "aunque para nadie fue un misterio que de los Estados Unidos procedían las armas, municiones, y hasta los víveres para los rebeldes"⁷³; Aragón pasó a detallar las causas de la Revolución.

Por un lado, y citando a Andrés Molina Enriquez, señaló el problema de la distribución de la propiedad territorial. "Una urgente necesidad social" ocasionó la guerra. El reclamo de un equitativo repartimiento de las tierras "constituyó la fuerza de resistencia más poderosa de la vitalidad del país".⁷⁴ Y por otro lado, dijo Aragón, "estábamos enfermos de falta de libertad", hartos de "la política de palo y pan y de pan y palo".⁷⁵

El programa maderista fundado en ideales de libertad y justicia, significaba para el autor volver a encauzar a México por la senda que "hace cuarenta y tres años Gabino Barreda señaló". Hacia este personaje "había que volver los ojos, para que reconozcamos cuanto tiempo hemos perdido, y cuán otros seríamos hoy". Al

maderismo, heredero de los liberales de los sesentas del siglo pasado, tocaba entonces "encaminar la opinión de las masas, para que no acontezca el que con justificación pueda decirse, que hace falta el general Díaz. ¿Sería lo peor que podría sucedernos!".74

El artículo de Aragón publicado en una revista de lectura casi obligatoria para la dirigencia argentina, revela no sólo un interés por México, pero también las conexiones entre los editores y ciertos círculos intelectuales de México. Resulta sorprendente la temprana fecha de publicación. Escrito en junio de 1911, apareció publicado semanas antes de que Madero asumiera la presidencia. Escrito además especialmente para el público argentino. Por otra parte, no fue casual que se publicara en la revista que dirigía E. Zeballos. Zeballos era también el responsable de las opiniones vertidas en los editoriales de política internacional del diario La Prensa, que como se ha mencionado, mostró desde un primer momento, una opinión favorable al maderismo.

3.2 ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS FRENTE A LA REVOLUCION MEXICANA

Los sucesos mexicanos fueron motivo de atención entre la militancia anarquista y socialista argentina. Ambas se ocuparon de México, desde tiempo antes de que el estallido revolucionario alcanzara el rango de noticia diaria en la prensa periódica.

El periódico magonista *Regeneración* fue la principal vía de información. La prensa anarquista y socialista, desde 1906, insertaron en sus páginas artículos de aquella publicación. Los hermanos Flores Magón, Práxedes Guerrero y Juan Sarabia, aparecían como los referentes de una organización de corte revolucionario. Sus proclamas, como el mismo Programa del Partido Liberal Mexicano fueron reproducidos. Para esa militancia argentina, los puntos de coincidencias con las propuestas magonistas, tendieron puentes de solidaridad e identificación con el Partido Liberal Mexicano.

La visión del orden porfiriano para los anarquistas y los socialistas, no era más que una reproducción de los informes que leían en *Regeneración*. Fue así que, cuando en 1910, analistas de la prensa oficial y oficiosa se mostraron sorprendido por el rápido derumbre del gobierno de Díaz, los anarquistas y socialistas echaron mano a sus viejas lecturas de *Regeneración* y rápidamente comenzaron a destacar "las profundas raíces sociales" del movimiento revolucionario en México.

La irregularidad en la aparición del diario anarquista *La Protesta*, producto de la represión gubernamental, no permitió un diálogo permanente con el magonismo. Por otra parte, es de suponer, que las dificultades propias de la distancia, impedían una llegada periódica de la prensa magonista a Buenos Aires.

A pesar de ello, el anarquismo argentino no ahorró líneas en su publicación. Cualquier aparición de cables referidos a México, dieron pie para aventurar opiniones. Fue el caso por ejemplo, del levantamiento del Partido Liberal Mexicano en Coahuila y Chihuahua en 1908. Sin más información que las transmitidas por los cables, *La Protesta*, se apresuró a celebrar "el estallido de una Revolución en México capaz de trastornar el orden en aquella república [...]. Ya era hora de que alguien se alzara contra el tirano, que aunque muchos no lo crean, se puede comparar al zar de Rusia".⁷⁷

Con anterioridad a 1910, para los anarquistas argentinos, por su origen y sus lecturas doctrinales, resultaba más cercana la realidad rusa que la mexicana. La comparación fue permanente: el zar y Porfirio Díaz, Valle Nacional, "la siberia mexicana". Para los editores de *La Protesta*, "la situación de México, salvo ligeras variantes, es idéntica a la de Rusia"⁷⁸. Cuando las noticias indicaban el sofocamiento de los focos magonistas, los análisis adquirían contornos altamente individualistas. La apelación a la legitimidad del 'terror revolucionario', se

convertía en programa de acción: "En Rusia lo han comprendido así, pero es que el pueblo ruso no está tan embrutecido como el pueblo mexicano. Muy grande tiene que ser el embrutecimiento, cuando a tanta opresión y tiranía, no contesta una bomba de dinamita, una sola siquiera".⁷⁹

Los comunicados del magonismo fueron recibidos por La Protesta con marcada intermitencia. En junio de 1909, fue publicado un detallado llamamiento a la solidaridad con el pueblo mexicano "cansado de tanta miseria y de tantas humillaciones". El conflicto de campesinos levantados en armas en San Andrés, Chihuahua, como el obrar coordinado de trabajadores norteamericanos y mexicanos, en apoyo a la Revolución, fueron objeto de una detenida descripción. El comunicado concluía con el pedido por desarrollar una amplia propaganda en favor de la Revolución, en el entendimiento de que "la libertad política de México, no será posible sin antes expropiar a la burguesía, y tomar posesión de los medios de producción y cambio".⁸⁰

Los acontecimientos de 1910 en México, encontraron a los anarquistas argentinos bajo los efectos de la represión gubernamental.⁸¹ A pesar de tener la dirigencia encarcelada o deportada, y su prensa destruida, el anarquismo celbró con optimismo la caída de Díaz.

Esta corriente de simpatía fue especialmente estimulada cuando.

en septiembre de 1911, el doctor Juan Creaghe,⁹² atraído por las noticias que llegaban desde México, abandonó su consultorio y se embarcó hacia Los Angeles. Allí se reunió con el grupo editor de *Regeneración*. Desde este periódico dirigió un manifiesto "A los compañeros de la Argentina, Uruguay y de todo el mundo". Su carta tenía por objetivo dar a conocer su opinión "sobre el movimiento actual en México, como la de uno que ha tenido oportunidad de formarla con cierto conocimiento de causa". Después de indicar la importancia del levantamiento zapatista, Creaghe expresaba "que todo lo que veis en *Regeneración*, es solamente el pálido reflejo de la realidad [...]. En mi concepto, *Regeneración* debe la suerte de estar a la cabeza de esta hermosa revolución económica y agraria. Hasta los mas intelectuales de los burgueses declaran, en revistas y diarios que he tenido a la vista, que no podrá haber paz en México hasta que el pueblo esté en posesión de lo que considera suyo [...]. *Regeneración*, está llevando a cabo una propaganda verdaderamente necesaria para sostener la causa de la revolución, pero lucha con grandes dificultades, tiene muy nobles compañeros que la dirigen y son dignos de apoyo". El llamamiento concluía con la siguiente exhortación: "Vosotros los ayudaréis haciendo honor a la palabra de vuestro viejo compañero".⁹³

Por su parte, la revista semanal de crítica y arte *Ideas y Figuras*, editada por el agitador libertario Alberto Ghirardo, dedicó en 1912 casi integralmente un número a la "Revolución

Social en México"⁹⁴. En un extenso artículo "El comunismo en América en la Revolución de México", escrito probablemente por Ghirardo, se hizo una amplia propaganda de la Revolución Mexicana, no sólo a propósito del Partido Liberal Mexicano, sino además, y muy especialmente a la causa zapatista. La revista transcribió el Manifiesto del Doctor Creaghe, junto a textos de Kropotkin y Grave referidos al movimiento mexicano.

El anarquismo argentino no dejaba de tener una visión fragmentada sobre lo que acontecía en México. Entre las esporádicas publicaciones de artículos magonistas, la reflexión no encontró un medio para manifestarse, en un ambiente además signado por una brutal persecución. A esta situación se agregó el desconcierto ante la disidencia en el campo del magonismo. La división del Partido Liberal Mexicano a principios de 1911, y la polémica en torno a cuestiones fundamentales de la estrategia revolucionaria⁹⁵, condujeron a los anarquistas argentinos a mantener una cautelosa reserva en sus opiniones sobre México.

Mientras la prensa argentina dedicó a México un espacio considerable, *La Protesta* se mantuvo en silencio. En agosto de 1913, una editorial se encargó de explicar esta situación: "Algunos camaradas se quejan de que en las columnas de *La Protesta* no abundan noticias acerca de la Revolución Mexicana, y tienen razón, puesto que la prensa burguesa trae diariamente informaciones que establecen irrefutablemente la persistencia de

la revolución agraria en algunos estados de México. Pero a pesar de eso, nosotros tenemos razones en no publicar, pues nada sabemos de fuentes revolucionarias [...], además el fuego de la disidencia parece encenderse cada vez más entre los camaradas de Los Angeles, de tal manera se han complicado las cosas que resulta difícil saber la verdad [...]"⁶⁶

Los redactores del periódico libertario requerían noticias confiables; y la oportunidad de conseguirlas se presentó con motivo del viaje a México de Rodolfo González Pacheco, miembro de la dirigencia anarquista, y asiduo colaborador de *La Protesta*.⁶⁷

González Pacheco en distintas notas enviadas a Buenos Aires, analizó la situación mexicana intentando clarificar un panorama del que, hasta ese momento, sólo se tuvo noticias indirectas por la vía de Creaghe y de *Regeneración* desde Los Angeles. Producto de esas noticias, los anarquistas argentinos tomaron de modo acritico la idea de una revolución de base agraria, suponiendo -y en esto las comunicaciones de Creaghe influyeron sustancialmente- que el zapatismo era la representación del Partido Liberal Mexicano en Morelos.

Con estas creencias González Pacheco llegó a México. Buena parte de su estancia la dedicó a urgar en la Biblioteca Nacional, de donde "extraje la fibra histórica", pero también "estuve en la

calle y hablé con los hombres" de donde con seguridad recogió las impresiones que luego transmitió a sus camaradas de Buenos Aires.

El viajero argentino destacó la magnitud del problema agrario. "El mal viene desde muy atrás, desde los días de la conquista, la colonia y desde la proclamación de la independencia". Hidalgo y Morelos, se perfilan en el relato de Pacheco como los precursores del "plan de reforma agraria que en México es hoy causa de la Revolución". Pacheco indicó que en las comunidades campesinas, desde épocas inmemoriales "radica el principio comunista que hoy se derrama, empapando de luz los campos de México", y que en ese principio "fundan su lógica los libertarios mexicanos".²²

Para González Pacheco, "Zapata por el sur y Carranza por el norte", eran las cabezas visibles del proceso revolucionario en 1913. La cuestión agraria era la base del conflicto, y "triunfe quien quiera en México, el reparto de la tierra será el primero a solucionarse".

Pero en este panorama ¿qué papel asignó Pacheco a los magonistas?. En primer lugar, indicó que los líderes de la revolución no eran libertarios. "Zapata no es precisamente un anarquista", y Carranza y sus partidarios "que son los que lo eran de Madero", propugnan por el establecimiento de "un estado como tantos, republicano burgués". Cada uno encabezaba su propia

revolución, una agraria, la otra política. Los dos cabecillas no fueron caracterizados como caudillos, sino que Pacheco los llamó "instrumentos, ejecutores" de una política diseñada y dirigida por los Flores Magón. "Ellos le dieron cauce social a los instintos del pueblo. Gracias a ellos, aquel batallar de fieras, es ahora lucha de ideas". Para el anarquista argentino, las ideas libertarias del Partido Liberal Mexicano estaban presentes en uno y otro bando de las fuerzas revolucionarias, aunque aclaró : "La Revolución está más que en los que la practican en la frontera norte, en el centro, con las armas en la mano y en la conciencia del pueblo que la hace". Sin embargo fue contundente al afirmar, "una es la revolución política de Carranza, otra la revolución agraria a la que aspira Zapata, y muy diferente de ambas, la revolución social que pueden realizar los anarquistas, y que diz en parte realizan dentro de una y de otra". La tarea asignada a los libertarios mexicanos se revelaba titánica. Sus ideas "ejecutadas" por otros, no dejaba se entrañar serios peligros, "pués llegado el momento de la debacle total, puede que nuestras tendencias no alcancen a pesar en la conciencia del pueblo, y pierdan belingerancia".⁶⁷ Más aún, si ese pueblo aparecía ante la mirada de Pacheco, embrutecido por obra del alcoholismo, problema al que dedicó un largo artículo a manera de ejemplo de la política de degradación social llevada a cabo por Porfirio Díaz.⁶⁸

Este diagnóstico de la situación mexicana fue revelador para los

anarquistas argentinos. Ellos finalmente tuvieron "una opinión confiable" de la dimensión de los sucesos y del accionar del Partido Liberal Mexicano. "La Revolución en México, será realmente anarquista cuando la hagamos",⁷¹ escribía Pacheco en septiembre de 1913. La publicación de estas notas rompió el silencio de *La Protesta*. Su importancia radica en que, a raíz de ellas, se desató una significativa polémica en el seno del anarquismo argentino. Sobre esta cuestión haremos referencia más adelante.

A diferencia de los anarquistas, el comportamiento de los socialistas frente al estallido revolucionario en México, osciló entre el apoyo a la causa magonista, por lo menos hasta 1912, para después virar hacia su condena, y junto a ella, a la de todo el proceso revolucionario.

Regeneración, constituyó también el principal referente antes de 1910. El Programa del Partido Liberal Mexicano fue objeto de elogios pues "se asemeja al de los partidos socialistas", señalaba el periódico *La Vanguardia*. Para los militantes del Partido Socialista, la validez de las posturas de *Regeneración*, aparecían garantizadas por la solidaridad existente entre el magonismo y los socialistas norteamericanos. "Sabemos -escribía un editorialista- de que las organizaciones socialistas y obreras de los Estados Unidos, los hombres más representativos de la democracia social norteamericana, acompañan con su acción a los

liberales mexicanos".⁷²

Los acontecimientos mexicanos tuvieron una sección especial en La Vanguardia, que con el título de "La guerra social en México", relataba la lucha "de los trabajadores explotados por los vampiros de la plutocracia yanqui establecida en México, y de los indígenas contra los señores feudales".⁷³ En esta sección, frecuentemente se citaron los escritos sobre México de John K. Turner y Jack London.

Semanas antes de la renuncia de Díaz, La Vanguardia evaluaba la situación en México de esta forma: "Si el partido antireeleccionista, que acaudilla Madero parece ser el brazo de la Revolución, el Partido Liberal, con su avanzadísimo programa, ha sido indudablemente el que ha preparado el terreno a ese movimiento".⁷⁴ Sin embargo, poco duraron las demostraciones de afinidad de los socialistas argentinos hacia los liberales mexicanos. Las proclamas magonistas contra Madero, y los llamamientos a la acción directa, haciendo pública la adhesión al los principios de comunismo-anárquico,⁷⁵ rápidamente impactaron en la redacción de La Vanguardia.

El Partido Socialista 'descubrió' que "todos los dirigentes del Partido Liberal Mexicano profesan ideas anarquistas",⁷⁶ y haciéndose eco de las posiciones sostenidas por los socialistas norteamericanos Debs y Berger, reprodujeron sus artículos

publicados en *Socialist Review* y en *The Appeal to Reason*.⁷⁷ La ruptura entre los Flores Magón y Juan Sarabia, fue también objeto de interés. Las propuestas magonistas condensadas en las consignas "Tierra y Libertad", exhortando a una destrucción masiva de toda forma de propiedad y autoridad, dejaron de ser para los socialistas argentinos parte de un programa "avanzadísimo", para ser calificadas como posturas "utópicas e imposibilistas".

El Partido Socialista se alejó de los magonistas para comenzar a mostrar simpatías por el maderismo. Así, en un contexto donde la prensa anarquista reproducía la Proclama del Doctor Creaghe, *La Vanguardia* indicaba: "Flores Magón acusa a Madero de haber traicionado al pueblo, porque quiere establecer, no sobre el papel, sino en la realidad, una república democrática, con un parlamento surgido del voto universal, y un gobierno responsable, en lugar de destruir toda autoridad, y abolir la propiedad individual".⁷⁸ Los objetivos de Madero, planteados de esa forma, resultaban afines para los seguidores de Juan B. Justo, embarcados además en ese momento, en una lucha por que la reforma electoral a punto de ser aprobada en Argentina, condujese también al establecimiento de una "República Democrática".

La compleja situación de México durante 1912 se reflejó en la prensa argentina con una incesante reproducción de cables dando cuenta de levantamientos armados, de movimientos militares norteamericanos a lo largo de la frontera, y de las dificultades

del maderismo por estabilizar al país. Frente a este panorama, los socialistas argentinos, rotos los vínculos con Regeneración, encaminaron sus opiniones a partir de su propia base doctrinal. Posturas que trasuntan una profesión de fe liberal, dibujaron sorprendentes coincidencias con las esgrimidas por los editorialistas de la prensa más conservadora del país.

La sección de La Vanguardia dedicada a México, desde finales de 1912, cambió su título "La Revolución Mexicana", por el de "La Revuelta Mexicana". La modificación no fue casual. México en la perspectiva de los socialistas, se encontraba sumergido en un estado de completa anarquía: "La revuelta es el estado casi normal de aquellos países entregados generalmente al imperio de sátrapas de la peor especie. Tan considerable debe ser los beneficios que da el gobierno a sus detentores, que los caudillos revuelven cielo y tierra para adueñarse del poder, y encuentran en seguida, capitales necesarios, porque esperan buen premio para llevar adelante campañas. Del imperio de estas oligarquías no puede nacer sino la anarquía mexicana".⁷⁷

La Revolución Mexicana, aparecía ahora, como producto de un régimen " que en treinta años de dominación ahogó toda aspiración política moderna, y no supo favorecer la educación del pueblo para prepararlo al gobierno propio".¹⁰⁰ El caudillismo, resultado de "la política criolla" no dió paso a la organización de partidos orgánicos. México se encontraba a la deriva,

amenazado por el permanente intervencionismo norteamericano "que necesita garantías más serias de las que hasta ahora ofrece el gobierno de Madero".¹⁰¹

Los sucesos de la "Decena Trágica", sirvieron de confirmación a los negros presagios de los socialistas. "El cobarde asesinato de Madero y Pino Suárez [...] ha cubierto de oprobio a México, presentándolo como un país bárbaro, donde se exterminan a los vencidos"¹⁰². Desde febrero de 1913 la sección de La Vanguardia dedicada a México, volvió a mudar de nombre, ahora llevó por título "La Barbarie Mexicana".

El asesinato de Madero permitió realizar a La Vanguardia, una larga recapitulación de lo acontecido en México, sin el menor atisbo autocrítico respecto de posiciones defendidas años antes. El triunfo de Madero ya nada tenía que ver con el Partido Liberal Mexicano. "fue debido a la adopción de una plataforma democrática [...] que incluía el punto decisivo de la restitución de la tierra a los indios, que durante la dictadura de Porfirio Díaz les fueron robadas". Una vez instalado en el gobierno, la promesa de restituir las tierras fue demorada, y ésto dió origen al levantamiento de Zapata. "Todo el pueblo clamaba por justicia para los desposeídos, y el gobierno, entre tanto, daba muestra de conservadurismo". No obstante ello, la administración maderista "efectuó algunas buenas reformas, y los radicales obtuvieron libertad para reunirse y propágar sus ideas. Hasta se publicó un

periodico llamado El Socialista, que era dirigido por el ciudadano Manuel Sarabia, que atacó recientemente a Madero por no cumplir sus promesas, sin ser molestado para nada".¹⁰³

Un entorno de garantías democráticas garantizado por Madero, significó un buen punto de partida para los socialistas argentinos. Sin embargo, ese entorno fue minado por los antiguos porfiristas "temerosos de perder su fortuna", y por los magonistas "esparcidos en guerrillas por el interior del país, con la divisa de Tierra y Libertad". Hacia éstos últimos cargaron las culpas los socialistas argentinos, en una crítica que no sólo estaba dirigida al magonismo, sino por su intermedio, al pensamiento y acción del anarquismo en general. Las "posiciones ultrarevolucionarias" de los liberales mexicanos, fueron las responsables de desórdenes y matanzas", entonces se preguntaba La Vanguardia: "¿ganará algo ahora la clase obrera mexicana, con la resurrección del porfirismo, que acuchilló y fusiló en masa a los trabajadores en huelga?".

El panorama se mostraba sombrío. Un México presa de la barbarie, emergía en la conciencia de los militantes del socialismo argentino. La anarquía y las revueltas condujeron al asesinato de Madero, "acto de barbarie que pone a México fuera del concierto de los pueblos civilizados"¹⁰⁴, profetizaba La Vanguardia, esgrimiendo la famosa fórmula sarmientina. El fantasma del siglo XIX volvía a hacerse presente en el México de la década de 1910.

3.3 MEXICO, ESCALA DE MANUEL UGARTE EN SU CAMPAÑA LATINOAMERICANA

Desde París, y armado con su propuesta 'latinista,' Manuel Ugarte emprendió una colosal campaña de propaganda en favor de la unión latinoamericana. Esta campaña se inició con una gira continental que, en palabras de Ugarte, perseguía el objetivo de "entrar en contacto con cada una de las repúblicas cuya causa había defendido en bloque, conocerlas directamente, observar de cerca su verdadera situación, y completar mi visión general de la tierra americana, recorriéndola en toda su extensión [...]".¹⁰⁰ Ugarte, entre finales de 1911 y mediados de 1913, se embarcó en un viaje donde no olvidó tocar ninguna de las capitales latinoamericanas, incluyendo una breve visita a la ciudad de Nueva York.

Ugarte, por su obra literaria, gozaba de cierto reconocimiento en los círculos literarios del subcontinente. Comunicaciones epistolares e intercambio de publicaciones, fueron tejiendo una red de vínculos a partir de los cuales delineó el viaje. Fueron núcleos intelectuales, artísticos y sobre todo universitarios, los anfitriones en las distintas actividades que desarrolló en cada una de sus escalas. Pero no fue la poesía el eje convocante de las decenas de actos que presidió, sino la voluntad de construir "el andamiaje de un sistema de defensa continental contra el imperialismo anglosajón".¹⁰⁰

La coincidencia temporal entre la campaña ugartista, y las amenazas intervencionistas norteamericanas a México, convirtieron a Ugarte en el principal defensor de la causa mexicana en el sur del continente. Aunque su visión de la Revolución Mexicana estuvo mediatizada por el horizonte doctrinal desde donde analizó el fenómeno, y sobre todo, porque ese horizonte pareció confirmarse a partir de la experiencia que vivió en México con motivo de su visita en 1912.

Después de su breve estadia en México en 1900, Ugarte estableció buenas relaciones con literatos mexicanos. La Revista Moderna en varias ocasiones publicó algunos de sus escritos; mientras que sus libros eran objeto de buena critica: "La Argentina puede enorgullecerse de contar entre sus hijos a una de las figuras más prominentes de la intelectualidad americana: Manuel Ugarte, el autor de los exquisitos Cuentos de la Pampa," escribió un periodista mexicano en 1906.¹⁹⁷ Entre las reseñas al libro El Porvenir de América Latina, no faltaron las palabras elogiosas de la Revista Moderna. Nuñez y Domínguez señaló: "Hemos visto, como ha sido saludada su aparición por todo el público de América del Sur. Se le ha colmado de aplausos y se le han rendido palmas por su talentoso desarrollo. En los mismos Estados Unidos, los periódicos más prestigiados han tenido que considerar el libro de Ugarte como lo que es: una obra de trascendencia, una obra seria".¹⁹⁸ Y entre los simpatizantes de sus propuestas, estuvo Justo Sierra, quien manifestó su "admiración y cariño por Ugarte

y su obra apostólica de acercar a los pueblos de origen latino".¹⁰⁷

Después de visitar Cuba y Santo Domingo, Ugarte arribó al puerto de Veracruz los últimos días de 1911. La prensa veracruzana se encargó de dar a conocer los móviles del viaje: "desarrollar un proyecto tan pacífico como hermoso acerca de la indispensable unión de los países hispanoamericanos".¹¹⁰

En los primeros días de 1912 Ugarte llegó a la ciudad de México. Los periódicos capitalinos publicitaron su gira y el programa de actividades. El Ateneo de la Juventud sería el responsable de la conferencia principal. Madero y Justo Sierra, estarían entre los invitados de honor, y el discurso de bienvenida estaría a cargo de Antonio Caso. Banquetes, tertulias y hasta un té literario, completaban las actividades organizadas por la intelectualidad mexicana.¹¹¹

Todo indicaba que la escala mexicana estaba bien encaminada. Sin embargo, maniobrando en la compleja realidad política de México, Ugarte se convirtió en la figura central de un conflicto que alcanzó importantes dimensiones. Su visita sirvió de catalizador en una situación que trascendía el origen del problema, para poner de manifiesto la difícil relación entre el maderismo y ciertos núcleos de oposición.

La denuncia de una "amenaza norteamericana" fue el elemento que permitió a Ugarte ganar una considerable simpatía en los círculos universitarios de México. Simpatías a las que luego se sumaron la de toda la prensa periódica de la capital, y la de otros grupos antimaderistas. La naturaleza de esta unión terminó por distanciar al gobierno y al Ateneo de la Juventud del "ilustre visitante".

Cuando Ugarte llegó a la ciudad de México, todavía los diarios sostenían su campaña "a favor de la libertad de expresión", con motivo de la aplicación del artículo 33 constitucional a dos periodistas españoles, acusados de atacar al gobierno. La Asociación de Periodistas Metropolitanos, presidida por Ignacio Herreras, lideró esta campaña, que alcanzó su punto máximo cuando, a raíz de una concurrida manifestación pública, el presidente Madero decidió revocar el acuerdo de expulsión del país a los periodistas españoles.¹¹²

El gobierno mexicano tenía otros frentes de tormenta. Los estudiantes fueron un bastión del antimaderismo en la ciudad de México. Ante el temor a perder privilegios garantizados por el régimen porfirista, el movimiento estudiantil rechazó cualquier cambio profundo. Pero este comportamiento político de corte conservador, se combinaba con nitidos tintes nacionalistas, antinorteamericanos.¹¹³ Por otra parte, el mismo maderismo se había fracturado. La candidatura de Pino Suarez, dió origen al

resurgimiento de clubes antireeleccionistas, donde la figura de Vázquez Gómez apareció como el referente inmediato.¹¹⁴ Antimaderistas y neoporfiristas, agazapados en puestos claves, y gozando de las ventajas de tener a su lado a la prensa, hostilizaron constantemente al gobierno; y entre los distintos argumentos que esgrimían en su campaña de desprestigio, apareció con insistencia la acusación de que capital norteamericano había financiado la Revolución. Este argumento resultó coincidente con la naturaleza de la predica de Ugarte, y ésta vino entonces a reforzar posturas 'nacionalistas' en México, al tiempo que sirvió para legitimar el discurso de los opositores al gobierno de Madero.

A pesar de que Ugarte manifestó "ignorar por completo las cuestiones políticas internas de México", no pudo permanecer ajenas a ellas, sobre todo si al mismo tiempo declaraba su intención de "contrarestar la infiltración de los Estados Unidos en América Latina".¹¹⁵

Días después de su llegada, Ugarte se vinculó a la Asociación de Periodistas Metropolitanos y a los medios estudiantiles de las facultades de ingeniería y medicina. Todos ellos lo "ovacionaron" en una reunión "donde promulgaron un voto de simpatía hacia el "egregio argentino", al tiempo que se comprometieron a ayudar en las tareas de organización de las conferencias programadas. Aquella reunión concluyó con una pequeña manifestación que

acompañó a Ugarte de regreso a su hotel.¹¹⁴

Estas muestras de simpatía no fueron casuales. Se realizaron un día después del primer desencuentro entre Ugarte y el progobiernista diario Nueva Era. Este último, en su edición de 10 de enero, anunció que la visita del argentino perseguía "una obra en favor de la unión de las dos américas".¹¹⁷ Artículo que motivo una respuesta por parte de Ugarte: "creo que los intereses de las dos américas son opuestos e inconciliables, y esta convicción es el punto de partida de la conferencia que me propongo dar con el título de Ellos y Nosotros".¹¹⁸

Mientras tanto Ugarte se entrevistó con Madero. La audiencia se gestionó a través de Juan Sánchez Azcona, secretario entonces de la presidencia, a quien el escritor conoció en su primer viaje a México. Después de la reunión, Ugarte apuntó en sus notas: "Para Madero, no había en su país más problema que derrocar al Tirano, e implantar la democracia [...], esa era su misión, y a ella se aferraba, sin admitir que pudieran asomar otros problemas [...]. Un poco por desconocimiento de la política internacional, y otro poco por aparatosa prudencia, entendía que la mejor práctica era la inamovilidad. Idealista y soñador, ignoraba que el trust petrolero y la Standart Oil, tienen hoy, desgraciadamente, más importancia para Nuestra América que la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre".¹¹⁹

Con bastante demora el Ateneo de la Juventud anunció la realización de la conferencia. Pero para sorpresa de Ugarte, el tema era "La mujer y la poesía". Sobre esta cuestión, el visitante había ofrecido otra disertación, aunque por la publicidad que adquirió su visita dió por descontado que el Ateneo de la Juventud patrocinaría la conferencia "Ellos y Nosotros", con una presentación a cargo de Justo Sierra, quien ya había comprometido su asistencia.

La demora, la falta de consulta sobre el tema a desarrollar, y lo enrarecido de un ambiente donde se daban muestras de adhesión a su prédica, pero sin que lograra materializarse la anunciada conferencia; llevaron a Ugarte a denunciar una "campaña desde las alturas, para obstruir la marcha del que sólo desea que nuestras tierras se coordinen para resistir la absorción yanqui". "Las alturas" para Ugarte era el Secretario de Relaciones Exteriores Manuel Calero. Esta opinión quedó fundada a partir de una conversación que sostuvo con Justo Sierra. Ugarte declaró que Sierra, bajo presión de la cancillería mexicana, le solicitó que "atenuase o modere sus pensamientos" pues sino ésto podría "generar reclamaciones del gobierno de los Estados Unidos". Petición que también apuntaba a no poner en una situación difícil al mismo Sierra, quién recientemente había sido nombrado ministro mexicano en Madrid.¹²² Ugarte, conciente del impacto que tendrían sus palabras, y seguramente en busca de publicidad que potenciara su figura, declaró: "colocado [...] en la situación

incómoda que hacen que unos me reprochen que no de las anunciadas conferencias, y otros multipliquen los obstáculos que se oponen a su realización, he resuelto hacer público el conflicto. La prensa, la juventud, la intelectualidad de México, son ahora los que tienen que decidir si debo o no debo hablar".¹²¹

Inmediatamente la prensa, la juventud universitaria y toda la oposición al maderismo, aceptaron el desafío de Ugarte, haciendo suya la defensa del escritor argentino.

Aquellas declaraciones manifestaban una velada interferencia del gobierno de Estados Unidos, en la petición del maderismo por no "generar desagradables reclamaciones" La prensa diaria tuvo otro argumento para volver a reclamar la plena vigencia de la libertad de expresión. "Dos gobiernos contra un solo hombre", "Ugarte amordazado" fueron algunos de los titulares en páginas editoriales de periódicos capitalinos.¹²² Mientras tanto, los círculos estudiantiles comenzaron los preparativos de manifestaciones solidarias. Periodistas, estudiantes y opositores de turno prometieron colaboración para que las conferencias fueran dictadas. El fantasma de Rubén Darío rondaba en el ambiente. El recuerdo de la "Oda a Roosevelt" del poeta nicaragüense, que llevo al gobierno porfirista a impedir su presencia en las fiestas del Centenario mexicano, sirvió para agitar la opinión pública capitalina.

La denuncia de Ugarte llevó a *El Imparcial* a buscar la opinión de Sierra. Este por supuesto desmintió la acusación: "no servi de intermediario del secretario de relaciones exteriores", aunque en la entrevista declaró que dada "la singularísima posición de México, obligaba a nuestro gobierno a extremar prudencia y a ahorrar a la susceptibilidad nacional rozamientos que pudieran orillarnos a actitudes que pareciesen humillantes [...]". Sierra, sorprendido por las declaraciones de Ugarte, anunció su decisión de no hacer la presentación en la anunciada conferencia.¹²³

El escritor argentino volvió a insistir en sus apreciaciones. Tanto él como Sierra, indicaron que sus afirmaciones podían ser corroboradas por el único testigo que tuvo aquella entrevista: el ingeniero Ibarrola. Hacia el testigo se dirigió entonces la prensa. La posición de Ibarrola no podía ser más incómoda "porque quiero y admiro profundamente a Don Justo, a quien conozco desde niño, y quiero a Ugarte y a la empresa que acomete, porque no se trata de partidos y personalismos, si no del porvenir de una raza [...]. Pero antes que las dos personalidades está la verdad". Y apelando a ella, Ibarrola dió una versión de la entrevista coincidente con la de Ugarte: "El Sr. Sierra dijo que era conveniente tratar de evitar cualquier motivo de fricción, así como evitar la ocasión de recibir alguna indicación [...] de los Estados Unidos] que siempre es humillante".¹²⁴

Si Ugarte se propuso desatar un escándalo, lo estaba

consiguiendo. La Asociación Metropolitana de Periodistas y la Sociedad de Alumnos de Ingeniería, anunciaron el patrocinio de "Ellos y Nosotros". El Partido Demócrata Antireeleccionista, convocó a una manifestación pública con la proclama de "defender el principio de acercamiento entre las naciones latinoamericanas", y en protesta contra "el Sr. ministro Calero por la actitud que ha asumido" y para "solicitar a Madero la separación del canciller del gabinete nacional".¹²⁰

Para los opositores al maderismo, la denuncia de Ugarte venía a confirmar la existencia de "acuerdos" entre Washington y el gobierno mexicano. "Los hechos, desde que la Revolución de noviembre estalló hasta el momento actual, vienen acumulando serios capítulos de acusación entre aquellos hombres que, a cambio de la protección que obtuvieron de la República vecina, parece que contrajeron compromisos que nos colocan bajo una vergonzante y vergonzoso patronato que el patriotismo repudia y condena".¹²¹

Calero aparecía en el centro de la tormenta. De poco sirvió la carta que dirigió a *El Imparcial*, señalando "que el gobierno actual es profundamente respetuoso de la libertad de pensamiento [...], y puede el público estar seguro de que ni la Secretaría de Relaciones Exteriores, ni yo, hemos intervenido en lo relativo a las conferencias de Ugarte". Mientras tanto, Nemecio García Naranjo presentó su renuncia como socio fundador al Ateneo de la

Juventud. "por no estar conforme con la conducta seguida con el ilustre huésped".¹²⁷

En una atmósfera de por sí tensa, vinieron a sumarse las explosivas declaraciones de José Vasconcelos. El presidente del Ateneo, y jefe del Partido Constitucional Progresista, entrevistado con motivo de este conflicto, señaló que los estudiantes "como siempre se dejan engañar por el primer rumor, por la primera sandez, por el primer audaz que les habla". El juicio de Vasconcelos fue terminante: "una de las clases sociales más degeneradas, y que mayor agotamiento dejó la dictadura, es la clase estudiantil [...]. Estoy seguro de que tiene más de limpio sentido moral y mucho más claro sentido de las cosas, el pueblo que no lee ni escribe, que los semi-intelectuales que por haber pasado por una escuela se creen los representantes de la cultura".¹²⁸

A la crítica al conservadurismo político de los estudiantes, se sumó Nueva Era, con un editorial en donde indicaba que "Ugarte, como apóstol tiene sólo el buen deseo, pero le negamos dos condiciones esenciales, la fe y el genio, le negamos inclusive un talento siquiera mediano".¹²⁹

La respuesta del movimiento estudiantil no se demoró. El mismo día de publicadas estas opiniones, se organizó una manifestación que partió desde la Escuela Nacional Preparatoria rumbo al hotel

donde se hospedaba Ugarte. Desde uno de los balcones del edificio, el "ilustre visitante" presenci6 un improvisado acto de solidaridad. "Se nos quiere entregar a los yanquis -dijo el estudiante de ingenieria Buen Abad- Yo, el dia en que cay6 ciudad Juarez a las fuerzas de la revolucionarias, senti que vivia el dia mas feliz de mi existencia, porque anhelaba la libertad. Pero si es cierto que la revolucion vino hostigada por los Estados Unidos, maldigo esta revolucion. [...] Aqui estamos Sr. Ugarte para hacerle ver que no lo abandonaremos." Ugarte contest6 agradeciendo "la conducta leal, desinteresada y viril de los estudiantes, en brazos de quienes me he puesto para cumplir mi misi6n". La columna de estudiantes se dirigi6 entonces a Palacio Nacional, donde una comisi6n, presidida por Luis Jasso, se entrevist6 con Madero. El presidente declar6 no compartir las opiniones de Vasconcelos, y fue categorico al negar cualquier vinculaci6n entre Calero y el gobierno norteamericano. Entre "muertas" a Calero y "vivas" a Ugarte, la manifestaci6n continu6 su marcha hacia las oficinas de Vasconcelos, para terminar frente a las puertas del peri6dico Nueva Era.¹³⁰

El nivel alcanzado por los enfrentamientos cristaliz6 en la realizaci6n de dos concurridas manifestaciones. La primera fue realizada el 27 de enero. Tres mil personas, bajo la convocatoria de asociaciones estudiantiles, recorrieron las calles céntricas.

Desde los balcones de su hotel, y después de una presentaci6n a

cargo del estudiante Basilio Badillo. Ugarte volvió a enaltecer la figura de la juventud: "los estudiantes son los depositarios del porvenir, la misma injusticia con que algunos los atacan, prueba la gran fuerza moral que reside en vosotros [...]. Somos invulnerables, todas las medidas de rigor que se pueden tomar contra nosotros, no impidan que florezcan en nuestros corazones, el espíritu inmortal de nuestra raza".¹³¹

Entre sus simpatizantes, Ugarte no hizo ningún distinguo. El enemigo era "aquel que capitula, y se inclina ante la raza rival".¹³² Con estas apelaciones, resultó fácil generar un amplio círculo de adherentes. Estos agigantaron su figura, al tiempo que ella se convirtió en una excelente excusa para continuar las acciones opositorias al gobiernos. Nueva Era, puso en evidencia esta situación. "Es muy significativo, que un hombre que se presenta y se deja proclamar como el apóstol de la democracia, se haya valido, para que le sirvan de portavoces, los periódicos defensores de la tiranía barrida por el pueblo anhelante de libertad".¹³³

Pero los pasos seguidos por el gobierno estuvieron lejos de propiciar la calma. En un comunicado oficial, intentó deslindar cualquier vinculación o simpatía con el ideario ugartista: "El gobierno nacional, está obligado, por altas razones de Estado, a evitar cualquier acto que pudiera interpretarse como una hostilidad a cualquier pueblo del mundo amigo de México, como el

norteamericano [...]. El gobierno nacional, en cumplimiento de los deberes que le impone el Derecho Internacional, no permitirá que miembro alguno de la administración vaya a patrocinar esas conferencias, pues ésto sería tanto como que, el gobierno mexicano se hiciese solidario de las ideas que emitiese el señor Ugarte".¹³⁴ El comunicado sirvió para confirmar las razones por las que el gobierno resolvió retirar todo apoyo oficial a la visita. Sólo en parte se ratificaba la denuncia de Ugarte, pues las presiones no llegaron a limitar la libertad de expresar sus ideas. Muestra de ello eran los mismos acontecimientos capitalinos.

La segunda manifestación fue realizada a instancias del Partido Democrático Antireeleccionista. Con sólo un día de diferencia de la anterior, llegó a reunir a más de un millar de personas, que de nuevo recorrieron las calles céntricas de la ciudad. Ugarte, volvió a arengar a los asistentes: "Al levantar la voz en esta tierra mexicana, creo poder gritar al continente entero que nuestra América está salvada, porque sus hijos más amenazados, son los primeros en erguirse en la propia línea de demarcación, para decir a los yanquis: ¡hasta aquí!".¹³⁵

Quedaba pendiente la realización de las conferencias. El Ateneo de la Juventud y el gobierno habían renunciado a todo patrocinio. Surgieron entonces dificultades para conseguir un sitio. El teatro Hidalgo y el Abreu negaron rentar sus instalaciones.

Finalmente, a instancias de la Asociación de Periodistas Metropolitanos, se llegó a un arreglo con los administradores del Teatro Mexicano.

La anunciada conferencia se realizó en la noche del 3 de febrero. La crónica periodística da cuenta de una multitud calculada en más de tres mil personas, pugnando por entrar: "la gente se apretaba y, formaba verdaderos remolinos que nadie podía contener".¹³⁶ La presentación de Ugarte, estuvo a cargo de Jose Luis Velasco, a nombre de la Asociación de Periodistas. Más que hacer referencias al conferencista, Velasco dió a sus palabras un claro tono antigubernista. Atacó a Calero y a Nueva Era, así como a toda "la campaña contra el distinguido literato".

Ugarte, bajo el título de "Ellos y Nosotros", esbozó una síntesis histórica del avance norteamericano en América Latina. Criticó la Doctrina Monroe, alertó sobre el "espíritu utilitario de la política yanqui". Ante una situación de hechos consumados, insistió en la necesidad de aplicar la fórmula defensiva desarrollada en su libro El Porvenir de América Latina. "Cada vez que permitimos al yanqui intervenir en nuestros asuntos internos, atentamos contra la raza [...], debemos resistir la influencia de los norteamericanos, porque el provecho pasajero que traen, compromete nuestro porvenir y los destinos de la raza latina. Debemos defender en nuestros campos la integridad territorial, y trabajar por que se lleve a cabo la unión latinoamericana [...].

Entre Ellos y Nosotros debemos poner una barra, que debe ser moral, no material, nosotros mismos debemos defendernos de los Estados Unidos. debemos formar de las veinte repúblicas, veinte soldados, que cual centinelas en tiempo de lucha, estén listos para gritar: ¡alerta!, el enemigo está al frente".¹³⁷

La conferencia concluyó con un discurso del estudiante Buen Abad. Para los estudiantes las palabras de Ugarte eran tan importantes como el hecho de que hubiesen sido pronunciadas gracias al "esfuerzo de la juventud estudiosa que cumplió su ofrecimiento de ayudarlo, cuando supo que se le ponían trabas".¹³⁸

"Ellos y Nosotros" tuvo todavía una cadena de repercusiones. Los estudiantes de Guadalajara y Guanajuato, realizaron sendas manifestaciones de apoyo a Ugarte, al tiempo que solicitaron a sus compañeros de la capital realizar gestiones para que el conferencista viajara a esas ciudades.¹³⁹

Mientras tanto, El Ahuizote reclamaba la aplicación del artículo 33 constitucional al escritor "que sale a un balcón de su alojamiento a decir a los mexicanos una triste verdad: que tenemos un mal presidente, diminuto, mezquino y ruin".¹⁴⁰ En respuesta, otro semanario titulaba su editorial "¡Al fin vencimos, Sr. Ugarte!", calificando de "absurda y estúpida" la petición de El Ahuizote.¹⁴¹

Todavía días antes de su partida, Ugarte participó en un ceremonia en homenaje a los "Niños Héroes" del Colegio Militar. Alumnos, ex alumnos e Ignacio León de la Barra, presidente de la Asociación del Colegio, dieron la bienvenida al "célebre poeta". Los discursos pronunciados abundaron en elogios a la "noble misión del apóstol de la unión de los latinos en América".¹⁴²

A mediados de febrero de 1912, desde Salina Cruz, Ugarte se embarcó rumbo a Guatemala, siguiente escala en su viaje continental. En distintas declaraciones a la prensa de América Latina y de Estados Unidos, Ugarte atacó con rudeza al presidente mexicano. "Madero [...] debe su posición actual a la interferencia norteamericana, al tiempo que demuestra desprecio por las naciones hispanoamericanas"; declaró en el mes de agosto a un reportero del New York Times.¹⁴³

El impacto de la visita de Ugarte reveló su persistencia al punto de provocar un ligero encontronazo diplomático entre las cancillerías argentina y mexicana. En junio de 1912, la figura del escritor seguía siendo bandera de combate del antimaderismo estudiantil. A ello se sumó, la llegada a la cancillería mexicana, de los recortes con las declaraciones del escritor en la prensa extranjera.¹⁴⁴ El presidente Madero, queriendo atacar a Ugarte, tocó el "honor nacional argentino". En una reunión con estudiantes en la Escuela Nacional Preparatoria declaró: "[...] en los momentos más difíciles para nuestra patria, vino ese

extranjero a dar lecciones de patriotismo a los mexicanos, ultrajando al gobierno de la República. duele decirlo, vosotros lo secundasteis [...]. Siendo mexicanos, no podemos admitir que un extranjero venga a decirnos como debemos servir a nuestra Patria, y eso fue lo que hizo ese advenedizo, hijo de un país que sólo tuvo una guerra, cuando aliado a dos naciones, atacó al débil pueblo de Paraguay, mientras nosotros hemos combatido contra las grandes potencias [...].¹⁴⁵

La prensa de Buenos Aires rápidamente se movilizó para "exigir una reparación diplomática". El ministro argentino de relaciones exteriores procedió a entrevistarse con el representante mexicano. Este telegrafió a México solicitando información, y un día después llegaba la aclaración del canciller mexicano Lascurain. "El discurso se refiere a Ugarte [...]" decía el telegrama, para agregar en el mejor tono diplomático, "saben nuestros hermanos argentinos la estimación que les tenemos en México".¹⁴⁶ El incidente dió por terminado, aunque los periódicos argentinos continuaron ocupándose del mismo, para descargar toda una batería de críticas sobre "la agravante conducta de Madero".¹⁴⁷

Para el gobierno mexicano no fueron buenas las consecuencias de la visita de Ugarte. Sus relaciones con el sector estudiantil empeoraron. El querer silenciar los reclamos de los universitarios terminó potenciándolos. El nacionalismo y

antinorteamericanismo estudiantil alcanzaron una amplia publicidad. El gobierno resultó desprestigiado, e incluso debió ceder ante alguna de las demandas. Calero fue sustituido por Lascurain al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Para Ugarte el resultado fue exitoso. Gozando de todos los favores de la prensa opositoria, alcanzó una publicidad jamás imaginada. Sin lugar a dudas, la experiencia vivida en México marcó hondamente su visión de la Revolución, sobre todo de los orígenes de la misma. La propuesta de "construir un andamiaje defensivo" en una realidad que entendía "homogénea racial y culturalmente" no le permitió ahondar en las peculiaridades del caso mexicano. Y como contrapartida, la defensa de las soberanías nacionales, constituyó el único parámetro desde donde analizó la cuestión revolucionaria. Si además de esto, el gobierno de Madero "obstaculizó" sus conferencias, es fácil inferir las conclusiones de Ugarte: Madero era un resultado más de la estrategia norteamericana de dominación continental.

Ugarte adhirió acriticamente a los argumentos nacionalistas de los opositores de Madero. Estos, en las manifestaciones públicas, además de vivir a Bolívar, a Juárez, también lo hicieron a Porfirio Díaz, algunos inclusive portaban banderitas japonesas. Sobre esta base, Ugarte reflexionó acerca de la Revolución, para escribir tiempo después: "El general Díaz tuvo que abandonar el poder, después de haber hecho de México durante su dictadura un

país próspero. por tres razones: porque se negó a arrendear a los yanquis para una estación militar, la llamada Bahía de la Magdalena, porque intentó un tratado de defensa y alianza con Japón, y porque permitió, enviando un barco, que el general Zelaya, última resistencia de Nicaragua contra la absorción norteamericana, saliera con vida de su país [...]. Para derrocar a Díaz, que no quería hacer de su país un feudo de los Estados Unidos, la Casa Blanca inventó una Revolución, encabezada por Madero. Este entregó en cambio del dinero y la influencia que se le brindaron, las fuentes esenciales de la riqueza de México".¹⁴⁸

Ugarte sólo reparó en los "actos nacionalistas de Díaz", sin detenerse a indagar la magnitud de la presencia norteamericana en México, producto también de la política porfirista. Para el escritor argentino resultaba indispensable el diseño de políticas que tendieran a la defensa de las soberanías nacionales, y sobre esa base, pudo articular en Argentina un arco solidario, cuando en México la intervención norteamericana dejó de ser una simple amenaza para tornarse en una agresiva realidad.

El Partido Socialista y Manuel Ugarte

Manuel Ugarte regresó a su país después de diez años de ausencia. Afiliado al Partido Socialista, cuya representación asumió en los círculos políticos europeos: su figura aparecía ahora

engrandecida por la resonancia de su periplo continental. Buenos Aires para Ugarte, significó una escala más, desde donde continuar rumbo a Uruguay, Paraguay y Brasil, últimos países de su gira latinoamericana.

La 'romántica' adhesión del escritor al socialismo pronto se enfrentó a la ortodoxia del partido de Justo. Propositiones como la de unidad latinoamericana, identificación racial y cultural, y defensa de la latinidad, poco tenían que ver con un socialismo entendido a la manera de una "fórmula en que se concreta doctrinariamente el estudio [...] de los hechos históricos, económicos y sociales, cuyo cuerpo de doctrina constituye ante todo y sobre todo, la base social sobre la cual se levanta la conciencia revolucionaria del movimiento obrero".¹⁴⁷

En el cuerpo doctrinario del Partido Socialista, nociones como las ugartistas, significaban enaltecer la obra de las "retrogradas" oligarquías latinoamericanas. Los países del subcontinente, aquellos por los que bregaba Ugarte, eran en el horizonte político del socialismo argentino "republiquetas, incapaces de desarrollar por sí mismas sus fuentes de riquezas, y de vivir en civilización".¹⁴⁸

La distancia entre Ugarte y la dirigencia del Partido, se ensanchó. La Vanguardia en 1911, comentando El Porvenir de América Latina, había señalado que el libro "era una proclama

alarmista".¹²¹ Un año después, la gira de Ugarte mereció escaso interés en el periódico socialista. Mientras los diarios de Buenos Aires dedicaron espacio a las noticias, discursos, y escándalos causados por Ugarte en su paso por los distintos países de América Latina:¹²² La Vanguardia permaneció en silencio, rompiéndolo sólo para deslizar críticas: "a Ugarte lo alarma el peligro yanqui que se cierne sobre hispanoamérica, [...pero] estas republiquetas serán pasto de todas las ambiciones, mientras no entren en el concierto de las naciones más o menos civilizadas".¹²³

El regreso de Ugarte aceleró la ruptura. Por supuesto que el punto de mayor fricción estaba centrado en la valoración del papel jugado por los Estados Unidos. Para Ugarte, la expansión norteamericana era el basamento de toda su propuesta. Para los seguidores de Justo, aquella expansión era la muestra "natural del desarrollo del industrialismo capitalista, factor que más influye en el desenvolvimiento del socialismo". La idea de un arribo al socialismo por vía evolutiva, impedía al Partido Socialista observar el fenómeno imperialista en sus concreciones nacionales: al punto de llegar a atribuir cualidades 'civilizatorias' al capital internacional: "El imperialismo norteamericano es producto de una ley perfectamente explicada por la ciencia económica [...], y siendo la tendencia a la expansión un fenómeno inherente a la forma de producción capitalista, ¿podemos los socialistas oponernos a que ella se realice?, y

suponiendo que pudiéramos hacerlo, ¿debemos, teniendo en cuenta los fundamentos económicos del socialismo, oponernos a su avance?. Hacerlo sería ponernos en abierta contradicción con nuestros principios. El capitalismo, aplicando en gran escala la máquina, no hace más que aumentar en términos alarmantes el conflicto de intereses latente en el fondo de toda sociedad, y cuya solución radica en la transformación de este régimen de desequilibrio económico, a cuya finalidad tiende el socialismo. Los socialistas no debemos oponernos al avance del capitalismo. Hacerlo significaría que nos habremos convertido en protectores del capitalismo nacional, cuya incapacidad técnica-económica está perfectamente demostrada al dejarse arrollar por las capacidades del capitalismo extranjero".¹²⁴

Planteada las diferencias en estos términos, la separación de Ugarte fue una consecuencia lógica. Las ideas del escritor fueron evaluadas por el Partido Socialista como "instrumentos puestos al servicio de las fuerzas más reaccionarias, cuyo único propósito es debilitar la fecunda acción política del pueblo trabajador".¹²⁵

A través de esta vertiente doctrinal, el socialismo argentino observó a México. No resulta extraño entonces que, junto a la caracterización de los sucesos mexicanos como "actos de barbarie", el Partido Socialista haya levantado la única voz de apoyo a las propuestas "pacificadoras" del presidente

norteamericano Wilson. La fórmula wilsoniana de sólo reconocer gobiernos de corte constitucional, fue objeto de elogiosos comentarios por parte de La Vanguardia. "Wilson ha pensado que los reconocimientos de gobiernos nacidos de la revuelta y el fraude son peligrosos. Ha pensado que esos reconocimientos, importan un voto favorable dado a gobiernos que no consultan, siquiera en la forma, las exigencias de un régimen político medianamente civilizado" Sobre esta base, las exigencias norteamericanas al gobierno de Huerta, vehiculizadas a través de la "misión Lind" fueron calificadas como "discretas y sensatas", pues las condiciones que exigen "son al fin de cuentas lo que conviene a los intereses del pueblo mexicano".¹⁵⁶

A raíz de estas posturas, y de otras similares como fue la opinión favorable del Partido al desmenbramiento del territorio colombiano, "ya que el Canal de Panamá contribuirá al progreso de Colombia, entrando de lleno en el concierto de las naciones civilizadas";¹⁵⁷ Ugarte desató una polémica que, meses después, concluyó con la decisión partidaria de expulsarlo de sus filas.

El escritor lejos de amedrentarse con las duras críticas que ahora le inferían sus antiguos compañeros, continuó con su campaña latinoamericana. Como en todas las capitales que visitó en Buenos Aires también dió una conferencia. Los problemas suscitados recordaban su experiencia en México. La administración

municipal negó el Teatro Colón donde planeaba pronunciar su discurso. Convertir el principal foro de Argentina en una tribuna antinorteamericana, fue evaluado por las autoridades como una medida poco conveniente. Poco tiempo después, ese mismo teatro fue el recinto donde Roosevelt pronunció dos conferencias muy celebradas por las autoridades argentinas, y por la propia dirigencia socialista.

Los círculos universitarios de Buenos Aires, pronto rodearon al escritor, y ellos patrocinaron la conferencia. En Julio de 1913, Ugarte volvió a alzar su voz en la sede del Anfiteatro. La condena a los Estados Unidos tuvo en esta ocasión referencias directas al caso argentino. La presencia estadounidense en la industria de la carne y en la incipiente explotación petrolera, constituían para Ugarte, peligrosos indicios de una amenaza mayor. Cuatro mil espectadores ovacionaron al orador, quién agradeció la compañía de "hombres nuevos, llenos de entusiasmo juvenil".

En noviembre de 1913, Ugarte de regreso de Brasil, fue motivo de una importante recepción. Frente a la visita de Roosevelt, objeto de decenas de actos y homenajes oficiales auspiciando el advenimiento de nuevas relaciones entre Argentina y Estados Unidos; la figura de Ugarte emergía como la contrapartida de todas aquellas demostraciones, en tanto señalaba un editorial, "necesidad de responder en alguna forma a las exageraciones del

yanquismo dominante en la prensa y la vida pública".¹²⁷ Por centenas llegaron cartas de adhesión al homenaje a Ugarte. El diario *Crítica*, asumió el patrocinio, y desde México hizo llegar su apoyo la Asociación de Periodistas Metropolitanos.

A punto de concluir el año de 1913 en la opinión de Ugarte, México aparecía como la próxima víctima de la "ambición sajona". A la capital mexicana llegaron versiones de que el escritor prometía formar una legión de voluntarios argentinos dispuestos a combatir en caso de invasión norteamericana. Producto de esta versión, Ugarte comenzó a recibir cartas de mexicanos. Los timbres postales indicaban los lugares de origen: Mérida, Aguascalientes, Distrito Federal, Guadalajara, entre otros, muestra evidente de la difusión que Ugarte había alcanzado en México. Las cartas tenían un sólo objetivo: "dar las gracias por los auxilios y campaña a favor de nuestra querida y sufrida patria mexicana, amagada, desde hace más de tres años, por una guerra con el país que gobierna el presidente Wilson".¹²⁸

Ugarte jamás proyectó tal legión, pero el nacionalismo mexicano sabía que contaba con un aliado en el otro extremo del continente. Mientras tanto, el Partido Socialista continuó poniendo distancia. La convulsionada situación política mexicana después del asesinato de Madero, y las veladas amenazas intervencionistas de Wilson, dieron motivos para afirmar lo siguiente: "México está dando una grave escándalo a la

civilización de los pueblos, y éstos, o los directamente afectados por ello, tratarán de ponerle término, por la razón o por la fuerza".¹⁶¹ Posturas abiertamente favorables a una intervención norteamericana terminaron por conjugarse con aseveraciones que desacreditaban todo el proceso revolucionario. Los socialistas argentinos a fines de 1913, arribaron a conclusiones coincidentes con la opinión más conservadora del pensamiento político argentino: "en México, la democracia no puede ser comprendida, es un país de analfabetos".¹⁶²

3.4. LA PRENSA Y LA POLITICA DIPLOMATICA ARGENTINA FRENTE AL GOBIERNO DE VICTORIANO HUERTA

A inicios de 1913 para los analistas argentinos, México comenzaba a ser motivo de especulaciones alrededor de una eventual invasión norteamericana. Los permanentes levantamientos militares, y el estado de indefensión de ciudadanos y propiedades estadounidenses, ocupaban buen espacio en las páginas editoriales de la prensa 'seria'. La versión de un supuesto financiamiento norteamericano a Madero llegó también a ser noticia. Para La Nación, la intervención militar se demoraba "por la circunstancia de tener el gobierno del Sr. Madero, muy estrechas vinculaciones amistosas con Washington".¹⁶³ La opinión de La Prensa no era muy distinta. Si bien daba cuenta de la lucha entre compañías petroleras inglesas y norteamericanas por ganar el favor de Madero, agregando que existía la sospecha de que el presidente y su hermano Gustavo, había recibido una fuerte suma de dinero de la Standart Oil Co.; para el editorialista estos hechos venían a confirmar que "los Estados Unidos tienen buena cuota de responsabilidad en los lamentables sucesos que se desarrollan en México, por su política de financiar insurrecciones promovidas por capitalistas norteamericanos a costa de la tranquilidad del país".¹⁶⁴

Mientras tanto desde Washington, la representación argentina mandaba periódicas informaciones. A ellas permaneció atenta la

cancillería de Buenos Aires. Los informes diplomáticos indicaban que la administración de Taft consideraba que "el gobierno mexicano es, no solamente incompetente, sino que él mismo ha estado fomentando los ultrajes a los ciudadanos norteamericanos".¹⁶⁶

Naón señalaba la existencia de "reales y supuestas" advertencias de Washington a Madero, pero eran inciertas las noticias sobre una eventual invasión. Los primeros días de febrero de 1913, el ministro argentino escribió al canciller Murature: "Se han multiplicado los proyectos para consumir la intervención unas veces, y para evitarla, otras, sin que hasta la fecha ninguno de esos proyectos se haya traducido en una acción positiva".¹⁶⁷

Producida la asonada militar de Huerta, cuando entre la confusa situación llegaron los cables anunciando la renuncia de Madero y Pino Suárez. La Nación arriesgó una opinión que a los pocos días debió rectificar. Para ese diario la renuncia de los mandatarios mexicanos era "una tranquilizadora noticia", en tanto que el nuevo gobierno, de cuño porfirista, iba a reunir a los mejores hombres. "los que seguramente habrán sacado alguna experiencia de los sucesos acaecidos en el país desde 1910, y no han de pretender restaurar el porfirismo, sino en lo que tenía de bueno".¹⁶⁷ Conocida la noticia del asesinato de Madero y Pino Suárez, el conservadurismo de La Nación, no pudo sino aceptar la versión oficial, "aunque sea piadosamente", para después señalar

con decepción "el porfirismo no ha cambiado de procedimientos. Hoy es el mismo que ayer".¹⁶⁶

El contrapunto, desde el discurso de la elite dirigente correspondió a La Prensa, periódico que no vaciló en calificar los hechos como "un vil asesinato [...]. En un pueblo que vivió treinta años bajo la tiranía, no se explica que se sienta arrastrado al canibalismo de un prisionero, en el que no puede dejar de verse al luchador por las libertades, al que consagró su vida y su hacienda con un desinterés, y una abnegación que nadie puede desconocer".¹⁶⁷

La Prensa siempre atenta a los sucesos mexicanos, y sin perder de vista su preocupación por la realidad nacional, pocos días después de la "Decena Trágica", publicó un largo editorial intentando una comparación entre la suerte política de las dos naciones. El derrocamiento de Madero, se explicó como la consecuencia del "despotismo manso ejercido por Porfirio Díaz, cuyo programa: poca política y mucha administración, remedado por nosotros con la frase 'Paz y Administración', hizo que los hombres nacidos durante un cuarto de siglo se criaran fuera de la escuela de la libertad".

Las décadas del porfiriato servían de modelo para la crítica al orden político argentino: "nosotros, como México, hemos soportado, a partir de 1880, gobiernos que sintetizaron su

programa en el mantenimiento del orden [...]. y fundaron su único título a la gratitud pública en los progresos materiales. Para mantener el orden, y partiendo del falso concepto de que las responsabilidades gubernativas son idénticas a las de un gerente de una casa de comercio, persiguieron y encarcelaron a los adversarios, confiaron al fraude, a los acuerdos, a los consejos de notables, el mantenimiento de la política". Los ordenamientos políticos de Argentina y México resultaban idénticos. "La enfermedad del despotismo" era compartida, pero los pronósticos diferían. Mientras México se desbarrancaba; en Argentina, todavía "felizmente obran factores de salvataje: superioridad del grado medio intelectual de las masa, el predominio de la raza europea, y una fecunda escuela de civismo, notablemente sostenida por los gobiernos anteriores a 1880". Factores que mostraban una saludable persistencia, a pesar de "los errores acumulados en treinta años de falsificación institucional".

México para La Prensa, era una voz de alerta, "un ejemplo que debe aleccionar a nuestros mandatarios y decidirlos a una reacción fundada en el honor nacional y en el patriotismo colectivo".¹⁷⁰ Para lo más granado del liberalismo político argentino, "la tragedia mexicana" no se perdía como un dato más en el convulsionado mundo de la preguerra. Por el contrario, la Revolución Mexicana hacía las veces de espejo, útil para reclamar la efectiva vigencia de la reforma electoral y, para criticar la oposición enconada que a aquellas realizó un roquismo de viejo

año.

Mientras la prensa argentina de una u otra forma condenaba el asesinato de los mandatarios mexicanos, la cancillería recibía los informes de su cónsul en México. Para Goytia, figuras como Bernardo Reyes, Félix Díaz y Victoriano Huerta aparecían como los depositarios de cualquier esperanza pacificadora.

Fue tal la identificación del cónsul con el neoportirismo, que sus análisis de la "Décena Trágica", parecen calcos de la versión oficial. A medida que transcurrían los hechos Goytia, desde su despacho, fue redactando un largo informe. Horas después del asesinato escribió: "Los comentarios son gravísimos, dicen que es un asesinato, pero hablando como hablo con toda imparcialidad, me inclino a creer que los amigos del ex presidente han intentado este golpe para arrebatárselos, no confiando en la suerte que les cupiera en el juicio que iba a formárseles [...]. La desaparición de Madero y Pino Suárez, creo que puede ser la salvación del país".¹⁷¹

En mayo de 1913 Goytia condenaba al gobierno de Estados Unidos por no reconocer a Huerta. Para el cónsul, la Casa Blanca mostraba "poca seriedad" cuando permitía que a través de la frontera, el constitucionalismo pudiera abastecerse de material bélico.¹⁷²

Al cabo de unos pocos meses lo que había sido identificación, devino en apología del huertismo. El cónsul, testigo presencial de los sucesos que condujeron a la clausura del Congreso mexicano el 10 de octubre de 1913, indicó que Huerta "cortó por lo sano, frente a unas cámaras integradas por elementos arrancados de las mas bajas esferas sociales [...]. Por más doloroso que resulte el procedimiento, en México el régimen porfirista se justifica. En esta nación, por su formación y composición étnica, es imposible por ahora, que ni siquiera se piense en un gobierno que no sea de fuerza [...]".¹⁷³

Tiempo después Goytia se mostraba decepcionado. La Revolución jaqueaba la alabada fortaleza del huertismo. "La revolución no decrece, ella se extiende ya a todos los estados del país, amenazadora, formidable [...]". Espantado, el cónsul argentino abandono todo los principios de la diplomacia que representaba, y pasó a sostener: "no queda otro recurso más que la intervención de varias potencias, que serían los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. Una intervención amistosa, que hiciera cesar la lucha, y estableciera un gobierno provisional".¹⁷⁴ La sorpresa del canciller argentino fue tal que, en el original del documento, subrayó los párrafos de esta propuesta, dibujando con tinta roja grandes signos de pregunta. El cónsul perdió toda compostura. Aunque sus largos informes sobre la guerra y la anarquía, debieron influir en el gobierno argentino, respecto a la construcción de una imagen de lo que acontecía en el otro extremo

del continente.

La llegada de Huerta al poder, y semanas más tarde la de Woodrow Wilson a la presidencia de los Estados Unidos, señalan el inicio de la participación diplomática argentina en la controversia mexicana-norteamericana. Los informes de Goytia pasaron a segundo plano. Desde mediados de 1913 fueron privilegiadas las comunicaciones provenientes de Washington.

Argentina había conseguido articular el ABC, y sobre esta alianza desplegó su estrategia. El gobierno de Buenos Aires confiaba en el cambio de actitud de Washington hacia Argentina, y como producto de ello, celebró el advenimiento de lo que La Prensa llamó "nueva política continental del presidente Wilson: la diplomacia denominada del 'garrote' fue recogida para ceder el puesto que le corresponde a la del principio de la soberanía, como honrado reconocimiento a la avanzada civilización de Sud América".¹⁷⁰

La decisión argentina de participar, y sobre todo de tratar de incidir en el sistema panamericano, fue reforzada por la retórica pacifista del presidente Wilson. Esta retórica, sin terminar de convencer -pues pronto fue evaluada como "principios más propios de un pensador y de un moralista, que de un político práctico y un estadista"¹⁷¹- orrilló al gobierno argentino a encarar una activa política en el entorno americano. En el peligroso espacio de esta contradicción, la diplomacia argentina comenzó a actuar.

Prensa y gobierno argentino condenaron con energía la propuesta de Wilson de sólo reconocer gobiernos constitucionales en América Latina. "Esta política sancionaría la perpetua intervención de los Estados Unidos en la vida constitucioaml y política de las repúblicas de América"¹⁷⁷

A pesar de ello Argentina, junto con Brasil y Chile, se alineó a la decisión norteamericana de no reconocer a Huerta. Pero este alineamiento estuvo lejos de reducirse a una actitud de sumisa subordinación. La distancia existente entre la decisión argentina de participar activamente en el entorno americano, y la condescendencia hacia la política norteamericana, estuvo mediatizada por una serie de circunstancias que pusieron de manifiesto no sólo una confianza desmedida en la política de Wilson, sino y sobre todo, la 'agigantada' percepción que de sí misma tuvo la dirigencia argentina. Autoimagen que a la postre, condujo a esa dirigencia a alejarse de sus tradicionales argumentaciones en el terreno de la política internacional.

El gobierno de Huerta intentó infructuosamente cambiar la decisión argentina. La cancillería mexicana desde abril de 1913, instruyó a su encargado de negocios en Buenos Aires para que desmintiera todas las versiones periodísticas que daban cuenta de las dificultades de Huerta para estabilizar la situación mexicana.¹⁷⁸ El reconocimiento británico a Huerta se convirtió en un argumento de peso en los alegatos mexicanos en

búsqueda de una modificación de la decisión argentina. Pero el representante mexicano encontró siempre una rotunda negativa. En julio de 1913, transcribió, en una nota confidencial, las palabras del canciller argentino: "Argentina no puede proceder al reconocimiento por estar ligado con Brasil y Chile a un acuerdo anterior, sólo una decisión simultánea de los tres países, cambiaría la decisión argentina".¹⁷⁷

Ante cada nueva insistencia del encargado de negocios mexicano, la cancillería de Buenos Aires procedía a comunicarse con sus ministros en Santiago y Río de Janeiro, buscado un obrar coordinado con aquellos países. La estrategia argentina apuntó a contar siempre con el aval de Chile y Brasil. La documentación diplomática del año 1913 dibuja un triángulo cablegráfico entre las tres cancillerías. La consulta permanente, la búsqueda de coincidencias en las respuestas a México y a Washington, fueron perfilando la existencia de un bloque diplomático, que a la postre emergió con el pomposo nombre de "potencias mediadoras".

Como consecuencia de este obrar conjunto, a lo largo de 1913, fueron reiteradas las menciones a una posible mediación del ABC. En febrero de ese año, J. Barrett, director de la Unión Panamericana, propuso al Departamento de Estado una mediación sudamericana como solución al problema con México. Esta idea recibió el apoyo del general Wood y de algunos medios de prensa norteamericanos. En agosto, el congresista Towner sometió a la

consideración de la Cámara de Representantes, un proyecto de resolución para que el presidente Wilson solicitase la mediación del ABC. Y en octubre, el canciller chileno, convencido de una inminente invasión norteamericana a México, producto de las alarmantes noticias que le transmitió la representación norteamericana en Santiago, giró instrucciones al ministro chileno en Washington para que iniciara gestiones encaminadas a una mediación del ABC.¹⁰⁰

El presidente Wilson creyó encontrar apoyo en la cancillería argentina, cuando en agosto de 1913 envió a J. Lind a negociar con la administración huertista. El Departamento de Estado instruyó a sus representantes en cada una de las capitales del ABC, para que estos países "dispusieran de su influencia moral" y presionaran al gobierno de México para que aceptara las exigencias norteamericanas.¹⁰¹

Brasil y Chile decidieron no prestar su ayuda a la Misión Lind, por el peligro que ella entrañaba de inmiscuirse en los asuntos domésticos de México. Pero, de manera 'diplomática' desearon "éxito a esa acción pacificadora de los Estados Unidos".¹⁰² La respuesta de la cancillería argentina fue rotunda: "el gobierno argentino profesa el principio de no intervención en los asuntos políticos de otras naciones, salvo el caso de requerimiento por parte de los interesados, o de una conformidad expresa manifestada por ellos, si las circunstancias hubieran permitido

suponer que un ofrecimiento de buenos oficios sería aceptado [...]. La independencia y soberanía de cada una de las naciones de América es un hecho y un derecho inviolable, y la única intervención que puede ejercer una nación en los asuntos de otra, es la amistosa y conciliadora, sin revestir en ningún caso el carácter de imposición".¹⁰³ La petición norteamericana se estrelló contra esta respuesta. Buenos Aires no apoyó la Misión Lind, aunque dejó abierta la posibilidad de una "mediación amistosa y conciliadora".

Mientras tanto y desde Washington, Naón pasaba revista a cada una de las alternativas que manejaba la Casa Blanca frente al "problema mexicano": bloqueo de los puertos, invasión militar, gestiones ante las cancillerías europeas para aislar a Huerta, levantamiento del embargo de armas para reforzar las acciones constitucionalistas.

Naón se mostraba prudente en sus conversaciones con el secretario de estado Bryan, "para no comprometer las acciones que nuestro gobierno procura consolidar en el presente, tendiente a una estrecha amistad y perfecta armonía con esta gran República del Norte".¹⁰⁴ El Departamento de Estado continuó enviando copias a la cancillería argentina de todas las advertencias dirigidas a Huerta, sobre todo después de la clausura del Congreso mexicano en octubre de 1913. El Canciller Bosch consultaba con Naón, y éste con sus colegas de Brasil y Chile. El ABC, atento al

"problema mexicano" no compartía los procedimientos estadounidenses.

En los últimos días de 1913, Bosch daba cuenta de la posición del gobierno argentino en una comunicación dirigida a Naón: "Hoy por hoy, la acción de la Casa Blanca parece revelar incertidumbres y tropiezos que no permiten hacerse una idea del alcance que tendrán. Conviene por lo tanto observar su desarrollo, manteniéndonos como hasta hoy, amigos sinceros de los Estados Unidos, pero consecuentes con nuestra política tradicional respecto a las soberanías".¹⁰⁵ Meses más tarde, esa "política tradicional" sería puesta a prueba con motivo de la Conferencia de Niagara Falls.

NOTAS

1. Desde mediados del siglo XIX la cancillería argentina acreditó un ministro plenipotenciario en Washington, con jurisdicción en México y América Central.
A partir de 1901, las estadísticas argentinas registran los primeros intercambios comerciales con México. Más adelante haremos algunas precisiones al respecto.
2. Véase. R. Soler. Op. Cit. pp.189 y ss.
3. C.O. Bunge. Nuestra América. Ensayo de psicología social. Bs.As. Ed. Casa Vaccaro. 1918. p.111.
4. Ibid. p.169.
5. Ibid. p.308.
6. Ibid. pp.310-311.
7. Ibid. p.313.
8. E. Quesada fue ministro plenipotencia de argetnina ante Estados Unidos y México, entre los años 1885 y 1992. Sus impresiones sobre México corresponden al año 1889.
9. E. Quesada. Recuerdos de mi vida diplomática. Bs.As., s.e. 1904. p.68.
10. El Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina (AMRECA) carece de una catalogación que facilite localizar los documentos. Esta situación se verá reflejada en las distintas referencias que aparecerán en las citas de estas fuentes. Se ha consultado tres secciones del AMRECA: Diplomática Consular (GDC), Política (SP) y Conferencia de Niagara Falls (SCNF). La documentación se encuentra en cajas, algunas tienen una numeración impresa y otras no. En este último caso, citamos la referencia que tiene la etiqueta de la caja. En la mayoría de los casos la documentación no está foliada, sino simplemente puesta en carpetas. Por tal razón, y a los fines de dar cierta uniformidad al aparato crítico, optamos por citar la totalidad de los datos que aparecen, pero agregando siempre el nombre de quien firma el documento y la fecha del mismo.
11. En 1904, Argentina importó de México productos por un valor de 12.212 pesos oro. para los años siguientes las cifras fueron: 1905, 6.285 pesos oro; 1906, 11.204 pesos oro; 1907, 4.972 pesos oro; 1908, 8.436 pesos oro; 1909, 7.409 pesos oro; 1910 (segundo semestre) 4.244 pesos oro. Los artículos que argentina adquirió,

Fueron entre otros: café, cigarros, cacao, raíces, juncos, libros y flores medicinales. En cuanto a las exportaciones argentinas, las estadísticas oficiales recogen sólo la cifra de 1910 que asciende a 183.806 pesos oro. Esta cifra tuvo que ver con una compra de cereales argentinos. AMRECA. SDC. Caja 1432. García. 5/3/1911. Véase también La Prensa. Es.As. 16/9/1910.

12. AMRECA. SDC. Caja 1432. García. 8/3/1911.

13. Ibid. Caja 1166. García. 5/4/1910.

14. Ibid. García. 1/6/1910.

15. Ibid. Caja 1145. García. 28/5/1910.

16. La Prensa. Es.As. 16/9/1910.

17. Ibid. 24/9/1910.

18. AMRECA. SDC. Caja 1166. García. 14/6/1910, f.5.

19. Ibid.

20. Ibid. García. 28/12/1910.

21. Ibid. Caja 1432. García. 8/3/1910.

22. García dedicó largos informes al análisis de la situación centroamericana. La participación norteamericana en el derrocamiento de Zelaya en Nicaragua en 1909, y en el de Dávila en Honduras un año más tarde, llevaron al encargado de negocios a opinar: "Este es un asunto trascendentalísimo, el que debe fijar la atención de todos los hispanoamericanos, despertar sus energías, y prevenirlos en la defensa de sus intereses, de sus principios, de su nacionalidad y de su raza, que nunca tal vez se han visto tan amenazadas, y tan peligrosamente comprometidas". Ibid. García. 5/3/1910. Véase también AMRECA. SDC. correspondiente a México 1909.

23. Ibid. Caja 1165. García. 6/3/1910.

24. Ibid. Caja 1432. García 8/3/1910.

25. Ibid. Caja 1165. García. 26/2/1910, 6/3/1910 y 22/11/1910.

26. Véase El Imparcial. México. 29/7/1910.

27. Ibid.

28. Mexico Herald. México. 29/7/1910.

29. Véase El Imparcial. México. 2/8/1910.
30. Véase El Tiempo. México. 3 y 5/8/1910. El País. México. 5/8/1910.
31. AMRECA. SDC. Caja 1166. García. 2/8/1910, fs. 9 y 10.
32. Véase La Prensa. Bs.As. 5/8/1910.
33. En el AMRECA. SDC. Caja 1165, existe una abultada carpeta sobre el asunto Wilson-García.
34. AMRECA. SDC. Caja 1166. Bosch. 9/12/1910.
35. AMRECA. SP. Caja 1380. Naón. 4/5/1911.
36. ASREM. Argentina. Exp. 42-26-138, f.54.
37. La Prensa. Bs.As. 19/5/1911.
38. La Nación. Bs.As. 20/5/1911.
39. La Prensa. Bs.As. 30/5/1911.
40. AMRECA. SP. México 1910-1913. Goytia. 20/7/1911, fs.95 y 96.
41. Ibid., f.97.
42. Ibid., f.98.
43. Ibid., f.100.
44. Ibid., f.101.
45. Ibid. Goytia. 30/11/1911. f.114 y 28/12/1911. f.140.
46. Ibid. Goytia. 30/11/1911, f.117.
47. Ibid. Goytia. 20/7/1911.
48. Ibid. Goytia. 30/11/1911.
49. Ibid. Goytia. 9/12/1912.
50. Ibid. Goytia. 20/12/1912, f.67.
51. Ibid. Goytia. 3/3/1912.
52. Ibid. Goytia. 28/12/1912, f.137.
53. Ibid. Goytia. 19/4/1912, f.236.

54. Ibid. Goytia. 5/11/1912, f.86.
55. Ibid. Goytia. 28/11/1912, f.136.
56. Ibid. Goytia. 12/8/1912, f.46.
57. Ibid. Goytia. 5/7/1912, f.38 bis.
58. Ibid. Goytia. 20/7/1911, fs. 100 y 104.
59. Ibid. Goytia. 7/7/1912, f.40 bis.
60. La Nación. Es.As. 9/2/1912.
61. La Prensa. Es.As. 1/1/1912.
62. La Nación. Bs.As. 11/2/1912.
63. La Razón. Bs.As. 6/2/1912.
64. La Razón. Es.As. 12/6/1912.
65. R. Root. "México" en Revista Argentina de Ciencias Políticas. Bs.As. Vol.V. 1912. p.95.
66. Ibid. p.96.
67. Véase por ejemplo, la entrevista de La Nación al Dr. Luis Bareiro, ministro mexicano de paso por Buenos Aires, publicada el 21/5/1911.
68. Agustín Aragón (1870-1954). De trayectoria porfirista, Aragón al final del régimen se unió al el Partido Antireeleccionista, y durante la Convención fue subsecretario de Fomento. Véase Diccionario de Historia, Biografía y Geografía de México. México, Ed. Porrúa. 1986, pp.160 y 161.
69. A. Aragón. "La Revolución en México" en Revista de Derechos, Historia y Letras. Es.As. AÑO XVI. Tomo XL, 1911, pp.95 y 96.
70. Ibid. p.103.
71. Ibid. p.99.
72. Ibid. p.104.
73. Ibid. p.106.
74. Ibid. p.111.
75. Ibid. p.116.

76. Ibid. p.123.
77. La Protesta. Bs.As. 1/6/1908 y 30/6/1908.
78. Ibid. 1/7/1908.
79. Ibid. 3/7/1908.
80. Ibid. 13/6/1909. El comunicado fue firmado por S. Vidal, C. García, I. Salazar, C. Aramburo, y A. González.
81. Véase el apartado 1.3 del capítulo anterior.
82. Juan Greaghe fue una de las principales figuras del anarquismo argentino. Militante desde la década del 80, fue fundador del periódico El Oprimido, y más tarde mecenas económico de La Protesta. Greaghe viajó a Estados Unidos en 1911 y permaneció allí hasta 1913. Años más tarde volvió a Estados Unidos y en aquel país falleció en 1920.
83. Citado por C. Rama. Historia del movimiento obrero y social latinoamericano. Barcelona. Ed. Laia. 1976, p.141.
84. Ideas y Figuras. Bs.As. Año IV. N.75. 11/7/1912.
85. Sobre esta polémica, y su manifestación tanto en el campo del magonismo, como en el seno del movimiento obrero norteamericano, véase el reciente trabajo de J. Torres Parés. La Revolución sin frontera. México. UNAM. 1990.
86. La Protesta. Bs.As. 5/8/1913.
87. El viaje de González Pacheco tenía a España como destino final. Pero atraído por las noticias mexicanas, y después de hacer una escala en La Habana, se dirigió a México donde permaneció entre los meses de julio y septiembre de 1913.
88. La Protesta. Bs.As. 8/10/1913.
89. Ibid. Bs.As. 28/10/1913.
90. Ibid. 15/8/1913. El combate al alcoholismo ocupó un lugar de primer orden en la agenda anarquista. Desde un ángulo 'moralizante' atacar el consumo de alcohol, significaba librar una batalla contra la explotación, en tanto que el abuso en el beber era analizado como parte de una estrategia 'burguesa' tendiente a eliminar de la naturaleza humana toda resistencia a la opresión.
91. Ibid. 28/10/1913.
92. La Vanguardia. Bs.As. 18/5/1911.

93. Ibid. 20/4/1911.
94. Ibid. 22/4/1911.
95. Véase R. Flores Magón, et.al. Regeneración 1900-1918. México. Ed. Era. 1977, cap. 1911-1912.
96. La Vanguardia. Es.As. 7/8/1911.
97. Véase Ibid. 18/8/1911. J. Torres Parés. Op. Cit., e I. E. Cadenhead. "Flores Magón y el periódico The Appeal to Reason" en Historia Mexicana. México. Colmex. N.49. 1978.
98. La Vanguardia. Es.As. 10/8/1911.
99. Ibid. 4/6/1912.
100. Ibid. 10 y 11/2/1913.
101. Ibid. 14/2/1913.
102. Ibid. 25/2/1913.
103. Ibid. 30/7/1913.
104. Ibid. 25/2/1913.
105. M. Ugarte. El Destino de un Continente. Bs.As. Ed. de la Patria Grande. 1962, p.42.
106. M. Ugarte. El Porvenir de América Latina. Op. Cit., p.99.
107. El Reproductor. Orizaba. Ver. 14/6/1906.
108. Revista Moderna. México. Marzo 1911, p.4.
109. El Imparcial. México. 24/1/1912.
110. La Opinión. Ver. Veracruz. 31/12 1911.
111. El Diario. México. 2/1/1912, y El Imparcial. México. 4/1/1912.
112. Véase El imparcial. México. 6.7.8 y 9/2/1912.
113. Se ha señalado la fecha de 1910 como el parteaguas entre una actitud de clara indiferencia política del movimiento estudiantil, hacia otra de marcada preocupación por los cambios que se sucedían en la vida de México. Muestra de ello, fue por ejemplo, la realización del Primer Congreso Estudiantil celebrado en aquel año, donde comenzaron a delinearse tendencias y personalidades, que luego incidieron en el comportamiento

político de los estudiantes universitarios mexicanos. Por otra parte, en relación a la conducta nacionalista, un antecedente con frecuencia citado, fueron las movilizaciones y actos violentos encabezados por estudiantes con motivo del linchamiento de Antonio Rodríguez en Texas.

Un detenido análisis del comportamiento político de los estudiantes entre 1910 y 1916, ha sido realizado por J. Garcíaadiego, en un artículo de reciente aparición: "Movimientos estudiantiles durante la Revolución Mexicana", en *The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Changes 1880-1940.* (J. Rodríguez, Ed.) University of California Press. 1990.

114. Véase Ch.C. Cumberland. *Madero y la Revolución Mexicana.* México. Siglo XXI Ed. 1977.

115. *El Imparcial.* México. 5/1/1912.

116. *Ibid.* 12/1/1912.

117. *Nueva Era.* México. 10/1/1912.

118. *Ibid.* 11/1/1912.

119. M. Ugarte. *El Destino de un Continente.* Op. Cit. p.91.

120. *El Imparcial.* México. 23 y 25/1/1912.

121. *Ibid.* 23/1/1912.

122. *Gil Blas.* México. 23/1/1912, y *El Tiempo.* México. 24/1/1912.

123. *El Imparcial.* México. 24/1/1912.

124. *Ibid.* 25/1/1912.

125. *Ibid.*

126. *El Paladín.* México. 25/1/1912.

127. *El Imparcial.* México. 25/1/1912.

128. *El Día.* México. 26/1/1912.

129. *Nueva Era.* México. 26/1/1912.

130. *El País.* México. 27/1/1912 y *El Imparcial.* México. 27/1/1912. Una crónica de estos sucesos fue realizada por el propio Vasconcelos. Véase *El Ulises Criollo.* México. SEP/FCE. 2a.parte. 1981.

131. *El Imparcial.* México. 28/1/1912.

132. Ibid. 1/2/1912.
133. Nueva Era. México. 27/1/1912.
134. Ibid. 29 y 29/1/1912.
135. El Imparcial. México. 29/1/1912.
136. La Prensa. México. 4/1/1912.
137. El Imparcial. México. 4/2/1912.
138. El País. 4/2/1912.
139. El Diario. México. 4/2/1912.
140. El Ahuizote. México. 3/2/1912.
141. Ypiranga. México. 8/2/1912.
142. El Imparcial. México. 12/2/1912.
143. The New York Time. Nueva York. 8/8/1912.
144. Véase ASREM. Argentina. Exp. 16-9-89.
145. La Razón. Bs.As. 13/6/1912.
146. El Diario. Bs.As. 11/6/1912. Sobre este incidente véase ASREM-AEMARG. Año 1913. Leg.4, fs. 199-207 con cinco anexos periodísticos.
147. La Prensa. Bs.As. 15/6/1912.
148. La Argentina. Bs.As. 22/4/1914.
149. La Vanguardia. Bs.As. 2/8/1913.
150. Ibid. 11/12/1913.
151. Ibid. 8/9/1911.
152. El diario Crónica de Bs.As. (20/3/1912), reprodujo los discursos completos de Ugarte en México, así como una pormenorizada crónica de los acontecimientos producidos con motivo de su visita a México. Por su parte, La Prensa y La Nación, dieron cobertura a la gira ugartista.
153. La Vanguardia. Bs.As. 4/9/1912.
154. Ibid. 3/8/1913.

155. Ibid. 22/9/1913.
156. Ibid. 30/8/1913. En agosto de 1913, el presidente Wilson envió a México a J. Lind como su representante personal. Lind presentó al gobierno de Huerta las exigencias norteamericanas: cese inmediato del fuego, elecciones libres lo antes posible, y respeto al resultado electoral. A cambio, Wilson ofrecía servir como mediador entre Huerta y los revolucionarios. Estas exigencias fueron rechazadas. Ante ello Lind volvió a insistir en otra nota, donde además de reiterar los mismos puntos, solicitaba el compromiso de Huerta de no ser candidato en las elecciones, agregando una clara amenaza de intervención norteamericana en el caso de un nuevo rechazo a las demandas. Véase. B. Ulloa. Op. Cit.
157. Ibid. 25/7/1913.
158. El Diario Español. Bs.As. 3/7/1913.
159. Ibid. 11/11/1913.
160. AGNA.FMU. 1913. L.4.
161. La Vanguardia. Es.As. 11/12/1913.
162. Ibid. 19/12/1913.
163. La Nación. Bs.As. 1/1/1913.
164. La Prensa. Bs.As. 10/2/1913.
165. AMRECA. SP. Caja 1380. Malbrán 22/12/1912.
166. Ibid. Naón 8/2/1913.
167. La Nación. Bs.As. 15/2/1913.
168. Ibid. 24/2/1913.
169. La Prensa. Bs.As. 24/2/1913.
170. Ibid. 27/2/1913.
171. AMRECA. SP. Caja México 1910-1913. Goytia. 24/2/1913 y 3/3/1913.
172. Ibid. 12/5/1913.
173. Ibid. Goytia. 13/10/1913.
174. Ibid. Goytia. 30/11/1913.

175. La Prensa. Bs.As. 14/3/1913.
176. AMRECA. SP. Caja 1380. Naón. 13/11/1913. Con estas palabras Naón comentó los discursos del presidente Wilson pronunciados el 25 y 27 de octubre de 1913 en Swarthmore College, y en el Congreso Comercial del Sur en Mobile, respectivamente.
177. La Prensa. Bs.As. 6/11/1913.
178. ASREM. AEMARG. 1913. L.4. Véase instrucciones de Francisco León de la Barra.
179. Ibid., f. 193.
180. Véase, B. Ulloa. Op. Cit. S. Serrano. La diplomacia Chilena y la Revolución Mexicana. México. SRE. 1986. AMRECA. SP. Caja 1380. Naón. 18/2/1913 y 23/8/1913.
181. AMRECA. SP. Caja 1380. Wilson. 13/8/1913. Véase nota N.156.
182. Ibid. Correa Luna. 21/8/1913. Ayarragaray. 23/8/1913.
183. Ibid. Bosch. 15/9/1913.
184. Ibid. Noón. 13/11/1913.
185. Ibid. Bosch. 27/12/1913.

4. ARGENTINA-MEXICO, 1914

4.1 ARGENTINA EN LA MEDIACION DEL ABC

Hacia 1914 el acercamiento entre los gobiernos argentino y norteamericano parecía vivir momentos de esplendor. Como resultado de un notable incremento en el comercio bilateral, La Prensa señalaba: "el hecho novedoso del envío de carne, maíz y aún trigo argentino a los Estados Unidos, es el exponente de una evolución trascendental, llamada a ejercer una gran influencia en el criterio diplomático".¹ Por otro lado, el esfuerzo norteamericano por demostrar públicamente su reconocimiento al grado de "civilización" alcanzado por Argentina, indicaba a la elite dirigente que la Casa Blanca tenía una buena disposición para encarar "conjuntamente" los asuntos hemisféricos. El orgullo de esa elite se reforzaba, cuando leían en la prensa diaria declaraciones, como las que Roosevelt realizó en Nueva York en marzo de 1914: "la actitud de los Estados Unidos respecto de la Argentina, debe estar basada en el mismo pie de igualdad y mutuo respeto que preside nuestras relaciones con Alemania, Inglaterra, Francia, Suecia y Holanda".²

El gobierno argentino creyó firmemente en el hecho de que se asistía a un momento fundacional en la historia del panamericanismo. Los Estados Unidos abandonaban toda diplomacia "agresiva y de absorción", para dar paso a una concepción centrada en el "respeto a la integridad soberana de los estados". Los orgullosos gobernantes argentinos evaluaron que ellos tenían

mucho que ver en este asunto. El valor de su prédica en materia de política internacional, finalmente terminó "aceptada y compartida" por sus antiguos rivales.

A principios de 1914 se incrementaron los rumores de una mediación del ABC en el conflicto mexicano-norteamericano. Los periódicos de Buenos Aires daban cuenta de ellos. Para *La Prensa*, aquellas versiones "hechas por propagandistas y publicistas bien inspirados", procedían de Washington, "no teniendo más mérito que los anhelos de pacificación de México por el influjo amistoso de los Estados Unidos [...]. La insinuación misma de una mediación entraña un sentimiento respetuoso a la soberanía de México, desde que se propicia la acción del panamericanismo, en vez de echarse mano al monroísmo, poderosamente aplicado por la potencia colosal que lo instituyó".³ Los rumores en la opinión del diario, eran una muestra palpable de los nuevos aires que corrían por la Casa Blanca.

Frente a estas versiones, el gobierno argentino mostró cautela. En marzo de 1914 el nuevo canciller José L. Murature⁴ envió una circular a todos los miembros de servicio exterior argentino. Murature se encargó de señalar que nada tenía que ver el gobierno nacional con la difusión de esas versiones. Por el contrario indicó que: "si la sinceridad de los afectos bastase para asegurar la eficacia de la mediación, el gobierno argentino no vacilaría en promoverla, pero ante una conflagración interna,

alimentada por profundas divergencias [...], no le es dable prescindir de otras consideraciones fundamentales en orden al carácter depresivo que necesariamente asumiría cualquier injerencia extraña, mientras no fuera solicitada por las mismas agrupaciones comprometidas por el litigio."º

La cancillería argentina mantuvo su posición original. Los términos de la circular fueron similares a los sostenidos en agosto del año anterior, cuando la solicitud del Departamento de Estado buscando apoyo para la Misión Lind. La cancillería volvía a insistir en la condena a toda interferencia externa en los asuntos mexicanos, dejando en claro que una mediación sólo sería posible cuando las partes en conflicto así lo solicitasen.

Las relaciones norteamericanas-argentinas marchaban por una senda de "mutuo entendimiento". Muestra de ello, fue la decisión de elevar al rango de embajada las respectivas legaciones de Buenos Aires y Washington. El esfuerzo por mantener buenas relaciones con Estados Unidos, emerge como telón de fondo de la actuación argentina frente al conflicto mexicano. Este hecho fue explícitamente manifestado por el Subsecretario de Relaciones Exteriores argentino, J. Cantilo, durante una conversación con el encargado de negocios mexicano en Buenos Aires. Ante una nueva insistencia de México por conseguir el reconocimiento de Argentina, Cantilo expresó que una modificación de la decisión argentina "podría producir un enfriamiento de sus relaciones con

Estados Unidos, las que son en extremo cordiales, como que ambos países convinieron en elevar sus respectivas representaciones, para estrechar más los lazos que los unen".⁴

La circular de Murature fue firmada semanas antes del incidente en el puerto de Tampico, que sirvió de excusa para el desembarco norteamericano en Veracruz.⁷ Apenas recibida la noticia de los hechos de Tampico, La Prensa reaccionó calificando la situación como "un pretexto invocado por el gobierno de la Unión para hacer plausible la intervención, que cree indispensable para obtener la eliminación de Huerta".⁸ Días más tarde el diario analizaba la coyuntura a la luz de la política panamericana. Las declaraciones de Wilson en el sentido de negar todo interés de conquista territorial, constituían "un hecho auspicioso para el porvenir de las relaciones de Estados Unidos con las naciones americanas, [...pués] contribuye a atenuar los recelos y las preocupaciones que el poderío yanqui inspira en el Nuevo Mundo".⁹

Las argumentaciones de Wilson, cautelosas de atacar sólo a Huerta, eran una muestra "auspiciosa" de la modificación operada en la tradicional conducta "monroísta" de Washington. Y efectivamente, convencida de ello, la diplomacia argentina preparó su participación en el conflicto.

Mientras tanto desde Washington, el ministro Naón envió un telegrama a su cancillería evaluando la situación como de

"intensa gravedad". Después de conversar con Bryan, daba por descontada una intervención militar de Estados Unidos; pero sobre todo, puso énfasis en indicar la necesidad de tomar "muy en cuenta estos hechos por las condiciones en que pudieran colocar a nuestro país, tan vinculado por tantos y diferentes motivos a los Estados Unidos y a México".¹⁰

El desembarco norteamericano en el puerto de Veracruz se produjo el 22 de abril de 1914. Este hecho orrilló a la diplomacia argentina a participar por primera vez en un conflicto internacional de dimensiones imprevisibles, al tiempo que, México se convirtió en un centro de atracción para importantes sectores de la opinión pública argentina.

El mismo día de la ocupación de Veracruz, Naón telegrafió a Murature solicitando instrucciones¹¹. La cancillería de Buenos Aires no cambió su postura. La respuesta del día 23 de abril fue la siguiente: "Si Vuestra Excelencia [Naón] fuera requerido a formular opinión, debe atenerse prudente reserva, y decir que el gobierno argentino limitase a seguir con interés el desarrollo del conflicto, manteniéndose como simple espectador".¹²

Mientras la cancillería giraba estas instrucciones, como muestra de una actitud cautelosa hasta tanto se tuvieran mayores informaciones; en Washington, el desarrollo de los acontecimientos condujo a Naón a tomar la iniciativa, en una

coyuntura que evaluó por demás propicia para la diplomacia que representaba.

El mismo 23 de abril Naón comunicó a Murature que, junto con el ministro chileno en Washington, asistió a una reunión con Bryan. El jefe del Departamento de Estado comunicó a los diplomáticos que Venustiano Carranza, líder de las fuerzas constitucionalistas, "consideraba la ocupación de Veracruz como una violación a la soberanía territorial de México, y que por tal motivo la guerra contra Estados Unidos resultaba inevitable". Bryan, volvió a insistir en los "propósitos pacíficos" del desembarco; pero el "pesimismo inundaba la Casa Blanca". Los ministros de Argentina y Chile, abandonaron el despacho de Bryan convencidos de la inminencia de la guerra. Producto de aquella reunión, surgió el ofrecimiento de mediación que los ministros del ABC dirigieron a Wilson y a Huerta.¹³

Naón percibió claramente que Wilson se hallaba en un callejón sin salida. Los "propósitos pacifistas" de la ocupación de Veracruz, podían tener efectos desastrosos. La intención de derrocar a Huerta podía terminar por levantar a todo un pueblo contra los invasores. Ante esta situación, pareció adecuado echar mano de los principios panamericanos, tan celosamente proclamados ahora por Argentina. El socorrido panamericanismo era un punto de coincidencia entre Washington y Buenos Aires, y la coyuntura resultaba idónea para poner a prueba su eficacia. Por otra parte,

una oferta de mediación del ABC, aceptada por Estados Unidos, significaba que aquella nación otorgaba su reconocimiento a la existencia de ese bloque diplomático. La mediación prestigiaría al ABC en el entorno continental, demostrando la justicia de principios como el del arbitraje para la solución pacífica de las disputas internacionales.

Todas estas consideraciones debió tener en cuenta Naón cuando evaluó la trascendencia de iniciar gestiones de "buenos oficios", pero además, telegrafió a Murature indicando que una oferta de mediación "tiene para nosotros indudable importancia política, aún en el caso de que su resultado fuera negativo".¹⁴ En el horizonte de este diplomático, el conflicto entre México y los Estados Unidos constituía una estupenda oportunidad para ganar en proyección y trascendencia política. "Lo importante -decía Naón- es el reconocimiento actual de nuestra posición de completa igualdad con los Estados Unidos".¹⁵

Las argumentaciones de Naón resultaron convincentes para el canciller. El 24 de abril, Murature, previa consulta con el vice presidente argentino, autorizó iniciar gestiones "junto con los ministros de Brasil y Chile".¹⁶ La cancillería argentina, en menos de veinticuatro horas, modificó los puntos de vista sostenidos tiempo atrás. La mediación no había sido pedida por las partes en conflicto. Quedaba por ver como se las ingeniaba para seguir enarbolando el principio de no intervención en los

asuntos internos de otras naciones. En la fina trama de la diplomacia norteamericana comenzó a enredarse Argentina.

En Buenos Aires los periódicos dedicaron largos editoriales a la propuesta mediadora. Desde vertientes distintas, la mayoría de los diarios condenaron la invasión norteamericana, aunque no todos apoyaron la gestión de "buenos oficios". La Prensa, en un tono académico, que revelaba sino la autoría, por lo menos el asesoramiento del ex canciller E. Zeballos, dedicó varios editoriales al asunto. Escudriñando en los anales del derecho internacional, el diario criticaba la incongruencia entre el acto militar de ocupar territorio mexicano, y las declaraciones de Wilson que negaban status bélico al desembarco. Los mensajes de Wilson "no definen la situación porque carecen de doctrina, y no formula soluciones diplomáticas", pero además, agregaba el editorialista, la política norteamericana "no ha sido bien orientada, y creará entre México y Estados Unidos antagonismos, y resucitará en todos los pueblos de América los recelos hacia Estados Unidos que estaban desapareciendo".¹⁷

Días más tarde, para La Prensa, Wilson había dado muestras de querer introducir un correctivo a su "mal orientada política". "El ensayo de mediación ofrecida, y en principio aceptada, es la experimentación de la eficacia del influjo engendrado por el panamericanismo en progreso".¹⁸ Argentina, levantando la bandera del panamericanismo invitaba a los Estados Unidos

a someterse a ella.

Para la elite dirigente la mediación pasó a significar una puesta a prueba de la posibilidad de poder influir en el sistema panamericano, "porque después de todo -indicaba La Prensa- la República Argentina tiene ya personalidad respetada en el mundo, y los Estados Unidos buscan y encuadran con satisfacción la opinión argentina, dispuestos a adoptar, modificar o desviar resoluciones trascendentales".¹⁹

La Nación por su parte, interpretó la ocupación militar de Veracruz como un acto que daba continuidad a la estrategia norteamericana de dominar toda el área centroamericana y caribeña. Por su afiliación a la esfera de influencia europea, este diario condenó la invasión en el entendimiento de que "el gobierno democrata sigue la misma política de los anteriores gobiernos republicanos. Mr. Wilson persigue los mismos fines que Roosevelt, la académica actitud del uno, produce los mismos efectos que el gran garrote del otro".²⁰

A pesar de sus diferencias La Nación y La Prensa coincidieron en otorgar igual significado a la oferta de mediación. Para el primero, con aquella propuesta "la República se coloca en el papel de potencia sudamericana", al tiempo que "el hecho representa una revisión del moroísmo y la entrada de un nuevo factor en la política internacional".²¹

La oferta de liquidar pacíficamente las diferencias entre México y Estados Unidos, llevó a buena parte de la prensa de Buenos Aires a ponderar la importancia del ABC. Para algunos "por primera vez los estados del sur tienen ante el mundo civilizado, el rango que se reserva a las grandes potencias".²² Para otros, la mediación aparecía como "una muestra de amor a la justicia y a la paz".²³ No faltaron los que sostuvieron que las similitudes de origen entre los países mediadores y México, constituían una "ventaja para el pueblo mexicano".²⁴

Pero no todos se sumaron al coro de los elogios. Algunos periódicos, con significativa agudeza, vislumbraron las complicaciones de esa mediación, para desde allí alertar a la diplomacia argentina a no enredarse en una "aventura internacional". La Gaceta de Buenos Aires, consideró que Argentina debió haber condenado la invasión a Veracruz, antes de ofrecer la mediación. Fués "si vinculamos el hecho de la mediación, con las causas que han motivado las graves desinteligencias entre Estados Unidos y México [...], se llega a convencer que la República reconoce a los Estados Unidos el derecho de intervención armada. La diplomacia argentina había "obrado de manera apresurada [...], cuyo epílogo podrá conducirnos a conclusiones reñidas en absoluto con nuestro pasado en lo que toca a la política externa de la República".²⁵

El Diario Español, festejaba el advenimiento del ABC como "la

muerte de la Doctrina Monroe, en tanto afirmación de una fuerza "que surge para recordar a los yanquis, la necesidad de no alterar la paz con sus impunes manejos imperialistas". Sin embargo, el vocero de la comunidad hispana, ponía en duda la capacidad del ABC para revertir la situación. La aceptación norteamericana a la gestión mediadora "es sólo un medio para ganar tiempo".²⁶

A esta cadena de críticas se sumó *La Mañana*. Este periódico no perdió de vista que los Estados Unidos no aceptarían ninguna solución al "problema mexicano" que no incluyera la eliminación de Huerta. Por lo tanto, indicó que "la mediación más que de orden internacional, sería de orden interno". Planteada así la cuestión, *La Mañana* sostuvo que de respetar la exigencia norteamericana, "los mediadores no habrán hecho otra cosa que lo que trata de hacer el gobierno norteamericano: derrocar a Huerta. Es decir, los Estados Unidos habrán sacado las castañas del fuego por mano ajena". Para este diario, la cancillería argentina se había metido en "una cuestión bien complicada, sin tomar en cuenta las responsabilidades que sobre ella pudieran recaer".²⁷

Con sus matices, el conjunto de la prensa condenó la invasión. Sólo una voz disonante se elevó. El periódico socialista *La Vanguardia* justificó el desembarco norteamericano. A la condena a la "barbarie mexicana", se sumaba ahora una profesión de fe a un romántico internacionalismo: "La doctrina de que cada nación es

dueña absoluta de hacer y deshacer su vida interna, sin contralor, es muy cómoda para algunas seudodemocracias mestizas sudamericanas". El gobierno responsable de la violencia y la desorganización de la vida mexicana, debía "rendir cuentas ante el tribunal del mundo, porque la humanidad entera es solidaria con los hechos que pasan en la vida interna de cada pueblo". Esta responsabilidad de erigirse en "tribunal", tocó a los Estados Unidos en el caso mexicano: "los propósitos confesados de los Estados Unidos al intervenir militarmente en México, son para restablecer en aquel país anarquizado el imperio de la ley y el orden [...]. Es un compromiso solemne que el gran pueblo norteamericano contrae con el mundo civilizado, y que esperamos que sabrá cumplir honesta y lealmente".²⁶

En su obsesiva búsqueda del orden, el socialismo argetino terminó apelando a la justicia del derecho de intervención. La mediación del ABC para el Partido Socialista también fue objeto de crítica. Sólo que a diferencia de La Mañana, la cuestión no era limitar la gestión al conflicto internacional, sino "llegar al fondo del asunto, y establecer el orden en México".²⁷

Mientras los diarios debatían el ofrecimiento de mediación, la diplomacia se encargó de ponerla en práctica. El ABC hizo la oferta el 25 de abril, y el 27 y 28 recibió las aceptaciones de Wilson y Huerta respectivamente. Carranza, por su parte, el 29 de abril aceptó "en principio" la gestión de "buenos oficios".²⁸

Naón se mostraba optimista en sus comunicaciones a Buenos Aires. Con insistencia repitió en la sucesión de telegramas que envió en esos días "que nuestra intervención reviste un indudable significado político".³¹ Recomendó a su cancillería desplegar una vasta campaña publicitaria en Europa, a los fines de "aparezcamos sostenidos por el sentimiento universal".³² La cancillería obró en consecuencia, girando instrucciones a su cuerpo diplomático en el viejo continente, no sin antes consultar a los gobiernos de Brasil y Chile "para mantener en todas las gestiones, la estrecha solidaridad que tan felices resultados han producido hasta ahora, y que es en nuestro concepto uno de los beneficios más positivos de la mediación conjunta".³³ La confianza de Naón en la suerte de la mediación, y en la trascendencia que tendría para Argentina, lo llevó incluso a proponer al Departamento de Estado, que el sitio de la reunión internacional fuera un barco de la armada argentina, "no escapara a V.E. -escribió a Murature- la conveniencia de que se celebraran las conferencias a bordo del acorazado Rivadavia".³⁴

La diplomacia argentina creyó vivir días históricos. El empeño puesto por demostrar al mundo el 'valor' y la 'grandeza' nacional, parecía coronado por el éxito en la coyuntura de abril de 1914. En el imaginario de esta diplomacia, los Estados Unidos y la América Latina finalmente reconocían el papel 'dirigente' que el destino reservó a Argentina. Estas ideas, aparecen expuestas con sorprendente claridad en la correspondencia

diplomática. Una vez que la oferta mediadora fue aceptada por Estados Unidos y México, el ministro argentino en Lima, evaluó la situación de la siguiente manera: "Pocas veces quizás, tendremos oportunidad como la de ahora, para estrechar con más fuerza nuestras relaciones con los Estados Unidos [...], no quiero decir con esto que debamos alejarnos de las naciones de Sudamérica. Todo lo contrario. Debemos ahora, más que nunca, vincularnos con ellas, procurando realizar una cautelosa penetración pacífica, para asentar nuestra hegemonía en Sudamérica".³⁵

El desbordado optimismo inicial comenzó a declinar cuando, en los primeros días de mayo, Carranza dejó asentado que no aceptaba declarar un armisticio en su lucha contra Huerta, alertando a los mediadores a dirigir su atención sólo a la parte internacional del conflicto.³⁶ La respuesta del Primer Jefe vino a complicar el panorama.

Para los mediadores, el fin inmediato de su propuesta era evitar la guerra. Pero ellos conocían las exigencias de Wilson. Sabían que no se trataba de un simple hecho "policial" generado por "abusos" de autoridades mexicanas a marineros norteamericanos en Tampico; sino y sobre todo, del retiro de Huerta, de Carranza, y de la formación en México, de un gobierno provisional. El ABC, "confidencialmente" coincidía con Washington: "Por nuestra parte, hemos pensado siempre, en conocimiento de la situación y de las circunstancias, que no cabría solución sin la eliminación de

Huerta, si se quería evitar la guerra contra México, y su consiguiente destrucción [...]. Cualquier arreglo tendrá que basarse en la separación de Huerta, y en la formación de un gobierno provisional".³⁷

La apuesta de Wilson apuntó a sentar en la mesa de negociación a los delegados carrancistas. Maniobra a la que se prestaron los mediadores al cursar a Carranza la oferta de "buenos oficios". Confiados en que Carranza aceptaría entrar al juego diplomático, los mediadores no pusieron reparo en 'olvidar' momentaneamente que su oferta sólo hacía referencia a la cuestión internacional del conflicto. La negativa del constitucionalismo a participar en las conferencias, vino a desbaratar el andamiaje norteamericano. Wilson se mostraba desconcertado, y los mediadores, concientes de la complicación, decidieron empezar a poner distancia respecto a las 'sugerencias' de Washington.

Náon comunicó a su cancillería la decisión de Carranza. Para Murature, la respuesta del Primer Jefe significaba "una oportunidad que debemos aprovechar para descartar en absoluto de la negociación todas las cuestiones internas de México".³⁸ Náon por su parte, con una visión mas 'realista' de la situación, indicó que la invitación al constitucionalismo se realizó en "virtud de una sugestión del gobierno norteamericano, para que la mediación no fracasara en su mismo origen"³⁹

Aún antes de la inauguración de las conferencias, Naón sabía que la mediación se encaminaba hacia un atolladero. La respuesta del constitucionalismo obligaba a actuar sólo en el marco internacional del conflicto, pero teniendo la seguridad de que aquel se originaba en la decisión norteamericana de interferir en el rumbo de los acontecimientos mexicanos. Naón estaba en conocimiento que la delegación norteamericana exigiría la renuncia de Huerta. Resultaba imposible que la mediación no se entrometiera en los asuntos internos de México, por ello escribía a Murature: "si nos condujéramos ajuntándonos a los precedentes internacionales, escollaremos".⁴⁰

Mientras que para Murature la negativa de Carranza era "una oportunidad de limitar el conflicto al ámbito internacional", para los norteamericanos, aquella negativa no significó dejar de presionar hasta conseguir la salida de Huerta y la formación de un gobierno provisional.

En la opinión de Murature, Argentina había ya dado bastantes pruebas de buena voluntad: no reconoció a Huerta, y a la postre ofreció sus "buenos oficios" aún contraviniendo la posición sostenida en su circular de marzo de ese año. Se llegó inclusive a invitar a Carranza, como una "excepción" frente al proclamado principio de no intervención, y "a pesar de no tener los rebeldes personería jurídica internacional". Aceptar ahora nuevas sugerencias norteamericanas, significaba "desempeñar un papel

odioso, no obstante los antecedentes siniestros de Huerta, porque pareceríamos como victimarios por cuenta del gobierno de los Estados Unidos".¹¹

Las alternativas que tenía Argentina no eran sencillas. Por un lado, podía retirarse de la mediación, aún antes de que empezara, poniendo en evidencia la intransigencia norteamericana, con el consecuente descrédito para las "potencias mediadoras". Por otro lado, existía la posibilidad de continuar con la "empresa pacificadora", atento al desarrollo de los sucesos en México, pero abandonando todo comportamiento que pudiera interpretarse públicamente como permisivo a las exigencias de Washington. En esta alternativa, un fracaso de la mediación no sería imputable a los mediadores, sino a las partes interesadas. Seguramente Murature debió recordar las palabras de Naón advirtiendo sobre la importancia política de la gestión del ABC, aún en el caso de que su resultado fuera negativo.

La cancillería argentina dejó a Naón la tarea de poner en práctica esta última alternativa. La renuncia de Huerta era el primer escollo. Los norteamericanos la exigían, y la delegación mexicana estaba dispuesta a negociarla. Naón entonces telegrafió a Murature: "entiendo que hay que evitar la guerra a todo trance, y si para evitar la guerra hay que consentir en la eliminación de un hombre, entiendo también que ese hombre debe eliminarse patrióticamente, no obstante las razones de orden sentimental que

contrarían dicha eliminación, ésta es una cuestión práctica".⁴²

"Cuestiones prácticas" terminaron reduciendo el principio de no intervención a "razones de orden sentimental". Murature antes de contestar consultó con el vice presidente argentino. Mientras se fraguaba la respuesta, Naón envió distintos telegramas advirtiendo sobre una situación desesperada del gobierno mexicano a raíz de los triunfos militares del zapatistas y constitucionalistas "que hacen temer una avance de las tropas de los Estados Unidos hasta la capital de la República".⁴³

Finalmente la cancillería giró sus instrucciones. El 16 de mayo Naón recibió el siguiente cable: "Si la eliminación de Huerta ha de realizarse que no sea promovida por los mediadores, así no nos veríamos en una eventualidad que podría presentarnos ante los demás países como ejecutores de un designio extraño. No nos interesa la suerte de Huerta. Si la Revolución alcanza a derrocarlo antes de reunirse la conferencia, será una circunstancia favorable para facilitar las soluciones".⁴⁴

Naón había conseguido sortear el primer obstáculo. Los mediadores entraron de lleno a discutir las cuestiones políticas internas de México. Desde el 20 de mayo en que quedó inaugurada la Conferencia de Niagara Falls, los ministros del ABC se abocaron a la tarea de acordar la salida de Huerta. Sobre este punto ya no había discusión. Las complicaciones aparecieron con motivo de la

forma y el perfil político del gobierno que sucedería a Huerta. Los mediadores y la delegación mexicana⁴⁵ parecían acordar en el nombramiento de un presidente provisional de signo político "neutral", pero para la delegación norteamericana,⁴⁶ el presidente tenía que responder al bando constitucionalista.⁴⁷ A pesar de estas discrepancias, Naón no escondía su optimismo, indicando que "en todos los asuntos relacionados con las cuestiones internas de México, procuramos que las proposiciones partan de los delegados mexicanos".⁴⁸

Nuevamente el carrancismo se encargó de desbaratar estas maniobras. El 28 de mayo, Rafael Zubaran Capmany, representante especial de Carranza, dirigió una nota a los mediadores indicando que "el conflicto interno mexicano, no debería ser materia de negociaciones en las conferencias de la mediación",⁴⁹

Carranza jugó hábilmente. Necesitaba demorar y entorpecer las gestiones de la Conferencia, hasta consolidar su triunfo militar; única posibilidad para conseguir el reconocimiento norteamericano sin condicionamientos, ni interferencias. Al Departamento de Estado no se le escapó esta situación, por eso presionó a los mediadores para que aceptaran una delegación constitucionalistas, aún sin una previa declaración de armisticio.

Para el ABC aquella exigencia marcó el límite de la condescendencia hacia Washington. Naón encabezó la negativa. Los

primeros días de junio escribió a Murature: "Estimo que no sería conveniente aceptar esta posición, aún cuando ella tuviera como consecuencia la terminación de la Conferencia, porque apareceríamos publicamente cediendo a una presión del gobierno de los Estados Unidos".²⁰ La cancillería aprobó estas consideraciones. Era necesario "dejar de tolerar las exigencias del gobierno norteamericano".²¹

La Conferencia se encaminaba al fracaso. Wilson intentó una operación de salvataje. El 9 de junio, delegados norteamericanos y constitucionalistas se reunieron en Buffalo. El presidente norteamericano depositó esperanzas en convencer a Carranza de las ventajas de aceptar el plan mediador, asegurando que el presidente a designar sería constitucionalista. La respuesta de Luis Cabrera y Rafael Zubaran Capmany fue categórica: "el Primer Jefe podría ganar todo en la mediación, pero perdería a final de cuentas. La mediación estaba condenada al fracaso, aunque designara un presidente provisional carrancista. Sólo Carranza en virtud del Plan de Guadalupe, está llamado a ocupar ese puesto". La reunión de Buffalo fracasó, y en ella, la delegación carrancista volvió a insistir en que "los mediadores dejaran de intentar un arreglo de los asuntos internos de México".²²

Al quedar frustrada esta tentativa, Wilson procedió a ejercer una última presión sobre los mediadores. El 9 de junio, Bryan envió un telegrama al canciller argentino, con la intención de

conseguir una modificación de la posición de Naón, rotundamente contraria a aceptar al carrancismo: "El gobierno de los Estados Unidos, es de la opinión de que un armisticio no es, según el derecho internacional, una condición necesaria para la mediación. La insistencia sobre el armisticio está evitando a Carranza mandar sus delegados [...]. El gobierno de los Estados Unidos anhela que Carranza sea representado, para que sus delegados, después de conferenciar con los de Huerta y los de Estados Unidos, con la ayuda de los mediadores, pueda llegar a un arreglo para restituir una paz permanente".³³

El canciller argentino consultó con sus homólogos de Brasil y Chile, y envió una copia del telegrama a Naón. Después de esta gestión, Murature llegó a la conclusión de que sólo a él fue enviado el telegrama. Naón se mostró molesto. Pidió explicaciones al Departamento de Estado en salvaguardia de su "autoridad moral".³⁴

La conducta de la Casa Blanca, lejos de alcanzar el fin propuesto, afianzo la posición de Naón. Este, el 11 de junio indicaba a Murature: "mi preocupación es muy grande en estos momentos [...]. Da Gama y el ministro de Chile opuestos como yo a la admisión de Carranza sin armisticio, daremos terminada nuestra tarea si los Estados Unidos insistieran en este sentido".³⁵

La Conferencia de Niagara Falls estaba en un callejón sin salida.

Mientras delegados mexicanos y mediadores parecían ponerse de acuerdo en los procedimientos para el remplazo de Huerta, y discutían los nombres del posible sucesor; los norteamericanos vetaban los candidatos por no responder claramente a la facción constitucionalista. Carranza por su parte, cuestionaba toda la mediación, al tiempo que hacía los preparativos finales para la derrota militar del huertismo.

La situación planteada de esta manera no podía avanzar hacia ningún lado. El tiempo corría, y para los mediadores resultaba imperioso encontrar una fórmula que les permitiese encontrar una salida decorosa. Naón viajó a Washington, y el 18 de junio, sus colegas de Brasil y Chile le enviaron un documento donde planteaban la única alternativa vislumbrada para evitar el fracaso de la mediación. Los diplomáticos también solicitaban a Naón que se entrevistara con Bryan "a fin de penetrar exactamente en el pensamiento del gobierno americano".²⁶

La propuesta de Da Gama y Suárez Mugica se limitaba a "obtener siquiera el arreglo de la cuestión internacional [...], que fue al fin y al cabo el origen inmediato de la dificultad y de nuestra propia intervención".²⁷ El razonamiento de los diplomáticos denota la urgencia por librarse de la gestión mediadora, concientes que una demora podría terminar por colocarlos en la absurda situación de estar tratando con representantes de un gobierno a punto de ser derrocado por el

avance de las fuerzas constitucionalistas. Fueron abandonadas todas las consideraciones anteriores, como la que sostenía que el conflicto internacional era una consecuencia del estado interno de México. Ahora escribían a Naón: "Si los Estados Unidos han declarado repetidamente, como Ud. sabe, que no toman en cuenta aquel incidente internacional, ni pretenden que se salude a la bandera, o se de ninguna otra satisfacción; si en realidad aquel incidente está enterrado por la opinión pública internacional, [...] parece evidente que podría llegarse sin dificultad al acuerdo de eliminar y cancelar el aludido incidente internacional." Planteado así el problema, éste dejaba de serlo. De esta forma los mediadores daban solución a un conflicto que los Estados Unidos ya no reconocían como tal. Finalmente en esto concluyó la mediación. La gestión de "buenos oficios" terminó reducida a un simple efecto escénico, sin haber contribuido a la solución del "problema mexicano".

Naón el 17 de junio se entrevistó con Bryan. Como producto de esta reunión, días más tarde la mediación alcanzó su "feliz resultado". Naón negoció la firma de un protocolo donde se diera por concluido el incidente internacional, a cambio de que los mediadores aparecieran proponiendo una reunión entre huertistas y constitucionalistas a los fines de constituir un gobierno provisional. Todos los protocolos a firmar en Niagara Falls, quedaban sujetos en su cumplimiento a la formación de ese gobierno provisional.

El ministro argentino, el 20 de junio hizo la propuesta a Luis Cabrera, quien la acepto "en principio".³⁷ Un día más tarde, de regreso en Niagara Falls, Naón y sus colegas de Brasil y Chile, dirigieron una comunicación a Zubaran Capmany: "[...] hemos creído que la organización de un gobierno provisorio capaz de realizar la pacificación de México, podría obtenerse [...] mediante una inteligencia directa entre los representantes de las dos grandes facciones en lucha [...]. Estimamos oportuno sugerir a Ud., la conveniencia de que, aprovechándose la presencia de los delegados del gobierno del General Huerta, una comisión autorizada del partido que Ud. representa en Washington, se constituya en esta ciudad o en algún otro sitio para discutir y convenir con aquellos delegados la organización del gobierno provisional, llamado a consolidar la pacificación del país y proveer el restablecimiento del régimen normal".⁴⁰

Cuando Carranza recibió esta nota, ya tenía una razón más para sostener que su ejército marchaba a la victoria. El 23 de junio las fuerzas villistas habían tomado Zacatecas. El huertismo tenía los días contados.

Sin esperar la respuesta de Carranza, los mediadores procedieron a convencer a los delegados de Wilson y Huerta, de la necesidad de protocolizar las bases de un "arreglo definitivo" de la cuestión internacional. El 24 de junio se firmó este acuerdo que establecía que Estados Unidos no reclamaria indemnización de

guerra, ni ninguna otra satisfacción; que el gobierno provisional mexicano proclamaría una amnistía para todos los extranjeros por delitos cometidos durante el periodo de guerra civil; que el gobierno provisional negociaría la constitución de comisiones internacionales para el arreglo de las reclamaciones de extranjeros por perjuicios sufridos durante la guerra; y finalmente que una vez constituido el gobierno provisional, los Estados Unidos y el ABC otorgarían su reconocimiento diplomático.⁴¹

En ninguno de los puntos del acuerdo se mencionó la desocupación del puerto de Veracruz. Sin embargo, en una atmósfera de júbilo, los mediadores cerraban su actuación. En un banquete ofrecido a la prensa, en embajador brasileño señaló: [...] hemos fundado [...] un convenio completo entre las partes más directamente interesadas, y una armonía con los Estados Unidos [...] al examinar con justicia problemas internacionales sin interferencia extraña [...]. El conflicto internacional está prácticamente arreglado, y evitamos la guerra. Solo intentamos hacer lo que estaba dentro de nuestros poderes [...], y en cualquier momento estaremos listos para dedicar nuestros esfuerzos a cualquier trabajo de carácter similar".⁴²

Nadie olvidó festejar el "feliz resultado" de la mediación. Wilson manifestó su profundo aprecio a los gobiernos del ABC. The New York Time indicaba: "[...] el resultado de la mediación,

puede imparcialmente ser calificado de prodigioso, sin precedentes en la historia de las relaciones internacionales".⁶³ Los delegados huertistas tampoco ahorraron elogios para una "mediación [...] que será ejemplo fecundo en consecuencias en el porvenir de paz y honor del Continente".⁶⁴

Cuando todavía se escuchaban voces de elogio para el ABC, Carranza dió respuesta a la nota de los mediadores. El 27 de Junio, el Primer Jefe indicaba que no podía enviar delegados a conferenciar, sin antes consultar la opinión de los generales de su ejército. Por esta razón, solicitó un "breve plazo" para dar una respuesta definitiva.⁶⁵ Los mediadores, el primero de julio, otorgaron la prórroga, avisando que ya se trasladaban a Washington.⁶⁶

Mientras tanto los sucesos se precipitaron. El avance del ejército constitucionalista condujo la renuncia de Huerta, el 10 de julio de 1914. Francisco Carbajal, lo sucedió en la presidencia. Inútilmente los mediadores trataron de salvar los protocolos firmados en Niagara Falls. El 13 de julio, el ministro chileno en Washington envió una nota al delegado mexicano Emilio Rabasa. Allí planteaba una serie de alternativas para "salvar a México de la entrada de una Revolución armada. De alguna manera se tiene que formar un gobierno provisorio [...] que permita cerrar los protocolos de Niagara Falls".⁶⁷

Carranza no transigió. Frente al huertismo en retirada sólo aceptaría la rendición incondicional del gobierno de Carbajal, o de cualquier otro formado con carácter provisional. Tampoco estaba dispuesto a tomar en cuenta las sugerencias del ABC. Esta posición quedó expresada en una carta que, el 18 de julio, Zubaran Capmany dirigió a los mediadores. En ella Carranza comunicó que no enviaría delegados a conferenciar con la representación huertista, pues "para el ejército constitucionalista, el llamado gobierno del General Huerta constituye una violación [...] a las leyes constitucionales mexicanas, [...] lo cual equivale a decir, que el único medio legítimo que existe para hacer cesar la lucha actual en México, y, por lo tanto, lo único que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista podría aceptar, es la rendición incondicional del General Huerta y de los elementos que lo han sostenido, así como de cualquier otro régimen que pretenda derivar de él su supuesta autoridad"☐☐

Después de mes y medio de combates, Carranza, mediante los Tratados de Teoloyucan, consiguió la rendición incondicional del ejército federal. Los acuerdos de la mediación se derrumbaron. Wilson vió frustradas sus intenciones de participar de alguna forma en el triunfo del carrancismo, y a los mediadores, sólo les quedó la alternativa de seguir gozando de los elogios, que una amplia campaña propangadística distribuyó a lo largo y ancho del continente.

En Buenos Aires, La Prensa encabezó las alabanzas. Días después de la firma de los protocolos, un largo editorial titulado "el panamericanismo triunfante", indicaba que el resultado de la mediación no significaba "solamente la salvación de un pueblo que se despedaza en la más horrenda de las guerras civiles, sino que es también el triunfo más completo de una política de paz, protectora de los destinos del continente [...]. Es un fausto acontecimiento americano que da lustre a los diplomáticos que han intervenido, y que refleja honra sobre los gobiernos promotores".⁶⁷

El existismo del periódico, no escondía la manifiesta proclamación de supuestos derechos que la mediación otorgaba al ABC: "La Argentina, Brasil y Chile, han adquirido con asentimiento general, el derecho a ser clasificadas con el título de Repúblicas Mayores de Sudamérica, aptas por el poder de su civilización para aplicar la Doctrina Monroe en el Sur del Continente".⁷⁰ Para La Prensa, los viejos antagonismos con los Estados Unidos eran datos del pasado. La "exitosa" mediación venía a inaugurar una nueva era, fundada en principios de política internacional tendientes al mantenimiento de la paz hemisférica. Política que sería garantizada y protegida por el ABC en el Sur, y los Estados Unidos en el Norte.

La Nación con mayor modestia, celebró el resultado como un ejemplo de una política respetuosa de la soberanía de México,

"[...] contra los propósitos fundados en un imperialismo prepotente, atribuido por quienes hallaban ingenua e imprudente la mediación".⁷¹

Los socialistas argentinos manifestaron también su júbilo por los "felices resultados". Partidarios del arbitraje internacional, la mediación del ABC "nos ha satisfecho", decía La Vanguardia.⁷² "Todas las conveniencias de los Estados Unidos aconsejaban evitar la guerra, que habría hecho perder a la gran república del norte el respeto y la confianza de la América Latina".⁷³

A las congratulaciones se sumó también la jefatura del movimiento universitario. La junta directiva de la Federación Universitaria de Buenos Aires, se dirigió al canciller Murature para "expresar la simpatía con que la juventud universitaria ha visto desarrollarse la acción conjunta de la mediación del ABC, [...] que felizmente ha restablecido la armonía en las relaciones de los pueblos hermanos".⁷⁴

Las alabanzas a la mediación pacificadora se sucedieron en la Argentina. Pocos repararon la realidad: el puerto de Veracruz continuaba ocupado por marines norteamericanos, así como que, el triunfo carrancista había desbaratado todo el "esfuerzo mediador".

Sólo el cónsul Goytia -desde la única perspectiva con que podía

observar los sucesos- se encargó de aportar datos desilusionadores. El 20 de agosto envió un telegrama a Murature, dando cuenta de la entrada de Carranza a la capital mexicana: "concurrió mucha gente de clase media y del pueblo. Del elemento social gran escasez. Han continuado ejecuciones por los delitos del orden público y la ocupación de propiedades adversarios políticos. Mis augurios muy desconsoladores para la suerte de la Nación".⁷³

Las diferencias entre Villa y Carranza: la convocatoria a la Convención Revolucionaria; y la fractura final del constitucionalismo, manifestada en la existencia de dos gobiernos, el de Carranza en Veracruz y el de la Convención presidido por Eulalio Gutiérrez; no fue objeto de detenimientos en los informes de Goytia. Para él, Villa y Carranza perseguían iguales fines: "abatir y humillar a todo lo que signifique cultura, posición y fortuna, entronizar el caudillismo cruel e irresponsable, dominar por medio de la fuerza y el terror, e implantar un gobierno, que a diferencia del de Porfirio Díaz, no tendrá la virtud y la influencia para mantener el orden y la paz".⁷⁴

El cuadro que transmitía el cónsul diluía la esperanza pacificadora que los gobernantes argentinos depositaron en la mediación. Mientras Goytia continuó alertando de los peligros de una nueva intervención norteamericana,⁷⁵ Naón desde Washington,

celebraba el retiro de Veracruz de las tropas estadounidenses en noviembre de 1914. "en tanto cumplimiento de los pactado en nuestra mediación".70

Entre la desesperanza de Goytia y el optimismo de Naón, la cancillería argentina evaluó la situación. La experiencia mediadora no había resultado tan exitosa como se escribía en los editoriales de la prensa diaria. Murature optó por recomendar a Naón mayor prudencia. ¿Qué necesidad había de arriesgar lo conseguido hasta entonces?. Pero el flamante embajador argentino en Washington tenía otra opinión. Para él, Niagara Falls era sólo una avanzada dentro de una estrategia de mayor alcance. Si la posición argentina resultó "respetada" en el curso de la Conferencia, ¿por qué desaprovechar nuevas oportunidades?, y éstas se presentaron cuando Wilson volvió a convocar al ABC en julio de 1915.

4.2 UGARTE Y SU CAMPAÑA DE SOLIDARIDAD CON MEXICO

El "antinorteamericanismo" de Ugarte no fue aieno a un espacio político-cultural de Argentina de fines del siglo pasado y principios del presente. Bajo una prédica "antinorteamericana" oficial fueron educados futuros dirigentes e intelectuales en general. En la oposición a los Estados Unidos comenzó a fraguarse la imagen de "grandeza" de la nación argentina.

Ugarte compartió con la elite dirigente el mismo optimismo en las potencialidades de su país. Sin embargo, el escritor se fue diferenciando de las orientaciones que siguió aquella dirigencia. Mientras sus antiguos 'colegas', de manera pragmática, tornaron sus convicciones "antipanamericanas" en ambiciones por influir en el curso de un sistema que desde su nacimiento Washington trató de dominar; Ugarte, desde su experiencia literaria, permaneció fiel a los principios bajo los cuáles fue educado. Los discursos de R. Gaenz Peña en la Primera Conferencia Panamericana, y las imágenes que José Martí trasmitió en aquella oportunidad, fueron la simiente de una conducta que Ugarte jamás abandonó.

Pero entre la intransigencia ugartista y el celebrado "nuevo panamericanismo de la elite argentina, se interpuso algo más que una diferencia de opiniones. Ugarte inauguró una nueva forma de hacer política. Las diferencias ahora no se ventilaron en reuniones privadas, cenáculos de elegidos. Ugarte estableció otro

tipo de relacion. Sin abandonar su labor periodística, el escritor convocaba multitudes, llenaba teatros y despertaba un entusiasmo hasta entonces desconocido. La juventud universitaria apareció en escena en cada uno de los países que recorrió. Su prédica venía a reforzar conductas nacionalistas preexistentes. Las conferencias de Ugarte fueron un vehículo a través del cual este sector despertó a la vida política.

No es llamativo que el discurso de Ugarte haya conseguido adherentes en aquellas naciones donde el influjo norteamericano se dejó sentir desde mediados del siglo pasado. El área centroamericana y caribeña eran lugares privilegiados para su discursos. Pero en Argentina la situación era distinta. El país nunca fue objeto del expansionismo norteamericano. Sin embargo, las apelaciones ugartistas generaron igual número de seguidores.

Su propuesta "latinista" movilizó a sectores intelectuales preocupados por la creciente 'cosmopolitización' de la cultura argentina. Su prédica también contribuyó a cimentar un camino orientado hacia una revalorización del pasado español, para desde allí intentar, con desiguales resultados, una aproximación a los problemas 'nacionales'.

Una numerosa población española, producto de las reiteradas oleadas migratorias, dió sostén a su propuesta. Ella, al enaltecer una cultura de origen español, ponderando su grandeza,

impacto con fuerza en la conciencia de muchos de esos españoles, y también de sus hijos, cuando todavía estaba fresco el recuerdo de la guerra hispano-norteamericana y la consecuente pérdida de Cuba.

El naciente movimiento estudiantil argentino apoyó también a Ugarte. La universidad era una caía de resonancia de un conflicto mayor que sacudía a la Argentina de entonces. La demanda de democratizar relaciones políticas alcanzó también el ámbito universitario. La presión y las demandas fueron en aumento hasta estallar en 1918. Mientras tanto, los universitarios fueron delimitando un cuerpo de opciones político-ideológicas. El llamamiento ugartista a la juventud, entendida como el motor de una necesaria regeneración continental, resultaba atractivo. Y mucho más, si del llamamiento se pasaba a una práctica de movilizaciones que a la postre, terminó por tender puentes de solidaridad hacia otras naciones que efectivamente enfrentaban el avance norteamericano.

Las diferencias entre la elite dirigente y Ugarte en la percepción de los Estados Unidos y del papel de Argentina en el contexto continental, no fueron irreconciliables desde un principio. El proceso fue lento, a medida que Ugarte pudo percatarse que el rumbo seguido por la elite, se encaminaba hacia lugares distintos a los esperados o por lo menos proclamados.

En 1910 Ugarte desde París, escribió una violenta crítica a la Cuarta Conferencia Panamericana reunida en Buenos Aires: "reunión artificial entre dos razas, que ha dejado de lado las cuestiones que afectan a los vitales intereses latinos en América".⁷⁷ Junto al convencimiento de la inutilidad de esas reuniones, el escritor pasó a apoyar lo que entonces era sólo un proyecto: el ABC. Para Ugarte, la futura "entente" entre los países más fuertes de sudamérica "no es sino una primera tentativa de coordinación ante el peligro [...], no es más que el primer episodio de un duelo áspero y solapado entre el grupo conquistador, y el grupo que no quiere inclinarse ante aquel". Ugarte observaba al ABC, como un núcleo "alrededor del cuál se agruparán otros países" en un proyecto articulado en "defensa del territorio, el carácter y el destino de América Latina".⁷⁸

Ugarte escribía desde Europa y para los europeos. Era necesario llamar la atención del Viejo Continente "que desde el punto de vista comercial y moral, tiene en América del Sur considerabilísimos intereses".⁷⁹ Europa era la retaguardia estratégica de una América Latina amenazada. Con ella había que afianzar vínculos, y el modelo que Ugarte mostró fue el de su propio país: "El desenvolvimiento de los factores progresistas en Argentina, cuyas corrientes se han encaminado hacia Europa, cuyos capitales e influencia intelectual se ha dejado sentir en forma beneficiosa, constituyen la gran muralla opuesta al imperialismo norteamericano, salvaguardando de que Argentina sufriera graves

trastornos en su vitalidad, y pudiera llegar a su prosperidad actual".⁸²

Ugarte era optimista con el proyecto del ABC, y mucho más si éste despertaba interés en Europa. Su gira continental reforzó sus convicciones en la propuesta "defensiva", y hasta el cambio de administración en la Casa Blanca, con la llegada de Wilson a la presidencia, alentaron esperanzas en el escritor. En mayo de 1913, dirigió una carta abierta al presidente norteamericano: "[...] hay una gran ansiedad en América. El continente entero está pendiente de vuestros actos. Si la política cambia, la campaña que hemos emprendido cesará al instante, y volveremos a ser los más entusiastas partidarios de la gran nación que Ud. preside".⁸³ La desilusión no tardó en llegar. La invasión norteamericana al puerto de Veracruz, confirmó a Ugarte que el discurso pacifista de Wilson "no era más que una tregua momentánea, palabras que no se cumplen".⁸⁴

Ugarte estaba en Buenos Aires cuando los marines desembarcaron en Veracruz. Su figura alcanzaba relieve continental, su prédica encontró un vivo ejemplo en el caso mexicano, y su reciente visita a México lo convirtió en referente inmediato para una prensa periódica, donde los asuntos mexicanos pasaron a ocupar las primeras planas. Ugarte aprovechó estas circunstancias para desplegar una campaña solidaria de importantes dimensiones.

Consultado por la prensa, Ugarte remarcaba la falta de conocimiento acerca de lo que efectivamente sucedía, producto de una labor norteamericana para desacreditar a México: "Los Estados Unidos están empeñados en presentar a México como un pueblo semi bárbaro, con instintos sanguinarios [...], cuando en realidad, el país hermano se debate heroicamente en una lucha monstruosa ante el más terrible de los atentados".²²

Ugarte se mantuvo firme en su caracterización de la Revolución Mexicana. Esta aparecía fomentada por Estados Unidos, "quienes hicieron lo posible por derrocar a Díaz, que no quería hacer de su país un feudo norteamericano". La ocupación de Veracruz era la continuación de una lógica imperialista. "La intervención está consumada. En idéntica forma que en Cuba. Se dice que no es en contra de la nación, sino contra el régimen, y así se quiere hacer pasar desapercibidas las verdaderas intenciones". A Ugarte poco interesaban los condicionantes internos del conflicto mexicano. "No quiero saber nada de la política de México. Desconozco las desaveniencias de partido. México tiene al fin al cabo, el derecho de hacer cuantas revoluciones le de la gana, [...] pero entiendo que las exigencias y obrar yankee son absolutamente inadmisibles". Mientras en la cancillería comenzaba a fraguarse el plan mediador, Ugarte retomaba tradicionales principios argentinos: "Nuestra política exterior debe hablar claro. Decir nuestra contrariedad ante el atentado incalificable, y tratar de que la vergüenza no caiga sobre nosotros. Hacer lo

posible para que en la Historia no figuremos como cómplices".⁶⁶

Para el escritor, la defensa de la soberanía latinoamericana articulaba toda su propuesta; y bajo esta perspectiva, el asunto mexicano representó una posibilidad de poder confrontar el grado de adhesión que sus ideas tenían en una realidad que no era otra que la de su propio país.

Entre el episodio en el puerto de Tampico, y del desembarco norteamericano en Veracruz, la voz de Ugarte se hizo presente en la mayor parte de la prensa de Buenos Aires. "No obstante haber sido tomado como un lirico, cuando recién regresé al país, hoy desgraciadamente se confirma con los hechos, el concepto que abrigo sobre la política imperialista norteamericana".⁶⁷ Producto de estas declaraciones, Ugarte comenzó a recibir por millares⁶⁸ cartas de adhesión a su conducta y a la causa mexicana.

La asombrosa cantidad de cartas revela que las apelaciones ugartistas hicieron mella no sólo en un reducido núcleo intelectual de la capital argentina, sino, en un espectro social amplio, que abarcaba militantes políticos, líderes y estudiantes universitarios, organizaciones barriales, prensa del interior del país, círculos intelectuales de Uruguay y Chile, y en hombres y mujeres anónimos, de humildes orígenes, que en la mayoría de los casos reconocían una nacionalidad española.

El entonces joven estudiante, y futuro dirigente del Partido Comunista Argentino, Rodolfo Ghioldi, escribió a Ugarte para manifestar su convicción en la necesidad de estrechar "vínculos con los pueblos latinoamericanos [...] para contrarestar el maléfico avance del escorpión yanqui".⁶⁹ Iguales ideas fueron expresadas entre otros, por el militante del radicalismo Diego Luis Molinari, el secretario general de la Federación Universitaria de Buenos Aires Bartolomé Zanetta, y por los noveles escritores Bernardo González Arrilli y Pedro Sonderegger.

Junto a firmas de 'relieve', muchas otras cartas fueron anónimas, carentes de la prosa característica de las comunicaciones epistolares de la época, pero reveladoras de una asombrosa disposición para librar una batalla solidaria. Muestra de ello, es la siguiente carta, que "un obrero español" dirigió a Ugarte a fines de abril de 1914: (Sic) "No puedo, por menos, que tenerle que escribir, estas, mal, trazadas, letras, para que, si, presiso fuera, el, tener, que formar, una, guerrilla, para hir, a pelear, a defender, nuestros hermanos de megico, para que salieran hairoso, de la invasion, Norte, A, Mericana, [...] le escribo, estas letras, para que, si presiso fuera, podran contar con, migo, estando dispuesto parair y luchar, asta, derramar mi ultima gota de sangre para bien de los megicanos. Esto es cuanto le puedo, ofrecer, porque soy un pobre obrero".⁷⁰

Frente a una extendida red de comunicaciones, Ugarte decidió dar

una organización a las muestras de solidaridad. El 25 de abril quedó constituido el Comité pro México, como producto del "movimiento de simpatía hacia la noble nación mexicana que sirve actualmente de rompeolas en todo el continente", y con el deseo además "de que nuestro país, fiel a su tradición, sepa expresar con valentía su adhesión a México en lucha contra el imperialismo yanqui".⁷¹

El Comité fue presidido por Ugarte,⁷² y en la reunión constitutiva quedó integrada una comisión de finanzas "encargada de organizar una suscripción nacional a fin de enviar recursos pecuniarios al pueblo mexicano".⁷³ De igual forma se acordó iniciar gestiones para la realización de una manifestación pública. Las agrupaciones de estudiantes universitarios quedaron encargadas de su organización.

Constituido el Comité, una nueva avalancha de cartas comenzó a llegar: instituciones educativas, sociedades mutualistas, asociaciones profesionales, clubes sociales, organizaciones estudiantiles, comités políticos, enviaron su adhesión acompañando hojas cubiertas de firmas. Los remitentes indican una extensa distribución geográfica. En su mayoría las cartas provenían de la ciudad capital y la provincia de Buenos Aires. Pero no fueron pocas las que llegaron desde Santa Fe, Córdoba y Mendoza. Uruguay y Chile volvieron a estar presentes, e incluso una remitida desde Perú, que firmó el teniente Rebsamen en nombre

de la Escuela Militar de Chorillos. 74

A pesar del cosmopolitismo y la lejanía geográfica, un sector significativo de la sociedad argentina encontró en la demostración de simpatías a México, un vehículo para materializar sentimientos de identidad y pertenencia a un ámbito nacional y continental. Muchas cartas no eran sólo de adhesión, sino que además comunicaban la constitución de "Comités" pro México locales. Algunas informaban el nombramiento de representantes ante el Comité presidido por Ugarte, y finalmente otras, anunciaban la fundación de centros políticos "cuyos fines y programas de acción procurarán el acercamiento de los pueblos de origen latino de este continente". 75

La campaña en busca de recursos financieros no guardó proporción con el interés que despertó la causa mexicana. Donativos aislados constituían más un motivo de celebración, que aportes significativos capaces de conformar un fondo digno de enviarse a los "patriotas" mexicanos. Esporádicamente, las reuniones estudiantiles fueron matizadas con entusiastas vitores a México, cuando se daba lectura a alguna carta poniendo a disposición cierta cantidad de dinero. Pero en realidad, hasta el mismo financiamiento del Comité, corrió a cargo de los ahorros de Manuel Ugarte.

La proyectada manifestación pública comenzó a planearse. Se fijó

la fecha del 2 de mayo. El local de la Federación Universitaria de Buenos Aires se convirtió en el cuartel general del Comité. Su mesa directiva, el 27 de abril, en reunión plenaria acordó que "en la manifestación se llevarán banderas de todas las naciones latinoamericanas y de las extranjeras cuyos residentes en esta capital se adhieran al acto. Todas las sociedades, cualquiera sea su nacionalidad serán invitadas a concurrir". Fue constituida una comisión de propaganda con el objeto de "solicitar el concurso franco y eficaz de los diarios metropolitanos en pro de México". Por otro lado, un nutrido grupo de estudiantes, anunció la realización de una serie de conferencias en distintos barrios de la ciudad, a los fines de "esclarecer la situación, e invitar a la manifestación". La mesa directiva del Comité, también informaba que "en las últimas horas se han recibido más de quinientas adhesiones".⁷⁶

Ugarte, sin elogios de ningún tipo, apoyó la gestión mediadora del ABC. Aunque su apuesta era otra: "sólo la acción popular puede detener a las tropas yanquis que ocupan el territorio mexicano", declaraba en la prensa, convencido de que los actos y la manifestación pública "ratificarán la acción de las cancillerías".⁷⁷

Las autoridades argentinas no tuvieron la misma opinión. El 28 de mayo, el jefe de la policía federal citó a Ugarte en su despacho. El funcionario policial, en nombre del ministro del interior,

señaló "la conveniencia de suspender la manifestación en vista de la mediación ofrecida por Argentina [...], y en especial para evitar cualquier incidente que provocara enojosas cuestiones internacionales para nuestra República".⁷⁹ De nada sirvió el compromiso de Ugarte de que el acto se llevaría a cabo "en medio del mayor orden, y que ese acto daría mayor vigor a la actitud asumida por nuestro gobierno".⁷⁷

De inmediato Ugarte se reunió con el canciller Murature. La "recomendación" fue la misma. El gobierno nacional no creía oportuna la realización del acto público. El presidente del Comité pro México, después de la audiencia, declaró a la prensa: "El Dr. Murature me ha insinuado la necesidad de renunciar a la idea de una manifestación. He contestado que mi más vivo deseo hubiera sido complacerlo, pero el Comité pro México, había decidido la manifestación, y que ésta estaba justificada por la situación de aquel pueblo invadido por tropas extranjeras. No me creo autorizado para modificar la misión que se me ha encomendado. Tampoco juzgo que debemos hacerlo. Los trabajos en pro de la manifestación de simpatía a México continuarán".¹⁰⁰ Después de recibir estas "insinuaciones", el Comité pro México solicitó autorización a la policía federal para realizar el acto, ya no en las calles de la ciudad, sino en un local cerrado, "que bien podría ser un teatro o un frontón".¹⁰¹

La prensa siguió los entretelones de esta situación. La Nación,

manifestó su acuerdo con la decisión de las autoridades: "la mediación impone a nuestro país la más absoluta imparcialidad. [...] sería un contrasentido que mientras nuestro gobierno ofrece para resolver el conflicto sus oficios de amigo común, nos entregáramos a manifestaciones abiertamente favorables a uno de los dos países en conflicto. No se necesita ser un gran internacionalista para comprender la inconveniencia de semejante actitud".¹⁰² Otros periódicos asumieron la defensa del Comité pro México. La actitud del gobierno fue calificada de "impolítica" y violatoria al derechos constitucional que garantiza la libre manifestación de las ideas".¹⁰³ El Diario Español, fue más lejos: "indiscutiblemente, los señores dirigentes del gobierno argentino, halagados por los aplausos de los últimos viajeros yanquis, que tantos elogios les han prodigado, se inclinan del lado del más fuerte".¹⁰⁴

Como era de suponer la policía negó el permiso solicitado. El 30 de abril, la dirección del Comité hacía pública una declaración, que impresa en hojas volantes fue pegada en las paredes del centro de la ciudad: "[...] Argentina se levanta en favor de la república hermana. No pretendemos inmiscuirnos en las negociaciones que actualmente se tramitan, no queremos dar opinión en ninguna forma sobre la política interior de México. Sólo sabemos que un pueblo débil, defiende su territorio contra un coloso [...]. Traducimos la protesta de hombres de todos los partidos, y de todas las clases sociales, contra el imperialismo,

contra la conquista, contra la anexión, contra el abuso de la fuerza en la relación entre los pueblos [...]. La manifestación proyectada ha sido prohibida [...], y contrariando nuestros más íntimos sentimientos, aplazamos por ahora la realización del mencionado acto, y rogamos a todos los que se han adherido a él, que continúen en sus puestos, y que intensifiquen la propaganda hasta que podamos dar a nuestra propuesta toda la amplitud que exige nuestro entusiasmo. ¡Viva México!".¹⁰⁰

Ugarte procedió a entrevistarse con el encargado de negocios de México en Argentina. Expresó su solidaridad y lamentó la prohibición de una manifestación "en la que sin duda participarían más de sesenta mil personas".¹⁰¹

El Comité pro México continuó sus tareas. Sin oponerse a la mediación, fue un observador crítico. A mediados de mayo dejó constancia de que el armisticio entre el gobierno de Huerta y el de Estados Unidos aparecía viciado por una situación desigual, pues "uno de los países en lucha puede movilizar tropas y acumular elementos de guerra, e inclusive ampliar la zona de ocupación en Veracruz; mientras que el otro, está impedido de recibir armas y municiones [...]".¹⁰²

La comisión directiva del Comité se reunía semanalmente. La situación mexicana fue creando redes para vincular entre sí distintas organizaciones de reciente creación: un Comité

Latinoamericano anunciaba su constitución en el barrio de Flores. lo mismo hizo un Centro Latinoamericano Femenino en Vélez Sarsfield. A la casa de Ugarte seguían llegando cartas de adhesión, mientras que la comisión de propaganda del Comité resolvía la impresión de un folleto, el primero de una serie, sobre la actuación de Estados Unidos en México. Al mismo tiempo, la dirección del Comité, dirigió una solicitud a los dueños y empresarios de biógrafos a los fines de que no se pasaran en sus salones "cintas de origen norteamericano, donde el papel de traidores lo representa siempre un actor disfrazado de mexicano".¹⁰⁰

La Asociación Latinoamericana

El fervor "latinoamericanista" despertado por los sucesos de México, cristalizó en la fundación de la Revista Americana, y en la creación de una nueva organización: la Asociación Latinoamericana. Estas dos instancias tenían una estrecha vinculación, aunque la primera no se decía órgano de prensa de la segunda. Pero ambas compartieron un mismo núcleo y clima intelectual.

En abril de 1914, Revista Americana publicó un prospecto donde indicaba las intenciones perseguidas: "El fin primordial [...] se define en pocas palabras: en América no nos conocemos. Los

grandes diarios que nos ofrecen, en Buenos Aires, Rio de Janeiro o Santiago de Chile, los detalles minuciosos de lo que pasa en Londres o en Paris, nos dejan casi siempre ignorar las evoluciones del espíritu público en Quito, en Bogotá o en Cuba. Se comprende que la vida europea nos fascine, puesto que de ella sacamos nuestros progresos materiales y morales, pero no es juicioso descuidar las palpitaciones de nuestro propio ser [...]. Entre un telegrama sobre la salud del rey de Suecia, y otro sobre un cambio de ministerio en Ecuador, nuestro interés debiera residir, naturalmente, en el último. Es un contrasentido que las noticias de América Española nos lleguen después de haber pasado por Washigton [...]. El pálido reflejo de la existencia de ciertas regiones nos llegan hoy con la ayuda de las líneas telegráficas enemigas, y ésto sólo sirve para proclamar la urgencia de las comunicaciones especiales entre las diferentes regiones de la América Española".¹⁰⁹

No es difícil descubrir la pluma de Ugarte en la declaración de principios de la publicación: "En el fondo de la raza duermen energías que pueden cambiar la faz del mundo. Pero falta la certidumbre de que el esfuerzo es indispensable. El día que llegemos a alcanzarla, transformaremos nuestros destinos".¹¹⁰

La Revista, sencillamente se proponía abrir un espacio de información a los sucesos políticos, culturales y científicos de cada una de las naciones latinoamericanas. Los editores proclamaban su esperanza de que la publicación fuera un vehículo

de "unión pacífica y espiritual entre pueblos hermanos que desgraciadamente se desconocen".¹¹¹

Este ambicioso proyecto editorial conoció sólo un par de números. Sin embargo su realización en Argentina, en la perspectiva de Ugarte, sirvió para confirmar que las naciones del sur del continente conformaban una verdadera reserva "espiritual" para resistir el avance norteamericano: "las democracias de latinoamérica, deben mantener sus posiciones, y resistirse a la infiltración y a la conquista, y seguir cohesionando en sí, la sabia de todos los pueblos, para ser mañana la síntesis de la verdadera humanidad".¹¹²

En julio de 1914 salió el primer número de Revista Americana. El cuerpo principal de la publicación eran noticias y artículos sobre los países latinoamericanos. En una sección literaria aparecía la firma de José Santos Chocano. Escritos de R. Saenz Peña contra el panamericanismo, integraban la sección "Páginas Viejas". José Martí era recordado en un artículo de Américo Lugo. Pero México ocupaba un lugar destacado. Tres artículos estuvieron dedicados a este país, y el editorial de la Revista, titulado "El ejemplo de México", fue escrito por Ugarte.

Ugarte observó los sucesos mexicanos como un parteaguas en el largo historial de agresiones norteamericanas. México representaba la voz de alerta capaz de despertar real conciencia

de que " el peligro esta ahí, tangible, [...] ahora de nada sirven los sofismas panamericanos, toda la sangre latinoamericana se revela contra la injuria, contra la acechanza, contra las mismas ignorancias y los olvidos". México era un ejemplo por la disposición de su pueblo para el combate, y por las manifestaciones de solidaridad continental que esa disposición despertó. "Reunidos y atentos como estamos alrededor del conflicto, no nos contentemos con crisar los puños de indignación, [...] trabajemos para el porvenir, defendámonos defendiendo a los demas, y en estos momentos trágicos. sentemos las bases de la futura solidaridad latinoamericana".¹¹³

Al mismo tiempo que estas líneas era publicadas, el Comité pro México se transformaba en la Asociación Latinoamericana. Ugarte promovió esta organización, para que con carácter permanente "hiciera sentir su acción en todo momento y lugar, siempre que así lo exijan los sentimientos cada vez más robustos de contraternidad latinoamericana y amor a la integridad territorial y moral de nuestras repúblicas".¹¹⁴

Mientras prensa y gobierno argentino celebraban el "feliz resultado" de la mediación del ABC, la Asociación Latinoamericana recordó lo que todos parecían alvidar: " la solución tan felizmene auspiciada por el ABC, no ha contemplado que tropas extranjeras siguen ocupando el puerto de Veracruz". Por ello en la misma declaración de principios de la Asociación, se dejó

asentado que las tareas de solidaridad con "la República Mexicana no pueden considerarse terminadas hasta el retiro total del ejército de ocupación".¹¹⁵

El estallido de la Primera Guerra Mundial restó atención a México en la prensa periódica. El triunfo del carancismo sólo mereció la reproducción de cables fechados en los Estados Unidos. Las noticias eran pocas y además catastróficas. Las diferencias entre villistas y carrancistas, el gobierno de la Convención, la retirada hacia Veracruz del ejército de Carranza, los saqueos en la ciudad de México, y la permanente amenaza zapatista, daban la idea de un cuadro desolador sin ninguna referencia o análisis de las motivaciones de todos aquellos enfrentamientos.

Ugarte no pudo romper el cerco informativo impuesto por "líneas telegráficas enemigas". Desde México sólo recibía cartas de agradecimientos por su labor de "protesta contra el atropello que hemos sufrido".¹¹⁶ La incertidumbre y el desconocimiento de lo que sucedía en México, era también compartido por los miembros de una pequeña comunidad de mexicanos residentes en Buenos Aires. Con la firma de Luis Vega, como representante de esa comunidad, Ugarte recibió cartas elogiosas por su defensa de la causa mexicana, "ante una propaganda enemiga que cansa hasta el fastidio, con horrorosos relatos de nuestras contiendas civiles, proyectando la imagen de que somos todos foragidos, bandidos, víctimas y verdugos".¹¹⁷

El funcionamiento de la Asociación Latinoamericana se orientó hacia tareas en la esfera de la cultura. Hacia fines de 1914 anunciaba la realización de un ciclo de conferencias. Ricardo Rojas, Manuel Galvez, José Ingenieros y Manuel Mora y Araujo, entre otros, fueron los encargados de mantener vivo el interés por los problemas del continente.

Mientras tanto Ugarte, como presidente de la Asociación, dirigió un manifiesto "a la juventud y al pueblo de México". La "propaganda enemiga" terminó por convencer a Ugarte de que México se desintegraba en una guerra civil sin visos de solución: "Hemos seguido con creciente ansiedad el desarrollo de los acontecimientos que se han precipitado en esa república desde la caída del General Díaz hasta la fecha en que nos hallamos, y hemos admirado el valor y el espíritu de sacrificio con que ese pueblo [...] ha sabido luchar por sus libertades y por su autonomía, en medio de un huracán de apetitos, falsas informaciones y acechanzas extrajeras [...]. Pero, basándonos en estos sentimientos de ininterrumpida adhesión y fraternidad, venimos hoy, respetuosos de vuestras susceptibilidades, a pronunciar una palabra de apaciguamiento. Por encima de las divisiones políticas, está la unidad sagrada de la Patria. La guerra civil sólo puede conducir a México a la ruina y la disolución. No es posible que un pueblo valiente, agote en detrimento propio las energías que acaso tendrán que utilizar mañana para defender la frontera".

Ugarte hacía un llamado a la pacificación de México. A diferencia de aquella visión que veía en la "barbarie" mexicana razones para distanciar a Argentina de México; para el escritor, la guerra mexicana "era una razón más de vinculación, pues así rememoramos momentos de nuestra propia historia, y conformamos el parecido indestructible y la filiación idéntica de nuestros pueblos". La imagen de una homogénea realidad continental, y la necesidad de defender la integridad territorial, sostienen el llamado de Ugarte al pueblo mexicano. Era necesario deponer diferencias políticas, de ello dependía la sobrevivencia de la nación mexicana. "Prolongar la guerra -decía Ugarte- significa un verdadero suicidio nacional".¹¹⁰

En la construcción de una imagen de un país destrozado por la ambición estadounidense, contribuyeron, sin lugar a dudas, los análisis que realizaba la prensa británica y que en Argentina eran objeto de obligada lectura. Los ingleses denunciaban la abierta complicidad del gobierno de Washington con el movimiento maderista. Las concesiones petroleras a la compañía inglesa Pearson, en detrimento de la Standart Oil, fueron señaladas como el más significativo antecedente de la actitud opositoria que Estados Unidos comenzó a revelar hacia Díaz. En esta perspectiva, "Huerta, indicaba The South America Journal, responde a una actitud vindicadora de la independencia nacional, [...] defiende una libertad completa en la elección de las empresas que desea estimular, y una libre acción de la política internacional de su

gobierno".¹¹⁷

A falta de otras fuentes de información, descartadas las norteamericanas, Ugarte comenzó a calificar a los acontecimientos mexicanos como una "Revolución con olor a petróleo".¹²⁰ Si los intereses petroleros movían los hilos de esa guerra, ello sirvió a Ugarte para alertar a la opinión pública argentina, del peligro que entrañaba otorgar concesiones privadas para la explotación de los yacimientos recién descubiertos en el sur del país. A mediados de 1914, el Congreso argentino discutía esta posibilidad, y la Asociación Latinoamericana hizo pública su protesta, levantando como ejemplo la realidad mexicana. Con la firma de Ugarte, la Cámara de Diputados recibió un largo memorial indicando la necesidad de que sólo el Estado se hiciera cargo de la explotación petrolera, pues "un deber de elemental prudencia obliga a salvaguardar nuestro porvenir, y así mismo prevenir atentados que hoy se están consumando en una nación hermana -México- que no era menos grande, menos fuerte, y acaso desgraciadamente para ella, menos rica que nuestra patria".¹²¹

En su aproximación a la Revolución Mexicana, Ugarte no podía trascender una visión que sólo permitía reafirmar su campaña antinorteamericana. México se elevaba como el más firme ejemplo de resistencia al invasor, reafirmando de paso, la validez de su proyecto "defensivo". Desde esta perspectiva, las acciones ugartistas tuvieron la virtud de introducir la cuestión mexicana

en una Argentina que hasta entonces se había mostrado poco permeable a la problemática latinoamericana.

México en la cátedra universitaria

La movilización provocada por la situación mexicana y el propio involucramiento del gobierno argentino a través de la Conferencia de Niagara Falls, abrió el camino para que en el medio universitario comenzara a analizarse la Revolución, a partir de estudios alejados de las coyunturales editoriales periodísticas, y de las encendidas proclamas de Ugarte.

México era escenario de una guerra que se profundizaba. Hacía ya cuatro años de la llegada de las primeras informaciones dando cuenta de los desórdenes que condujeron a la renuncia de Díaz. El celebrado advenimiento de Madero se opacó cuando el presidente mexicano fue asesinado. Desde entonces se sucedían noticias de ejércitos enfrentados en una lucha sin cuartel, y en 1914, la invasión a Veracruz, amenazaba con convertir a México en arena de un conflicto bélico que podía llegar a trascender sus fronteras.

Para los profesores universitarios comprender aquellos hechos se volvió una necesidad académica. Había que dar respuesta a ellos, pero además a un movimiento estudiantil que se mostraba inquieto y movilizado en una campaña solidaria.

El primer esfuerzo en esta dirección corrió a cargo de José León Suárez, profesor titular de la cátedra de Derecho Diplomático de la Universidad de Buenos Aires. Suárez, en agosto de 1914, escribió un largo ensayo que tituló "El conflicto mexicano", y que más tarde, sirvió de base a una conferencia que dictó a los estudiantes de abogacía.

En ese ensayo destaca el uso de una biblio-hemerografía de origen mexicano, que permitió a su autor trascender los límites de las informaciones reproducidas en los periódicos nacionales.¹²²

Como no podía ser de otra manera en un medio universitario impregnado de ideas positivistas, el orden porfiriano fue objeto de alabanzas. Suárez dedicó varias páginas no sólo a los logros en el terreno económico, sino también a la justificación de la "paz octaviana" impuesta por Porfirio Díaz.

En México el camino a recorrer para conseguir formar "ciudadanos perfectos" estaba lleno de obstáculos. Las tres décadas de gobierno porfirista eran un peldaño más en la larga marcha mexicana hacia la construcción de una "república perfecta". En defensa del orden establecido, el profesor universitario decía: "no me cansaré de repetir a la juventud de mi país, que no tiene objeto la democracia sino ha de dar por resultado llevar al gobierno a los más aptos".¹²³

La originalidad de Suárez en su análisis de la Revolución Mexicana, no estuvo en esta visión, ni tampoco en indicar la presión norteamericana, a la que por cierto hacía responsable del estallido revolucionario; sino en 'descubrir' - y ésto para un profesor universitario de la Argentina de entonces, era todo un descubrimiento- las causas sociales de "la complicada situación en México, que es para nosotros ejemplo y experiencia".¹²⁴

En el medio universitario, Suárez expuso por primera vez una explicación que iba más allá de las simples ambiciones personales de caudillos sublevados, bajo incitación o financiamiento extranjero. "En México existe un problema agrario, como existe en otros países, inclusive en el nuestro [...], pero parece que en México es realmente un problema intenso [...]. De la solución de este problema depende la continuidad o el final de la guerra, esa es la situación que los mexicanos tienen imperiosa necesidad de afrontar".¹²⁵

Para el profesor universitario resultaba imprescindible "nivelar la desigualdad económica" a través de un régimen de pequeños propietarios, capaz de mejorar la situación bien lamentable de siervos de gleba que tienen los campesinos mexicanos", y agregaba, "es indudable la necesidad de realizar, siquiera en parte, una reforma agraria en México, que aproxime a los habitantes de aquel noble país a los ideales levantados por el cura Morelos hace ya más de un siglo".¹²⁶

Suárez observó la realidad mexicana con la agudeza de un hombre bien informado. Pero sobre todo, preocupado por contener el reclamo popular, disminuir los conflictos a través de "tratamientos orgánicos" y evitar fundamentalmente la violencia revolucionaria, que podía poner en tela de juicio el conjunto del ordenamiento social. Por ello, terminó su ensayo con una advertencia a los sectores dominantes de la sociedad mexicana: "si la burguesía mexicana no abre los ojos, y no se apresura a realizar honestamente las reformas económicas y sociales que el pueblo reclama, será desalojada en absoluto de sus posiciones políticas, y lo que es más grave para el progreso histórico, será un mal para la humanidad, porque la substituirán los utopistas con todos sus excesos".¹²⁷

En 1914 México dejó de ser una dato curioso en el medio político-intelectual argentino. La Revolución, en sus distintas dimensiones se esgrimía como ejemplo. La diplomacia argentina encontró en ella, una posibilidad de probar la efectividad de un "renovado" panamericanismo. Para Ugarte, México ponía en movimiento el "espíritu latino"; mientras que para un prestigioso profesor universitario, en México se ponía a prueba la capacidad de maniobrar de las elites dirigentes, y adaptar estilos de dominación frente a una realidad cargada de reclamos sociales.

4.3 MEXICO EN EL CENTRO DE UNA POLEMICA ANARQUISTA

El interés que la situación mexicana despertó en Argentina también alcanzó las filas de anarquismo. Las cabezas visibles de este movimiento se enfrascaron en un debate centrado en la caracterización del fenómeno revolucionario, y la viabilidad de ver materializados en él los ideales del comunismo anárquico.

Desde La Protesta los anarquistas discutieron entre sí, pero también lo hicieron con Ugarte y los gobernantes argentinos. En esta polémica, también estuvo presente el Partido Socialista, a pesar de que los seguidores de Justo guardaron un significativo silencio a lo largo de 1914. En efecto, La Vanguardia, a contrapelo de la mayoría de los periódicos argentinos, dedicó casi exclusivamente sus páginas internacionales a seguir en detalle la guerra europea. Los pocos cables dedicados a América Latina, fueron agrupados y reproducidos en una nueva sección que el diario socialista tituló "Repúblicetas Latinamericanas"¹². El despectivo encabezamiento, mucho tenía que ver con la campaña de Ugarte, y el desprecio que hacia ella sentían sus antiguos compañeros de militancia.

Hacia 1914, la geografía política de la Revolución Mexicana había adquirido tal complejidad, la lucha de facciones era tan intensa, que algunos líderes anarquistas comenzaron a dudar de la capacidad del Partido Liberal Mexicano para encauzar la guerra.

Nadie discutió el origen social del conflicto, pero el cuestionamiento apuntó hacia la factibilidad de reorganizar una sociedad mexicana, a la que se creía mayoritariamente compuesta por comunidades indígenas.

A esta situación se agregaba la invasión norteamericana. El peligro de una guerra de conquista, obligó a los anarquistas a fijar una posición. Y mucho más todavía, ante un incuestionable sentimiento de solidaridad hacia México, exteriorizado por un segmento importante de la sociedad argentina.

En los primeros meses de 1914 *La Protesta* publicó una serie de artículos dedicados a México. Luis Bonafoux escribió que "la Revolución no es cambio de presidentes ni de nombres". Era necesario trascender las interpretaciones esbozadas en la mayoría de los periódicos argentinos. "La Revolución es otra cosa, es el grito del paria contra el señor, del paria que carece de nombre, de dignidad, de terruño, de todo".¹²⁷

La violencia de la lucha quedaba explicada por "el odio y el sentimiento de venganza del indio" que a manera de cadena generacional se fue transmitiendo desde el momento mismo de la conquista española. Pero las razones de la lucha, escondían un agudo "problema social" relacionado con el reparto de la propiedad territorial. Para Bonafoux, "Tierra y Libertad" sintetizaba el programa de acción revolucionario. Por ello se

volvía indispensable aprovechar el hondo resentimiento indígena para adueñarse de las tierras, y sólo así devolver al indio su "condición humana".¹³⁰

La prensa diaria de Buenos Aires publicaba continuamente los detalles de encuentros sangrientos entre huertistas y carrancistas, así como noticias de las disidencias entre Carranza y Villa. Los redactores de La Protesta, más que la reproducción de estos cables, prefirieron editar artículos extractados de Regeneración. A través de la pluma de Ricardo Flores Magón, aquella intincada madeja de intereses, caudillos y batallas, se tornaba inteligible. Las proclamas magonistas alertando al "proletariado mexicano" del peligro de apoyar al constitucionalismo, fueron objeto de una profusa difusión en el periódico anarquista. Los artículos de Regeneración, tenían la ventaja de deslindar las fuerzas enfrentadas. "El carrancismo -explicaba Flores Magón- es la peor amenaza contra el movimiento libertario, por ser un celoso defensor del orden burgués y la propiedad privada, [...] hay que tomar las armas que ofrece el carrancismo, pero no para encumbrar a los jefes de ese movimiento, sino para apoderarse de toda la riqueza y hacer la propiedad de todos".¹³¹

Pero estos artículos, con sus permanentes llamados a los trabajadores mexicanos a abandonar las filas del carrancismo, "porque sino sólo ireis a la muerte, o a la esclavitud si

sobrevivís",¹³² comenzaron a proyectar conos de sombra en algunos anarquistas argentinos.

La insistencia con que Regeneración alertaba de los peligros que entrañaba el constitucionalismo, empezó a merecer otra interpretación: el magonismo hacía evidente su impotencia por detener el avance de Carranza, y mostraba su incapacidad para disputar una amplia base popular que combatía en dirección contraria al proyecto libertario.

No por casualidad los redactores de La Protesta reprodujeron, en abril de 1914, un artículo de Flores Magón titulado "La Revolución para los que dudan". En él, el líder de Partido Liberal Mexicano sostuvo que el hecho de que la orientación comunista anárquica no estuviera presente en muchos levantamientos que conducían a expropiaciones masivas, no debería ser objeto de impugnación al Partido Liberal Mexicano. Por el contrario, "los libertarios deben aprovechar estas acciones para encauzar el movimiento hacia el comunismo anárquico [...] propagando nuestro ideal entre los soldados inconcientes [...]". Flores Magón hacía un desesperado llamado a la solidaridad: "Reflexionad anarquistas que dudáis [...]. La duda es hacer labor obstruccionista. Que todos, los periódicos libertarios, de todos los idiomas y todos los países propaguen el movimiento mexicano [...]. Que todos los anarquistas sin excepción, ayuden con dinero y moralmente al Partido Libera Mexicano".¹³³

Pocos días después, en Argentina, el Dr. Creaghe asumía la defensa del magonismo. Toda su argumentación estuvo centrada en señalar la ventaja, que para el Partido Liberal Mexicano significaba, operar en un país donde "la población indígena tiene un instinto natural en favor del comunismo". En la organización comunal indígena, Creaghe creyó descubrir la célula de la futura sociedad anarquista. Y en la resistencia indígena a toda forma de despojo, el anarquista argentino encontró la fuerza para una lucha contra toda forma de gobierno. Zapata, en el estado de Morelos, representaba la materialización más evidente de ese "instinto comunista", pero además "en todo México hay un sinnúmero de esas comunidades, que pasan una vida primitiva sencilla [...], en completa armonía, sin ninguna de las privaciones de la civilización". Por ello México, aparecía "como una país muy preparado para implantar un sistema comunista", tornándose imprescindible desplegar una campaña contra "los falsos lemas de repartición de tierra, que es hasta donde se atreven los políticos en México". Por el contrario, apuntaba Creaghe, "debemos hacer el sacrificio para propagar en México la verdad, la idea, el principio de que el pueblo de ninguna manera y en ninguna parte puede aceptar menos que el comunismo, debemos ayudar [...], empezando por el diario *Regeneración*, que ha hecho tanto por propagar las ideas libertarias entre todos los mexicanos".¹³⁴

La invasión norteamericana en México, y la movilización ugartista

en Argentina, obligaron al anarquismo a definir algunas posiciones. P. Giribaldi, en un artículo publicado a mediados de abril de 1914, exhortó a manifestar solidaridad con el pueblo mexicano, en tanto "la intervención no es en perjuicio de Carranza o de Villa, la intervención va contra nuestros compañeros, nuestros hermanos, los indios que luchan denodadamente por la reconquista del suelo, que por la ley y las ballonetas les fuera arrebatado". Resistir la invasión, lejos de representar "un grito de alarma para las repúblicas del sur", significaba sumar fuerzas para que "el grito de Tierra y Libertad pueda extenderse sin los aspavientos patrioterros de Ugarte".¹³⁵

La más firme defensa del magonismo fue asumida por Pierre Quirole, anarquista de origen francés, veterano militante cuya trayectoria se remonta a su participación en la Comuna parisina. Quirole, retomó la caracterización que *Regeneración* hacía de Villa y Carranza, para desde ahí abordar el problema de la intervención norteamericana. El desembarco de los marines en Veracruz "demuestra cual será la actitud de las potencias extranjeras en los grandes conflictos que han de originarse en el futuro, cuando los pueblos intenten expropiar a la clase dominante, para socializar el suelo y la hacienda".¹³⁶

La intervención venía complicar el panorama a los libertarios mexicanos. Estos -según Quirole- no debían sumar sus esfuerzos al

del gobierno huertista, de esa decisión dependía la suerte del movimiento emancipador. "Los rebeldes no deben intervenir en la contienda [...]. Ellos deben seguir con más entusiasmo que nunca expropiando a los amos, ahora que el gobierno, teniendo que hacer frente al enemigo, no puede oponerse al avance de la justicia popular".¹³⁷

Quirole daba por descontado el triunfo de Carranza, al que suponía apoyado por Estados Unidos. Pronosticaba, que una vez en el poder, el constitucionalismo "empezará una represión metódica de la Revolución", por ello recomendaba a sus camaradas mexicanos prepararse para una guerra de guerrillas "frente a un enemigo superior en número y en elementos de guerra". Era necesario "eternizar la lucha" para fortalecer la Revolución, "tratando de incorporar nuevos elementos hasta acabar con la existencia del régimen".¹³⁸

Hacia finales de abril de 1914 el Comité pro México encabezado por Ugarte, demostraba un significativo poder de convocatoria. Contra las propuestas ugartistas elevó su voz el anarquista Eduardo Gilimón, pero además, apuntó también contra aquellos compañeros que hacían suya la causa del magonismo.

Si desde el igualitarismo anarquista, conceptos como el de nación, frontera y raza, eran simples artificios que escondían el verdadero carácter de la dominación burguesa; en Argentina, por

las características de su conformación social, estas concepciones fueron desplegadas con comodidad. La idea de extranjería fue duramente combatida por el anarquismo.

La penetración de las ideas anarquistas en una clase obrera constituida a partir de una serie de flujos migratorios, que además reconocían variadas nacionalidades, resultaba para Gilimón, una muestra contundente de la inoperancia de las apelaciones a un espíritu de raza, como el esgrimido por Ugarte. "No hay que confundir el espíritu de justicia, con el extraño sentimiento de raza que se agita en Argentina [...]. No es la simpatía hacia el débil cuando es atropellado por el fuerte, lo que conmueve. Si en vez de México se tratara de Trípoli, la China o Marruecos, las multitudes que hoy realizan manifestaciones antiyanquis se conformarían con leer en las prensa los detalles de la invasión. Lo que les mueve es en realidad, la influencia libresca, la influencia del papel impreso que ha hecho nacer una idea de raza, en este conglomerado de toda las razas que es Argentina. Si una idea de justicia hacia el débil fuera el motor de la agitación, habríase producido ante cualquier invasión [...]. Esa justísima revolución económica mexicana, vendida por Madero, perseguida por Huerta, y aniquilada por Pancho Villa, no ha motivado ni un solo grito de aliento entre los justicieros de hoy. Nada de eso importa a los patriotas racistas [...]. Que se niegue el derecho a intervenir, simplemente porque lo realizan extranjeros, hombres de otra raza, otra lengua, es un absurdo;

que se niegue porque entraña un abuso, una injusticia, es lógico".¹³⁷

Gilimón no sólo intentaba desmitificar la propuesta latinista de Ugarte, sino también aquellas visiones que, desde las propias filas del anarquismo argentino continuaban confiando en las posibilidades del un triunfo magonista. "Si en México hubo partidas revolucionarias con fines de transformación social y económica, ellas han desaparecido absorbidas por los revolucionarios políticos". En México se asistía una vez más al triunfo del caudillaje político "excitador de multitudes indígenas, defensor de la propiedad privada, y estafador de las expectativas populares. Un caudillismo que siempre deja para más adelante el cambio económico".¹³⁸

Las críticas de Gilimón apuntaron hacia aquellos que sostenían que el magonismo tenía la ventaja de desenvolverse en un medio donde las prácticas "comunistas indígenas" estaban fuertemente arraigadas. "¿Hasta que punto el comunismo de los indios puede equipararse al nuestro?", interrogaba Gilimón. "Del comunismo libertario al autoritario va una gran diferencia. Los anarquistas no podríamos vivir en esas comunidades indígenas [...], en las que el principio de autoridad es de una brutalidad sin límites [...]. No es posible suponer, que ni aún habiendo adquirido vigor la revolución propiciada por los Magón, hubiera logrado otra cosa que la vuelta al régimen económico que encontraron los españoles.

La tradición, el comunismo tradicional se hubiera impuesto al comunismo de los pensadores anarquistas". Gilimón pasó a desacreditar todo el movimiento revolucionario. Sus conclusiones fueron lapidarias: "México analfabeta, México corroído por el alcohol, México tiranizado por el cacique, el virrey o el dictador, México supersticioso, no es sin duda, un país apropiado para ensayos sociales de trascendencia, [...]. Los camaradas mexicanos nos han engañado, México no es tierra apta para grandes ideales. Son los caudillos únicamente los que triunfan".¹⁴⁴

Las opiniones de Gilimón abrieron paso a una polémica que se reflejó en las páginas de *La Protesta* durante los meses de mayo y junio de 1914. Quirole discutió con Gilimón, y estas posiciones fueron matizadas por las ideas de otros anarquistas.

Quirole contestó de inmediato. El estado de miseria y postración del pueblo mexicano no era una punto de partida capaz de determinar la preparación de ese pueblo para adherir al ideal anarquista. En todo caso, decía Quirole, "no se debe olvidar que el México alcoholizado, tiranizado, analfabeta y fanático, es producto de políticas gubernamentales a las que debemos enfrentarnos los anarquistas". La coyuntura de una guerra civil, debía ser aprovechada como una oportunidad para convertir la prédica en práctica libertaria: "Aún suponiendo la extrema decadencia del pueblo mexicano -de que nos habla Gilimón-, aún cuando los indígenas sean fáciles de acaudillar, ¿no puede ser

esto favorable a la intromisión en sus filas de 'caudillos' anarquistas, antes que contemplar impasibles el movimiento armado?. Por otra parte, ¿no podriase implantar el comunismo anárquico 'manu militari' [...] aún sin estar el pueblo preparado para vivir de acuerdo a nuestras ideas?, ¿hasta cuando se debe esperar para estar preparado?".¹⁴² Sólo la toma del poder por los anarquistas podía poner fin a todas las causas que originaban "la decadencia del pueblo mexicano". Para conseguir este objetivo, decía Quirole, era necesario "aún después del triunfo, conservar las armas, hasta que nuestro ideal, convertido en práctica, sea definitivamente comprendido y aceptado por la mayoría".¹⁴³

Gilimón se equivocaba. El magonismo "no nos ha engañado", por eso exhortaba a todos los militantes a "apoyar a los camaradas de Los Angeles, y a estorbar en todo lo posible la intervención norteamericana". Quirole cerraba su artículo con una llamado a la Federación Obrera Regional Argentina a iniciar un boicot a los productos estadounidenses, "amén de otras medidas que obliguen a los invasores a retirarse".¹⁴⁴

Gilimón respondió en la siguiente edición de La Protesta. Citando a González Pacheco, indicó que "la revolución en México será anarquista cuando la hagamos los anarquistas", pero agregó que "no habiendo en México anarquistas, salvo algunos compañeros, la revolución social es un absurdo".¹⁴⁵ Insistió en la

incapacidad del pueblo mexicano para comprender el ideal anarquista. Para Gilimón, el hecho de que partidas de alzados expropiasen tierras, era resultado de un reclamo que se remontaba a épocas coloniales, y que se materializaba por la vía del saqueo. Estas acciones no eran producto de una prédica anarquista.

Pero en esta oportunidad, el detractor del magonismo avanzó mucho más, hasta inclinarse en favor de una anexión de México a los Estados Unidos. México requería de un clima de "mayor libertad, de mayor cultura". Clima que "ni Carranza, ni Villa, ni Huerta, ni Zapata, pueden garantizar", por ello no vaciló en afirmar que México, "bajo el gobierno norteamericano, gozaría de más libertades que bajo el mando de los Porfirios".¹⁴⁶

Gilimón no sólo desacreditaba al magonismo, negaba también toda posibilidad de regeneración de la vida social mexicana, apostando a las supuestas ventajas de un anexionismo salvador. Gilimón se acercaba a las posiciones del socialismo respecto a México. Pero además, desafió a sus compañeros: "los anarquistas que crean que la intervención yanqui será destruida por el supuesto levantamiento social mexicano, que obren por separado".¹⁴⁷ Las respuestas no tardaron en llegar.

En la polémica terció otro cabecilla del anarquismo argentino: T. Antilli. La circunstancia de estar encarcelado desde 1910, no le

impidió seguir la discusión, y redactar una serie de artículos con los que se sumó a la polémica.

Desde su celda, escribió que las dudas sobre el magonismo giraban alrededor de su capacidad para incidir en un proceso que "a juzgar por los resultados que se van conociendo, de los dos o tres movimientos revolucionarios que ocupan la atención de la prensa -todos encaminados al poder y a la política-, apenas queda espacio para que los compañeros de Tierra y Libertad lancen su grito".¹⁴⁰

Antilli consideraba incorrecto apelar a los sentimientos de libertad de un pueblo oprimido, para convertirlos en garantía de un potencial triunfo revolucionario. Recordaba pasajes de la historia argentina donde, el "gaucho rebelde e ingobernable, hermoso ejemplo de libertad, en muchas ocasiones se trasmutó en sicario de un tirano de turno". También discutió la cuestión de la lucha armada: "el anarquismo puede usar las armas para tener a raya a la fuerza armada, pero no para fundar sobre ellas un Estado anarquista". El estar en posesión de las armas, no era garantía de que el pueblo mexicano estuviera maduro para una organización comunitaria, y aún reconociendo esta situación, la implantación de la anarquía "manu militari", no haría más que profundizar la violencia, verdadero contrasentido en la perspectiva de Antilli.

En relación a la intervención norteamericana, trató de colocar la cuestión en "sus verdaderos términos". La invasión en tanto "intervención del capital y el estado implica una verdadera enseñanza para nosotros [...]. El capital es mundial, no solamente argentino o mexicano o norteamericano, de la misma manera que el Estado es universal y omnipresente"; por eso sostuvo: "nuestra lucha es también mundial [...] no es posible circunscribir el combate a un sólo país, porque de hacerlo la intervención es inevitable, y cuando ésta sucede, se restablece la lucha en sus verdaderos términos, que son la completa destrucción de todo estado y de todo capital". El proyecto libertario sólo era viable al adquirir dimensión planetaria, "pues aunque quede un sólo Estado en pie, aunque no sea mexicano, sino norteamericano, intentará apropiarse de todo lo que no le conviene, tratará por su mismo desarrollo de tomar propiedad de toda la tierra".¹⁴⁷

Antilli recordaba a Gilimón que la cuestión de fondo era la lucha entre la propuesta libertaria y los sistemas autoritarios. La situación en México se presentaba como "la disputa entre dos años autoritarios", ¿por qué escoger a uno de ellos, como garante de mayor libertad para el pueblo mexicano?. "Hemos de incurrir en la falta de consecuencia de atribuir toda elevación moral e intelectual de los pueblos, a los gobiernos o a los sistemas de autoridad de que disfrutaban?".¹⁴⁸

Antilli insistió en una serie de cuestiones básicas de la agenda anarquista: el ideario libertario, la dimensión mundial de la lucha, la impostura de declararse "neutrales" ante a un enemigo que no reconocía fronteras, y finalmente frente al magonismo, reclamaba la necesidad de conocer en profundidad los hechos, "para no entrar en el terreno de las probabilidades, como quiere en último extremo, el compañero Quirole, por cariño a la Revolución Mexicana".¹⁰¹

Retomando las posiciones de Antilli, otro articulista que firmó con el seudónimo de Libra Volutas, publicó una nota en la que negaba toda posibilidad de triunfo al magonismo. Circunscribir la lucha a un sólo país era marchar a la derrota: "aún en la hipótesis de que los comunistas se posesionaran de todo el pueblo mexicano, ¿creéis por un momento que todas las naciones del continente americano no aplaudirán la intromisión de Norteamérica para que restableciese el poder gubernamental, la propiedad, etc.?" La revolución social debía ser universal, y para alcanzarla resultaba imprescindible la creación de "una poderosa organización obrera internacional". Hasta tanto ella se materializase, "debemos mirar el anarquismo sólo como una teoría".¹⁰²

Días después se sumó al debate otro intelectual anarquista, F. Richard. La crítica a la argumentación de Gilimón se hacía extensiva también a las posiciones sostenidas por los socialistas

argentinos. Richard puso en tela de juicio aquellos supuestos que consideraban a la intervención norteamericana como portadora de un horizonte de paz y progreso para los mexicanos. Para el articulista, asociar ese horizonte a una aceleración del desarrollo capitalista constituía un grave error, pues "el régimen burqués se extenderá considerablemente, y el resultado de ese régimen no será mejor que el resultado que hoy dan las revoluciones en México". Apostar a la intervención colocaba a los trabajadores mexicanos ante una falsa alternativa: "morir en las filas acaudilladas por militares no es nada bueno, pero tampoco es bueno morir trabajando para los explotadores yanquis en las minas o en las fábricas".¹²³

La imagen de una idílica vida comunitaria en los campos de México, introducida por Craghe, sostenía ahora la argumentación de Richard. En esa construcción imaginaria de "hábitos comunistas que podían evolucionar fácilmente hacia el comunismo anárquico", depositó el articulista todo su optimismo en la suerte de la Revolución Mexicana.

Una condena al "régimen burqués" hecha desde una perspectiva moralista, trasunta todo el discurso de Richard. La anexión norteamericana entrañaba el serio peligro de hacer desaparecer aquellos sentimientos "comunitarios" base de la futura sociedad anarquista: "los campesinos mexicanos perderán el hábito de vivir en el comunismo sano de la tierra, y se convertirán en aves de

rapiña: el capitalismo y la burguesía influirán en ellos, les inculcarán el amor a la propiedad privada, serán torpes y ruines acaparadores, vivirán [...] con la obsesión maldita del centavo, del interés".¹⁵⁴

La polémica continuó. "El exagerado pesimismo de Antilli, Gilimón y Libra Volutas" dió pie a Quirole, para convertir a la Revolución Mexicana en el centro de un artículo que apuntó más hacia el tema de la relación entre teoría y práctica anarquista, que hacia el mayor o menor "carácter anárquico de la Revolución en México, porque en definitiva no poseemos más datos que los que nos puedan suministrar los camaradas de *Regeneración*".

Quirole comenzó por manifestar su malestar porque las opiniones críticas de sus compañeros estaban causando decisiones preocupantes: "hemos visto que compañeros de buena voluntad que corrían listas en favor de los revolucionarios mexicanos, a la sola lectura de Gilimón, se apresuraron a devolver el dinero recolectado a sus donantes"¹⁵⁵

El veterano militante francés, hacía una distinción entre el carácter universal del régimen burgués, y las condiciones concretas para combatirlo. Calificó de "utópica" la posibilidad de que la revolución social estallase en varias naciones al mismo tiempo. "Hay países que por sus condiciones político-sociales, por la variedad de formas impuestas por sucesivas revoluciones

políticas, que conducen al desprestigio de sus instituciones, y por circunstancias favorables -como sucede en México- se pueden lanzar a la Revolución social, sin esperar la aquiescencia o preparación de otras, y triunfar con ayuda y solidaridad prestada por otros pueblos".¹³⁶

Quirole defendió la legitimidad y viabilidad de una propuesta anarquista encarnada en una minoría esclarecida, que por la vía de las armas y "en circunstancias favorables", fuera capaz de conducir el proceso revolucionario. "¿No le parece a Libra Volutas que eso de 'mirar al comunismo como una teoría mientras no exista una poderosa organización obrera internacional', equivale a decir, que tenemos que esperar a que la mayoría se haga anarquista para lanzarse a la lucha armada?. Vale decir que tenemos que reirnos a mandíbula batiente de la minoría que en cualquier país intente cambiar el régimen a mano armada, sin esperar la mayoría, o sea para las calendas griegas [...]. No compañero, la anarquía se abre paso, progresa, avanza, y se impondrá [...] por un gesto heroico de una minoría. Para este objetivo, la organización obrera es muy útil, pero no indispensable".¹³⁷

La defensa de una estrategia armada tenía como interlocutor a Antilli. Quirole esgrimía que negar el potencial de la lucha armada, significaba "bien a las claras, la falta de orientación de nuestro ideal [...], debido a la carencia de un programa de

principios comunista-anárquicos, cuya obra de construcción y acción revolucionaria se impone, a fin de uniformar nuestros distintos criterios". Quirole descartó toda posibilidad de materializar el ideal anarquista, a través de la sola extensión "de la enseñanza teórica". Por el contrario, él pensaba en un plan revolucionario sostenido con la fuerza de las armas. Esa vía revolucionaria sería capaz de desmontar la maquinaria burguesa y destruir el Estado. De ese "ejercicio revolucionario" que Quirole llamó "enseñanza teórico-práctica", saldría "una mayoría convencida de la bondad de nuestro ideal [...]. No creo, como Antilli, que nuestra tendencia se pueda manifestar con solo una resistencia más o menos cristiana. Los compañeros mexicanos, por ejemplo, no pueden contestar con una resistencia platónica [...], ahí es lógico que esgriman las armas en defensa de nuestra tendencia".¹⁰⁰

La posición del anarquismo frente a la invasión norteamericana, mereció otro largo artículo de Quirole. Las tesis de Antilli y Gilimón fueron rebatidas a partir del entendimiento de que "la agresión yanqui" tenía sus orígenes en la profundidad alcanzada por la guerra liderada por el magonismo. Suponer que la "revolución concluirá dominada y vencida por los capitalistas yanquis [...] significa que ningún país podrá organizarse anárquicamente si antes no se destruye en todas partes la fuerza capitalista. Siendo así, y si el monstruo del capital debe renacer cada vez que se le corta la cabeza, es un absurdo seguir

luchando [...]. Esto y decir que la emancipación humana es imposible, es lo mismo. Creer que la revolución estallará en todas partes es divagar, y si para obrar, debemos esperar que ésto suceda, tenemos para rato".¹⁰⁷

Preocupado por las implicaciones "prácticas" de las tesis sostenidas por sus compañeros, Quirole creyó que no tomar partido en los sucesos mexicanos implicaba "dejar morir a México en manos de los Estados Unidos, permitir que nuestro ideal caiga hecho pedazos por la metralla enemiga, mientras tanto, nosotros discutimos como organizarnos [...]"¹⁰⁸

Quirole calificó a México como "el punto más propicio, entre todas las naciones, para tentar la aventura anarquista"¹⁰⁹ Punto de confluencia de propuestas revolucionarias sostenidas por el núcleo magonista, y vehiculizadas por la vía de las armas. A diferencia de sus oponentes en la polémica, creyó firmemente que a la sombra de "una revolución política" se desarrollaba un vigoroso movimiento libertario.¹¹⁰ No calificó a la Revolución en su conjunto como anarquista, entendía que ella estaba en germen, y por ello llamaba a sus compañeros a practicar una verdadero solidaridad continental. A lo largo de sus artículos, trató de demostrar que en México se condensaban "procesos y circunstancias" favorables para la implantación del ideal anarquista, sin vaticinar que el éxito coronaría los esfuerzos del Partido Liberal Mexicano. Aunque Quirole, jamás dudó "del

arraigo y valentía de los camaradas mexicanos, que podrán grabarse con letras de oro en las páginas de la Historia".¹⁴³

A finales de mayo de 1914, la polémica comenzó a languidecer. Desde su celda, Antilli escribió una corta nota de respuesta a Quirole. La batería de ideas que lanzó el anarquista francés no tuvieron respuesta. Antilli, sin retomarlas, se limitó a reiterar sus puntos de vista: "debemos tener cuidado, no tomemos el desquicio del gobierno en México, por preparación de un pueblo para el rechazo del gobierno. No corramos tras una ilusión".¹⁴⁴

Quirole sin interlocutores escribió un último artículo sobre el tema. Nada nuevo agregó, y a manera de síntesis de sus posiciones, dió por concluida su participación en la polémica".¹⁴⁵

Tiempo después, un solitario artículo firmado por F. Gonzalo, tocó tangencialmente el tema de la Revolución Mexicana. El autor reflexionaba sobre la importancia de la fuerza campesina, a la que llamó "músculo de la revolución social". Gonzalo introducía una temática, que ninguno de los polemistas había incorporado como tal, y con ello intentaba poner al día una discusión que el magonismo instaló en el seno del anarquismo internacional: la posibilidad de materializar una revolución sobre una base social mayoritariamente rural.¹⁴⁶

Para Gonzalo, México indicaba el despertar de "esa temible fuerza que constituye la masa agraria". Aquel país, servía de ejemplo de la imperiosa necesidad de "conquistar el campo", pues "nada hay más peligroso para la efectiva consumación de nuestros ideales que el peligroso divorcio entre los trabajadores del campo y los de la ciudad. En el medio rural reside la fuerza reaccionaria del privilegio [...], de los campos salen reclutadas las reservas que los capitalistas utilizan para suplir a sus obreros en huelga [...]". Era urgente desplegar el ideal anarquista entre los campesinos a los fines de contrarestar su potencial contrarevolucionario. México de nuevo aparecía como ejemplo: "Si la actual revolución mexicana, mantiene aún la desoladora bandera del exterminio, ello obedece a la fácil explotación del elemento agrario por parte de caudillos rivales, más que a sus inclinaciones comunistas". En la perspectiva de este anarquista, el Partido Liberal Mexicano no había conseguido vencer "la tara conservadora del campesino".¹⁴⁷

Las opiniones de Gonzalo no tuvieron respuesta. La polémica en torno a México se instaló en una coyuntura desfavorable para los anarquistas argentinos. Su organización e influencia agonizaba. La represión gubernamental contribuyó a ello, pero además, un proceso de diferenciación en el interior de la clase obrera argentina, signó la suerte de la dirección anarquista.¹⁴⁸ Esta no pudo resistir el embate de las tendencias sindicalistas, que disputaron la conducción obrera, hasta alzarse con ella a partir

de 1915.

La discusión que movilizó a los más importantes intelectuales del anarquismo fue un intento, vano al fin, por inyectar fuerzas a un movimiento en decadencia. México fue un chispazo que despertó momentaneamente conciencias en letargo. El mismo Quirole lo confesaba: "hay que levantar los ánimos decaídos, [...] es preciso accionar, propiciar, fomentar el espíritu de rebelión a partir de los movimientos rebeldes que se desarrollan en otras partes".¹⁶⁹

Los libertarios argentinos no olvidaron a la Revolución Mexicana. Las páginas de *La Protesta*, ya sin escritos polémicos, continuaron desmintiendo todas las "alentadoras" noticias sobre México: "nadie crea lo que cuentan los diarios, en México no habrá paz en muchos años, hasta cuando no se repartan las tierras, hasta cuando triunfe el pueblo [...]"¹⁷⁰

En los siguientes años, *La Protesta* no disimuló su simpatía por Ricardo Flores Magón, aunque debió transcurrir algún tiempo, para que desde el seno del anarquismo argentino se realizara una valoración completa del magonismo. Uno de sus productos, fue la obra que desde Argentina, Diego Abad de Santillán redactó: *Ricardo Flores Magón. Apóstol de la Revolución Mexicana. Primera biografía del líder del Partido Liberal Mexicano y, aunque apologético, primer acercamiento a la historia de Regeneración.*¹⁷¹

NOTAS

1. La Prensa. Bs.As. 25/3/1914.
2. Ibid. 28/3/1914. Estas declaraciones fueron realizadas por el ex presidente norteamericano a The Outlook de Nueva York.
3. Ibid. 26/3/1914.
4. En febrero de 1914, el presidente R. Saenz Peña se alejó de sus funciones por razones de enfermedad. El vice presidente V. de la Plaza se hizo cargo de la titularidad del Poder Ejecutivo y como tal, reorganizó el gabinete nacional. El canciller Bosch fue reemplazado por Murature. El presidente Saenz Peña murió en agosto de 1914.
5. AMRECA. SCNF. Caja 1, Tomo 1. Murature. 12/3/1914.
6. ASREM. AEMARG. 1914. Exp.1, f.99. Durante todo el tiempo que duró las mediación del ABC, fue discutido el tema de la creación de las embajadas. La iniciativa provino de la Casa Blanca, y en agosto de 1914, el Congreso norteamericano sancionó la ley para la creación de la embajada norteamericana en Buenos Aires. La respuesta argentina fue inmediata, un mes más tarde Naón recibió su nombramiento de embajador argentino en los Estados Unidos.
7. El 9 de abril de 1914, soldados federales detuvieron a un grupo de marinos norteamericanos en el muelle de Tampico. La detención duró sólo un par de horas, y se realizó bajo el argumento de que el desembarco fue efectuado en un lugar sujeto a autoridad militar, y sin solicitar permiso a la jefatura militar mexicana. Este incidente sirvió de pretexto al presidente Wilson para presionar la salida de Huerta. Un simple hecho de policía pasó a convertirse en todo un "conflicto internacional". Washington exigió como reparación que el ejército mexicano saludara a la bandera estadounidense con una salva de veintiún cañonazos. El gobierno de Huerta se mostró dispuesto a efectuar la "reparación", si los Estados Unidos saludaban de la misma manera a la bandera mexicana. Al mismo tiempo, el gobierno mexicano propuso presentar el caso ante el Tribunal Internacional de Arbitraje de La Haya. Los norteamericanos rechazaron ambas proposiciones, y así la negativa de Huerta fue la excusa esgrimida por Wilson para, semanas más tarde, invadir el puerto de Veracruz. Véase: E. Ulloa. Op. Cit.
8. La Prensa. Bs.As. 15/4/1914.
9. Ibid. 20/4/1914.

10. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 5. Naón. 15/4/1914.
11. Ibid. Caja 1. Tomo 1. Naón. 22/4/1914.
12. Ibid. Murature. 23/4/1913.
13. Ibid. Naón. 23/4/1914. La documentación que revisamos indica que la propuesta mediadora provino del ABC. Sin embargo resulta difícil creer que la cancillería de Buenos Aires, después de dejar asentada su postura de no propiciar una mediación sin el pedido expreso de las partes interesadas, haya virado tan rápidamente de posición. En tal sentido, es de suponer la existencia de algún tipo de sugerencia y/o comentario de Washington mostrando una buena disposición para recibir la oferta. La fuente diplomática no permite corroborar esta suposición, aunque ella aparece explícitamente en otros documentos. Es el caso de un artículo publicado en el *New York American* (27/4/1914) indicando "Se ha descubierto un hecho no muy edificante, en verdad las tres repúblicas sudamericanas no han ofrecido sus servicios como mediadoras. Mr. Bryan les pidió [...] que se ofrecieran como tales. En la misma dirección se inscribe la carta que W.F. Barkley dirigió a E. Rabasa, indicando que el ABC "ofreció sus servicios por insinuación de Bryan". AMRECA. SCNF. Caja 7. Barkley. 4/6/1914. Por otra parte, y desde la perspectiva norteamericana, tal suposición no carece de lógica, teniendo en cuenta los antecedentes de la política de Wilson hacia México. Véase B. Ulloa. Op. Cit. I. Fabela. Op. Cit.
14. AMRECA. SCNF. Caja 1. Tomo 3. Naón. 23/4/1914.
15. Ibid. Caja 1. Tomo 1. Naón. 2/5/1914.
16. Ibid. Caja 7. Tomo 3. Murature. 24/4/1914.
17. La Prensa. Bs.As. 23/4/1914.
18. Ibid. 27/4/1914.
19. Ibid. 27/4/1914. El canciller Murature tenía opiniones semejantes. En una comunicación confidencial a Naón, indicó que la gestión del ABC "afianzará la confianza y la cordialidad del espíritu público, no sólo porque desvirtuaría los propósitos de intervención armada de los Estados Unidos, sino también porque halagaría el amor propio nacional en Argentina, al sancionar la eficacia de su intervención mediadora". AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 5. Murature. 23/5/1914. (El subrayado es nuestro)
20. La Nación. Bs.As. 23/4/1914.
21. Ibid. 29/4/1914.
22. La Argentina. Bs.As. 26/4/1914.

23. La Razón. Bs.As. 28/4/1914.
24. El Nacional. Bs.As. 27/4/1914.
25. La Gaceta de Buenos Aires. Bs. As. 5/5/1914.
26. El Diario Español. Bs. As. 26/4/1914.
27. La Mañana. Bs.As. 27/4/1914.
28. La Vanguardia. Bs.As. 24/4/1914.
29. Ibid. 6/5/1914.
30. AMRECA. SCNF. Caja 1. Tomo 1. Carranza. 29/4/1914.
31. Ibid. Naón. 27,28,29 y 30/4/1914.
32. Ibid. 1/5/1914.
33. Ibid. Murature. 1/5/1914.
34. Ibid. Caja 7. Tomo 1. Naón. 3/5/1914.
35. Ibid. Caja 6. Tomo 5. De Estrada. 29/4/1914.
36. Ibid. Caja 1. Tomo 1. 2/5/1914. La negativa de Carranza significaba no acordar con los términos del ofrecimiento mediador, en tanto que, condición previa para participar en las conferencias, era declarar un armisticio durante todo el tiempo que duraran las negociaciones.
37. Ibid. Naón. 4 y 10/5/1914.
38. Ibid. Caja 7. Tomo 1. Murature. 5/5/1914.
39. Ibid. Caja 1. Tomo 2. Naón. 6/5/1914.
40. Ibid. Caja 1. Tomo 1. Naón. 7/5/1914.
41. Ibid. Murature. 10/5/1914.
42. Ibid. Naón. 10/5/1914.
43. Ibid. Caja 7. Tomo 1. Naón. 12/5/1914.
44. Ibid. Caja 1. Tomo 7. Murature. 16/5/1914.
45. La delegación huertista estuvo integrada por Emilio Rabasa, Agustín Rodríguez y Luis Elguero.

46. La delegación nortamericana estuvo integrada por Joseph Lamar y Frederick W. Lehmann.
47. Para un análisis detallado de la actuación de las delegaciones mexicana y norteamericana, véase B. Ulloa, Op. Cit.
48. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 1. Naón. 27/5/1914.
49. Ibid. Caja 1. Tomo 1. Zurbarán Capmany. 29/5/1914.
50. Ibid. Caja 6. Tomo 2. Naón. 2/6/1914.
51. Ibid. Murature. 3/6/1914.
52. Citado por B. Ulloa. Op. Cit. p: 239.
53. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 2. Bryan. 9/6/1914.
54. Ibid. Naón. 12/6/1914.
55. Ibid. Naón 11/6/1914.
56. Ibid. Caja 7. Tomo 1. Da Gama y Suárez Mugica 18/6/1914.
57. Ibid.
58. Ibid.
59. Ibid. Caja 6. Tomo 2. Naón 21/6/1914.
60. Ibid. Caja 7. Tomo 1. Naón, Da Gama y Suárez Mugica. 18/6/1914.
61. Véase. B. Ulloa. Op. Cit. pp.246-247.
62. Citado en Ibid. pp. 255-256.
63. The New York Time. Nueva York. 26/6/1914.
64. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 1. Rabasa, Elguero, Elguero. 2/7/1914.
65. Ibid. Zubaran Capmany. 27/6/1914.
66. Ibid. Naón, Da Gama y Suárez Mugica. 1/7/1914.
67. Ibid. Suárez Mugica. 13/7/1914.
68. Ibid. Zubaran Capmany. 18/7/1914.
69. La Prensa. Bs.As. 27/6/1914.

70. Ibid. 29/6/1914.
71. La Nación. Bs.As. 26/6/1914.
72. La Vanguardia. Bs.As. 26/6/1914.
73. Ibid. 28-29/6/1914.
74. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 2. FUBA. 24/7/1914.
75. Ibid. Goytia. 20/8/1914.
76. Ibid. Caja 6. Tomo 6. Goytia. 25/10/1914.
77. Ibid.
78. Ibid. Caja 6. Tomo 2. Naón. 24/11/1914.
79. M. Ugarte. "Una alianza sudamericana para la preservación de la civilización latina" en *Review*. Paris. 1/12/1910. p.4.
80. Ibid. p.8.
81. Ibid. p.10.
82. El Mercurio. Santiago de Chile. 30/4/1913.
83. Manuel Ugarte al presidente de los Estados Unidos. Lima. Tip. El Lucero. 4/3/1913. AGNA. FMU. Leg.26.
84. El Mercurio. Santiago de Chile. 30/4/1913.
85. La Tarde. Bs.As. 20/4/1914.
86. La Argentina. Bs.As. 24/4/1914.
87. La Nación. Bs.As. 26/4/1912.
88. La cifra que Ugarte manejó ante la prensa era cercana a las tres mil cartas. Véase *La Nación*, *La Argentina* y *La Mañana* del 26/4/1914. La cifra no es exagerada, como se desprende de la existencia de toda esa documentación en el archivo personal de Ugarte que hemos revisado.
89. AGNA. FMU. Leg.32, f.51.
90. Ibid., f.39.
91. La Nación. Bs.As. 26/4/1914.

92. La comisión directiva del Comité pro México estuvo integrada por un presidente: Manuel Ugarte, un vice presidente: Pedro Sondereguer, un secretario general: Bartolomé Zanetta, y cuatro secretarios: Rufino Marui, Juan Más y Pi, Manuel Alvarez y Juan Parodi.

93. La Nación. Bs.As. 26/4/1914.

94. Véase. AGNA. FMU. Lgs. 32 y 55.

95. Ibid. leg.32. f.46.

96. La Argentina. Bs.As. 28/4/1914.

97. Ibid.

98. La Prensa. Bs.As. 29/4/1914.

99. Ibid.

100. La Razón. Bs.As. 28/4/1914.

101. Crítica. Bs.As. 29/4/1914.

102. La Nación. Bs.As. 29/4/1914.

103. La Mañana. Bs.As. 30/4/1914.

104. Diario Español. Bs.As. 29/4/1914.

105. AGNA. FMU. Leg. 37.

106. ASREM. AEMARG. 1914 Exp.2, fs. 1 y 2.

107. La Mañana. Bs.As. 15/5/1914.

108. AGNA. FMU. Leg.34.

109. Revista America. "Prospecto". Bs.As. Abril de 1914.

110. Ibid.

111. Ibid.

112. Ibid.

113. M. Ugarte. "El ejemplo de México" en Revista Americana. Bs.As. N.1. Julio, 1914.

114. AGNA. FMU. Declaración de la Asociación Latinoamericana. Leg. 35.

115. Ibid.
116. AGNA. FMU. Carta de Fernando Barragán a Ugarte. México.D.F. 27/7/1914. Leg.34.
117. Ibid. Carta de Luis Vega a Ugarte. Bs.As. 10/9/1914. Leg.32.
118. AGNA. FMU. "A la juventud y al pueblo de México". Leg.30.
119. The South America Journal. Londres. 23/8/1913.
120. La Argentina. Bs.As. 22/6/1914.
121. AGNA. FMU. Leg. 32.
122. Entre otros trabajos, León Suárez citó a: A. Molina Enríquez, Los grandes problemas nacionales; El Economista Mexicano, (1912); Semana Mercantil, Organo de la Cámara Mercantil de México, (1912); González y Domenech, La Revolución y sus Héroes; y A. Sala, El problema agrario en la República Mexicana.
123. J.L. Suárez. "El conflicto mexicano" en Revista del Centro de Estudiantes de Derecho. Bs.As. N.45. Año VII. Agosto 1914. p.743.
124. Ibid. p.753.
125. Ibid. p.783.
126. Ibid. p.784.
127. Ibid. p.785.
128. Véase La Vanguardia. Bs.As., a partir de abril de 1914.
129. La Protesta. Bs.As. 31/4/1914.
130. Ibid.
131. Ibid. 2/4/1914.
132. Ibid.
133. La Protesta. Bs.As. 4/4/1914.
134. La Protesta. Bs.As. 7/4/1914.
135. Ibid. 16/4/1914.
136. Ibid. 26/4/1914.
137. Ibid.

138. Ibid.
139. Ibid. 29/4/1914.
140. Ibid.
141. Ibid.
142. Ibid. 6/5/1914.
143. Ibid.
144. Ibid.
145. Ibid. 7/5/1914.
146. Ibid.
147. Ibid.
148. Ibid. 12/5/1914.
149. Ibid.
150. Ibid. 13/5/1914.
151. Ibid. 12 y 13/5/1914.
152. Ibid. 14/5/1914.
153. Ibid. 15/5/1914.
154. Ibid.
155. Ibid.
156. Ibid.
157. Ibid.
158. Ibid.
159. Ibid. 16/5/1914.
160. Ibid.
161. Ibid. 16/5/1914.
162. Ibid. 13/6/1914.
163. Ibid. 15/6/1914.

164. Ibid. 22/5/1914.

165. Ibid. 13/6/1914.

166. Véase, J. Torres Farés. Op. Cit.

167. La Protesta. Bs.As. 24/6/1914.

168. Véase, D. Rock. Op. Cit. y J. Suriano. Op. Cit.

169. La Protesta. Bs.As. 13/6/1914.

170. Ibid. 17/10/1914.

171. El texto fue escrito con motivo del segundo aniversario de la muerte de Ricardo Flores Magón. Su publicación, en 1925, corrió a cargo del Grupo Cultural Ricardo Flores Magón de México.

5. ARGENTINA-MEXICO. 1915-1917

5.1 MEXICO EN LOS ULTIMOS AÑOS DEL "REGIMEN" ARGENTINO

Argentina, Estados Unidos y el ABC

En la coyuntura creada por el estallido de la Primera Guerra Mundial, la diplomacia argentina creyó ver materializado su anhelo de participar de una política hemisférica en igualdad de condiciones que los Estados Unidos. Entre 1914 y 1917 la cancillería de Buenos Aires mostró un desmedido afán por actuar de manera conjunta con Washington. En tal sentido, el gobierno argentino aceptó una acción mancomunada, confiando una serie de cuestiones a un "renovado" panamericanismo.

Hubo razones de peso para este comportamiento. La dislocación del comercio mundial, a causa de una guerra de extensión y duración prolongada, tuvo importantes consecuencias para la economía argentina. La guerra favoreció a Argentina, que pasó a convertirse en abastecedora de los ejércitos beligerantes. Pero además, las restricciones que el conflicto armado europeo puso al comercio de importación, obligó al país a buscar nuevas alternativas para su aprovisionamiento. Y éstas, no podrían provenir sino de Estados Unidos. A estas circunstancias se sumó el ingreso final de los norteamericanos a la guerra. Situación que terminó por convertir a Estados Unidos, al igual que el resto de las naciones aliadas, en dependientes de las riquezas agro-ganaderas de la 'neutral' Argentina.

Por último. las dificultades financieras de la economía argentina, encontraron solución en el mercado de capitales de Nueva York. La recién establecida sucursal de National City Bank en Buenos Aires, contribuyó significativamente a oxigenar una plaza argentina agobiada por apremiantes necesidades de liquidez. No sólo préstamos, sino también una caudal de inversiones norteamericanas, comenzaron a arribar a las costas del Río de la Plata a partir de 1915.

El intercambio bilateral ascendió en proporciones jamás vistas. Las exportaciones norteamericanas subieron de 27 millones de dólares en 1914, a 127 millones en 1917. Las exportaciones argentina hacia Estados Unidos en 1918 -228 millones de dólares-, doblaron a las de 1916, que a su vez había doblado a las de 1914.¹

Este promisorio panorama venia a confirmar el significado de una reclamación largamente sostenida por la elite dirigente. Así lo entendía La Prensa al afirmar: " Ningún otro pedazo de tierra del planeta, más que la República Argentina, ofrece más alicientes a capitalistas e industriales norteamericanos, para aplicar sus aptitudes creadoras de riqueza y de consumo de manufacturas extranjeras".²

Hasta 1917 ambos países tuvieron otro punto de contacto: la postura de neutralidad ante la guerra europea. El tradicional

"pacifismo" argentino encontró un momento propicio para manifestarse. La diplomacia argentina intentó extender este principio a través de un acuerdo continental que, por la vía de la uniformación de los procedimientos de neutralidad, tendiera a la conformación de un frente unido contra la guerra.

Las dificultades para concretar este acuerdo se volvieron insuperables no sólo por el recelo de Estados Unidos, sino también por las distintas concepciones de las naciones latinoamericanas acerca del tema. Estas controversias, fueron entre otras, la causa de la suspensión de la Quinta Conferencia Panamericana que debió reunirse en Chile en 1914.

Sin embargo, el espacio de coincidencias que la neutralidad abrió entre los dos países, condujo a Argentina a apoyar, sin ninguna restricción, el Pacto Panamericano para la Paz que Wilson esbozó a finales de 1914.

Una vez efectivizado el retiro de Veracruz de las tropas norteamericanas, Wilson delineó un borrador del mencionado Pacto. Este proponía, en un breve articulado, un acuerdo amplio de recíprocas garantías de independencia política bajo la forma republicana de gobierno, y de integridad territorial entre los países que suscribieran el acuerdo. Al mismo tiempo, estipulaba que cada una de las naciones contratantes, ejercería un control total dentro de su jurisdicción para la venta de pertrechos

bélicos.*

El Departamento de Estado creyó que los países del ABC eran los interlocutores naturales para presentar el proyecto. Con ellos se iniciaron conversaciones informales en la última semana de 1914. La aproximación al embajador Naón se realizó a través del juez Joseph Lamar, quién había sido uno de los delegados norteamericanos a la Conferencia de Niagara Falls. Naón se mostró "extremadamente impresionado", al punto de convertirse en la más importante apoyatura del gobierno de Washington para propagandizar el proyecto. El embajador calificó el borrador como "un documento de gran valor histórico", y confió en que su cancillería compartiría igual opinión. La labor de convencimiento no tardó en rendir sus frutos. Los primeros días de enero de 1915, Murature indicaba que había "recibido la propuesta con gran simpatía, en tanto transformación del carácter unilateral de la Doctrina Monroe, en una política común a todos los países americanos".⁴ Argentina apoyó el Pacto y, a instancias de Naón, quedó estipulado que el ABC presentaría el proyecto a las demás naciones latinoamericanas.

A lo largo de 1915 Naón realizó todo tipo de movimientos para convertir al ABC en el promotor del acuerdo. El principal obstáculo consistía en la renuencia de Chile. El gobierno chileno tenía cuestiones de límites aún pendientes con Perú. Un Pacto como el propuesto pocas simpatías despertaba en un gobierno que

debía negociar problemas fronterizos generados por la Guerra del Pacífico.

Finalmente el proyectado Pacto quedó archivado. Wilson hizo una presentación formal del mismo en enero de 1916, con motivo de la Conferencia Científica Panamericana. Chile siguió en desacuerdo, Brasil mostró una actitud tibia, y el mismo presidente Wilson, embarcado en su campaña electoral, tampoco presionó demasiado. Pero además, el inminente ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra y la complicada situación con México, poco ayudaron a crear una atmósfera propicia para la firma de un acuerdo pacifista.

En lo que a Argentina se refiere, 1916 fue un mal año para sus gobernantes. El triunfo electoral del radicalismo, desplazó a los antiguos dirigentes, clausurando no solo el andamiaje diplomático tejido durante el último sexenio, sino también, todo un sistema de dominación política.

Sin embargo, la confianza depositada en el proyecto de Wilson, más allá de la suerte que corrió, es indicativa de un ambiente que trasunta el convencimiento de la diplomacia argentina, y sobre todo de Naón, de ser coparticipes en una nueva organización de las realciones panamericanas. Ernesto Bott, analista de la realidad política argentina, expresaba esta situación en los siguientes términos: "El actual gobierno argentino, que ha sabido

tomar en el momento necesario la iniciativa de la mediación en el conflicto yanqui-mexicano, y que ha hallado una fórmula concreta que realizara lo que, bajo el nombre del ABC, era sólo una posibilidad [...], está llamado a hacer recorrer otra etapa al panamericanismo, hasta quitar a las iniciativas de Washington todo aspecto de predominio imperialista".³

Y en efecto, el "feliz resultado" de la mediación, fue utilizado por el gobierno argentino para concretar jurídicamente, lo que hasta entonces sólo era una alianza de facto: el ABC. La amplia publicidad que alcanzaron los "éxitos" de la gestión mediadora, fue capitalizada por la cancillería argentina, y en mayo de 1915, los gobiernos de Argentina, Brasil y Chile suscribieron en Buenos Aires el Tratado Pacifista del ABC. En este documento quedó establecido que las diferencias originadas entre los tres signatarios que no pudieran ser resueltas por otros medios, serían sometidas a la investigación e informe de una comisión permanente. Las partes se obligaban además, a no practicar actos hostiles, sin antes haber agotado los medios pacíficos previstos.⁴

Mientras Naón en Washington hacía gestiones en apoyo a la propuesta pacifista de Wilson, en un mismo movimiento, el gobierno argentino tomaba la iniciativa y suscribía el Tratado del ABC. Este debía servir de ejemplo a aquel, y a través de ambos el principio de "arbitraje" en la solución de los

conflictos internacionales apareceria coronando un éxito más de la diplomacia argentina.

Respecto al principio de "no intervencion" el panorama era menos claro. La elite dirigente no renunció a él. En todo momento defendió su irrenunciable respeto. Pero entre las declaraciones oficiales y la práctica diplomática la relación no siempre fue simétrica.

Esta distancia, con sorprende transparencia, quedo evidenciada en el tratamiento de la "cuestión mexicana". A la cancilleria le resultó difícil conciliar su anhelo de participar activamente en la política panamericana, sin resignar en parte, el principio de no intervencion. Esta disyuntiva, además, se desenvolvía en el marco de una contradicción mayor. Argentina queria servir de "contrapeso" a la hegemonia de Estados Unidos, pero al mismo tiempo con aquel país, creía transitar una senda de mutuas coincidencias

En ninguno de los documentos diplomáticos se encuentra una renuncia explícita al principio de "no intervencion", todo lo contrario. Pero fue Carlos Becú, quien mejor explicó esta desviación entre una fórmula declarativa y su manifestación práctica. Becú, profesor titular de la cátedra de Derecho Internacional de la Universidad de Buenos Aires, reflexionó sobre las dimensiones teóricas y prácticas del pacto del ABC. Con

relación al intervencionismo señaló: "La intervención coercitiva o armada es un caso extremo y accidental, en cambio la intervención diplomática, por acción diplomática prudente, por propanganda, por concesión de ventajas, y por invocación de los más nobles sentimientos, es parte necesaria y habitual de la vida internacional. Con ello queda explicado el intervencionismo, especialmente si recordamos que sus propósitos pueden y suelen ser ejemplos de la ética más elevada [...]. No se ha inventado otro procedimiento para la vida de relación internacional que la intervención continua de cada país, respecto de otros, para cumplir dentro y fuera de sus fronteras el destino que le asignan su riqueza, su cultura y su fuerza".

Las concepciones de Becú, sintetizan en buena medida una conducta diplomática "errática" en relación al principio de la "no intervención". Conducta, muchas veces tachadas de "intervencionista" e imposible de justificar, como intentó hacer la cancillería, con la sola declaratoria de fe en un "principio rector" de la política exterior argentina.

Este "zigzagueante" comportamiento argentino, no pasó inadvertido en el exterior. Contra el tratado del ABC se desató una verdadera avalancha de críticas. Mientras el presidente argentino enviaba al Congreso el Tratado para su ratificación; la prensa latinoamericana manifestaba su rechazo. Con rumores, muchas veces infundados, y proponiendo proyectos alternativos, esa prensa se

hacia eco de un extendido sentimiento de desconfianza hacia un Tratado que, en palabras del presidente argentino, "era un paso más en el camino del derecho y la justicia entre pueblos hermanos, llamados a realizar una obra de paz y progreso".¹⁰

En abril de 1915, El Siglo de Montevideo, protestó contra "la afrenta de tutelaje que la existencia del ABC significa para América Latina". El periódico suponía al ABC inspirado en el propósito de organizar una "fuerza directriz de los intereses internacionales de la mitad del continente", caracterizándolo como "molde estrecho, egoísta y peligroso".¹¹ También en Montevideo, Tribuna Popular afirmó que en la Conferencia de Niagara Falls, se había pactado "una distribución" del continente entre Estados Unidos y las naciones del ABC.¹²

La prensa ecuatoriana calificó a la entente sudamericana como "producto de un delirio de grandeza".¹³ El Comercio de Lima decía que "una coincidencia alfabética y un impulso megalómano" habían dado origen al ABC. "No es posible que los pueblos se junten por impulsos platónicos, sino que se unan por intereses que unas veces florecen en las superficies, y otras se agitan en las profundidades tenebrosas de los planes impuros". Aquella combinación diplomática, no podía tener más explicación que la de ser "la más grave y temible: la consagración de una entente entre tres pueblos, que dejará las manos libres a algunos para hacer lo que les viniere en gana".¹⁴

El Tiempo de La Paz, proponía una "entente boliviana, peruana, ecuatoriana, colombiana y venezolana para contrarrestar al ABC".¹³; mientras que otro diario de la capital boliviana indicaba que "el objetivo del ABC es el dominio completo de Sudamérica", alertando de que "ha llegado el momento de poner en juego todas las diplomacias de Centro y Sudamérica [...], para controlar a ese enorme pulpo de tres ventosas".¹⁴

Este caudal de críticas se robusteció aún más, cuando se hicieron públicas las opiniones del Departamento de Estado. A fines de abril, el gobierno de Estados Unidos otorgó su beneplácito a la firma del acuerdo: "con la firma del Tratado, el ABC no se fortalece para establecer la división en la política internacional de este continente, sino que, esa nueva fuerza servirá a la causa americanista, contribuyendo a imponer a las naciones de Europa, el respeto que América, como entidad sui-juris en la política mundial, indiscutiblemente se merece".¹⁵

La polémica en torno al significado del Tratado también se manifestó en Argentina. La posición del gobierno frente al "problema" mexicano fue el punto de intercección de opiniones favorables y contrarias al ABC. Mientras tanto, en la cancillería de Buenos, los informes remitidos por el cónsul Goytia pusieron en evidencia que la supuesta pacificación promovida por el ABC estaba muy lejos de alcanzarse.

A lo largo de 1915, Goytia, en decenas de páginas, intentó describir la realidad mexicana: "Las vías marítimas están todas en poder del señor Carranza, que tiene constituido su gobierno en el puerto de Veracruz, centro de sus operaciones. En el interior, domina el general Villa [...]. En el Sud, el general Zapata mantiene sus legiones, que durante cinco años han conservado una unidad y obediencia a la causa que defienden, que, puede decirse sin exagerar, marcan el récord de la constancia y la lealtad [...], el esfuerzo de esos hombres defendiendo su causa es extraordinario".¹⁶

La lucha faccional había adquirido tal profundidad, que al cónsul le resultó difícil la tarea de evaluarla: "No es posible orientarse en la densa oscuridad que envuelve esta situación, y que amenaza con no dejar piedra sobre piedra de todo lo que constituye el edificio social. La prolongación de la lucha, enardece más las pasiones, en vez de apaciguarlas. Los odios y los rencores cobran mayores alientos. Una ola de destrucción y de venganza empuja a unos y otros, hundiendo en un abismo insalvable a la patria exaqué y desfalleciente".¹⁷

En los informes de Goytia no pasó desapercibido el radicalismo de ciertos sectores nucleados alrededor del gobierno de la Convención de Aguascalientes. Comentando los discursos de Antonio Soto y Gama, calificó a este personaje como un "anarquista, [...] dejando sus seguidores, infinitamente pequeños en crueldades, a

los hombres de la revolución francesa"¹⁹

Goytia se negó a participar en todo obrar humanitario, a pesar de su insistencia en los efectos devastadores de la guerra. En una oportunidad informó a su cancillería que, "un buen número de agricultores mexicanos" concurrían diariamente a la sede del consulado, "a los fines de obtener información para trasladarse a Argentina". Ante estas solicitudes, el cónsul manifestó su oposición a promover una corriente migratoria de nacionalidad mexicana: "Mi deber como funcionario, es defender a mi país de la invasión de esta gente con pocos hábitos de trabajo, escasa moralidad, costumbres perniciosas, criada y educada en un ambiente propicio a la vida desordenada y a la práctica de hechos y acciones delictuosas. Por estas razones me opongo a que una corriente migratoria de este elemento pueda dirigirse a la República, teniendo en cuenta que, dados sus antecedentes étnicos, sería muy nociva a nuestra masa popular".²⁰

Con estos argumentos Goytia no podía dirigirse a los mexicanos interesados en emigrar, así que optó por comunicarles que "lamentablemente nuestra Constitución no admite sino la inmigración europea".²⁰ La apelación a la Constitución Nacional, era absolutamente falsa, a pesar de ello, la respuesta del cónsul contó con el aval del canciller Murature.

En 1915, cuando el desabastecimiento de alimentos amenazaba la

ciudad de México, el Cónsul pidió instrucciones a su cancillería para saber " si debo formar parte de una comisión diplomática con fines exclusivamente humanitarios [...], hasta ahora, he eludido la aceptación porque he creído que en el desborde salvaje de las pasiones, tal vez se imponga la abstención, aún cuando ahogue mis sentimientos piadosos".²¹ En menos de veinticuatro horas, llegó la respuesta de Murature. El texto del telegrama era breve: "conviene se abstenga"²²

Las respuestas de Murature son ejemplificadoras de que las permanentes apelaciones a una "hermandad de origen", con que la diplomacia argentina se refería a las naciones latinoamericanas, eran simples ejercicios retóricos. En la práctica, la cancillería y sus diplomáticos, mostraron un marcado desprecio por los "pueblos hermanos", al punto de preferir "ahogar sentimientos piadosos", antes que comprometerse en acciones humanitarias.

Argentina y el reconocimiento diplomático a Carranza

Los objetivos de la política norteamericana frente a México eran contradictorios. Wilson oscilaba entre una solución negociada entre los bandos enfrentados, pero siempre apostando a uno de ellos; y una intervención armada que garantizara un gobierno dispuesto a aceptar las exigencias estadounidenses.²³

El embajador Naón, pronto captó esta situación e intentó sacar alguna ventaja. En marzo de 1915 informaba a Buenos Aires que "todo hace temer que los acontecimientos en México,"²⁴ precipiten una acción por parte de este gobierno [el de Estados Unidos] que, aún cuando no la veo todavía clara, pudiera ser embarazosa para nosotros si no la prevenimos". En embajador estaba convencido que correspondía a Argentina tomar cartas en el asunto. En su opinión, su país estaba llamado a "prevenir" cualquier situación a los fines de no quedar fuera de una coyuntura donde "se decidirían los destinos de México". Seguramente, como producto de una previa consulta con el Departamento de Estado, Naón propuso a su canciller dos posibles soluciones a la "cuestión mexicana": "un entendimiento entre las facciones, provocada por los buenos oficios de algunas naciones americanas [... y], si este procedimiento no se considerara oportuno, se impondría el estudio de la situación por las naciones de América con el propósito deliberado de pacificación".²⁵ En esta segunda alternativa, Naón hablaba claramente de una intervención directa en México.

Murature contestó de inmediato: "Cualquier tentativa de mediación oficiosa en los asuntos mexicanos parece condenada al fracaso [...], aún cuando se llegara a concretar bases de solución, la irresponsabilidad de los principales jefes, no permitiría confiar en el cumplimiento de los compromisos que contrajeran. El gobierno de los Estados Unidos se siente solicitado por los grandes intereses norteamericanos comprometidos [...], pero

nosotros iríamos a pura pérdida, expuestos a complicarnos en la violencia de la lucha interna, sin compensación posible". El canciller se mostraba exéptico, sobre todo después de los "felicis resultados" conseguidos en Niagara Falls.

En relación a la segunda alternativa presentada por Naón, Murature, lejos de desecharla de inmediato, pasó a recomendar: "nos conviene esquivar una intervención directa, mientras no haya un interés bien definido que la justifique, o mientras no sea promovida en forma colectiva, como un movimiento panamericano, fundiendo en una sola unidad a los países vinculados en la iniciativa".²⁶

Hasta junio de 1915, la cancillería de Buenos Aires trabajó bajo la hipótesis de que Estados Unidos, a través de una intervención directa, pretendía "establecer en México un protectorado más o menos disimulado".²⁷ Frente a esta hipótesis, y con la intención de 'neutralizar' el proyecto norteamericano, Murature, entre las posibles soluciones, contempló la idea de una intervención. A fines de marzo explicaba esta idea al embajador argentino en Río de Janeiro: "Nuestras ideas [...] se inclinan en sentido contrario a toda injerencia de países extraños, y particularmente de países poderosos en los asuntos internos de naciones americanas, hemos manifestado desde un principio nuestro disentimiento con la iniciativa norteamericana [...]. Sin embargo, una intervención sólo sería viable como testimonio de

solidaridad continental, si se lograra un acuerdo entre todos los países de América para ofrecer a México una intervención amistosa y desinteresada, sin ninguna tendencia coercitiva que pudiera restringir la plenitud de su soberanía".²⁸

Murature en un intento por oponer al intervencionismo norteamericano, otro de corte "panamericano", terminó enterrando el principio de arbitraje, y de paso se empantanó en la incongruente propuesta que consagraba la idea de una intervención, como garantía de no injerencia en los asuntos internos de otras naciones. En realidad, la cancillería argentina, enfrascada en la aventura de creerse con capacidad para recortar áreas de influencia a los Estados Unidos, terminó proponiendo una "intervención amistosa y desinteresada", que a la postre más sirvió a los intereses del Departamento de Estado, que como testimonio de "solidaridad continental". Y esto no podía ser de otra forma, porque después de todo, y tal como lo expresó Murature, en el fondo de su propuesta yacía el anhelo de "no comprometer nuestro prestigio, seriedad y cordialidad de relaciones con Norteamérica".²⁹

La cancillería argentina tenía sobradas razones para creer en la existencia de un plan norteamericano para intervenir en México. De hecho, el 2 de junio de 1915, Wilson dirigió una nota a los beligerantes mexicanos, intimándolos a llegar a un acuerdo lo antes posible, de lo contrario, el gobierno de Estados Unidos se

vería "constreñido a decidir que medios debían emplearse para ayudar a México a salvarse a sí mismo".³⁰

Murature al tomar conocimiento de la nota de Wilson, escribió a Naón: "debemos mantener nuestra prescindencia". El canciller echó mano de la misma circular con que había rechazado la Misión Lind, y esgrimiendo de nuevo el principio de no intervención, concluyó: "una vez que se constituyera en México un gobierno estable, no tendremos inconveniente en reconocerlo cumpliendo lo convenido en Niagara Falls".³¹

Los resultados del ultimatum de Wilson fueron nulos. Carranza y Zapata lo rechazaron. Villa se mostró dispuesto a negociar, en una coyuntura donde su ejército comenzaba a dispersarse después de la derrota de Celaya. Los proyectos de intervención armada se fueron diluyendo, hasta empezar a cobrar fuerza la idea de convocar a una conferencia panamericana para "resolver el problema mexicano".

Naón. de inmediato fue requerido por el Departamento de Estado. Los primeros días de julio escribió a Murature: "El nuevo Secretario de Estado, Sr. Lansing, me llamó ayer para conversar sobre el asunto mexicano [...]. Manifestó que la situación se hacía cada vez más crítica, y que entendía que tratándose de un país del continente, correspondía tratarlo como problema panamericano". Lansing propuso como solución el reconocimiento de

un gobierno que surgiera de "un acuerdo entre las facciones en lucha, o si esto no fuera posible, el que tuviera más posibilidades de éxito". La idea era convocar al ABC, y como "no era conveniente que interviniesen todos los representantes de los países americanos", Lansing indicó que la Conferencia podría estar integrada además, por los ministros más antiguos", a saber, el de Bolivia, Guatemala y Uruguay.

El gobierno norteamericano no tenía intención alguna de dejar librada la formación de un nuevo gobierno en México a la sola consulta de los jefes revolucionarios. De hecho, el Secretario de Estado dijo a Naón que, en el caso de no encontrar otro recurso, y si el panorama se complicaba, "la intervención directa será discutida por la comisión panamericana". El embajador argentino, no desaprovechó la oportunidad para recordar que su gobierno "tenía opiniones muy definidas respecto a la intervención". Naón por supuesto era partidario de apoyar esta conferencia, sobre todo "para combatir esa intervención e impedirla".²²

Murature antes de responder, consultó con el presidente de la república. La situación era delicada. La Casa Blanca había abandonado, en principio, su proyecto de intervención armada. El "problema mexicano" sería de nuevo puesto sobre una mesa diplomática. Sin embargo, ¿cómo asegurar el respeto al principio de la "no intervención" en un conferencia convocada para tratar el tema de México, sin que este país estuviera representado?,

¿Cómo legitimar una intervención panamericana "amistosa y solidaria", si ni siquiera, y por razones de "no conveniencia", iban a estar presentes todos los países del continente?. Pero además, el presidente y el canciller, debieron considerar a una opinión latinoamericana, que no disimulaba su disgusto y desconfianza por la existencia del ABC.

Por estas razones la respuesta que recibió Naón fue desfavorable a la convocatoria, pues "apareceríamos subordinados a los planes de Estados Unidos". A pesar de ello, Murature recomendaba "obrar con cautela ante la invitación del Departamento de Estado". Cautela por demás ambigua, porque "este gobierno no desea formular un rechazo que resulte inamistoso, ni comprometerse en negociaciones que pudieran llegar a una intervención en la política interna de México".³³ La nota de la cancillería terminaba solicitando la opinión del Embajador.

Naón supo sacar ventaja de esta solicitud. Días más tarde escribió un largo documento donde enumeró las razones que justificarían una participación argentina. El embajador argumentó que la propuesta del Departamento de Estado tenía "por objeto conversar confidencial e informalmente. Entiendo -indicó- que deberíamos aceptar esta invitación por que ella nos permitiría evitar una intervención directa de los Estados Unidos en México, que entrañaría un serio peligro para el mantenimiento de la política panamericana, política que [...] debemos mantener para

conjurar la posibilidad de una supremacía en las relaciones internacionales de América". Sobre esta base, Naón pasó revista a la actuación del ABC en Niagara Falls. "En aquella Conferencia se evitó la producción de una intervención americana en México, y hasta la dominación y la desmembración de éste país por aquel". Esta línea argumental, permitió al embajador desechar la idea de su cancillería en relación "a aparecer subordinados a los planes de los Estados Unidos: creo más bien que apareceríamos subordinados, si el reconocimiento de un gobierno de hecho se produjera sin nuestra intervención (como fue el caso del no reconocimiento de Huerta), desde que muy probablemente a ese reconocimiento seguiría el nuestro."

Pero Naón fue todavía más explícito. En un contexto donde consideraba a su país con el deber de ejercer un papel de contrapeso a las ambiciones norteamericanas, "en los momentos actuales , decía el embajador, México constituye un problema esencial en la política del continente [...], y lo positivo de la invitación del Departamento de Estado está precisamente en el hecho de que no se resuelva ningún asunto, directa o indirectamente vinculado a las condiciones políticas del continente, sin nuestra intervención, sin nuestro consejo, y sin nuestro acuerdo".⁵⁴

La respuesta de Naón resultó convincente para el canciller. Después de todo ¿quién mejor que el embajador en Washington para

penetrar en el espíritu de ese "nuevo panamericano"? El gobierno argentino decidió participar en la reunión convocada por Lansing.

Los primeros días de agosto de 1915 se reunió en Washington la Conferencia Panamericana. En ella comenzó a discutirse la posibilidad de enviar una nota a los jefes revolucionarios de México, exhortándolos a llegar a un acuerdo para "constituir un gobierno provisional que daría los primeros pasos [...] para la reconstrucción del país, y para expedir el primero y más esencial de todos: la convocatoria a elecciones".⁵⁵

Mientras los representantes de Departamento de Estado, el ABC y los ministros de Bolivia, Guatemala y Uruguay, discutían la mejor manera de "pacificar a México". Venustiano Carranza se encargó nuevamente de desenmascarar la estrategia.

El Primer Jefe instruyó a su agente confidencial Eliseo Arredondo, para que dirigiera una comunicación a los representantes del ABC, llamando " la atención [...] sobre el hecho de que la sola discusión de los asuntos mexicanos con el propósito de resolver la situación interior de México, que pudiera efectuarse entre representantes de Estados Unidos y de las naciones latinoamericanas, entrañaría un conflicto que [...] significa de parte de las naciones latinoamericanas la aceptación del precedente de que ellas pudieran tomar cualquier participación en los asuntos interiores de una nación hermana, en

colaboración con los Estados Unidos".³⁶

Arredondo dirigió un comunicado similar a Lansing, en tanto que Carranza se dirigía a los presidentes de las naciones del ABC. El 9 de agosto el Primer Jefe del Ejército constitucionalista, escribía al presidente argentino Victorino de la Plaza: "Lansing y los representantes del ABC conferenciaron [...] para acordar una pacificación de México, tratando de inmiscuirse en los asuntos exclusivos de su soberanía. [...] Me permito llamar la atención de Ud. sobre los peligros que puede traer una nueva intromisión de una o varias naciones de este continente en los asuntos interiores que atañen exclusivamente a la soberanía de cualquiera de ellas [...]. Sería un error imperdonable que su gobierno se haga cómplice de un crimen contra nuestra raza [...], por tratar un gobierno poderoso de imponer su voluntad a un pueblo libre, independiente y soberano, conculcando sus derechos y nulificando el completo triunfo que acaba de alcanzar por medio de las armas, para establecer definitivamente un régimen de libertad y justicia".³⁷

Carranza volvió a poner en aprietos a la diplomacia argentina. La cancillería de rioplatense, atrapada en la ambigüedad de su comportamiento, estaba en una situación más embarazosa que la del año anterior durante la Conferencia de Niagara Falls. La 'utopía' de potencia mediadora se había diluido en la aceptación de una "invitación" de Washington. ¿Cómo demostrar que la nación no era

una aliada incondicional de Estados Unidos?. La respuesta a Carranza no pudo más que contener una declaración formal de respeto a las soberanías nacionales: "El Presidente de la República, me encarga responder que al hacerse representar en esa Conferencia, el gobierno argentino lo ha hecho no solamente en un tono de acuerdo a su tradicional respeto a la soberanía, sino también con el deseo de afirmarla, de una vez a un problema que al afectar los destinos de México, afecta también a la gran familia americana [...]. Esa reunión diplomática ha sido planteada con el concepto de eliminar cualquier acto que pudiera constituir una intromisión en los asuntos internos de México, y sobre todo cualquier propósito de intervención armada [...]. La Conferencia de Washington obedece a una alta inspiración de solidaridad panamericana, antes que un motivo de alarma. El pueblo de México puede ver en ella una prueba de amistosa consideración [...] que nos merece su suerte, y que determinan nuestros votos por su pacificación y engrandecimiento".³⁹

Correspondió a Naón poner en práctica esta declaración de principios. La suerte que corrió no fue distinta a la de 1914. En las primeras reuniones de la Conferencia, Naón se mostró renuente al envío de una nota a los jefes militares y políticos de México: "creo que no produciría ningún efecto, como no han producido todas las invitaciones anteriores semejantes". El embajador se inclinaba por dar un "carácter confidencial e informal" a la Conferencia; y bajo ese carácter "considerar el

hecho político tal cual se nos presenta, y las posibilidades físicas y morales de que el gobierno a reconocerse ofrezca las garantías para las vidas y las haciendas de nacionales y extranjeros". Naón se mostraba convencido que una fórmula de "consultas confidenciales" permitiría un reconocimiento "sin la intromisión de nuestros gobiernos en los asuntos internos de México, ni mucho menos por una intervención armada". En defensa del mecanismo formulado, Naón no olvidó remarcar que, de ser aceptada su propuesta, debería realizarse "manteniéndonos siempre dentro de las reglas del derecho internacional".³⁷

Las contradicciones en las argumentaciones de Naón no podían ser más evidentes. El embajador trató de esconder bajo un manto de "confidencialidad" una actuación que Carranza denunció abiertamente. Sus observaciones no fueron tomadas en cuenta, y el 11 de agosto, la Conferencia envió la nota a los distintos jefes militares. El servicio consular norteamericano sirvió de correo.

Dada la poca transparencia de su obrar, el gobierno argentino puso especial cuidado en no filtrar demasiadas informaciones a los diarios. De ello dió cuenta La Prensa. El siempre bien informado periódico, esta vez no lo estaba, y ante la llamada de atención de Carranza pasó a indicar: "necesitamos conocer positivamente y en concreto, cuál es la índole de la Conferencia de Washington, y cuál es la participación que en ella toma la

República Argentina [...]. ¿Qué función desempeña nuestro país en esas diligencias pacifistas, y bajo qué responsabilidades?, el pueblo argentino lo ignora [...], demandamos informes precisos a nuestra cancillería".⁴⁰

La opinión de La Prensa, por lo general vocero e ideólogo de la conducta exterior del país, era poco auspiciosa. Aún antes del inicio de la Conferencia indicó : "si tuviésemos siquiera fundadas posibilidades de éxito, de que la República Argentina concurría con eficacia a tan notable obra, en este mismo instante nos pronunciaríamos resueltamente por la mediación ideada desde Washington".⁴¹ El reclamo de Carranza vino a confirmar "los recelos y precauciones que este diario manifestó".⁴² La Prensa, exhortaba a "precisar bien las ideas, y ajustar nuestra conducta a la naturaleza del conflicto", a los fines de no desvirtuar un "panamericanismo respetuoso, una política fraternal que no implique intromisiones en la vida política interna de aquel país convulsionado".⁴³

A diferencia de las dudas manifestadas por La Prensa, La Nación salió en defensa de la concillería. Sin más elementos de juicio que "las tradiciones de no intervenir en los asuntos de los demás países americanos", el diario pasó a indicar que "si nuestro gobierno aceptó entrar en esas conversaciones [...], sin duda lo ha hecho dejando a salvo aquellos principios, y reservándose el derecho a retirarse, tan pronto como se dibujara la tendencia

intervencionista".⁴³

Las advertencias de Carranza al presidente argentino, provocaron un complicación mayor. En momentos en que el gobierno argentino sometía a la consideración del Congreso el Tratado del ABC para su ratificación, buena parte de la opinión argentina criticó el acuerdo, a la luz del poco claro accionar de la cancillería respecto a México. A la avalancha de impugnaciones por parte de la prensa latinoamericana, se sumaba ahora las críticas nacionales.

La tribuna calificó de "inexplicable" la conducta de la cancillería, para después preguntar "¿qué derecho tiene el ABC de imponer soluciones a México?". Según este diario, Argentina "renunciaba a una política que durante más de un siglo nos ha dado en el mundo autoridad moral [...]. Hemos pasado a sostener ciegamente los intereses de Estados Unidos, que desean mantener su situación de predominio sobre México, sin recurrir a las medidas de fuerza que determinarían la protesta de todo el mundo".⁴⁴ Otro periódico afirmaba que "si bien no se sabe que sucederá en las conferencias, sí se sabe lo que no sucederá: no sucederá la paz en México". La reunión en Washington sólo era "un golpe de mano yanqui".⁴⁵

El resultado que arrojó Niagara Falls, confirmaba a La Razón, la inutilidad de esta última reunión: "la primera Conferencia no ha

dado resultados, no los dará tampoco la segunda. El ABC está sirviendo de coartada para la acción de un coloso".¹⁷

Hasta el oficialista periódico **La Argentina** reprobó la conducta de la cancillería: "Cualquier intervención o mediación de una o más naciones en los asuntos domésticos de México [...] no solicitada y previamente acatada por los elementos que se disputan la preponderancia, equivale a un desconocimiento de esa soberanía nacional [...]. Nuestra cancillería debería prohibir al embajador argentino en Norteamérica inmiscuirse en este asunto. No solamente no lo ha hecho, sino que la respuesta de nuestro canciller a Carranza, pretende que se vea en la mediación una acto de amistad para México".¹⁸

Pero la cancillería había hecho algo más que lo indicado por **La Argentina**, había depositado en Naón toda la conducción de la política exterior respecto a Estados Unidos y el panamericanismo.

Desde Washington, el embajador se encargó de dar amplia publicidad a la respuesta de Murature a Carranza. Conferenció en varias oportunidades con Lansing, buscando una declaración oficial del Departamento de Estado, que pusiera en evidencia el deseo compartido de encontrar una solución pacífica al "problema mexicano, sin recurrir a medidas de fuerza ni intervenir en los asuntos internos de México". A mediados de Agosto, Naón informaba satisfecho que Lansing, a través del **Washington Post**, había dado

a conocer una opinión "tranquilizadora" coincidente con la de argentina."49

A finales de agosto el gobierno norteamericano dudaba de la posibilidad de formar un gobierno provisional en México por intermediación de los jefes menores. El ejército constitucionalista dominaba la mayoría del territorio mexicano. La nota que habían remitido los conferencistas de Washington, encontró una respuesta unánime en cada uno de los destinatarios. El conjunto de los jefes militares reconocía la autoridad de Carranza.50

Sobre esta base, el 10 de septiembre de 1915, Carranza por intermedio de su Secretario de Relaciones Exteriores, Angel Acuña, se dirigió a los miembros de la Conferencia. "[...] sus excelencias habrán podido notar en las contestaciones que han recibido a su nota dirigida a los jefes militares y civiles, [...] que el Primer Jefe es la única autoridad que podría resolver [...] sobre el asunto que fue sometido a la consideración de aquellos.[...] el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo, me recomienda comunicar a Uds. que siente no poder aceptar en las condiciones y para el objeto indicado su atenta invitación [...]" Carranza se negó a "entrar en arreglos con las facciones vencidas" y pasó a demandar su reconocimiento internacional en tanto gobierno "de facto".51

Recibida esta respuesta, Naón se apresuró a reunirse con Lansing "a fin de pedirle que convocase a la Conferencia para resolver el reconocimiento del gobierno de facto". El embajador confesaba que la decisión debía recaer sobre el gobierno de Carranza, "a pesar de las desagradables actitudes de ese señor".²²

El 16 de septiembre, y sin solicitar mayores precisiones, Murature autorizó a Naón para reconocer a Carranza. A fin de evitar mayores complicaciones el gobierno argentino aceleró su respuesta. El reconocimiento a Carranza no dejaba de ser beneficioso, sobre todo, como muestra de "imparcialidad" hacia "ese señor" que había puesto en aprietos a la orgullosa diplomacia argentina.²³

Lo que convenia a Argentina, poco interesaba al Departamento de Estado. En el horizonte de la diplomacia norteamericana, México era una pieza cuya suerte no estaba desvinculada de los intereses europeos en juego, en el marco de la Primera Guerra Mundial.²⁴ Naón parecia ajeno a toda esta situación. El, con la autorización de Murature, se creyó embarcado en una verdadera batalla diplomática cuyo objetivo era que de esa Conferencia saliera el reconocimiento a Carranza. Y cuando así fue, escribió satisfecho a su canciller: "A V.E. le complacerá saber que este resultado definitivo se aprecia como un triunfo argentino, y me permito hacerlo saber en estricta confidencia. Me siento orgulloso de mi gobierno y de la política internacional que sirvo".²⁵ El 10 de

octubre la Conferencia Panamericana se clausuro. Carranza fue reconocido como presidente "de facto", y un nuevo "éxito" se agregaba en el imaginario de la diplomacia argentina.

Las dificultades de una elite y el fantasma mexicano

Ese nuevo "éxito" quizá fue el último de que pudo hacer alarde el gobierno argentino. El "régimen" estaba recorriendo los últimos meses de su existencia. Una crisis profunda corroía el entramado del sistema político. La reforma electoral de 1912 iba a ser puesta a prueba por primera vez en elecciones presidenciales. El radicalismo se preparaba para demostrar su fortaleza. La vieja elite tenía dificultades para garantizar su continuidad. Un estilo de conducción generado al amparo del fraude y la exclusión, debía ahora mostrar su eficiencia en un escenario tratocado: elecciones libres, voto secreto y obligatorio.

Ante los problemas para crear una fuerza homogénea capaz de hacer frente al radicalismo, ciertos sectores de la elite alentaron esperanzas de abandonar el camino del reformismo. La tentación era grande. Se trataba de volver a viejas prácticas donde el presidente de la nación, convertido en gran elector, intervenía en el proceso político a fin de garantizar cierto grado de consenso en la elección de su sucesor. Un obrar como éste, contravenía el anhelo de los "reformadores", fincado en la fundación de un "partido orgánico". Pero sin embargo, la fecha de

las elecciones se aproximaba, y aquella vieja elite dividida y entrentada, no podía llegar a un acuerdo respecto a los nombres de sus candidatos.

Al momento de defender sus posiciones, para el ala "reformista" de la dirigencia argentina, la realidad mexicana constituyó un obligado punto de referencia. Tal fue el caso del periódico La Prensa. Por la vía de la comparación, este diario analizó la situación política argentina. Dirigió su mirada hacia el régimen portirista y la subsecuente revolución, para desde allí reflexionar sobre dos sistemas políticos, que en iguales fechas y, en la opinión del editorialista, "vivían una crisis final".

Argentina y México padecían la herencia de los "régimenes personalistas". Y estos mostraban su incapacidad en los "momentos de transición", es decir ante el reclamo de una apertura del orden político, y el consecuente "establecimiento de un régimen comicial de erectiva práctica republicana".

Para La Prensa, contemplar el "cuadro de un pueblo suicida [México]" para examinar "la desarticulación del régimen personalista argentino", no abrigaba ninguna ofensa a la "comunidad nacional; siempre y cuando quedaran marcadas las diferencias "profundas en las modalidades de nuestra civilización frente a la de los mexicanos". Hechas estas aclaraciones, el editorial encontraba en ambos países una crisis que reconocía el

mismo origen, pero que se expresaba de manera distinta: "Son evidentes los puntos de contacto entre la situación mexicana y la nuestra. Implacable, belicosa la una, esencialmente pacífica la otra, ambas se revuelven profundamente desconcertadas e impotentes para resolver su problema [...]. Allí se traduce en el más horrendo de los desgarramientos conocidos en tiempos modernos, como si cada uno conceptuase necesario matar a sus adversarios, para que quede vivo el único que ha de mandar la nación. Aquí, la anarquía sucedánea a la desorientación, es mansa, amañada, repugnante, pero igualmente incapaz de producir soluciones [...]" Argentina y México se encontraban en idéntica situación, "fiel reflejo de los efectos de la caducidad del viejo personalismo prepotente, no remplazado".

La incapacidad de la élite política argentina para articular una propuesta política nueva, acorde a una también nueva situación, era muestra de que "los porfirios argentinos no se preocuparon de sus sucesiones testamentarias, y lo mismo que las huestes mexicanas, cruzan sus armas por debajo del nivel de los destinos de la Patria, ensayando rutas que los desvían de las grandes finalidades de los pueblos constituidos".

La Prensa exhortó al presidente de la nación a respetar el juego democrático, absteniéndose de participar en él, como era común en "los procedimientos de ayer". El presidente argentino "que en estos momentos auspicia la pacificación de México, tiene la

oportunidad de reparar en su país, los estragos de un legado análogo al mexicano". De igual forma "que condena en México toda intervención extraña", el presidente tenía la obligación de trasladar a la política interna los mismos preceptos que proclamaba en política internacional, esto era: "respetar la soberanía del pueblo argentino".⁵⁴

La Prensa convertida en fiscal de la política interna e internacional del país, tenía a México como referente. La elite estaba en aprietos. De la misma manera que las advertencias de Carranza, hicieron retroceder a la diplomacia argentina, para volver sus pasos sobre un discurso condenatorio a cualquier forma de intervención; en el ámbito de la política interna, la tentación intervencionista en el proceso democratizador debió ser abandonada, por la presión opositora y la proveniente de un sector de la propia dirigencia, que reclamaba el cumplimiento de los compromisos asumidos.

Los gobernantes argentinos cumplieron esos compromisos, y en las elecciones de abril de 1916 fueron derrotados. Hasta octubre de aquel año retuvieron la conducción del país. En estos últimos meses de gobierno, entre la desorientación y el espanto por el triunfo de la Unión Cívica Radical, los dirigentes trataron de no abrir nuevos frentes de conflictos. Se asiste a un repliegue general de iniciativas gubernamentales, y entre ellas estuvieron los aspectos vinculados a la política exterior.

Naón y su última gestión "pacificadora"

La "cuestión mexicana" volvió a ocupar a la diplomacia argentina a raíz del ataque villista a la población de Columbus en marzo de 1916. Fuerzas militares norteamericanas cruzaron la frontera en persecución de Villa, colocando en una situación difícil al gobierno constitucionalista.

México enfrentó una nueva invasión norteamericana, y Carranza se vió obligado a dar una batalla decisiva. El Primer Jefe exigió el retiro incondicional del ejército norteamericano,²⁷ y en defensa de esa exigencia se libró el combate de El Carrizal en junio de 1916, con un resultado desfavorable para los invasores.

Las relaciones entre México y Estados Unidos alcanzaron uno de los momentos más críticos desde el inicio de la Revolución. Los norteamericanos no solo había sido atacados en su propio territorio, sino que además, la "expedición punitiva" sin conseguir cercar a Villa, sufrió una derrota en El Carrizal. El fantasma de una guerra, volvía a aparecer.

Frente a una desbocada campaña belicista en Estados Unidos, el presidente Wilson reflató los mismo argumentos que sostuvo cuando la ocupación de Veracruz: "La expedición en México, no debe ser entendida como una invasión, o como una violación a la soberanía mexicana, [...] tiene sólo el propósito de arrestar a Villa".²⁸

Sin embargo en esta ocasión, brilló por su ausencia todo "esfuerzo mediador" de las naciones del ABC. Estas no sólo no ofrecieron sus "buenos oficios", sino que tampoco aceptaron propuestas, que en ese mismo sentido, esbozaron otros países latinoamericanos.

Las experiencias en Niagara Falls y en la Conferencia Panamericana de Washington, marcaron los límites del ABC. Pero a pesar de ello, ahora, la prensa 'seria' de Buenos Aires se mostraba permisiva con el obrar norteamericano. Sobre todo La Nación olvidó la vehemencia con que condenó la ocupación de Veracruz, para realizar el siguiente comentario respecto a la situación creada por el ataque a Columbus: "Sería futil negar que en la República Argentina hay numerosos y fuertes núcleos de opinión, cuyas simpatías acompañan a los mexicanos, pero también, es preciso reconocer que el conflicto se ha producido en tales condiciones, que la actitud del gobierno de los Estados Unidos, por lo menos merece ser considerada con serenidad, siquiera mientras ese gobierno no viole los solemnes compromisos que ha contraído respecto a la integridad del territorio mexicano".⁵⁷

La Prensa tampoco condenó la invasión, por el contrario pasó a señalar: "es perfecto el derecho de los Estados Unidos para defender sus fueros de nación soberana, hollados por las huestes de la guerra civil mexicana", pero esta opinión fue matizada cuando agregó: "la Casa Blanca cometería un grave error

declarando la guerra a México". El periódico sostenía que el pueblo mexicano no era el responsable de la situación creada, "porque el estado de anarquía suprime su voluntad, que unicamente podría expresarse ante el derecho de gentes por el órgano de poderes constituidos. Los Estados Unidos deberían evaluar esta realidad para evitar la guerra, salvando la honra de la civilización americana, y honrando el justo título de guardián tutelar del imperio jurídico derruido en el Viejo Mundo".⁴⁰

Ambos diarios omitieron proponer los beneficios de cualquier gestión mediadora, a pesar de que La Prensa consideró que "la situación no es mas escabrosa que la que motivó la mediación de Niagara Falls".⁴¹ Por su parte La Nación, sin más argumentación, expresó: "si la intervención del ABC no se produce, es que ella no debe producirse en estos momentos".⁴²

La cancillería argentina se mantuvo a la expectativa, y por cierto bastante bien informada. Mañón confiaba en las palabras de Wilson, y remitía copias de la correspondencia diplomática que se cruzaba el Departamento de Estado y la cancillería carrancista. Por su parte, Govtía daba cuenta de los movimientos de tropas mexicanas hacia la frontera norte, como muestra de la decisión de Carranza de "batir al enemigo".⁴³

A medida que se hacían cada vez más tensas las relaciones entre México y Estados Unidos, Carranza intentó articular una

estrategia tendiente a ganar apoyatura en los países latinoamericanos. Se trataba de una apelación a la justicia de la causa mexicana, y por ende, un llamado a despertar algún tipo de acción solidaria, que bien podía manifestarse por canales diplomáticos.

Horas después del combate de El Carrizal, Cándido Aguilar, Secretario de Relaciones Exteriores de Carranza, dirigió una circular a diez y ocho cancillería latinoamericanas.⁴⁴ En ella se daba cuenta de los sucesos de El Carrizal, para luego señalar: "parece que el gobierno americano careciendo de fundamento jurídico y político para declarar la guerra a México, quiere hacerla inevitable por medio de incidentes que nos están arrollando a ella. México sabrá vencer o sucumbir dignamente, pero antes quiere hacer patente ante el resto del continente americano, la conducta observada por el gobierno de Estados Unidos, que está tratando de encontrar pretextos para la intervención".⁴⁵

Murature no fue sorprendido por esta circular, días antes había recibido un telegrama de Aguilar, en el que se buscaba saber la opinión del gobierno argentino frente a una eventual declaratoria de guerra por parte de Estados Unidos. Para una diplomacia argentina, adalid de los principios panamericanos, Aguilar escribió estas líneas: "La conducta del gobierno americano no se compadece con sus protestas de amistad a las repúblicas

hispanoamericanas. [...] sus injustificados procedimientos en Mexico afectan a las demás repúblicas hermanas, y tratan de quebrantar los vínculos que por comunidad de origen y de intereses las deben unir y las unen en estrecha solidaridad ante el porvenir".⁶⁶

A Murature no le resultó difícil inferir la solicitud de apoyo formulada por el carrancismo, sin embargo, la respuesta de la cancillería desenmascaró los propósitos y los límites de varias años de "esfuerzos" argentinos por encontrar una "solución pacífica de la cuestión mexicana" en el marco de un "revitalizado" panamericanismo.

El gobierno argentino optó por archivar toda propuesta de solución "arbitral", descartó una actuación del ABC, y con ello terminó por desacreditar a la entente sudamericana al convertirla en objeto de serios cuestionamientos por parte de la diplomacia del resto del continente. El 22 de junio de 1916, Murature escribió a Aguilar: "El Presidente de la República, a quien he enterado de la comunicación de V.E., ha seguido con profunda atención el desarrollo de los acontecimientos que amenazan perturbar la paz entre dos países amigos, y toma el debido interés de las manifestaciones formuladas por V.E."⁶⁷ El formalismo de la respuesta alejó cualquier participación argentina, y de sus socios de Chile y Brasil, quienes contestaron a Aguilar en términos semejantes.⁶⁸

En contraste a esta respuesta, los gobierno de Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Honduras, Colombia y Haití, propusieron interponer "sus buenos oficios", e instruyeron a sus representantes en Washington para obrar en tal sentido.⁶⁷

El canciller ecuatoriano, Rafael Elizalde, aparecía liderando esta propuesta, y como parte de este accionar envió una comunicación a las cancillerías latinoamericanas exhortándolas a: "unir su acción y agotar sus esfuerzos para evitar la guerra".⁷⁰ Murature ni siquiera redactó una respuesta a esta proposición, simplemente reprodujo el mismo texto que envió al canciller mexicano.⁷¹

La prensa ecuatoriana no tardó en criticar a Argentina: "Tenemos que anotar con tristeza, la frialdad de la respuesta argentina, Basta leer el despacho del Sr. Murature, para comprender que esa respuesta ha sido dictada unicamente por cortesía internacional, pues mientras los demas Estados manifiestan que ordenarán a su representantes en Washington que se unan al Ecuador, para ofrecer los buenos oficios; Argentina nada ofrece. A nada se compromete Argentina. [...] casi podemos darnos cuenta de las causas que llevan a ese camino a la cancilleria argentina, a su gobierno y a su prensa, no les conviene despertar los recelos de banqueros e industriales norteamericanos".⁷²

Desde Lima también se escucharon voces contra "el enmudecimiento

del ABC"⁷³, en tanto que en Chile, El Diario Ilustrado salía al cruce de esas críticas, para sostener que a las naciones del ABC, "nos queda sólo mantener la prescindencia y la más suave diplomacia, para demostrar con el silencio nuestro formal desacuerdo con los desmanes mexicanos, y con toda la política de agresión imperialista norteamericana".⁷⁴

Y en efecto, las cancillerías del ABC "enmudecieron". Cándido Aguilar, el 27 de junio volvió a enviar otra circular a los gobiernos del continente, en ella explicó lo que en el entender del carrancismo, "eran las causas fundamentales del conflicto. Nuestros anteriores gobiernos creyeron acertado promover el fomento y desarrollo de las riquezas del país mediante la inversión de capitales extranjeros. Durante cerca de treinta años, los residentes extranjeros y sus capitales invertidos en México, gozaron de protecciones y garantías considerablemente superiores a las que gozaban los nacionales, lo cuál vino creando de hecho una condición privilegiada para todos los extranjeros [...]. Durante la revolución actual, que ante todo es una revolución de carácter económico, y que ha tenido por principal tendencia realizar la igualdad, aboliendo privilegios ilegales, se ha visto la clara condición ventajosa de los extranjeros, y se ha hecho sentir la necesidad de acabar con esas desigualdades [...]. La tesis del gobierno norteamericano -con grandes intereses radicados en la parte norte de nuestra República- es que un gobierno está obligado a proporcionar a los extranjeros y

a sus intereses una protección efectiva [...], y si esta protección no puede obtenerse, el gobierno americano tiene la obligación de procurársela por sí misma [...]. Esta tesis es injusta [...], es atentatoria de la autonomía de los países débiles, por lo que los impondrá a reclamaciones y amenazas contra su soberanía, cada vez que no pudieran satisfacer las exigencias de protección de los demás países".⁷⁵

En esta circular quedaron sentadas las bases de lo que más tarde pasó a conocerse como Doctrina Carranza. Eran muchos los puntos de coincidencia con los principios "rectores" de la política exterior argentina, pero a pesar de ello, Murature guardó silencio. Sólo dos meses después envió "un acuse de recibo"⁷⁶ a la cancillería mexicana.

Carranza sabía del "respeto" que gozaban en Washington los representantes del ABC. Esta situación debió estar presente en una estrategia diplomática que llegó a considerar al ABC, a pesar de su pasada actuación, como una posible instancia interlocutora de México ante Estados Unidos. Sin embargo, la cancillería mexicana obtuvo como única respuesta un "prescindente silencio".

No fue ajeno a toda esta situación, el nombramiento de Isidro Fabela, en junio de 1916, como ministro plenipotenciario de México ante los gobiernos de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Carranza envió al sur del continente a uno de los más

distinguidos intelectuales del constitucionalismo. La tarea encomendada a Fabela no era sencilla: realizar una amplia publicidad de los objetivos de la revolución, intentado que aquellos gobiernos reconocieran la justicia de la causa carrancista. En este contexto, no resulta extraño que Carranza emitiera un decreto declarando el 9 de julio "feriado nacional con motivo de la celebración del aniversario de la independencia argentina". Carranza aprovechó aquella fecha patria, y en un gesto de astuta diplomacia dió "prueba de sincera amistad al pueblo argentino, que está unido a México por lazos amistosos e igualdad de aspiraciones".⁷⁷

Como en situaciones anteriores, fue Naón quién marcó el rumbo seguido por la cancillería argentina. Desde Nueva York, escribía a Murature: "estoy en comunicación directa con los miembros del gobierno, y con las influencias que más eficazmente se mueven cerca del gobierno sobre la cuestión mexicana". El embajador argentino, al día siguiente del combate de El Carrizal, se entrevistó con Lansing. Sus contactos y visitas periódicas al Departamento de Estado lo convencieron de la inutilidad de realizar cualquier oferta mediadora. El 26 de junio, telegrafió a su canciller: "Varios ministros americanos se han puesto en actividad a fin de procurar una mediación en los asuntos de México. Esta iniciativa no sólo no dará resultados en los momentos actuales, sino que dificultará cualquier gestión ulterior que aconsejen las circunstancias [...]. Estimo que sería

prudente eludir la invitación, sin lastimar susceptibilidades."

Naón propuso como vía para "eludir" la invitación, permanecer durante una temporada en Nueva York. Ausentarse de Washington pareció una buena excusa para "no lastimar susceptibilidades". Pero la prolongación de la estancia neoyorkina, tenía también que ver con una circunstancias a todas luces más importante que la "crisis mexicana". Naón estaba supervisando la colocación de títulos argentinos en Wall Street, al tiempo que negociaba un préstamo con banqueros norteamericanos.⁷⁰

Por otra parte, el embajador argentino, "sugirió" a Murature, la necesidad de suspender la firma del Tratado Pacifista de Wilson, "hasta que la situación mexicana se despejara". Resultaba obvia la incongruencia de apoyar dicho Tratado frente a un virtual estado de guerra entre México y los Estados Unidos. Y por último, el embajador estimó conveniente "acreditar sin demora nuestro ministro en México, para estar en condiciones de desenvolver una acción feliz si las circunstancias lo exigieran". De inmediato pasó a recomendar para ese puesto a su amigo Manuel Malbrán, quién con rango de ministro acompañaba su gestión en Washington.⁷¹

Murature, sin demora, aceptó todas las "sugerencias" de Naón. Autorizó prolongar su permanencia en Nueva York; decidió aplazar la firma del Tratado Pacifista;⁷² y por último, a través de la

presidencia argentina, envió al Senado la propuesta de nombrar a Malbrán como ministro argentino en México.²¹

Para Naón, esta nueva crisis de las relaciones entre México y los Estados Unidos, se presentaba como una ocasión para reafirmar el "prestigio" que la diplomacia argentina había alcanzado en actuaciones pasadas. "Prestigio" manifestado no sólo en la 'buena prensa' de que gozaba Argentina en Estados Unidos, sino también en la "confianza" que el Departamento de Estado depositaba ahora en la persona del embajador.

Frente a la complicada situación mexicana, los cálculos de Naón se inclinaron hacia la opinión de que una actuación directa de Argentina podía quitarle brillo a la relación de su país con Estados Unidos. Por ello, desde un principio, descartó toda posibilidad de que Argentina sumara su fuerza en la propuesta mediadora de otros países.

Naón desechó la alternativa de que el ABC apareciera liderando un bloque ampliado de naciones latinoamericanas, estrategia que bien podía haber reportado bases de legitimidad a la entente sudamericana, en momentos en que ésta era objeto de severas impugnaciones. Esta opción fue descartada porque Naón sabía que una propuesta de mediación, sin el aval norteamericano, tenía escasas posibilidades de prosperar. ¿Qué éxito podía cosechar el embajador al realizar esta propuesta, sabiendo de antemano que

sería rechazada?. Naón no quería arriesgar las buenas relaciones con Washington, por sumarse a una acción diplomática latinoamericana dispuesta a enfrentar la tendencias belicistas de Estados Unidos.

En momentos en que algunas cancillerías latinoamericanas intentaban articular una respuesta coordinada, a partir de las circulares enviadas por el gobierno carrancista; Naón, orgullosamente, remitía a Murature las opiniones favorables que la prensa norteamericana dispensaba a su persona y a la diplomacia argentina: "Me permito transcribir a V.E. las palabras siguientes del Herald de New York: El embajador argentino debería ser buscado para llegar a un arreglo que evite la guerra [...]. La Argentina es la única de las tres potencias de sudamérica que aceptó el Tratado Wilson, que se ha considerado como la iniciación de una nueva era en la historia del panamericanismo [...]. Argentina es considerada en los altos círculos oficiales como la más amistosa de todas las naciones sudamericanas hacia la política de este gobierno". 62

Mientras Naón disfrutaba de estas lecturas, y ante la insistencia de la prensa norteamericana por conocer la opinión del gobierno argentino, el embajador redactó un comunicado que, previa autorización de Murature, entregó a los periódicos: "El pueblo y el gobierno argentino siguen con la más profunda atención las alternativas del presente conflicto, y permanece en espera de que

las inspiraciones de un sano y previsor sentido político prevalecerán en estas horas tan críticas para los destinos del continente".⁹³

Naón declaraba públicamente la abstención de su gobierno, sin embargo, con "un sano y previsor sentido político", se dió a la tarea de "asesorar informalmente" al Departamento de Estado. El embajador confesaba que la actuación de Estados Unidos "constituye, bajo cualquier punto de vista, una invasión, una violación a la soberanía mexicana",⁹⁴ pero lejos de condenarla en una abierta práctica diplomática, optó por intentar enderezar "esta desviación del panamericanismo de Wilson", a través de reuniones "discretas, absolutamente reservadas e informales" con el gobierno norteamericano.⁹⁵ Esta estrategia parecía menos arriesgada, no significaba abrir una confrontación, y evitaba el riesgo de virtuales "empantanamientos" en reuniones públicas y oficiales.

Los primeros días de julio de 1916, Carranza intentó una solución negociada a los fines de evitar la guerra. En una comunicación al Departamento de Estado, propuso llegar a un acuerdo a través de una de dos vías: una mediación "propuesta por varios países latinoamericanos, la cual este gobierno ha aceptado en principio, o [...], por medio de negociaciones directas entre ambos gobiernos".⁹⁶

Este movimiento de Carranza, al que se sumó el gesto conciliatorio de liberar a los soldados norteamericanos detenidos a raíz del combate de El Carrizal, condujeron a Wilson hacia un nuevo intento de solución negociada. Aunque también en esta decisión, debió estar presente el hecho de que el gobierno norteamericano, debido a las crecientes tensiones con Alemania, temía cada vez más comprometerse en una guerra contra México.

Tal como lo había informado Naón, Lansing descartó la mediación latinoamericana, pero el 7 de julio envió a Carranza una invitación para establecer una comisión conjunta compuesta por tres representantes de Estados Unidos y de México. Días antes, Naón informó de sus "reservadas gestiones": "me puse en activa campaña directamente con el secretario de estado [...], convencido de que de evitarse la guerra, ello sólo sería posible como consecuencia de un arreglo directo entre los dos gobiernos en conflicto".⁴⁷

El embajador argentino se mostraba optimista, aún antes de conocer la respuesta de Carranza a Lansing. Estaba convencido de ser parte indispensable en la solución del conflicto: "mis gestiones reservadas progresan con manifiesta felicidad y esperanza de un arreglo total y definitivo. No sería extraño que para asegurar el éxito, tuviera que traladarne personalmente a México. El secretario de estado me lo ha insinuado [...]. En el caso de que el viaje se hiciese necesario, se haría de incógnito

y sin carácter oficial [...]". Naón estaba comodamente instalado en una diplomacia "informal", por ello advertía a Murature, "hasta ahora nada se ha traslucido de mi acción, ni convendría tampoco que en forma alguna se trasluciera".⁸⁸

Hacia mediados de julio, y una vez que México y Estados Unidos acordaron formar la comisión conjunta, Naón descartó la posibilidad de viajar a México, "a pesar de que Wilson creía que un viaje mío contribuiría a asegurar el éxito de las gestiones directas". El embajador se sentía satisfecho de sus labores, y por ello escribía a su canciller que "dada la cordialidad en medio de la cual han comenzado a desenvolverse las gestiones, me parece más prudente dar por terminada mi intervención y quedar a la expectativa".⁸⁹

Como era de suponer, y ante los tropiezos de la comisión binacional, Naón continuo sosteniendo reuniones periodicas con Lansing. En ellas externó opiniones poco auspiciosas sobre el futuro de esas conferencias: "crei prudente hacer conocer mi opinión sobre la idea de la comisión conjunta al secretario de estado, por si, su fracaso se produce realmente como lo preveo, estar en condiciones de continuar tratando el asunto por el concurso de nuestros buenos oficios. [...] el recurso de la comisión conjunta no merece mis simpatías, dado que da lugar a discusiones demasiado largas y expuestas al comentario público [...]. Una negociación directa entre las dos cancillerías, me

parece mucho más apta para terminar la discusión".⁷⁰

Naón no se equivocó en sus predicciones sobre la suerte de las reuniones. Conocía bien el nivel de las demandas norteamericanas, y el rechazo de que serían objeto por parte de Carranza. Justamente por ello fue reticente a verse inmiscuído "publicamente" en esas negociaciones. Para él cualquier arreglo debía considerar, "sólo en principio", el retiro de las tropas norteamericanas, y el establecimiento de un mecanismo que garantizara la seguridad en la larga frontera compartida.

Pero la "solución" que tenían en mente los norteamericanos incluía estas cuestiones, pero también otras directamente relacionadas con los asuntos internos de México. En las reuniones que comenzaron septiembre de 1916 en New London, y que después se trasladaron a Atlantic City, la delegación estadounidense pretendió aplicar a México la fórmula cubana materializada en la Enmienda Platt, misma que permitía a las tropas norteamericanas entrar en Cuba por decisión unilateral del gobierno norteamericano, siempre que éste considerara justificada la intervención. Entre otras cuestiones relacionadas a la seguridad fronteriza, el retiro de las tropas y la garantía a la libertad religiosa, los comisionados norteamericanos pretendieron que México suscribiera un acuerdo con la siguiente cláusula: "El gobierno norteamericano conviene solemnemente en proporcionar plena y eficaz protección a las vidas y propiedades de los

ciudadanos de los Estados Unidos, y otros extranjeros, y esta protección será de tal naturaleza que permita a los ciudadanos de los Estados Unidos y otros extranjeros, reanudar el trabajo de minas y demás industrias en que están interesados. Los Estados Unidos se reservan el derecho a volver a entrar a México, y de proporcionar protección por medio de sus fuerzas militares, en caso de que el gobierno mexicano dejare de hacerlo [...]."⁷¹

Carranza se negó a considerar estas exigencias. Al promediar el mes de octubre, por conducto de los delegados mexicanos, presentó una contrapropuesta como requisito previo a cualquier arreglo: la Comisión debía fijar la fecha definitiva para un retiro incondicional de las tropas norteamericanas. Sólo después de establecido esto, se podía llegar a un acuerdo acerca de mecanismos para defender la frontera común, y entre ellos se estipulaban restricciones al tamaño de las tropas, a la cantidad de días que podían permanecer el destacamento "perseguidor de partidas de foragidos", y la distancia en que las fuerzas militares podían penetrar en el territorio de su vecino. Carranza se cuidó de hacer explícito que no estaba dispuesto a someter a la consideración de la Comisión ningún aspecto referido a los asuntos interiores de México. ⁷²

Wilson se opuso a la propuesta carrancista, y de inmediato los delegados norteamericanos presentaron un ultimatum a México. Los representantes exigían que la cuestión del retiro de las tropas

estuviera ligada a una discusión obre la protección de los derechos de los extranjeros.¹⁷³ Ante veladas amenazas de un rompimiento definitivo, la delegación mexicana aceptó firmar un protocolo que no estipulaba fecha alguna para el retiro de las tropas.

Mientras se esperaba la respuesta de Carranza, el jefe de la delegación norteamericana, Franklin Lane, pidió una entrevista a Naón para conocer su opinión, en virtud "de la mala impresión que reina entre los delegados norteamericanos, y de la poca esperanza para encontrar una solución satisfactoria por la acción de la comisión".

Con el orgullo de sentirse solicitado por quien a la vez era el Secretario del Interior en el gabinete de Wilson, Naón en un tono que mal disimulaba su propia vanidad, comenzó por recordarle a Lane "que yo ya había previsto el resultado negativo de esas gestaciones, y así se lo hice saber, en su oportunidad, al secretario de estado". El embajador calificó de "errónea" toda la actuación norteamericana, "primero, porque habiendo reconocido al gobierno de Carranza, no ha restablecido las relaciones diplomáticas [...]. Segundo, porque el gobierno norteamericano, trata con el gobierno de México, por intermedio de agentes confidenciales, como si se tratara de un gobierno no reconocido. Tercero, porque el envió de tropas norteamericanas a México, y su mantenimiento dentro del territorio, daría siempre motivos a

Carranza para imputarle una invasión [...]; y cuarto, porque la continuación de las gestiones [...] de la Comisión ofrece también motivos para imputar a los Estados Unidos una intervención en los asuntos internos de México".⁷⁴

Confortablemente instalado en una posición "prescendente", Naón podía ahora dar lecciones de principios de derecho internacional. Después de todo, en privado, resultaba más fácil defender aquellos principios, evitando así "cualquier contingencia de una actuación demasiado pública".⁷⁵

El embajador pasó a recomendar que "la única actitud posible para los Estados Unidos" sería negociar un protocolo en el que se estableciera el retiro de las tropas norteamericanas en un plazo determinado. "Si esa aceptación se consiguiera, debiera ser seguida de la inmediata disolución de la Comisión, y del restablecimiento de las relaciones diplomáticas, por intermedio de embajadores, a fin de que todas las demás materias de discusión entre los dos gobiernos, pudieran ser consideradas y solucionadas como consecuencia de un arreglo directo dentro de las formas diplomáticas regulares".⁷⁶

A juzgar por el resultado de la reunión de Atlantic City, esta vez Naón no pudo vanagoriarse de haber influido en la actuación norteamericana. Los primeros días de diciembre, Carranza rechazó el protocolo que firmaron sus delegados. El Primer Jefe ratificó

su exigencia de un retiro inmediato e incondicional de las tropas norteamericanas. Un mes más tarde las conferencias se clausuraron en medio de un absoluto fracaso.

Wilson tenía dos alternativas, arriesgarse en una guerra con México, o bien, retirar las tropas de inmediato. Las vicisitudes de la guerra europea, y las crecientes tensiones con Alemania, orillaron a Wilson a optar por la segunda alternativa. A finales de enero de 1917, el presidente norteamericano ordenó la retirada de sus fuerzas militares, y con ello otorgó a Carranza uno de los más importantes éxitos diplomáticos de su carrera política.

De manera simultánea al ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, la carrera de Naón comenzó a eclipsarse. En octubre de 1916, el "complaciente" Murature abandonó la cancillería. El gobierno de Irigoyen demoró unos meses en nombrar un remplazante. Finalmente el cargo fue ocupado, de manera interina, por Honorio Pueyrredón. Desde entonces, los esfuerzos tendieron a enderezar las "desviaciones" de administraciones pasadas. El objetivo era reorientar la política exterior por la senda de sus "tradicionales" principios, sin temor a desafiar nuevamente la política exterior norteamericana."7

De hecho, una de las primeras medidas en materia de política internacional del nuevo gobierno argentino, fue oponerse a la ratificación del Tratado Pacifista del ABC. Los diputados de la

Unión Cívica Radical impugnaron duramente el Tratado, al que calificaron de "apéndice justificatorio del intervencionismo norteamericano en México".⁷⁶ Por la oposición del radicalismo, el tratado nunca llegó a ratificarse.

Pero además, el gobierno de Irigoyen mantuvo una firme y sostenida política de neutralidad frente al conflicto europeo. Esta posición, compartida también por México, intentó cristalizar en una Conferencia Latinoamericana de Países Neutrales. Las cancillerías de los dos países pusieron un significativo empeño por concretar esta reunión. La convocatoria a esta Conferencia fracasó,⁷⁷ pero a pesar de ello, la sola iniciativa significó un cuestionamiento a la intención Wilson, quién después de decidir el ingreso de su país a la guerra europea, intentó encarrilar en la misma dirección al resto del continente.

En este contexto, fueron inútiles los esfuerzos de Naón por alinear a Argentina junto a Estados Unidos. El andamiaje tan pacientemente construido por Naón, con miras a "refundar" el sistema panamericano, se derrumbó. Completamente en desacuerdo con la política exterior de Irigoyen, el embajador argentino en Estados Unidos renunció en diciembre de 1917.

Argentina y México intercambian ministros

Pocos meses antes del ascenso a la presidencia de Irigoyen,

Argentina y México intercambiaron representantes diplomáticos. Isidro Fabela por México, y Manuel Malbrán por Argentina, arribaron a sus respectivos destinos.

Fabela llegó a Buenos Aires a fines de julio de 1916. Inmediatamente dió a conocer a la prensa los objetivos de su misión: "Desvanecer los errores y prejuicios que se han formado aquí respecto a los orígenes, procedimientos y tendencias de la Revolución Mexicana, uno de los movimientos sociales de más intensidad y trascendencia en la historia contemporánea. La Revolución Mexicana, no sólo ha sido desvirtuada, sino calumniada en el mundo entero [...]". El flamante ministro denunció como responsables de esta imagen distorsionada de la Revolución a "la prensa y el gobierno norteamericano, que miran como nunca propicia la oportunidad para efectuar una intervención armada a mi país".¹⁰⁰

A pesar de la trascendencia del nombramiento, en tanto regularización de relaciones diplomáticas para con un país tan "empeñado" en la pacificación de México; el recibimiento en el ámbito oficial fue sólo protocolar. De hecho, Fabela tuvo que esperar algunas semanas para poder presentar sus credenciales al gobierno argentino. Versiones de la prensa chilena pusieron en entredicho la legitimidad de su nombramiento, por provenir de un "gobierno de facto".¹⁰¹ El canciller argentino consultó con Naón la pertinencia de reconocer oficialmente a Fabela. Sólo

cuando el embajador argentino en Washington comunicó la "legalidad" del acto, el ministro mexicano fue recibido por el presidente argentino.

Mientras tanto Fabela pasó a ocuparse de la puesta al día de todo lo relacionado con la legación: inventarios, adquisiciones y diversidad de asuntos de índole administrativa-financiera.¹⁰² A estas actividades, se sumó la responsabilizar de reorganizar las sedes diplomáticas mexicanas en Montevideo, Santiago y Río de Janeiro.

La frialdad del recibimiento oficial, convenció a Fabela de que su misión tenía pocas posibilidades de éxito en el ámbito del gobierno argentino. Gobierno al que le quedaban escasos meses de mandato. Ante esta situación, Fabela de inmediato pasó a vincularse con organismos y personalidades que bien podían convertirse en fervorosos propagandistas de la causa revolucionaria.

Manuel Ugarte fue su principal interlocutor en Argentina, No resulta difícil reconocer su obrar cuando "aplausos atronadores y vitores a México" rompieron la solemnidad del acto de presentación de credenciales en la Casa Rosada. Deslumbrado por el espectáculo de ser escoltado por el Cuerpo de Granaderos hasta las puertas de la casa de gobierno argentina, Fabela escribió: "cuál no sería mi sorpresa, cuando al término del acto, aplausos

resonaron en el gran salón, sin que yo viera a las personas que aplaudían, hasta que me di cuenta que tales aplausos y vitores venían de una galería superior destinada al público".¹⁰³. Fabela supo aprovechar la prédica ugartista, pero también pudo enderazar la opinión del socialismo hacia una dirección abiertamente favorable a la Revolución. Sobre estos aspectos volveremos más adelante.

Periodicos viajes a Chile, Brasil y Uruguay, impedían al ministro mexicano permanecer largas temporadas en Buenos Aires. Pero sus cortas estancias en Argentina no fueron desaprovechadas. Conferencias, reuniones y declaraciones a la prensa, fueron parte de un permanente insistir en las razones históricas del proceso revolucionario. En octubre de 1916, y a instancias de José León Suárez¹⁰⁴, Fabela disertó sobre "la diplomacia de la Revolución Mexicana".¹⁰⁵ La gestión del ministro tampoco fue ajena a una serie de gacetillas de prensa que comenzaron a aparecer desde pocas semanas después de su llegada. Aunque resultara extraño para el público lector de los diarios 'serios' de Buenos Aires, en septiembre de 1916, y con motivo de la celebración de la independencia mexicana, en las páginas de La Prensa podía leerse lo siguiente: "El cura Hidalgo ya protestaba del monopolio de la tierra, y pedía que se repartiera entre los indios. Ahora, los revolucionarios manifiestan esa protesta, y esa situación es la verdadera causa de la guerra actual, iniciada durante la administración de Porfirio Díaz".¹⁰⁶

Las instrucciones que Fabela debía cumplir no consiguieron permear la conducta del saliente gobierno argentino. De nada sirvió el esfuerzo de "contrapropaganda" ideado con el fin de torcer las inclinaciones panamericanas de la cancillería de Buenos Aires. Esta permaneció firme en sus posiciones, guardando un "prescendente" silencio.

En comparación a la llegada de Fabela a Buenos Aires, resulta contrastante el recibimiento de que fue objeto Manuel Malbrán cuando arribó a México en septiembre de 1916. Malbrán dedicó un largo informe sólo para describir un ceremonial que comenzó en aguas del golfo de México, y concluyó días después cuando fue recibido por Aguilar en ciudad de México: "Al entrar en aguas territoriales mexicanas el vapor que me conducía desde La Habana, era esperado por remolcadores y lanchas [...], todos ellos empavesados de gala [...]. La oficialidad de la marina mexicana con gran ceremonial saludó mi entrada en aguas mexicanas con los acordes del himno argentino [...]. En el puerto de Veracruz y antes de desembarcar, salieron a bordo [...] el introductor de embajadores y dos empleados de la sección de protocolo, idos expresamente a Veracruz a recibirme [...]. Ellos me hicieron saber que había ya un tren dispuesto para conducirme a México, pero que las autoridades y el pueblo de Veracruz tenían dispuestos algunos festejos en mi honra [...]. En el momento del desembarco, un regimiento de infantería [...] rindió los honores y presentó armas, mientras bandas militares ejecutaban el himno

argentino [...]. El comandante en jefe de la zona militar, el jefe del arsenal de la marina, todos los jefes de las reparticiones estatales y delegaciones de obreros y estudiantes, fueron a presentarme sus saludos al alojamiento que el gobierno nacional me había preparado, que eran también las habitaciones presidenciales [...]" . Malbrán almorzó con autoridades de la marina y cenó con los jefes de las zonas militares. Un día después se dirigió en tren a la capital de mexicana. "En Orizaba [...] las autoridades me esperaban en la estación [...] hube de demorar dos horas allí para aceptar las demostraciones que me ofrecieron [...]. En todas las estaciones del trayecto, Río Blanco, Santa Rosa, etc., se prodigaron también entusiastas demostraciones [...]". La llegada a México colmó de asombro al ministro argentino: "en la estación me esperaba el ministro de relaciones exteriores, todo el personal del ministerio, dos edecanes que en mi honor nombró el presidente de la República, el jefe del estado mayor el ejército, el personal del consulado argentino [...] y una enorme masa de estudiantes y obreros, que en número superior a dos mil personas, convirtieron a aquello en una manifestación sin precedentes". Después de los saludos de rigor, Malbrán "en carruaje presidencial" fue escoltado por toda esa "manifestación hasta su alojamiento".¹⁰⁷

Todo este ceremonial "evidencia la importancia que aquí se atribuye a la misión diplomática argentina",¹⁰⁸ escribió Malbrán y no se equivocaba. Pero aquella valoración tenía un

propósito diferente al imaginado por el ministro argentino. Este se entrevistó con el canciller mexicano al día siguiente de su llegada a la capital. "Pensé que esa visita revestiría solamente el carácter de simple cortesía", indicó Malbrán, pero no fue así.

Por instrucciones de Carranza, Aguilar abordó de lleno los asuntos de la política continental: "El señor ministro me manifestó categóricamente que hoy por hoy, México no simpatiza con el panamericanismo, porque tiene fundados motivos para desconfiar de la sinceridad de los Estados Unidos de América. Se expresó en términos muy agrios en contra de la política seguida por la Casa Blanca en los asuntos de México, política a la que calificó de artera y desleal. Prometió mostrarme todos los antecedentes que obran en la cancillería mexicana relacionados con la política de los Estados Unidos [...]. Hizo presente que ya México estaba cansado de soportar el yugo y las imposiciones de los Estados Unidos, y que este gobierno estaba firmemente resuelto a poner un dique a todos los abusos pasados. Que entendía que la política de Washington importaría, en épocas más o menos próximas, un peligro para todas las naciones de hispanoamérica, y que a combatir esa política, y a conjurar ese peligro respondían las actuales gestiones de la cancillería mexicana, procurando la más estrecha unión de los países latinoamericanos".¹⁰⁷

Aguilar estaba interesado en saber "cuál era el pensamiento del

gobierno argentino", Malbrán, diplomático formado a la sombra de Naón, se limitó a expresar su opinión personal a fin "de no comprometer la de mi gobierno". Como era de suponer, el ministro argentino hizo una fervorosa defensa del panamericanismo, "un panamericanismo fundado en el repeto reciproco [...]. Levantar en los actuales momentos como bandera de política continental el pan-latinismo, o lo que aquí se llama unión indo-latina, importaría a todas luces, sino una bandera de lucha en contra de los Estados Unidos, por lo menos una manifiesta exclusión de este país [...], política que traerá forzosamente como consecuencia, el enfriamiento de las buenas relaciones que mi país mantiene con los Estados Unidos. La unión indo-latina, [...] no sólo no la creo razonable, sino que la considero riesgada y peligrosa."¹¹⁰

Sin sorprenderse Aguilar, todavía abrigaba algunas esperanzas. Al momento de la despedida, el canciller mexicano pasó a indicar que "volveríamos a hablar sobre el asunto, y que entre tanto ordenaría se formase un legajo de todos los antecedentes que existen relativo a la política de la Casa Blanca" a fin de que Malbrán "tuviera un perfecto conocimiento del asunto", y poder así informar al gobierno argentino.¹¹¹

Semanas más tarde Malbrán estaba convencido "del absoluto pesimismo que reina en lo que atañe a las relaciones de este país con los Estados Unidos". Asistió a distintas entrevistas, primero se reunió con Alvaro Obregón, y después con Venustiano Carranza.

"El Sr. Carranza se expresó en términos muy duros contra los Estados Unidos [...], para agregar que lo único que él deseaba era que todas las naciones americanas conocieran perfectamente cual había sido la política de los Estados Unidos".¹¹²

El canciller mexicano volvió a solicitar una entrevista a Malbrán, al tiempo que éste tenía ya en su poder el prometido legajo de antecedentes¹¹³ sobre "la mala fe con que procede la Casa Blanca en su política con México"¹¹⁴

Aguilar volvió a sorprender al diplomático argentino al comunicarle los deseos de Carranza de elevar la representación mexicana en Buenos Aires al rango de embajada, "ya que México tiene acreditado un embajador en Estados Unidos, no hay razón para no acordar el mismo rango al representante de México en Argentina", y por reciprocidad "convertir al representante argentino en México en el decano del cuerpo diplomático". Malbrán de inmediato comunicó la novedad a su cancillería, aunque agregó: "entiendo que no sería el caso entrar ni siquiera a considerar la posibilidad de acreditar una embajada en México, mientras este país no entre de lleno en un orden constitucional de gobierno".¹¹⁵ Malbrán, a mediados de octubre de 1916, escribía a una cancillería argentina en virtual estado de acefalía. La respuesta recién fue redactada a finales de enero de 1917, y era coincidente con la opinión del ministro argentino en México.

Pocas semanas después de su llegada a México, Malbrán comenzó a valorar en su justa medida las palabras de Aguilar y Carranza: "La separación de Panamá, los tratados con Nicaragua y Guatemala, la política seguida con Honduras y el Ecuador, las intervenciones en Cuba, los casi protectorados en Haití y Santo Domingo, y ultimamente el desembarco de tropas americanas en este último país, son hechos todos reveladores [...] de los principios que han orientado la política de la Casa Blanca en relación a América Central y las Antillas [...]. México no ha escapado a esta política. Bastaría recorrer ligeramente la historia política de México, para convencerse de la directa y la decidida influencia que han ejercido siempre los Estados Unidos en la marcha de los sucesos mexicanos".¹¹⁶

Sin embargo, y a pesar de lo que Malbrán llamó "desarmonías" entre esta política norteamericana y el ideal panamericano, el ministro argentino no abandonó sus posiciones iniciales. Y en realidad tampoco podía hacerlo. Para un diplomático argentino de aquella generación, ¿qué ventajas ofrecía un rompimiento con Estados Unidos, cuya política expansionista parecía limitarse a Centroamérica y las Antillas?. Resultaba difícil que Malbrán pudiera ser receptivo hacia una propuesta de "unión indo-latina", si al referirse a México, en un tono que recuerda los informes de Goytia, escribía: "Cuesta trabajo convencerse que una nación de catorce millones de habotantes, con más de las dos terceras partes de su población indígena y analfabeta, pueda llevar a la

práctica una forma de gobierno perfeccionada". ¿Qué réditos obtendría Argentina de abandonar su participación en el seno del panamericanismo, para sumarse en un esfuerzo en favor de una unión con un país cuya población era "marcadamente refractaria a la civilización [...], dócil de temperamento, y con un profundo desprecio a la vida"?.¹¹⁷ El sólo nombre de la propuesta mexicana sonaba exótica al ministro argentino.

Ante hechos consumados y después de casi siete años de guerra en México, Malbrán no podía más que justificar el proceso revolucionario. "Por relevantes que fueran las condiciones de Porfirio Díaz, por benévola que fuera su dictadura, era una dictadura. y al amparo de una dominación de treinta años fructificaron todas las malas plantas que crecen al amparo de una dictadura [...]".¹¹⁸

El gobierno de Carranza aparecía como el único proyecto con posibilidades de consolidarse, aunque las apreciaciones de Malbrán no fueron elogiosas para con el carrancismo: "Hay que reconocer que el país está en tal situación, que lo malo es lo mejor, o en otros términos, que por muchos que sean los inconvenientes del gobierno actual, no podría ser remplazado hoy por hoy por nada mejor".¹¹⁹

Las discusiones de los constituyentes mexicanos de 1917 fueron objeto de especial atención. El "jacobinismo exagerado" y la

"guerra a la religión presente en el programa revolucionario", asombraron a Malbrán. Este calificó a la nueva Constitución mexicana como "antiextranjera". Las medidas contra los inversionistas extranjeros resultaban inverosímiles. La disposición constitucional estipulando que ningún extranjero podía adquirir bienes raíces en México, sin hacer previamente ante la cancillería mexicana, manifestación de su renuncia a todos los beneficios de su nacionalidad y a la protección de su gobierno, fue vista por Malbrán como una muestra evidente de "hostilidad contra los europeos y los norteamericanos pues, en México, por lo menos hoy se proclama a todos los vientos, no se consideran extranjeros a los ciudadanos de los países hispano-americanos".¹²⁰

Malbrán consideró contraproducentes todas las medidas "antiextranjeras", por estimar que "la pacificación de México, y su vuelta a la vida normal, no podrá realizarse sino mediante ayuda del extranjero: ayuda que no puede venir sino de los Estados Unidos de América". Sin otra alternativa, México "parece estar destinado fatalmente a vivir con los Estados Unidos", y sobre la base del fatalismo geográfico, Malbrán no podía sino apelar a su confianza en el discurso wilsoniano, "ya que intervención y panamericanismo son términos excluyentes, buena voluntad de parte del gobierno americano para ayudar a México, y deseos del gobierno de México de dejarse ayudar por los americanos, traerán, quizás en relativo corto tiempo, una

solución satisfactoria [...]"¹²¹

En momentos en que el retiro de las expedición punitiva otorgaba un triunfo a una política carrancista cada vez más desafiante al fatalismo geográfico; el ministro argentino, no podía sino confiar en la buena voluntad de dos gobiernos llamados a compartir una larga vencidad.

El ingreso de los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, vino a echar por tierra todas las especulaciones de Malbrán. Aunque sin la profundidad que adquirió el enfrentamiento entre México y los Estados Unidos, las relaciones entre éste último y Argentina dejaron de ser cordiales. La convocatoria al Congreso de Neutrales, inauguró una larga lista de encontronazos entre Washington y Buenos Aires. A pesar de una coyuntura favorable, los vínculos diplomáticos entre México y Argentina no se reforzaron en el corto plazo, aunque hubo un esfuerzo para que así fuera.

En enero de 1917, la cancillería argentina giró a Malbrán una comunicación "estrictamente reservada", en la que solicitaba redactar un "informe de la situación mexicana". Para ello fueron remitidos "cuestionarios básicos" con el fin de "orientar la política internacional de la República Argentina, con un conocimiento exacto y preciso de la situación interna, tendencias y orientaciones diplomáticas de las Repúblicas Americanas".¹²²

De esta iniciativa se desprende la voluntad del nuevo gobierno argentino por reformular sus relaciones con América Latina. El conocimiento de las realidades continentales se significaba imprescindible. Sin embargo, y para el caso de México, Malbrán tardó más de un año en responder el cuestionario. Ante insistentes reclamaciones de la cancillería, el ministro argentino se escudaba en una realidad "difícil y crítica, que hace imposible formarse una idea exacta de la situación, en una época en que apenas parece iniciar un periodo de reconstrucción".¹²³

Cuando a mediados de 1918 Malbrán completó sus informes¹²⁴, Argentina sin haber podido articular una política hacia América Latina, decidió seguir profundizando sus diferencias con Estados Unidos. En el marco de la terminación de la guerra europea, la diplomacia de Irigoyen pasó a impugnar el pacifismo wilsoniano materializado en su más reciente creación: la Liga de las Naciones. Argentina hizo manifiesta su inconformidad con los términos con que Wilson extendió la invitación. El concepto de igualdad entre los estados, aparecía violentado en un conferencia que hacía distinciones entre naciones beligerantes y neutrales.

Las instrucciones de Irigoyen a la delegación argentina fueron precisas e inamovibles, en el sentido que la organización que se estaba gestando debía admitir a todos los países sin distinción, además de observar los principios de autodeterminación de los

pueblos, y el repudio a toda guerra de conquista. Estas mociones no fueron escuchadas, y por ello la delegación argentina, cumpliendo las instrucciones de su presidente, se retiró de la Liga de las Naciones.¹²⁵

La Argentina de Irigoyen dejó de adherir a la causa panamericana. Pero este distanciamiento de la Casa Blanca, lejos de encaminar al país hacia un proyecto como el formulado por Carranza, significó una vuelta a los originales principios de conducta internacional gestados por los fundadores de la Generación del 80.

De igual forma que los discursos de Roque Saenz Peña en Washington en 1889, treinta años más tarde, el retiro de la delegación argentina de las conferencias de Ginebra, parecían gestos dirigidos a reafirmar la voluntad de una dirigencia por defender conductas que consideraba inalienables. El radicalismo, empeñado en dejar muestras contundentes de esa voluntad, valoró más la repercusión internacional de sus desacuerdos, que las supuestas ventajas que acarrearían políticas condescendientes para con los países centrales. Argentina volvió a aislarse en el entorno latinoamericano, y sin ninguna "aspiración hegemónica", continuó librando "diplomáticas" batallas contra el panamericanismo.

5.2 EL PARTIDO SOCIALISTA SE PRONUNCIA POR CARRANZA

Desde 1915, en las filas del socialismo argentino comenzó a producirse un viraje en la percepción del fenómeno revolucionario mexicano. En un proceso no exento de contradicciones, los socialistas fueron modificando antiguas opiniones, y así de detractores de la Revolución, pasaron a convertirse en fervorosos propangandistas de la causa carrancista.

En este cambio es posible reconocer una serie de influencias. En primer lugar, la lectura de una prensa colega, de origen europeo, que comenzó a manifestarse favorable a los revolucionarios de México y sobre todo a los seguidores de Carranza. En segundo lugar, el análisis de informaciones provenientes de México, dando cuenta de la existencia de un proyecto transformador; y por último, la acción directa de militantes constitucionalistas que, llegados a Buenos Aires, tejieron vínculos con el socialismo para terminar convenciéndolo de la justicia de aquella Revolución.

Estos puntos de contacto con la realidad mexicana, se desarrollaron en un escenario mayor. En medio de un orden mundial colapsado, donde el modelo civilizatorio europeo parecía desintegrarse en una guerra de colosales dimensiones, para los socialistas argentinos no pasaron desapercibidos los anhelos de transformación social encarnados en los revolucionarios de México. El programa del constitucionalismo, sobre todo en sus

aspectos obrero-campesinos, empezaron a despertar interés entre los militantes del Partido Socialista.

Después de una larga ausencia, México volvió a ocupar espacio en *La Vanguardia*. Los editores rescataron al país del limbo de "Republiqueta", al que había sido condenado tiempo atrás, y sin mayores explicaciones, los sucesos mexicanos volvieron a adjetivarse como revolucionarios.

En enero de 1915, a raíz de la lectura de un artículo publicado en *El Economista Mexicano*, centrado en la necesaria reformulación de la propiedad territorial en México; *La Vanguardia* retomó una línea argumental abandonada: "En el fondo de la Revolución Mexicana hay una gran cuestión social: la de la nacionalización de la tierra, y su entrega en pequeñas parcelas a lo que la cultivan o quieran cultivarla. El latifundio ha tenido en México [...] su génesis en el despojo de las tierras de los indios por parte de una oligarquía cruel y rapaz. Es el ardor de las poblaciones de los campos, por el triunfo de sus reivindicaciones [...] lo que ha alimentado el movimiento revolucionario". Lo que un año antes era una lucha de caudillos con apetitos de cuño oligárquico, cedió lugar a una reivindicación de las figuras de Zapata y Villa, pues éstos "han inscrito en su bandera la cuestión agraria, como la primera a resolver por cualquier gobierno estable".¹²⁶

Meses más tarde y sin citar su origen, La Vanguardia reprodujo un documento firmado por Carranza, donde el Primer Jefe enlistaba sus propuestas revolucionarias. En diez puntos que contemplaban entre otros, la disolución de los latifundios, la formación de una completa legislación obrera, el establecimiento de la libertad municipal, reformas en el sistema judicial, en la organización del ejército y en las leyes relativas al matrimonio;¹²⁷ los socialistas encontraron "un programa revolucionario de marcada orientación social", como escribieron tiempo después.¹²⁸

Durante una temporada el periódico socialista se limitó a reproducir artículos pro carrancistas publicados por la prensa solicalista europea. Fue el caso de los diarios Justice de Inglaterra y El Socialista de España.¹²⁷ En la mayoría de las veces, se insertaba la nota sin más comentarios que la procedencia de la misma, como si ello otorgara credibilidad a las opiniones vertidas. Pero al mismo tiempo, La Vanguardia guardaba un cauto silencio. Su opiniones todavía no aparecían claramente, quizás en espera de mayor información, antes de aventurar una caracterización definitiva sobre una revolución, que en un pasado inmediato había sido denostada.

"De la Tiranía al Socialismo" fue el título de un largo artículo publicado a mediados de abril de 1915. En él, "un socialista español" y otro francés, ambos residentes en México, se dirigían

a la redacción de La Vanguardia para "poner al corriente de lo que ocurre y de lo que están haciendo Venustiano Carranza y su gobierno". El anónimo español hacía un pormenorizado recuento de las tendencias "obreristas" que animaban al carrancismo: "lo primero que hace el ejército al llegar a una población, es organizar a la clase trabajadora. Le facilita todo lo necesario, dinero, locales. Si hay una huelga, es ganada irremisiblemente por lo obreros. [...] cada día que pasa, es mas socialista el gobierno de Carranza". Por su parte, el francés apellidado Bremond, hizo un recuento de la geografía política de México. Carranza emergía victorioso por sobre "la autocracia de Huerta y la reacción de Villa y Zapata". El éxito de las armas constitucionalistas era valorado como "un triunfo socialista, pues las leyes del gobierno de Carranza forman parte de nuestro programa". Bremond, no olvidaba hacer un llamado para detener la intervención norteamericana, y ayudar al pueblo mexicano "a su triunfo que es, el triunfo del socialismo"¹³⁰

El Partido Socialista no se despojó fácilmente de prejuicios anteriores. Una inocultable ambigüedad recorre el camino que condujo a la revalorización de los acontecimientos mexicanos. El hecho de que la prensa socialista fuera proclive a la reproducción de materiales pro carrancistas, no significó que las opiniones expresadas en ellos, fueran aceptadas de manera incondicional por la dirección partidaria. En todo caso, la publicación de aquellos materiales constituyó el primer signo de

un esfuerzo por tratar de incorporar una realidad que a todas luces se transformaba por vía revolucionaria; pero que al mismo tiempo, continuaba perteneciendo a un "mundo bárbaro" de acuerdo al ideario de los seguidores de Juan B. Justo.

A mediados de 1915 se hizo evidente la contradictoria aproximación a México. La Vanguardia, despreocupadamente, reprodujo una extensa entrevista a Isidro Fabela realizada en Europa, y en la misma edición anotaba en un artículo referido a la muerte de Porfirio Díaz que, "Villa, Zapata y Carranza son hijos o productos del ambiente creado por Díaz, caudillos bárbaros que pelean, matan, arruinan y anarquizan a México".¹³¹

La confusión es manifiesta. Cuando la prensa de Buenos Aires hacía pública sus dudas acerca de la Conferencia Panamericana que terminó otorgando el reconocimiento a Carranza: La Vanguardia publicó otra entrevista a Fabela, quien además de hacer una apología del carrancismo, criticó duramente al ABC por "asumir el papel de interventor en los asuntos internos de nuestra República".¹³² Semanas después, el mismo diario en página editorial, pasó a alabar la mediación de Niagara Falls, para desde allí, volver sobre sus opiniones intervencionistas: "En horabuena vaya a México la intervención americana, no como una violación a la soberanía de un país, sino como una intervención amistosa, puesta al servicio de la paz necesaria para el

progreso".¹³³

El socialismo argentino oscilaba entre la condena y el apoyo al proceso revolucionario. Estas conductas, difícil de sostener, finalmente se inclinaron hacia el carrancismo. En ello jugó un papel destacado la ofensiva propangandística que Carranza diseñó para América Latina.

En agosto de 1915, núcleos obreros mexicanos establecieron una comunicación directa con la secretaria general del Partido Socialista. Desde Veracruz, Felipe Sánchez Martínez, dirigente de la Casa Obrera de aquella ciudad, se dirigía a Juan B. Justo: "[...] en momentos solemnes para el porvenir de nuestra nación [...] deseamos dar la voz de alarma [...] sobre los atentados que fragua Norteamérica contra nuestra libertad e independencia, escudándose con los gobiernos de seis países sudamericanos [...]. La política americana tiende a reducir a México a la condición de colonia, la humanidad sirve de máscara a sus intenciones de conquista [...]." La intervención norteamericana, explicaba Sánchez Martínez, "detendrá la obra del constitucionalismo, que ha restablecido los derechos del hombre, la libertad de asociación, los municipios libres. Funda escuelas, coloniza tierras, ha expedido la ley del divorcio, y ha dispuesto la formación de catastros generales para restablecer, sobre bases de equidad, los impuestos a la propiedad raíz".¹³⁴

Los socialistas comenzaron a tener conocimiento de la alianza entre la Casa del Obrero Mundial de México y el carrancismo, pero además, en esa coyuntura arribó a Buenos Aires el general Eduardo Hay quien, como enviado confidencial de Carranza, había estado una larga temporada en Santiago de Chile.¹³⁰ Una vez en Argentina, se vinculó rápidamente con el Partido Socialista, y logró convertir a La Vanguardia en un periódico al servicio del constitucionalismo.

No fue ajena a esta visita el hecho de que el diario socialista dedicara dos de sus páginas centrales a historiar, con lujos de detalles, el proceso revolucionario. La Vanguardia, confesaba su "enorme interés por conocer los orígenes y los móviles de la Revolución", sobre todo a partir de la negativa de Carranza a aceptar "la intervención pacífica propuesta por Estados Unidos y seis naciones latinoamericanas". El punto más llamativo de aquella negativa, no fue que procediera de "esa gran agrupación política que es el partido constitucionalista", sino el hecho de que se hubieran opuesto a "esa intervención numerosas organizaciones obreras". En efecto, para el Partido Socialista, el apoyo de las organizaciones obreras de inmediato se convirtió en garantía de la justicia de la causa carrancista: "La Revolución Constitucionalista tiene de su parte una gran fracción de la clase obrera organizada en sindicatos. La Confederación de Sindicatos de Yucatán adhiere al movimiento, y suscriben los actos revolucionarios los sindicatos de mecánicos, herreros,

electricistas, albañiles, carpinteros, panaderos, dependientes de comercio, cantinas, fundidores, etc." El periódico daba cuenta de que el acercamiento obrero se hizo más estrecho "cuando la Revolución peligró a causa de la traición de la División del Norte, a raíz de lo cual se firmó el Pacto con la Casa del Obrero Mundial". Después de transcribir el texto del Pacto, el diario anotaba, "y así se formaron los batallones rojos, que han combatido la reacción iniciada por Villa, y así se ha difundido por toda América los ideales de la Revolución Mexicana."¹³⁶

Entre las redes de información tejidas durante el último quinquenio, el socialismo argentino terminó construyendo la imagen de una revolución cuya conducción era compartida por un poderoso movimiento obrero, al que supusieron portador de una conciencia y una organización, capaz de imprimir perfiles socialistas al proceso revolucionario.

Desde esta perspectiva se transitó hacia una apología del constitucionalismo. Con una documentación que sólo Hay, pudo haber proporcionado, *La Vanguardia*, reprodujo proclamas y decretos de la gesta carrancista. Fueron publicados textos como el del Plan de Guadalupe y el de la Ley agraria de 1915. Notas con detalles minuciosos de la organización de los ejércitos, descripciones de batallas, datos de las riquezas naturales del país y montos de las inversiones extrajeras. Todo ello acompañado de fotografías de Carranza, grabados y viñetas mexicanas, así

como los encabezados de las proclamas, leyes y decretos carrancistas.

Toda esta información fue acompañada con explicaciones de la orientación política del constitucionalismo. El periódico hacía suya la siguiente versión de lo sucedido en México: "una vez que la revolución triunfante llegó a la capital de la República, trató de organizar el gobierno provisional, y se disponía a atender las demandas [...] de imperiosas reformas sociales, cuando tropezó con la reacción enquistada en el seno de la División del Norte"¹³⁷

La imagen de Villa como personero de los intereses norteamericanos, en lucha por impedir la consolidación del constitucionalismo, fue asumida por los socialistas sin mayores detenimientos. En un tono de expertos en la cuestión mexicana, el articulista indicaba: "¿cómo no recordar aquellos días de la Convención de Aguascalientes?, allí se jugaron los destinos de México, y allí surgió más agresiva que nunca la contrarrevolución villista".¹³⁸

Todas estas afirmaciones resultan dudosas. Por primera vez en el periódico aparecía una mención a la Convención de Aguascalientes, y ahora se hablaba de ella como una experiencia conocida. ¿Cuál fue entonces la profundidad de la adhesión del socialismo al proyecto de Carranza?, ¿cómo el Primer Jefe trasmutó de caudillo

bárbaro a líder revolucionario?

Escasa credibilidad se pudo otorgar a ideas sobre México que, en cuestión de meses, y a veces de semanas, expresaron concepciones tan distintas. La Revolución Mexicana no pudo ser soslayada por los socialistas argentinos. Estos después de borrarla de su prensa, se vieron obligados a tomar partido. Sobre todo en un medio donde el asunto ocupó espacio en los periódicos, fue tema de discusión e incluso de movilización. Con el fin de diferenciarse de anarquistas y ugartistas, el socialismo criticó, y difamó a la Revolución. Pasada la coyuntura de 1913-1914, la existencia de un proyecto transformador en México resultó inocultable para el diario socialista. Fue entonces que se ensalzó a Carranza en tanto representación de un programa que prometía legislar en una variedad de "asuntos sociales" desde una perspectiva similar a la del partido de Justo. Sin el menor espíritu crítico, e incluso de manera apresurada, se asimiló como propio el discurso carrancista. Y por supuesto, en este proceso estuvo ausente toda reflexión autocrítica. Por el contrario, La Vanguardia, ahora dictaba lecciones de práctica revolucionaria. Después de recorrer toda la labor legislativa de Carranza, señaló: "así ha tenido que trabajar, y debe seguir trabajando el gobierno revolucionario de México [...] para poner freno a la explotación capitalista".¹³⁴

La nueva oleada intervencionista orquestada a partir del ataque

villista a Columbus, puso a prueba el grado de adhesión del socialismo a las posiciones carrancistas. El Partido Socialista debió reafirmar su nueva fidelidad a la Revolución. Resultaba insostenible defender a Carranza y al mismo tiempo apoyar la invasión estadounidense.

Frente a esta disyuntiva el socialismo no pudo más que rectificar sus ideas acerca del "carácter civilizatorio" que tendría una invasión norteamericana. Conocida la noticia del ingreso a México de la expedición punitiva, en *La Vanguardia* se escribía un editorial indicando: "Sentimos una intensa alarma [...] ante la decisión del gobierno norteamericano de invadir México [...]. Somos enemigos de toda intervención extranjera en los asuntos políticos de un país, porque la independencia es el derecho fundamental de un pueblo, cualquiera sea su grado de civilización, y de estabilidad de su gobierno. Las naciones hacen por sí mismas el aprendizaje de la libertad sin necesidad de tutorías extrañas, incompatibles siempre con la conservación de la propia soberanía". Ahora los socialistas clamaban por que "los pueblos de América elevaran su voz de protesta, hasta encontrar una solución al conflicto que se ajustara a las reglas de la justicia internacional, para afianzar la paz en el Nuevo Mundo, en estos momentos tan pavorosos de la historia humana".¹⁴⁰

Semanas más tarde, los lectores de *La Vanguardia* volvieron a encontrar un página completa dedicada a México. Fotografías de

Carranza y Obregón ilustraban los artículos. La nota principal llevó por título "La Revolución Mexicana, su trascendencia y significado". Los giros apologeticos en el lenguaje de este artículo, evidencia la transcripción textual de párrafos de algún documento carrancista que llegó a manos de los redactores del periódico. La defensa de la soberanía mexicana contra los embates del "imperialismo norteamericano", articulaba un discurso donde las acciones de Carranza fueron descritas como "actos viriles de un austero ciudadano en quien la Revolución reconoció un jefe nato". El constitucionalismo capitaneaba "una Santa Revolución reivindicadora de las más altas prerrogativas humanas", luchando en principio contra Huerta, quien junto con el embajador H.L. Wilson "fraguaron entre libaciones de coñac" el golpe de estado contra "el horado presidente Madero". En la lucha contra el huertismo, "el santo varón Venustiano Carranza" tuvo que hacer frente a la invasión del puerto de Veracruz y a la Conferencia de Niagara Falls, "cuyo objetivo era dividir a los jefes revolucionarios, privando a Carranza de la autoridad de que estaba investido". Derrotado Huerta, la Conferencia Panamericana "fue una nueva artimaña del gobierno norteamericano, en alianza con las repúblicas de sudamérica, para intentar ejercer un protectorado sobre México". Esta campaña en defensa de la "autonomía nacional", debió enfrentar también "la traición de Villa", pero "la justicia que asiste al constitucionalismo, hecha rayo en las manos de Obregón, en sucesivas batallas, acabó con la fama del insigne bandolero". Las dificultades causadas por la

incursión villista a Columbus, debían ser tratadas como un simple hecho policial, pues Carranza estaba dispuesto a "reanudar cordiales relaciones con los Estados Unidos, siempre y cuando se proceda de inmediato al alejamiento de los soldados extranjeros que profanan con su planta el suelo sagrado de la patria mexicana".¹⁴¹

La página dedicada a México, en aquel ejemplar de *La Vanguardia*, incluía una serie de artículos que dibujan algunos de los puntos de interés que la Revolución Mexicana despertó en las filas del socialismo argentino.

La existencia de un movimiento revolucionario a las puertas del poder, en medio de un mundo convulsionado por la Primera Guerra, fue rescatado a través de la reproducción de un discurso que Carranza pronunció en enero de 1915 en San Luis Potosí. Las palabras del jefe mexicano debieron hacer mella en la conciencia de los socialistas argentinos: "Estamos viendo ahora como se hacen pedazos las naciones europeas para decidir su suerte en una guerra, pero los que sostienen esa contienda, que no es de defensa nacional [...] piensan únicamente en los grandes intereses privados, y no en los de todos, en las desgracias de los que caen como víctimas durante la lucha". A diferencia de aquella guerra, "la que libramos en México ha sido de carácter distinto. En ella, la voluntad del pueblo deberá imponerse, por sobre cualquier institución que estorbe su mejoramiento, su

progreso, sobre cualquier gobierno que impida al hombre ser ciudadano, y disfrutar de todos los bienes que la naturaleza le ha concedido".¹⁴²

La voluntad carrancista de defensa de la soberanía nacional, reclamando el derecho al usufructo de los recursos naturales, a legislar en materia de derechos laborales y a gobernar con completa autonomía de los intereses extranjeros, fue motivo de otro artículo. La autoría del mismo correspondió, según los socialistas, a toda una autoridad académica: "J.W. Shaugter, Doctor en filosofía, Bachiller en artes, ex secretario de la Sociedad Sociológica de Londres, profesor de psicología y educación en la Universidad de Londres, y además, miembro activo del Partido Obrero Británico".¹⁴³

Finalmente, La Vanguardia dedicó un espacio a la reproducción de una nota del Dr. Atl. La trascendencia de la Revolución Mexicana fue puesta de manifiesto, para señalar que "a pesar de la importancia de los acontecimientos que tienen al mundo transformado en un campo de batalla, la Revolución de México ha despertado el interés de los pueblos civilizados del Mundo, [...] hombres de todas las latitudes han sentido la necesidad de estudiar este movimiento reivindicador [...], porque en él se encuentra el germen de las futuras revoluciones".¹⁴⁴

La versión carrancista permitió volver inteligible la maraña de

notas cablegráficas que daban cuenta de una sucesión interminable de batallas y disensiones internas en las filas de los revolucionarios. Aquella versión, acompañada de documentación que probaba la voluntad de transformar la realidad mexicana, permitieron al Partido Socialista trascender una adhesión superficial, para pasar a mirar a México tal y como lo recomendaba el Dr. Atl. A finales de agosto de 1916 La Vanguardia afirmó: "México es para nosotros una experiencia. El nos está diciendo, con su doloroso y trágico proceso revolucionaria, a donde puede llegar un pueblo cuando sus gobernantes lo entregan maniatado a la voracidad del capitalismo extranjero".¹⁴⁵

En este contexto, cuando arribó a Buenos Aires Isidro Fabela, no debió realizar un gran esfuerzo para tener a La Vanguardia a su disposición. El diario reclamaba la opinión del diplomático, quien regularmente dió sus "impresiones personales" sobre México, alimentando el fervor constitucionalista entre los miembros del Partido Socialista.

Los socialistas temían que la prolongación de las acciones armadas terminaran diluyendo "las obras más sobresalientes del presidente Carranza". Esta preocupación aparecía con frecuencia en los reportajes a Fabela. De ahí que todos ellos tuvieran siempre la misma presentación: comenzaban con un informe militar, donde el ministro informaba de las "permanentes victorias sobre villistas y zapatistas", para luego dar paso al consabido

recuento de las "conquistas más avanzadas que ha logrado la Revolución".¹⁴⁶

En 1916 los socialistas tuvieron un nuevo contacto con el constitucionalismo. Carlos Loveira, delegado obrero de la Federación de Trabajadores de Yucatán, arribó a Buenos Aires. El Partido Socialista hizo las veces de anfitrión, y La Vanguardia, cedió espacio en sus páginas no sólo para dar cuenta de las actividades del visitante, sino también para que éste publicara una serie de notas.

El viaje de Loveira tuvo varios motivos. Como el mismo declaró, la gira se inscribía en la decisión del general Salvador Alvarado de enviar delegados de las organizaciones obreras de México a todo el continente, a los fines de "contrarestar la campaña difamatoria de nuestros enemigos en el exterior, invocando para ello la solidaridad de clase en los centros obreros, y entre los elementos liberales de todo orden".¹⁴⁷

Como parte de esta campaña, Carlos Loveira y Baltazar Pagés, emisarios de Alvarado, se dirigieron en julio de 1916 a Washington para participar en una conferencia de la American Federation of Labor. Producto de esta reunión, fue la vinculación de estos delegados a la política que Samuel Gompers había comenzado a diseñar con el fin último de contrarestar la influencia del anarquismo entre los trabajadores norteamericanos.

Política que cristalizó años después, en su extensión hacia América Latina, bajo el nombre de Panamerican Federation of Labor.¹⁴⁸ De esta manera, Loveira en Buenos Aires apareció como propagandista de Alvarado, pero también como estrecho colaborador de Gompers en el proyecto de formar una organización continental de trabajadores.

Loveira encontró un buen interlocutor en el socialismo. Este patrocinó sus conferencias, como una serie de actividades que incluyeron visitas a locales sindicales, a bibliotecas de locales partidarios, a salas de recreo infantil, y reuniones con los directivos de la cooperativa de consumo "El Hogar Obrero", orgullo del socialismo argentino.

"La Revolución Mexicana y el Obrerismo en América", fue el título de un artículo de Loveira que La Vanguardia publicó en cuatro entregas. El viajero mexicano, elogió a la American Federation of Labor por las muestras de solidaridad manifestadas hacia México en momentos en que la Revolución peligraba por las amenazas de una invasión norteamericana. Reprodujo la declaración completa de la conferencia de Washington entre la organización de Gompers y los delegados mexicanos, al tiempo que celebraba el hecho de "que por primera vez, mientras dos países se preparaban para la guerra, grupos de trabajadores de ambos países deliberaban y discutían pacíficamente sobre los medios de obtener una conciliación que evitara la guerra".¹⁴⁹

Loveira no olvidó pasar revista a la situación mexicana. Una minuciosa descripción de las condiciones de trabajo a la que era sometida la población indígena de Yucatán, sirvió de introducción para publicitar la gestión de Alvarado: "No hay país en el mundo, en el cual se haya alcanzado un grado de adelanto igual, y un medio tan propicio como el que actualmente disfrutaban los obreros del sur de México: jornada de ocho horas, locales sociales, bibliotecas facilitadas por el gobierno. Este ha impulsado y apoyado monetariamente la fundación de diversas cooperativas de consumo, y lo mejor aún de producción. Escuelas diurnas y nocturnas, y por último, legislación muy avanzada sobre accidentes de trabajo".¹⁵⁰

Loveira dió tres conferencias en Buenos Aires. En ellas reprodujo en parte lo señalado en sus artículos, pero además fue insistente en explicar las causas del movimiento revolucionario. Frente a un auditorio, que poco tiempo antes leyó en La Vanguardia opiniones contrarias a la Revolución, el delegado obrero indicó que "el movimiento revolucionario no es el resultado de maquinaciones de unos cuantos caudillos que han querido valerse de la credulidad de las masas de jornaleros, y de una supuesta inclinación del pueblo mexicano por la violencia y a la rebeldía para satisfacer bastardas aspiraciones personales".¹⁵¹

El conferencista apeló a la espontaneidad de la lucha de un pueblo "que en su inmensa mayoría no sabe que es el socialismo,

pero hay algo instintivo, algo que es el sentimiento que hace al oprimido juzgar las cosas que le interesan directamente con su vida, con su libertad. El indio mexicano, el campesino esclavo de otros tiempos, no sabe definir que es un revolucionario, pero si supo convertirse en tal, cuando vió la oportunidad de mejorar sus condiciones, cuando vislumbró la esperanza de emancipación".¹²²

En una de sus conferencias, la tribuna fue compartida por algunos miembros de la dirección partidaria. Llegado el turno de cerrar el evento, la entonces joven doctora Alicia Moreau, confesó lo que seguramente muchos miembros de Partido también pensaron: "Después de oír a Loveira, he podido empezar a ver claro en esa tremenda guerra civil mexicana, de la cual hasta ahora, no obstante mi empeño por seguirla en su proceso, no había podido ver otra cosa que la parte triste de la sangre derramada, de la ruína de un país, de las terribles consecuencias de todo movimiento guerrero".¹²³

En el caso del socialismo argentino, la campaña propangandística del constitucionalismo rindió sus frutos. En el lapso de un año, el Partido Socialista enderezó su rumbo hacia posiciones abiertamente favorables a la Revolución.

No resulta extraño entonces, la cobertura informativa dada por La Vanguardia cuando de promulgó la Constitución Mexicana de 1917.

El periódico celebró el "fin de una Revolución [...] hecho histórico de trascendental importancia, que ha sido la válvula de escape por la que han surgido, con inusitada potencia, las fuerzas vitales de un pueblo acumuladas durante treinta años de dictadura porfirista". México, en la opinión de los socialistas, se encaminaba nuevamente por la senda del progreso social; y la nueva Constitución no hacía más que "eliminar los obstáculos que detenían el desarrollo de la civilización".¹³⁴

Las bases doctrinales del socialismo argentino continuaban en pie. El rescate del proceso revolucionario, sirvió también para confirmar los peligros que entrañaban la existencia de "democracias inexpertas" en América Latina. "Países de inmigración y de conquista, que venden su libertad a cambio de generosas concesiones, pueblos no experimentados y gobernados por camarillas de ineptos [...]".¹³⁵ México pagó con su "sangrienta revolución" los costos de aquella situación, pero ahora, y por obra del carrancismo, estaba a las puertas de una enorme tarea de reconstrucción. En las cuentas del socialismo, la flamante Constitución mexicana, consagraba "nuevas formas de relaciones económicas, jurídicas y sociales, que implican de hecho, nuevas formas de hacer política".¹³⁶

Hacia 1917 en el horizonte del socialismo argentino, México figuraba como una excepción en América Latina, y en función de ello, el Partido Socialista permaneció atento a lo que allí

sucedía. Se esforzó por estrechar vínculos con la realidad mexicana. Vínculos, en su mayoría intelectuales, que mucho sirvieron a los seguidores de Justo, para reafirmar su apoyo al proceso de reconstrucción emprendido por los gobiernos mexicanos.

5.3 EL CONSTITUCIONALISMO RESCATA A MANUEL UGARTE

Los perfiles nacionalistas que comenzaron a dibujarse en la prédica de Ugarte, determinaron su alejamiento del Partido Socialista, distanciamiento que también se manifestó en su relación con los gobernantes de la Argentina de entonces. Ugarte, pasó a ocupar un lugar marginal en el espectro político argentino. Sólo las organizaciones estudiantiles, continuaron otorgando apoyo a una prédica latinoamericanista que tomó renovados impulsos en la marco de la Primera Guerra Mundial.

Ugarte intentó aprovechar la experiencia de la Asociación Latinoamericana, para dirigir su mirada hacia la problemática argentina. A mediados de 1915 fundó una efímera organización, que con el nombre de "Comité Popular", pasó a enarbolar un programa que, entre otros puntos, contemplaba: "la pretección y el fomento de las industrias nacionales para preparar la emancipación económica del país; la valorización y el fomento de las riquezas minerales y forestales, y su explotación por el Estado; el abarataamiento de los servicios ferroviarios, y una acción enérgica del Estado para hacer sentir su influencia en las compañías; la creación de una marina mercante; y la intensificación de los vínculos económicos con el resto de América Latina".¹⁵⁷ En su proyecto político, Ugarte incluyó la edición de un periódico, La Patria, que por dificultades financieras sólo circuló tres meses.

Al amparo de la Asociación Latinoamericana, el escritor continuó su campaña contra la Standard Oil, interesada en la explotación del petróleo argentino. De igual forma dió una batalla por conseguir la condonación de la deuda que Paraguay tenía con el Argentina, a raíz de la "Guerra de la Triple Alianza", librada a fines del siglo pasado.

El fervor hispanista cristalizó en una práctica celebratoria del 12 de octubre. En aquella fecha y desde 1914, Ugarte y sus seguidores, se daban cita en el monumento a Colón en Buenos Aires, para honrar a la "Madre Patria". A la defensa de México, permanente en sus discursos y artículos publicados en La Patria, se sumó la de Haití y Santo Domingo, ocupados por tropas norteamericanas en 1915 y 1916 respectivamente.

En aquellos años, Ugarte mantuvo una posición claramente neutral frente a los ejércitos beligerantes en Europa. Con igual dureza condenó las agresión británica a navios argentinos,¹³⁰ que la ocupación de Bélgica por el ejército alemán.

Si el discurso nacionalista no generaba grandes adhesiones, no sucedía lo mismo cuando Ugarte apelaba a la causa de las naciones débiles avasalladas por las potencias mundiales. Después de la prohibida manifestación de apoyo a México, la defensa de Bélgica sirvió de prueba para demostrar la capacidad de movilización de la Asociación Latinoamericana. Acompañada de una amplia campaña

publicitaria. la Asociación convocó a un acto en un teatro capitalino. Las expectativas de Ugarte quedaron plenamente satisfechas, pues "tal fue la afluencia de público, que la policía se vio en la imprescindible necesidad de cerrar las puertas de acceso al local"¹⁵⁷

El acto contó con la adhesión de José E. Rodó, quien envió una misiva solidaria, en tanto que la alocución de Ugarte giró en torno a la defensa de los derechos de una pequeña nación europea invadida por un vecino poderoso, "defensa de un principio que, acaso tendrán que invocar mañana las naciones latinoamericanas".¹⁵⁸

En este terreno fue donde Ugarte cosechó sus mayores éxitos. Cada nuevo jalón de su campaña de defensa continental, era acompañado de cartas solidarias de una intelectualidad latinoamericana que compartía iguales preocupaciones. La Liga Patriótica Centroamericana, y diversas entidades de Chile, Uruguay, y Colombia enviaron telegramas instándolo a proseguir la lucha. En Buenos Aires, el Ateneo Iberoamericano lo nombró su presidente, al tiempo de el Centro de Estudiantes de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, organizaba reuniones y homenajes al "ilustre poeta".

En Argentina los episodios de la guerra europea ejercían una fascinación casi exclusiva. Mientras las prensa diaria seguía con

banderitas en los mapas, las más ligeras oscilaciones en la línea de trincheras que separaban a los ejércitos europeos, Ugarte permaneció atento a la realidad latinoamericana en general, y mexicana en particular.

En momentos en que la diplomacia argentina se aprestaba a participar en la Conferencia Panamericana de Washington, el "ilustre poeta" embestia contra el ABC y sus proclamados propósitos: "Esa alianza sólo alcanzará su verdadero sentido, cuando logre desvanecer las desconfianzas y las inquietudes [...], cuando haya desvanecido de manera concluyente los propósitos de hegemonía que se le atribuyen".¹⁶¹

En agosto de 1915 Ugarte puso en movimiento una nueva campaña de apoyo a México. Los detonadores de esta situación fueron por un lado, la publicación de la nota que Carranza había dirigido al presidente argentino, denunciado el proyecto intervencionista fraguado por el Departamento de Estado; y por otra, las comunicaciones que, con igual sentido enviaron distintas organizaciones mexicanas. Sobre esto, se agregó la reproducción que el periódico *La Tarde*, hizo de un editorial publicado en el diario *El País de México*. Con el título de "Alianza Vergonzosa" el periódico mexicano se dirigió a Ugarte: "Tres repúblicas hermanas [...] se alían a los enemigos jurados de nuestra raza [...] rompiendo bruscamente viejas tradiciones de sangre y cultura. Brasil, Argentina y Chile, en vergonzosa entente con los

Estados Unidos, no reconocen aún el gobierno de México. No culpamos por ello al pueblo de esas naciones hermanas, sino a sus gobiernos, que sin duda, tuercen y contradicen el deseo de la opinión general. ¿Qué diría ahora Manuel Ugarte?".¹⁶²

Ugarte no tardó en responder: "Tiene razón El País, el ejemplo que estamos dando en América merece ser calificado de vergonzoso [...], pero nadie puede creer que la opinión de Argentina abandona a México".¹⁶³ Y como muestra de ello, la Asociación Latinoamericana lanzó una convocatoria a un acto a realizarse en la Plaza del Congreso de Buenos Aires. En la tarde del 22 de agosto de 1915, más de diez mil personas se congregaron en una manifestación sin precedentes en la Argentina de entonces.

Entre banderas argentinas y mexicanas, Ugarte se dirigió a los asistentes para expresar: "El pueblo y la juventud de Argentina cumplirán siempre con su deber. La diplomacia de los pueblos, que es la diplomacia de la lealtad, ha resultado superior a la diplomacia de los gobiernos, que determinan a veces catástrofes como la guerra europea. Extendamos la mano a México, pero que sea para servirlo y no para servirnos de él [...]. ¿Con qué derecho intervenimos en México, si México expresa de manera tan definitiva su rechazo?. Yo creo interpretar lo que está en todas las conciencias del pueblo y la juventud argentina: ¡Nosotros no apoyaremos la intervención!. ¡Viva México!".¹⁶⁴

En aquella oportunidad acompañaron a Ugarte en la tribuna, líderes estudiantiles y representantes de la comunidad mexicana en Argentina. En nombre de ésta, Luis Vega indicó: "Pertenezco a la llevada y traída raza indígena de mi país, sé que a esa raza [...] se la ha llegado a considerar causa única de nuestras revueltas, verdadero elemento de regresión [...], pero pues pertenezco a esa raza, y sino fuera para aplaudirlos, estaría aquí para convencerlos, porque a la par de vuestra cultura y mi origen, me autorizarían para abogar por ella, por mi patria, en el ejercicio de un derecho de legítima defensa".¹⁴³

Ugarte había desafiado a las autoridades argentinas, pues carente de un permiso policial, realizó un acto público de importantes dimensiones. Sin embargo, la represión no tardó en llegar. Una vez terminados los discursos, y ante la espontánea decisión de los concurrentes de realizar una marcha por las calles adyacentes, la policía "cargó contra la multitud persiguiéndola hasta en las aceras".¹⁴⁴ Entre heridos y detenidos concluyó el acto de solidaridad con México.

Ugarte, por la manifestación pública de estas opiniones, terminó excluido de los círculos de la política oficial argentina,¹⁴⁵ aunque desde el extranjero continuaba siendo objeto de reconocimiento y elogios.

A fines de febrero de 1916 recibió por correo un libro acompañado

de un breve eskeia: "Me honro suplicando a Ud. que pase revista a la penúltima página de mi obra El Mito de Monroe. La mención que de Ud. hago en ella, es un acto de justicia".¹⁴⁰ El firmante era el diplomático e historiador mexicano Carlos Pereyra.

Pereyra pasaba revista al expansionismo norteamericano, para luego definir las distintas posturas que frente a él sostenían los latinoamericanos: "Una es la de quienes conocen el peligro yanqui, y su representante es Roque S. Peña. La otra, la que rechaza toda vinculación con los países débiles de la América Española [...]. Los megalómanos de esta fracción, son los que se asocian a las infamias de Wilson. Son los mismos que hablan de la Argentina y sus grandezas. Se dicen los yanquis del sur [...] y alcanzan el nivel de insolencia que corresponde a todo advenedizo. Y existe además la corriente popular, pura, noble, generosa, que se derrama por donde quiera que la juventud y el pueblo dejen oír su voz [...]. Tiene por apóstoles a los poetas, a los que conocen por obra de intuiciones geniales. Su representante es el héroe de una odisea continental: Manuel Ugarte".¹⁴¹

México sirvió a Ugarte para confirmar sus "intuiciones geniales", y en función de ello permaneció atento a lo que allí sucedía. Las noticias del ingreso de la expedición Fershing a territorio mexicano y meses más tarde la del combate de El Carrizal,

volvieron a activar la campaña ugartista.

Para Ugarte, México, en tanto línea de avanzada en su propuesta "defensiva", había librado la primera batalla contra el ejército invasor. Los resultados de aquel combate, inflamaron de optimismo al "ilustre poeta".

Mientras la cancillería argentina guardaba silencio frente a las distintas comunicaciones enviadas por Carranza y Aguilar; Ugarte volvió a colmar la capacidad de un teatro de Buenos Aires. A finales de junio de 1916, una "asamblea popular" convocada por la Asociación Latinoamericana, se reunió para protestar contra la invasión norteamericana a México. En esa oportunidad, Ugarte comenzó por reclamar un reconocimiento que el medio político argentino le negaba: "Hace tres años volvía a Buenos Aires [...], tras una larga gira de conferencias contra el imperialismo norteamericano. Al llegar a mi ciudad natal, al disponerme a exponer aquí [...] mis previsiones y argumentos, encontré de parte de las autoridades un gesto adusto, y una oposición tenaz [...]. En presencia de los acontecimientos que se precipitan ahora ante México ensangrentado por la invasión [...], yo pregunto a esta sala vibrante de indignación: ¿quién tenía razón en el conflicto?, ¿los que a fuerza de condescendencias y complicidades, escalaban las más altas situaciones, o el que por su irreductible resistencia [...] quedaba en el llano, con el grillete de sus opiniones atado a los pies, simple voz anónima

dentro de la patria en medio del pueblo y la juventud?, ¿los gobernantes, la diplomacia palaciega que lo ajusta todo al cálculo minucioso, o la diplomacia popular, que sólo tiene por guía las sinceridades del corazón?. ¿Quién tenía razón en el conflicto...?"¹⁷⁰

Ugarte seguía sin modificar su visión de la Revolución Mexicana. Las "geniales intuiciones" apuntalaban un arco solidario hacia un México amenazado por los Estados Unidos. Pero la explosión revolucionaria quedaba reducida a un producto de las maquinaciones anexionistas de Washington. Ugarte continuaba reivindicando el orden porfirista. La Revolución venía a interrumpir "treinta años de paz, treinta años durante los cuales el monstruo del imperialismo ha acechado desde el otro lado de la frontera, esperando dar el zarpazo. [...]. Derrotado Porfirio Díaz es el oro imperialista el que corrompe a los hombres [...], son los pertrechos imperialistas lo que permiten a cualquier aventurero levantarse en armas contra las autoridades [...]. son las intrigas imperialistas las que impiden el acuerdo entre los grupos". Después de años de guerra, la invasión norteamericana, según Ugarte, parecía haber reconciliado a los bandos revolucionarios: "el imperialismo no contaba con la resistencia admirable de un pueblo guerrero y altivo que exclama ¡alto ahí, viva la Patria!. El imperialismo no contaba con la solidaridad de todo un continente reunido alrededor de México [...]"¹⁷¹

A pesar de sus apreciaciones sobre el origen de la Revolución, Ugarte rápidamente fue interceptado por los emisarios de un constitucionalismo urgido por ganar apoyos internacionales. Producto de este encuentro, "el paladín del latinoamericanismo" pasó a abrazar la causa carrancista, hasta convertirse en un destacado propagandista de ella, tanto en América Latina como en Europa.

Una vez conocida en México la noticia del acto organizado por Ugarte, este de inmediato recibió dos telegramas de agradecimiento. Uno fue enviado por Juan Delgado, jefe de información de la Secretaría de Relaciones Exteriores,¹⁷² el otro llevaba la firma de Venustiano Carranza.¹⁷³ Por otra parte, desde Washington, Carlos Loveira le informaba de su próxima llegada a Buenos Aires. El emisario del general Alvarado expresaba sus deseos de "secundar la campaña antimperialista que en favor de México se haya Ud. realizando".¹⁷⁴

El constitucionalismo encontró en Ugarte un verdadero interlocutor, y el responsable de ello, fue en buena medida Isidro Fabela. El diplomático mexicano desde su llegada a Buenos Aires se vinculó a Ugarte, para desde entonces sellar una amistad que unió a ambos por el resto de sus vidas.

Fabela, pronto tomó conocimiento de toda la actuación del argentino en favor de México. "Días después de mi arribo a Buenos

Aires, me apresuré a felicitarlo y darle las gracias", escribió el ministro mexicano a su canciller.¹⁷⁵

Fabela no tardó en 'descubrir' las ventajas que reportaría una acercamiento estrecho entre Ugarte y el gobierno mexicano, por ello, desde Río de Janeiro, telegrafió a Carranza: "Creo muy conveniente que Ud. conozca a Manuel Ugarte. Creo que Ugarte será un activo, inteligente y entusiasta propagandista de nuestra causa nacional y continental".¹⁷⁶

Mientras el canciller Aguilar se aprestaba a girar una invitación especial a Ugarte para que visitara México; en Buenos Aires, la legación mexicana se encargaba de la organización del ceremonial para la conmemoración de la independencia. Suspendidas durante un quinquenio, en 1916, volvió a conmemorarse el "Grito de Dolores", con un amplio despliegue propagandístico. La recepción oficial tuvo a Ugarte como principal orador. Frente al cuerpo diplomático acreditado en Buenos Aires, volvió a insistir en la imprescindible necesidad de afianzar la unidad latinoamericana.¹⁷⁷

Por intermedio de Ugarte, Fabela estrechó contactos con las organizaciones estudiantiles de Buenos Aires. Los permanentes viajes que el diplomático mexicano realizaba entre Santiago de Chile y la capital argentina, fueron aprovechados por la Federación Universitaria de Buenos Aires, para solicitarle que

sirviera de emisario entre aquella Federación y la de los universitarios chilenos. Fueron varios los mensajes intercambiados gracias a la gestión de Fabela, quien intepretó estas misiones como muestras de confianza y adhesión al gobierno de Carranza: "es necesario que en México sean conocidos estos hechos, telegrafiaba Fabela, para que los estudiantes mexicanos puedan ver en esta distinción que se hace en mi carácter de ministro, la simpatía que nuestra patria inspira".¹⁷⁶

En octubre de 1916, Fabela informó a Ugarte que el gobierno mexicano estaba interesado en invitarlo a visitar México.¹⁷⁷ Al mismo tiempo se ponía a disposición de Ugarte la suma de tres mil quinientos dólares para sufragar los gastos del viaje.¹⁷⁸ Por su parte, Ugarte comunicó su aceptación, pero realizó dos peticiones. La primera tenía que ver con el "deseo de que se haga pública la invitación del gobierno constitucionalista, o bien que aparezca en alguna forma como invitado por intelectuales o estudiantes".¹⁷⁹ La segunda estaba relacionada con la fecha de realización del viaje. Ugarte solicitó que fuera después del cambio de gobierno en Argentina.¹⁸⁰

El ministro mexicano no tuvo dificultad alguna para satisfacer a Ugarte. A mediados de diciembre le entregó una carta de José N. Macías, rector de la Universidad Nacional de México, quién "en nombre de los profesores y alumnos de las facultades" invitaba "al distinguido poeta argentino a hacer entre nosotros una gira

de propaganda pro unión de las naciones latinoamericanas".¹⁰³
Por otra parte, la fecha con que se le curso la invitación, solucionaba el segundo pedido de Ugarte, pues Hipólito Irigoyen desde octubre de ese año ocupaba la presidencia de la nación.

Las dos peticiones, intrascendentes para Fabela no lo eran para Ugarte. Este quiso y supo capitalizar la invitación, en un momento en que su figura parecía condenada al ostracismo en el escenario de la política oficial argentina. Ugarte, publicista al fin, puso especial atención en cuidar ciertos detalles que podrían deslucir su próxima actuación en México.

La naturaleza de la invitación resultaba importante. El público de Ugarte era la juventud universitaria. Por tanto, con una carta como la conseguida por Fabela, el "distinguido poeta" tenía asegurado un auditorio, en el que, por otra parte, ya había incursionado con éxito años antes. El carácter oficial de la invitación servía también a sus fines, pues la Universidad mexicana hacía público un reconocimiento que el medio argentino le negaba.

El interés de Ugarte por que la visita se realizara después del cambio de gobierno no fue irrelevante. El sabía, que aquella invitación oficial iba a significar una noticia poco grata para la diplomacia argentina en general, y particularmente para el canciller Murature. Ugarte, seguramente tenía noticias de los

cambios que el gobierno de Irigoyen iba a introducir en el manejo de las relaciones hemisféricas. Lo que le preocupaba era sobre todo la actitud que asumiría Murature y el ministro argentino en México. De Malbrán no esperaba palabras elogiosas, pero sí quería, por lo menos, que no opacara los festejos que en su honor preparaban los anfitriones mexicanos.

Los temores de Ugarte resultaron bien fundados. Cuando en México se hizo pública la invitación, en embajador norteamericano Fletcher, se reunió con Malbrán. El diplomático estadounidense confesó sus temores porque la vista de Ugarte "degenerara en un campaña contra los Estados Unidos". Interesaba a Fletcher conocer "la actitud del ministro argentino en ocasión de la llegada de Ugarte".¹⁹⁴

Malbrán escribió un largo informe dando cuenta de esta conversación: "No debo ocultar que comparto los mismos temores que el Sr. embajador norteamericano [...] por ello mantendré la más absoluta abstención en todas las ceremonias o fiestas que se celebren en honor a Ugarte". Sobre la base de estos "temores compartidos". Malbrán se mostró absolutamente condescendiente con las peticiones de Fletcher. Este le indicó que en el caso de que Ugarte, en calidad de invitado oficial del gobierno mexicano, realizara algún ataque a los Estados Unidos, la embajada a su cargo se vería en la obligación de "llamar la atención del gobierno mexicano". Fletcher pasó entonces a solicitar, que la

legación argentina condenara publicamente las opiniones de Ugarte. Malbrán accedió sin mayor trámite: "yo no tendría inconveniente en significar que el gobierno argentino no se solidarizada de manera alguna con las ideas que pudiera exteriorizar el Sr. Ugarte".¹⁰⁰

De haber permanecido en su cargo el canciller Murature, el informe de Malbrán seguramente hubiera sido aprobado. Pero para satisfacción de Ugarte, ésto no sucedió. Los nuevos aires en la cancillería de Irigoyen, dieron lugar a una inmediata respuesta al ministro Malbrán: "[...] el señor Manuel Ugarte, es ciudadano de un país libre, y como tal tiene perfecto derecho a manifestar sus opiniones personales cualesquiera que ellas fueran. Ugarte no lleva representación oficial alguna, y en consecuencia, las ideas que manifestase no podrán ser interpretadas [...] como opiniones del gobierno argentino". Malbrán recibió un serio apercibimiento, en el que se le recordaba "su obligación de ajustar el comportamiento a las instrucciones de este Ministerio, pero nunca a las insinuaciones del embajador de los Estados Unidos".¹⁰⁰

Seguramente Ugarte desconoció estas comunicaciones, pero para él, el cambio de gobierno significó por sí mismo, toda una garantía. En su viaje a México el gobierno argentino no interfirió, y Malbrán, no pudo más que mantener una actitud "discreta y prescindente".

La partida de Ugarte estuvo precedida por una serie de actos. Uno de ellos se realizó a mediados de enero de 1917, y fue convocado para rendir un homenaje a una delegación de estudiantes mexicanos recién llegada a Buenos Aires.¹⁰⁷ El carrancismo promovió esta visita, que tenía por objeto estrechar relaciones con las organizaciones estudiantiles argentinas. La legación mexicana en Buenos Aires, presentó a los universitarios mexicanos ante la Asociación Latinoamericana y la Federación Universitaria de Buenos Aires. Esta última, fue la encargada de organizar el acto de bienvenida, y en él, destacaron como oradores dos futuros líderes del movimiento de reforma universitaria, que un año más tarde estallarían en Argentina: Gregorio Berman y José Ma. Monner. En nombre de la Asociación Latinoamericana, hizo uso de la palabra su vicepresidente, González Arrilli, y por supuesto, Manuel Ugarte.

Al margen de las palabras solidarias hacia México, con las que Ugarte reiteró una vez más sus concepciones, en aquella oportunidad destaron en los discursos dos nuevos elementos. El primero, fue la referencia a Venustiano Carranza, ya no sólo con "defensor de una soberanía amenazada", sino también como "patriota empeñado en reconstruir el país sobre bases nuevas y sólidas"¹⁰⁸. La segunda, desprendida de la anterior, consistía en la imagen de que correspondía a los jóvenes universitarios ocupar un lugar destacado en esa tarea de reconstrucción.

Los estudiantes argentinos estaban ya madurando la idea del papel que, poco tiempo después, se asignaron cuando el estallido del movimiento reformista. La quiebra del europeísmo implícita en la Primera Guerra Mundial, encontró a esos sectores medios reclamando una recomposición del espacio social y político. Y cuando ésto sucedió, el discurso ugartista fue plenamente asumido por un sujeto social estratégico: la juventud universitaria. Haciendo suyo este discurso, esa juventud comenzó a manifestar voluntad por liderar un movimiento de amplia regeneración política, que pronto halló eco en el resto del continente.

En esta coyuntura se insertó la experiencia mexicana. Frente a una Europa devastada en el horizonte de los universitarios argentinos, México comenzó a aparecer como tierra donde se estaban poniendo las bases de una nueva utopía. Tierra de libertad, de reformas y heroísmo en defensa de la soberanía. Tierra cuyo gobierno se mostraba interesado en afianzar la unión latinoamericana, fundamento de un futuro que se pensaba afortunado.

Para los oradores de aquel acto, América Latina estaba en los umbrales de una nueva era, moldeada a partir de un 'juvenilista' proyecto reformador. "¡Que los muertos no nos manden!", reclamaba Berman en su discurso, haciendo alusión a la necesidad de romper con generaciones anteriores. México, después de su Revolución encarnaba el modelo de "una democracia americana, gobernada por

fuerzas de cultura y de derecho, y no por el privilegio y la conveniencia". La mirada estaba puesta en un futuro que comenzaba a cristalizar en México: "¡Mañana venturoso para México, mañana que nos hermana en un rumoroso palpitar de entusiasmos!". 197

Todavía antes de su partida, Ugarte fue objeto de dos despedidas. La primera corrió por cuenta de las asociaciones estudiantiles de Buenos Aires, quienes lo hicieron portador de saludos, comunicados y hasta presentes a ser entregados a las organizaciones universitarias mexicanas.¹⁹⁸ La segunda fue organizada por Isidro Fabela. Esta tuvo toda la solemnidad de un acto oficial, al que concurrieron en pleno los ministros latinoamericanos acreditados en Buenos Aires, el embajador español y el ministro de Portugal.¹⁹⁹

Los últimos días de enero de 1917 Ugarte inició su viaje a México. Este volvía a asumir la forma de gira continental, pues dadas las inseguridades de las comunicaciones en el Atlántico, se optó por una ruta que incluía a Chile, Panamá y La Habana.

El viajero emprendió este viaje en medio de una convulsionada coyuntura internacional. Los alemanes habían declarado la guerra ilimitada, y con ello aumentaron las posibilidades de un ingreso de Estados Unidos a la guerra mundial. La opinión pública latinoamericana pasó a concentrarse en aquella posibilidad. Definir una postura ante un eventual ingreso del ejército

norteamericano al bando aliado, se convirtió en preocupación central de los gobernantes, políticos e intelectuales del subcontinente. Compartiendo esta inquietud, el neutralismo de Ugarte, comenzó a virar gradualmente hacia posiciones pro germanas.

Su "antinorteamericanismo" llevó a Ugarte a creer que en aquellos días se asistía a una quiebra del sistema panamericano. No sólo el "pacifismo" wilsoniano entraba en crisis, sino que, concentrados los esfuerzos estadounidenses en Europa, se abría para América Latina la posibilidad de concretar su "segunda independencia". Entrevistado en Santiago de Chile, expresó: " Si recordamos que América Latina aprovechó la guerra de Francia con España para emanciparse de ésta [...], no podría asombrarnos que las regiones actualmente sojuzgadas por los Estados Unidos, sacaran legítimamente partido de un conflicto que tendría que aligerar fatalmente la presión que sobre ellas se ejerce".¹⁷²

Ugarte continuó levantando la bandera neutralista, declaró estar de acuerdo con la posición de Irigoyen ante la guerra, pero frente a la neutralidad sostenida por el gobierno argentino, que con dificultad podía esconder su inclinación "aliadófila"; el viajero sostuvo que "si examinamos detenidamente la historia de América Latina, encontraremos que las lesiones que ésta ha sufrido provienen de Estados Unidos, Francia e Inglaterra [...]"¹⁷³ La propuesta mexicana de conformar un bloque de países neutrales,

fue motivo de elogio por parte de Ugarte, en tanto que "subraya una actitud independiente y combativa".¹⁷⁴ La defensa del carrancismo se manifestó también en la crítica a la política del ABC hacia México: " El ABC se mató a sí mismo. [...] aceptó en sus conferencias [en Niagara Falls] a uno de los partidos en lucha, sacrificando precisamente al que aseguraba ser representante de la legalidad, al que resultó triunfante. El partido excluido de las conferencias [...] al protestar, hizo fracasar la iniciativa, por más que esto no se haya confesado, ni sabido. El ABC no tuvo independencia [...], nació influenciado por un lejana partería".¹⁷⁵

Estas declaraciones despertaron una avalancha de acusaciones contra su persona. En distintas ocasiones negó que su campaña tuviera por objeto hacer propaganda a favor de Alemania. Ugarte volvía una y otra vez a defender la propuesta de unidad latinoamericana, para "definir una política genuinamente continental [...] desligada de toda influencia o presión extraña".¹⁷⁶

Acorralado por un prensa hostil, Ugarte en aquella escala chilena recibió una nota solidaria firmada por Fabela: "Quién sabe cuál será el resultado práctico de su campaña ideal, pero tanto Ud. como yo sabemos que si nuestro afán de unir a todos los pueblos de la América Latina no tiene pronto éxito, lo tendrá mediato, habrá de tenerlo, porque vive en nuestra sangre, y en otra ley

fuerte también: la conveniencia".¹⁷⁷

Con la mirada puesta en México, el escritor continuó su viaje. A lo largo del itinerario, declaraba repitiendo insistentemente, lo que en efecto creía: "México se ha puesto de pronto a la cabeza de la política latinoamericana, mediante actos de independencia y gallardía [...], y es como consecuencia de esos movimientos [...], que empieza a definirse ahora en todas nuestras repúblicas una tendencia destinada a acentuarse cada vez más".¹⁷⁸

Ugarte llegó a México en los primeros días de abril de 1917. Su figura emergía agigantada. Ya no era un viajero ocasional como cuando estuvo por primera vez en México. Tampoco debió enfrentar la "hostilidad gubernamental" de la que fue objeto en su segundo viaje. En esta ocasión "gobierno y pueblo" mexicano se encargaron de tributar, en una ininterrumpida secuencia de actos, el reconocimiento que Ugarte esperaba por sus campañas solidarias. El objetivo de su visita seguía siendo el mismo. Despertar en las conciencias mexicanas la "idea fuerza" de la unión, como única respuesta posible al expansionismo norteamericano. México en esta ocasión, pasó a constituirse en el escenario más adecuado para reiterar su propuesta.

La intransigencia carrancista frente a las pretensiones estadounidenses fue convertida por Ugarte en un modelo que debían seguir el resto de las naciones latinoamericanas. El ideario

Ugartista se veía plasmado en aquel momento de la historia mexicana. Un nacionalismo exacerbado, capaz de poner en pie de guerra a aquella nación contra los Estados Unidos, otorgó a las palabras de Ugarte una amplia capacidad de convocatoria.

Ese nacionalismo era el mismo que acompañó al visitante en su estadía de 1912, pero ahora, y de esto Ugarte no se percató, la juventud universitaria había cambiado. A diferencia de aquella, que bajo la cubierta nacionalista escondía posiciones conservadoras, contrarias al gobierno maderista; en esta oportunidad, los universitarios no sólo encontraron puntos de coincidencias con un gobierno dispuesto a no ceder a las presiones norteamericanas, sino que, el arco de coincidencias incluía buena parte del proyecto político liderado por Carranza.¹⁷⁹

Fueron las organizaciones estudiantiles las que asumieron el papel de anfitriones del "ilustre huésped". Miguel Torner encabezó, como presidente del Congreso de Estudiantes del Distrito Federal, una delegación que se trasladó a Veracruz para sumarse a los actos de bienvenida. Una multitud estimada en cinco mil personas,²⁰⁰ se congregó en los muelles del puerto para aclamar a Ugarte: "Muchas personas, haciendo uso de botes de gasolina y de remos, fueron a encontrar al vapor hasta fuera de la bahía. Cuando el vigía anunció que el María Cristina estaba a la vista, la multitud prorumpió en aclamaciones que fueron

aumentando conforme se acercaba el buque".²⁰¹

Después de los discursos de rigor, Ugarte, entre vitores, fue escoltado hasta el hotel que se tenía reservado. Los festejos se prolongaron varios días. El general Heriberto Jara, como distintas autoridades de la ciudad "se esmeraron en atenderlos cortesmente".²⁰² Ugarte visitó las redacciones de varios periódicos, se entrevistó con representantes obreros²⁰³ y finalmente se embarcó en un tren rumbo a la capital. En cada escala de la ruta, la travesía resultó interrumpida por actos de homenaje.

Mientras tanto en la capital, los estudiantes reunidos en comisiones por facultad, daban a conocer el plan de festejos. Las actividades programadas cubrían, en principio, todo el mes de abril: conciertos, veladas, reuniones, conferencias, exposiciones gimnásticas, representaciones teatrales, y hasta una visita a Teotihuacán.²⁰⁴

La llegada de Ugarte al Distrito Federal ocupó las primeras planas de los periódicos capitalinos. La magnitud del recibimiento hacía recordar el arribo del ministro Malbrán el año anterior. Sólo que éste no estuvo presente entre "aquella ola humana que invadió los andenes de la estación".²⁰⁵ Delegaciones de profesores universitarios y de organizaciones estudiantiles, entre los acordes de una banda militar,

presidieron el acto. "México era ignorado en la Argentina, pero ahora se le respeta y se le quiere" sentenció Ugarte, y con aquellas palabras quedó inaugurado un programa de eventos que se prolongó por espacio de casi dos meses.

Durante varias semanas la prensa diaria dió cuenta de todas las actividades de las que participaba Ugarte. En una de ellas hizo entrega de los documentos que portaba como emisario del estudiantado argentino.²⁰⁶ A los eventos programados se sumaron otros, reuniones con el rector Macías, visitas a periódicos, a las distintas escuelas universitarias y a la Escuela Nacional de Aviación.²⁰⁷ Por supuesto no faltaron las entrevistas con Aguilar y con el presidente Carranza. Con relación a esta última, el visitante apuntó en su diario de viaje: "Me recibió sin pompas, y durante la audiencia, que duró hora y media, habló de resistencias conjuntas, de ideales amplios, como jamás lo hizo ante mi ningún otro presidente". Ugarte estaba frente al modelo de gobernante que su prédica proponía. Según su versión, imposible de confirmar, pero de claros contornos autocelebratorios, preguntó a Carranza si sería nociva para la política de México, una completa exteriorización de las ideas que sostenía. "Exponga Ud. cuanto crea necesario - repuso Carranza- y tenga la certidumbre de que nunca dirá contra el imperialismo más de lo que yo pienso".²⁰⁸

Ugarte escribió que en el curso de esa entrevista, tomó

conocimiento de una reclamación que el embajador Fletcher elevó al gobierno mexicano con motivo de su visita.²⁹⁷ El diplomático norteamericano tenía más de una razón para mostrarse disgustado ante semejante avalancha de agasajos, ofrecidos a un hombre sindicado como "enemigo" de la política estadounidense.

En el tiempo que duró la travesía de Ugarte rumbo a México, fueron madurando las condiciones que condujeron a la decisión norteamericana de participar en el campo de batalla europeo. Una vez en México, la noticia de su llegada compartía los titulares de la prensa junto a otros que daban cuenta de la determinación de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos de acompañar la decisión norteamericana declarando la guerra a Alemania.

México en esta coyuntura era toda una excepción. Fundamentalmente por el enfrentamiento de su gobierno con el estadounidense, y como consecuencia de ello, por el complejo entramado de intereses alemanes en torno a ese enfrentamiento. México y su Revolución, fue un escenario privilegiado donde midieron ambiciones hegemónicas las principales potencias de la época, y entre ellas, la influencia alemana no fue desdeñable. Por el contrario, el país se convirtió en la base de propaganda alemana más importante del continente. Situación que se explica, de tomar en cuenta las dificultades que tuvo que enfrentar el gobierno de Carranza para consolidar su poder. El constitucionalismo, presionado por Washington, en más de un momento se inclinó hacia Alemania en

busca de algún respaldo que la permitiera sobrevivir. En este contexto, México no sólo se diferenciaba de la mayoría de los países de América Latina al sostener una postura "neutral", sino porque además, ese neutralismo fue notoriamente benévolo hacia los alemanes.²¹⁰

Un ambiente mexicano permeado de opiniones favorables al bando germano, sirvió a Ugarte para confirmar la 'validez' de la perspectiva con que, a últimas fechas, observó el conflicto europeo, y sobre todo el futuro de América Latina frente al desenlace final de la guerra.

Ugarte comprendió y compartió los verdaderos sentimientos que se expresaban en aquel ambiente; por ello, asumió una posición de abierta simpatía con la causa alemana. La defensa que hizo en México de los imperios centrales, le valió el mote de "germanófilo", del que no pudo desprenderse aún muchos años después.

A mediados del mes de mayo, el "ilustre visitante" debía pronunciar una conferencia, entre las tantas que impartió en aquella estancia mexicana. La reunión estaba programada en el auditorio de la Escuela Nacional de Ingenieros. Sin embargo, para sorpresa de los organizadores y satisfacción de Ugarte, la conferencia debió suspenderse. "El salón de Minería completamente ocupado por más de seiscientas personas, no daba acceso a cerca

de ochocientas más que se encontraban en patios y pasillos, y que solicitaban que Ugarte hablase en el patio para que todos lo oyesen. Así lo intentó, pero la falta de condiciones acústicas, y las dimensiones del local" terminaron por convencer a los estudiantes de la necesidad de aplazar el evento, para buscar un local capaz de albergar a todos los concurrentes. ²¹¹

A diferencia de lo acontecido en 1912, los estudiantes no tuvieron dificultad para contratar las instalaciones del Teatro Ideal. Este fue la sede de dos conferencias que Ugarte impartió en la segunda quincena del mes de mayo. ²¹²

En sendos actos presididos por el rector de la Universidad Nacional, directores de escuelas y representantes estudiantiles, Ugarte adecuó su propuesta defensiva a los tiempos de un mundo convulsionado por la guerra. Bajo el título de "La diplomacia latinoamericana", el orador pasó revista a las "tres etapas" que esa diplomacia había recorrido a lo largo del último siglo: "La primera, cuando nuestras débiles naciones no preveían las amenazas del porvenir, y rechazaban por la fuerza, lo que por la fuerza quería imponerseles". Los casos de las invasiones inglesas al Río de la Plata y las norteamericanas a México y a América Central, ejemplificaban este primer momento. "La segunda etapa aparece en forma peligrosa, insinuante e hipócrita, disfrazada con la piel del cordero". Con estas palabras hacía referencia al momento "en que vimos la influencia europea contrastada por la

influencia norteamericana". La Doctrina Monroe, y su manifestación panamericana "favoreció la obra de dominación y opresión que con ingenuidad aceptaron los gobiernos latinoamericanos".²¹³

Una tercera etapa quedó inaugurada con la guerra mundial, y básicamente con el ingreso de Estados Unidos a ella. Ugarte no hizo más que ratificar una vieja certeza, "la unión con Europa para hacer contrapeso a los Estados Unidos". Sólo que en esta oportunidad, y por obra de la guerra, Europa estaba dividida. Ante ello, la ecuación ugartista en vez de inclinarse hacia Francia e Inglaterra, lo hizo en dirección contraria. Había que apoyar a "los enemigos de nuestro enemigo": a los imperios centrales.²¹⁴

Para Ugarte resultaba imperioso definir una posición común frente a la guerra. La urgencia en la toma de posición, en la que veía la simiente para materializar la anhelada unión hispanoamericana, lo llevaron rápidamente a abandonar el "neutralismo" que años antes había defendido. Olvidó sus actuaciones en favor de Bélgica invadida por Alemania, para condenar ahora las "iniquidades" cometidas por los aliados en Grecia.

El conferencista repasó todos y cada uno de los atropellos cometidos por las naciones aliadas y Estados Unidos en el área latinoamericana. Ello servía de excusa para la defensa de

Alemania. Pero los olvidos fueron también significativos. Omitía el bloqueo alemán a los puertos venezolanos en 1902, hechos que están presentes en escritos y discursos anteriores, para dirigirse al público mexicano en estos términos: "Yo desafío a que alguien pueda citar un atropello cometido contra América Latina por esa grande Alemania, que atacada por todos los pueblos de la tierra, nos está dando un ejemplo inmortal de patriotismo superior".²¹⁵

Ugarte propuso mantenerse neutrales a los fines de contrarrestar una presión norteamericana tendiente a que América Latina rompiera con Alemania. Una neutralidad que como en México, "no escondiera nuestras simpatías por los pueblos de los imperios centrales [...], porque una Alemania victoriosa haría contrapeso al imperialismo del Norte, mientras que el triunfo de los aliados, significará [...] un protectorado norteamericano, porque si los Estados Unidos han entrado a la guerra, ha sido con la condición de que tendrán después del triunfo, las manos libres en el continente [...]. Porque la victoria de los imperios centrales será nuestra propia victoria".²¹⁶

Los días que corrieron entre la primera y segunda conferencia, sirvieron a Ugarte para medir el impacto de sus palabras en la opinión pública capitalina. La permanente interrupción de su discurso por aplausos y vitores, confirmaron al orador el apoyo del público. Restaba por averiguar la reacción de la prensa

diaria. Cuando a fines de mayo tuvo lugar la segunda conferencia, el recinto del teatro volvió a colmarse. Y los vítores ya no sólo hacían alusión a Ugarte, a México y a América Latina, sino que también entre los cánticos, sobresalieron los de apoyo a Alemania. Ugarte, en aquella oportunidad, agradeció públicamente a "la prensa metropolitana por la tan buena acogida que ha hecho desde sus columnas a la campaña emprendida en pro del panlatinismo".²¹⁷

Entre una mayoritaria prensa favorable, solo **El Universal** destacó por sus críticas. Este periódico hizo pública su disconformidad con los puntos de vista de Ugarte, y para ello dedicó algunos editoriales, pero también abrió una sección donde el público lector podía expresar sus opiniones.

El Universal enfocó el asunto desde otra óptica, aunque sin esconder su inclinación por los ejércitos aliados: "Nadie lucha en los campos de Europa por el derecho de los débiles [...], nosotros vemos en el triunfo aliado segura la libertad de los pueblos, y en el triunfo alemán segura la esclavitud universal".²¹⁸ El diario opuso al criterio de Ugarte la siguiente argumentación: "Nosotros debemos luchar [...] contra los factores míticos del imperialismo norteamericano, que creyente en la superioridad de la raza, y de su civilización, pretende imponernos su modo de actividad y su concepto del mundo".²¹⁹ Confundir esa lucha, con una apuesta al triunfo

alemán conllevaba a una enorme equivocación: "No hay que soñar. El triunfo de Alemania sería para nosotros y para todo el mundo la imposición de un imperialismo de cuartel, de ninguna manera la destrucción de ningún otro imperialismo".²²⁰

El periódico, a pesar de sus críticas al germanismo ugartista, se cuidó bien de no descalificar por completo la figura del "ilustre visitante", que continuaba siendo motivo de homenajes: "Los brillantes antecedentes de Ugarte, que lleva quince años dedicados a la defensa del ideal latinoamericano, no permiten ninguna duda sobre los móviles de su conducta, sino fuera así, despertaría algunas sospechas [...], a veces se antoja estar en presencia de una agente diplomático de la Wilhelmstrasse".²²¹

Ugarte no guardó silencio. Respondió en carta pública dirigida al director Félix Falavicini. Sus argumentos fueron pobres, pero de una eficacia que terminó por clausurar la polémica generada por El Universal: "El problema es claro, ¿debemos estar a favor o en contra de los que después de haberse apoderado de la mitad del territorio, han invadido dos veces la tierra mexicana en estos últimos años?. Yo he expresado mi convicción, que los que piensen lo contrario abandonen las sutilezas, para definir su manera de ver".²²²

La inclinación de Ugarte por Alemania denota antes que un real convencimiento, una actitud desesperada, no menos que

contradictoria. Su antinorteamericanismo parecía reforzarse otorgando apoyo a quienes combatían a los estadounidenses. Ugarte no reparó en cuestiones raciales, ni espirituales. Poco importaba el origen sajón de un pueblo, de cuyo triunfo pasaría a depender el futuro latinoamericano. La posición de Ugarte revela las propias limitaciones de su arsenal teórico. En él no existía ninguna conceptualización del fenómeno imperialista. Este continuaba reducido a los aspectos "anexionistas" de la política exterior norteamericana.

Si el germanismo de Ugarte resulta hoy de dudosa factura, lo fue también para el ministro Malbrán, quien por cierto tenía pocas simpatías por el personaje. El diplomático argentino, testigo de aquellas manifestaciones pro alemanas, tiempo después escribió en un informe: "En mi opinión [los discursos de Ugarte y los aplausos que recibía] no son propiamente tendencias germanófilas, o en todo caso los son por reflejo [...]. El verdadero sentimiento es antiyanqui, pero no pudiendo desahogar ese sentimiento con gritos de 'Mueran los Estados Unidos', buscan su válvula de escape gritando 'Viva Alemania', sin que ese grito importe en realidad otra cosa que el de 'Vivan los que enfrentan a los Estados Unidos'".²²³

Ugarte permaneció en México hasta fines de mayo de 1917. La manifestación de sus opiniones estuvieron lejos de significar una pérdida de popularidad. Por el contrario, a los nuevos agasajos

organizados por los estudiantes del Distrito Federal, se sumaron los Puebla y Guadalajara. En esas ciudades Ugarte permaneció varios días, con una agenda atiborrada de actividades.²²⁴

Finalmente, en fechas próximas a su partida, el visitante volvió a recorrer los pasillos oficiales para agradecer las múltiples atenciones de que fue objeto. Así, pasó a estrechar su mano a secretarios y subsecretarios de Estado, jefes militares, autoridades universitarias, profesores y alumnos.

La prolongada estancia en México permitió a Ugarte ponderar por primera vez el fenómeno revolucionario. Y en función de ello, en cada escala de su ruta de regreso, fue perfilando los contornos de una campaña en favor de gobierno surgido de la Revolución.

Interrogado por periodistas en Lima, declaró: "Creo que la Revolución, lejos de debilitar a aquel país, como nos cuenta caprichosamente el cable, ha sacado a la superficie no sólo sus verdaderas fuerzas vitales, sino lo más hondo y viviente de su patriotismo." Ugarte abandonó para siempre la defensa de Porfirio Díaz, y pasó a indicar: "Durante los regimenes anteriores México había seguido una política de condescendencia [...]. Con la Revolución se han roto muchas tradiciones, y entre otras, la de vivir supeditado a lo que viene del Norte [...]. El gobierno de Carranza marca el primer momento en que una república latinoamericana se ha atrevido a erguirse ante los Estados

Unidos, y rechazar con entereza sus exigencias, iniciando una política de emancipación".²²⁵

En Chile se explayó aún más: "La Revolución Mexicana no ha sido un simple choque entre jefes. Esta ha sido, sobre todo una remoción fundamental de la vida del país. Allí hubo una sustitución de las clases gobernantes [...]". Entre sus logros, citaba "el admirable artículo 27 constitucional, digno de ser estudiado en nuestros países".²²⁶ Compenetrado con los ideales de un gobierno que lo homenajó Ugarte, no podía menos que transmitir la siguiente imagen: "He recorrido la República Mexicana [...], y puedo afirmar de manera definitiva, que México se encuentra actualmente en plena era de reconstrucción [...]. El gobierno constitucional, perfectamente legalizado por cámaras surgidas del voto libre, controla efectivamente la situación del país".²²⁷

En oposición a la calidez dispensada por sus anfitriones mexicanos, Ugarte al llegar a Argentina debió enfrentar una hostilidad en nada disimulada. Sus inclinaciones "germanófilas" fueron frontalmente rechazadas. Inclusive por sus antiguos amigos que, como Ricardo Rojas y Alfredo Palacios se habían sumado a la marea "aliadófila".

Ugarte estaba condenado a un ostracismo, del que eventualmente escapó por su vinculación con los estudiantes universitarios. Y

en efecto, la explosión reformista que estalló en 1918 interceptó al marginado "paladín", para convertirlo en el principal orador en el acto de fundación de la Federación Universitaria Argentina. La Reforma Universitaria estaba en marcha, y en las proclamas estudiantiles, impregnadas de fervor latinoamericanistas, resulta fácil descubrir la influencia de Ugarte.

La causa de México, elemento aglutinante en la formación de una conciencia antimperialista en Argentina, no fue abandonada en los años posteriores. Por el contrario, los vínculos se estrecharon sobre un terreno abonado por Ugarte. La década de 1920 inaugura un periodo de fluidos contactos entre intelectuales de ambas naciones, fenómeno que se potenció a partir de los ecos de una novedosa propuesta mexicana: el proyecto educativo y cultural de José Vasconcelos.²²⁸

NOTAS

1. Cifras tomadas de H. Peterson, Op. Cit., p.340.
2. La Prensa. Bs.As. 24/8/1915.
3. Ch. Seymour (ed.). The intimate papers of coronel House. Boston. Vol.II. 1926. p.207.
4. Ibid. p.211.
5. E. Bott. "Hacia la unificación económica de América" en Revista Argentina de Ciencias Políticas. Bs.As. Vol.II. 1915. p.442.
6. Véase el texto completo en C. Silva, Op. Cit., pp.267-269.
7. C. Becú. Op. Cit. p.10.
8. La Prensa. Bs.As. 13/6/1915.
9. El Siglo. Montevideo. 28/4/1915.
10. Tribuna Popular. Montevideo. 20/5/1915.
11. El Grito del Pueblo Ecuatoriano. Quito. 29/5/1915.
12. El Comercio. Lima. 29/4/1915.
13. El Tiempo. La Paz. 13/5/1915.
14. El Diario. La Paz. 13/5/1915.
15. Daily News and Leader. Londres. 13/5/1915.
16. AMRECA. CNF. Caja 6. Tomo 7. Goytia. 28/5/1913.
17. Ibid. Goytia. 21/2/1915.
18. Ibid. Goytia. 5/7/1915.
19. AMRECA. SDC. Caja 1450. Goytia. 3/9/1914.
20. Ibid. Goytia. 2/9/1914.
21. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Goytia. 10/3/1915.
22. Ibid. Murature. 11/3/1915.

23. Véase F. Katz, *Op. Cit.* Vol.1. pp.340-355.

24. Preocupaba a Washington la profundidad de la lucha faccional en México. Allí y desde mediados de 1914, existían dos gobiernos, el de la Convención y el Carranza en Veracruz. Este último realizaba los preparativos para enfrentar a la División del Norte y desarticular así a su principal opositor: Francisco Villa. En los primeros meses de 1915 para los políticos y hombres de negocios norteamericanos el panorama mexicano se mostraba sombrío. Ellos requerían de un gobierno "estable" capaz de garantizar un continuo abastecimiento de las materias primas mexicanas requeridas por una industria bélica estadounidense en el plena expansión, a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial. Las condiciones creada por esta Guerra, alimentaron todo tipo de propuestas intervencionistas en los pasillos de la Casa Blanca. Véase: F. Katz. *Op. Cit.*

25. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Naón. 7/3/1915.

26. *Ibid.* Murature. 9/3/1915.

27. Esta idea tomó cuerpo a partir de comunicaciones sostenidas entre el canciller brasileño y el argentino. El gobierno de Brasil -a juzgar por los informes enviados por el embajador argentino en Rio de Janeiro, Lucas Ayagarray- se mostraba preocupado por la situación mexicana, urgiendo al ABC a tomar parte activa en el conflicto. Véase *Ibid.* Ayarragaray. 19/3/1915.

28. *Ibid.* Murature. 30/5/1915.

29. *Ibid.* 2/4/1915.

30. Citado por F. Katz, *Op. Cit.* p.341.

31. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Murature. 7/6/1915.

32. *Ibid.* Naón. 2/7/1915.

33. *Ibid.* Murature. 13/7/1915.

34. *Ibid.* Naón. 15/7/1915.

35. *Ibid.* Naón. 8/8/1915.

36. Citado en I. Favela, *Op. Cit.*, Vol.2. p.128.

37. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Carranza. 9/8/1915.

38. *Ibid.* Murature. 10/8/1915.

39. *Ibid.* Naón. 11/8/1915.

40. La Prensa. Bs.As. 14/8/1915.
41. Ibid. 4/6/1915.
42. Ibid. 11/8/1915.
43. Ibid. 14/8/1915.
44. La Nación. Bs.As. 11/8/1915.
45. La Tribuna. Bs.As. 11/8/1915.
46. Ultima Hora. Bs.As. 12/8/1915.
47. La Razón. Bs.As. 21/9/1915.
48. La Argentina. Bs.As. 12/8/1915.
49. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Naón. 14/8/1915.
50. Las cartas de estos jefes están reproducidas en I. Fabela, Op. Cit. Vol.2. pp.134-160. Francisco Villa, fue el único que se mostró favorable a las propuestas de la Conferencia de Washington.
51. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Acuña. 12/9/1915.
52. Ibid. Naón. 14/9/1915.
53. Ibid. Murature. 16/9/1916.
54. Véase, F. Katz, Op. Cit.
55. AMRECA. SCNF. Naón. 20/10/1915.
56. La Prensa. Bs.As. 15/8/1915.
57. Buena parte de la documentación referida a este conflicto se encuentra en Secretaría de Relaciones Exteriores, Labor Internacional de la Revolución Constitucionalista. México. Imp. Secretaría de Gobernación. 1919. pp.153-385.
58. The Washington Post. Washington. 26/6/1916.
59. La Nación. Bs.As. 21/6/1916.
60. La Prensa. Bs.As. 26/6/1916.
61. Ibid. 21/6/1916.
62. La Nación. Bs.As. 16/5/1916.

63. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Goytia. 18/6/1916.
64. Los destinatarios de esta circular fueron los gobiernos de los siguientes países: Argentina, Brasil, Bolivia, Costa Rica, Colombia, Cuba, Chile, El Salvador, Ecuador, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Uruguay y Venezuela.
65. Secretaría de Relaciones Exteriores. Op. Cit. pp. 270-271.
66. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Aguilar. 19/6/1916
67. Ibid. Murature. 21/6/1916.
68. Secretaria de Relaciones Exteriores. Op. Cit. pp.277-278 y 282.
69. Véase, Ibid. pp. 272-273, 275-278.
70. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Elizalde. 23/6/1916.
71. Ibid. Murature. 24/6/1916.
72. El Grito del Pueblo Ecuatoriano. Guayaquil. 28/6/1916.
73. La Prensa. Lima. 10/6/1916.
74. El Diario Ilustrado. Santiago de Chile. 27/6/1916.
75. AMRECA. SCNF. Caja 6. Tomo 7. Aguilar. 27/6/1916.
76. Ibid. Murature. 23/8/1916.
77. El texto del decreto fue reproducido en La Nación, Bs.As., 3/7/1916.
78. AMREC. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Naón. 26/6/1916.
79. Ibid. Naón. 22/6/1916.
80. Ibid. Murature. 3/7/1916.
81. Ibid. Murature. 24/6/1916.
82. Ibid. Naón. 27/6/1916.
83. Ibid. Naón. 26/6/1916.
84. Ibid. Naón. 26/7/1916.
85. Ibid. Naón. 1/7/1916.

86. Secretaría de Relaciones Exteriores. Op. Cit. p. 302.
87. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Naón. 1/7/1916.
88. Ibid. Naón. 7/7/1916.
89. Ibid. Naón. 13/7/1916.
90. Ibid. Naón. 28/7/1916.
91. Citado en I. Fabela, Op. Cit., Vol.2, p.349.
92. Ibid. pp.354-355.
93. Véase, F. Katz, Op. Cit., Vol.1, pp. 356-357.
94. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Naón. 29/11/1916.
95. Ibid. Naón. 28/7/1916.
96. Ibid. Naón. 29/11/1916.
97. Véase, L.A. Lascano. Pueyrredón. Bs.As. Ed. Raigal. 1951. Y "La Argentina frente al intervencionismo panamericano" en Todo es Historia, Bs.As. N.97, 1975.
98. L.A. Lascano. Irigoyen, Sandino y el Panamericanismo. Bs.As. CEAL. 1986. p.32.
99. En mayo de 1917 Irigoyen propicio la realización de este Congreso. La oposición desembozada del Departamento de Estado hizo desertar muchas de las adhesiones que en un primer momento manifestaron las naciones de América Latina. Irigoyen, fijó el mes de enero de 1918 para realizar la reunión, bajo la nueva denominación de Congreso Jurídico Latinoamericano, pero salamente México envió su representante. Este fue Luis Cabrera. Véase, referencias bibliográficas de las notas 96 y 97, Secretaría de Relaciones Exteriores, Op. Cit. e I. Fabela, Op. Cit.
100. La Prensa. Bs.As. 23/7/1916.
101. El hijo del último ministro mexicano en Chile, Mugica y Sayago, publicó en un diario de Santiago su extrañeza porque el gobierno argentino recibiera a un ministro que legalmente no lo era. La argumentación se sostenía en que el nombramiento de Fabela carecía de una ratificación del Senado mexicano. En vista de la inexistencia del Poder Legislativo en México se esgrimió la inconstitucionalidad del nombramiento. Véase. El Mercurio. Santiago de Chile. 29/7/1916.
102. Véase, ASREM. Argentina. Legs. 11-6-187, 18-6-1, 20-21-11.

103. I. Fabela. Op. Cit. pp.171-172.
104. Sobre este personaje, véase el apartado "México en la cátedra universitaria", en la sección 4.2 de este trabajo.
105. Véase. La Nación. Bs.As. 21/10/1916.
106. La Prensa. Bs.As. 10/9/1916.
107. AMRECA. SP. Caja 1630. Malbrán. 29/9/1916. Véase también El Imparcial y El Pueblo, México. 29/9/1916.
108. AMRECA. SP. Ibid.
109. Ibid. Malbrán. 2/10/1916.
110. Ibid.
111. Ibid.
112. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 8. Malbrán. 27/10/1916.
113. A juzgar por las opiniones de Malbrán después de haber recibido el expediente, éste debió contener una abultada cantidad de información; sin embargo, el legajo que se encuentra en el AMRECA está incompleto. Lo más significativo de su contenido es una carta que el 24 de diciembre de 1897, el Departamento de Estado envió al teniente general del ejército norteamericano J.S. Miles. En este documento se informa de la existencia de toda una estrategia de expansión norteamericana hacia el Pacífico y las Antillas. Son muy precisas las indicaciones en torno movimientos militares y a planes políticos para la anexión de Puerto Rico, Cuba y Panamá, aunque no existe ninguna mención a México. Ibid. Malbrán. 16/11/1916. (El legajo es un anexo a una nota de Malbrán en la fecha indicada).
114. Ibid. Malbrán. 17/10/1916.
115. Ibid. Malbrán. 17/10/1916.
116. Ibid. Malbrán. 23/10/1916.
117. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 9. Malbrán. 2/1/1917.
118. Ibid.
119. Ibid.
120. AMRECA. SDC. Caja 1710. Malbrán. 1/2/1917.
121. AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 9. Malbrán. 2/1/1917.

122. El "cuestionario básico" incluía, entre otros aspectos, los siguientes: ideas generales del gobierno, programa político declarado, su aplicación. Caudal político y reputación del Primer Magistrado. Relaciones entre el jefe del ejecutivo y sus ministros, cohesión existente entre los miembros del gabinete y su estabilidad probable. Relaciones entre el ejecutivo y el cuerpo diplomático extranjero. Opinión con que se encararan las cosas americanas. Concepto de la República Argentina. Tradición y tendencias nuevas en las cuestiones internacionales. Tendencias de clases que mueven la opinión pública en cuestiones internacionales: la universidad, la banca, etc. Movimientos de opinión motivados por la política internacional del ABC y los Estados Unidos. Relación de México con los países vecinos. La Prensa, y las cámaras legislativas. AMRECA. SP. México 1917. Pueyrredón. 29/1/1917.

123. AMRECA. SDC. Caja 1710. Malbrán. 22/12/1917.

124. Véase, AMRECA. SCNF. Caja 7. Tomo 9. Malbrán 18/7/1917.

125. Véase L. Moreno Quintana. La Diplomacia de Argentina. La Plata, s.e., 1918. y D. Antokoletz. La Liga de las Naciones y la Primera Asamblea de Ginebra. Bs.As. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. 1921.

126. La Vanguardia. Bs.As. 8/1/1915.

127. Ibid. 17/3/1915.

128. Ibid. 16/4/1917.

129. Véase, Ibid. 3,8,16 y 18/4/1915.

130. Ibid. 16/4/1915.

131. Ibid. 6/7/1915.

132. Ibid. 8/7/1915.

133. Ibid. 4/8/1915.

134. Ibid. 28/8/1915.

135. Véase La Prensa. Bs.As. 8/10/1915.

136. La Vanguardia. Bs.As. 4/10/1915.

137. Ibid.

138. Ibid.

139. Ibid.

140. Ibid. 12/3/1916.
141. Ibid. 21/3/1916. Es posible que la información para la redacción de este artículo, fuera extraída en parte de la revista Acción Mundial, publicada en México en los primeros meses de 1915. Los redactores de La Vanguardia no lo indican, pero en otra columna de la misma página, dan cuenta de haber recibido dicha publicación.
142. Ibid.
143. Ibid.
144. Ibid.
145. Ibid. 28/8/1916.
146. Ibid.
147. Ibid. 18/9/1916.
148. Véase, J. Torres Parés, Op. Cit., y S. Snow, The Pan-American Federation of Labor, USA. Duke University Press. 1964.
149. La Vanguardia. Bs.As. 24/9/1916.
150. Ibid.
151. Ibid. 19/9/1916.
152. Ibid.
153. Ibid.
154. Ibid. 9/5/1917.
155. Ibid. 19/4/1917.
156. Ibid. 9/5/1917.
157. M. Ugarte. El Destino de un Continente. Op. Cit. p.324.
158. A fines de 1915, el crucero británico Drama apresó al vapor argentino Presidente Mitre. Este hecho, durante semanas ocupó la atención del periódico de Ugarte, y fue motivo de actos estudiantiles en solicitud de una inmediata "reparación" inglesa. Véase. La Patria. Bs. As. Diciembre de 1915.
159. La Argentina. Bs.As. 20/6/1915.
160. Ibid.

161. Discurso de Ugarte en la Asociación Patriótica Nacional. Bs.As. 25/5/1915. AGNA. FMU. leg. 31.
162. La Tarde. Bs.As. 28/7/1915.
163. Ibid.
164. La Nación. Bs.As. 23/8/1916.
165. La Prensa. Bs.As. 23/8/1915.
166. La Nación. Bs.As. 23/8/1915.
167. A fines de diciembre de 1915, un núcleo de amigos y seguidores de Ugarte, propusieron y dieron amplia publicidad a una campaña en favor de que fuera nombrado embajador argentino en Bolivia. En ese país, según consigna El Diario de La Paz (3/2/1916), la posibilidad de aquel nombramiento, fue recibida con beneplácito. Sin embargo, el canciller Murature se encargó de desechar esta designación. En carta dirigida a Ugarte indicó que existía una marcada incompatibilidad entre "sus notorias ideas sobre la política internacional latinoamericanista, y las que profesa el gobierno actual [...] sostenidas en el concepto del panamericanismo, sin exclusión de los Estados Unidos, y sin ningún recelo a la política de este país". AGNA. FMU. Leg.31.
168. Ibid. Leg.38.
169. C. Pereyra. El Mito de Monroe. Madrid, s.e., 1915. p.234.
170. AGNA. FMU. Discurso de Ugarte. 26/6/1916. Leg. 31.
171. Ibid.
172. El telegrama decía: "Como mexicano, como amigo, agradezco gestiones solidarizar intereses indohispanos". (29/6/1916). Ibid. Leg. 16.
173. El telegrama decía: "Pueblo mexicano al defender su soberanía, defiende también la de los pueblos latinoamericanos. Saludos." (30/6/1916). Ibid.
174. Ibid. Leg. 31. El telegrama fue enviado el 10/6/1916.
175. ASREM. AEMARG. 1916-1919. Exp.3. f.1. Fabela. 15/8/1916.
176. Ibid. f.4. Fabela. 1/9/1914.
177. Véase. La Prensa. Bs.As. 17/9/1916.
178. ASREM. AEMARG. 1916-1919. Exp.8. f.4. Fabela. 10/11/1916.

179. Ibid. Exp.3. f.7. Fabela. 5/10/1916.
180. Ibid. f.14.
181. ASREM. Argentina. Exp. 18-11-1916. f.6. Favela. 29/11/1916.
182. ASREM. AEMARG. Exp.3. f.7. Fabela. 5/10/1916.
183. AGNA. FMU. Leg.38. Macías. 21/12/1916.
184. AMRECA. SDC. Caja 1710. Malbrán. 8/1/1917.
185. Ibid.
186. Ibid. Firma ilegible. 10/2/1917.
187. La delegación estuvo integrada por Adolfo Disentis y Enrique Peimber, estudiantes de leyes e ingeniería respectivamente.
188. La Unión. Bs.As. 20/1/1917.
189. Ibid.
190. Véase, Crítica. Bs.As. 24/1/1917.
191. ASREM. Argentina. Exp. 18-1-119. f.15. Fabela. 19/1/1917.
192. El Mercurio. Santiago de Chile. 14/2/1917.
193. Ibid.
194. La Unión. Santiago de Chile. 17/2/1917.
195. El Mercurio. Santiago de Chile. 14/2/1917.
196. La Opinión. Santiago de Chile. 16/2/1917.
197. AGNA. FMU. Leg.31. Fabela. 11/2/1917.
198. Diario de la Marina. La Habana. 3/3/1917.
199. Para el estudio del proceso mediante el cual el estudiantado universitario dió su apoyo al carrancismo, véase J. Garcíadiego, Op. Cit.
200. El Pueblo. México. D.F. 16/4/1917.
201. Excelsior. México. D.F. 9/4/1917.
202. Ibid. 10/4/1917.
203. El Dictamen. México. Veracruz. 8/4/1917.

204. Excelsior. México. D.F. 11/4/1917.
205. Ibid. 12/4/1917.
206. Véase, El Pueblo. México. D.F. 22/4/1917.
207. Véase, El Universal, Excelsior y El Demócrata de la segunda quincena de abril de 1917.
208. M. Ugarte. Mi campaña hispanoamericana. Barcelona. Ed. Cervantes. 1922. p.81.
209. Ibid. p.82.
210. La conducta del gobierno carrancista frente a la Primera Guerra Mundial, ha sido magistralmente estudiada por F. Katz. Véase Op. Cit. Vol.II.
211. Excelsior. México. D.F. 10/5/1917.
212. Las conferencias tuvieron lugar el 12 y el 23 de mayo de 1917.
213. El Imparcial. México. D.F. 13/5/1917.
214. Ibid.
215. Ibid. 14/5/1917.
216. Ibid.
217. Excelsior. México. D.F. 24/5/1917.
218. El Universal. México. D.F. 26/5/1917.
219. Ibid. 15/5/1917.
220. Ibid. 26/5/1917.
221. Ibid.
222. Ibid. 30/5/1917.
223. AMRECA. SDC. Caja 1710. Malbrán. 1/6/1918.
224. Véase, Jalisco. México. Guadalajara. 23/6/1917 y El Liberal. México. Puebla. 27/6/1917.
225. El tiempo. Lima. 17/7/1917.
226. El Mercurio. Santiago de Chile. 5/8/1917.

227. La Unión. Bs.As. 4/10/1917.

228. Como señalamos en la introducción de este trabajo, el impacto en América Latina de las propuestas vasconcelianas constituye un campo virgen para la investigación histórica. La figura de Vasconcelos alcanzó dimensión continental a partir de su gestión en la Secretaría de Educación Pública de México. Una pléyade de intelectuales latinoamericanos fueron convocados a colaborar en aquella gestión, que sin dudas trascendió en tanto experiencia político-cultural, los límites territoriales de México. En los estudios sobre Vasconcelos (véase nota 5 de la introducción), este aspecto de su obrar aparece sólo de manera marginal. Sin embargo, en estudios sobre el reformismo latinoamericano de la tercera década de este siglo, las referencias a Vasconcelos son abundantes. Véase por ejemplo, J.C. Portantiero, Op. Cit., J.L. Romero. Situaciones e Ideologías en América Latina. México. UNAM. 1981. F. Funes. Pensando América Latina en la Década del 20. Mimeo. 1991.

Manuel Ugarte, no estuvo involucrado en la propuesta vasconceliana, no por diferencias con ella, sino por estar ausente del territorio latinoamericano. A finales de 1918 abandonó Argentina para iniciar un largo "exilio" que lo condujo primero a Chile, y luego a España y Francia. En 1919, en Barcelona publicó un folletín de clara factura pro carrancista: La verdad sobre México. Años más tarde, su adhesión al gobierno peronista, fue premiada con el nombramiento de embajador argentino en México (1946-1948), luego con el mismo rango fue trasladado a Cuba y Nicaragua. Diferencias políticas con la segunda administración peronista, clausuraron aquella experiencia diplomática (1951). En aquel año, y de regreso a sus actividades literarias y periodísticas, Ugarte murió en su residencia de la ciudad de Niza.

CONCLUSIONES

Hemos querido seguir las huellas de la Revolución Mexicana en Argentina. Los hallazgos encontrados manifiestan que un país tan alejado geográficamente y con una experiencia histórica distinta, no permaneció ajeno al fenómeno revolucionario. Este se insertó en la discusión política nacional, moldeó conductas políticas, despertó solidaridades y sirvió para reafirmar o construir un imaginario desde el cual unas veces se condenaba a México, y otras, se depositaba todo un arsenal de esperanzas por las tareas que prometía desarrollar aquella revolución.

La Revolución Mexicana se instaló en un escenario argentino particularmente sensible en ciertas cuestiones de política interna e internacional.

El orgullo de pertenecer a "la menos latinoamericana de las sociedades latinoamericanas",⁴ trasunta todo el tratamiento que la elite dirigente argentina dió a la Revolución Mexicana. Esta, desde 1910 fue motivo de una observación que en gran medida tematizó los asuntos mexicanos desde una matriz de corte positivista. Los 'éxitos' del gobierno de Díaz fueron motivo de elogios, aunque el desmoronamiento de la alabada fortaleza porfirista no dejó de sorprender a los gobernantes argentinos. En busca de explicaciones, la autoreferencia a la historia nacional resultó inevitable. En este sentido, muchas respuestas se encaminaron por sendas sarmientinas teñidas de un alto contenido de prejuicio racial. Para el ala más conservadora de la

intelectualidad argentina, la "barbarie" indígena en México mostraba nuevamente su poderío frente al bien intencionado proyecto civilizatorio de Porfirio Díaz.

Pero estas interpretaciones no fueron las únicas que aparecieron en el horizonte de la elite dirigente. Para los sectores "reformistas" de esa elite, México hizo las veces de un espejo donde mirar y encontrar reflejados "compartidos" problemas políticos. La guerra civil en México era una muestra cabal de la incapacidad de un régimen fundado en el "personalismo". Por ello en Argentina, la Revolución Mexicana pasó a ser esgrimida como "ejemplo" de la inexorable necesidad de efectivizar una apertura del sistema político a través de las reformas a la legislación electoral.

Entre 1911 y 1916 los sucesos mexicanos fueron traídos a cuenta una y otra vez. Su función "ejemplificadora" no decayó, por el contrario, se reforzó aún más, a medida que por un lado, en Argentina se acercaba la fecha de la puesta a prueba de la reforma electoral, y por el otro, en México la lucha faccional se hacia más intensa.

En la esfera de la política oficial la percepción de México no fue uniforme. Mientras unas interpretaciones aparecen bloqueadas por el tema de la "inorganicidad" de la sociedad mexicana, otras, entendieron a la Revolución como el colapso de un sistema, que

como el argentino, había olvidado los preceptos de un liberalismo del que se decía portador.

Esas diferencias de opinión no se reproducen cuando indagamos el comportamiento de la diplomacia argentina frente a la Revolución Mexicana. Para explicar este comportamiento es necesario no perder de vista la imagen que construyó de sí misma la elite dirigente, para luego dirigir la mirada a la forma en que intentó insertar a su país en un espacio latinoamericano donde la presencia norteamericana resulta insoslayable.

A principios de siglo, un ambiente de exultante optimismo por los logros materiales alcanzados, reforzó el orgullo y la vanidad de los gobernantes de un país que todo lo debía a Europa. País que se desarrolló de espaldas a América Latina, y en oposición a los Estados Unidos.

En el entorno latinoamericano los conflictos con Brasil y Chile, a pesar del "pacifismo" enarbolado por Buenos Aires, cristalizaron en una carrera armamentista que no hizo otra cosa más que reafirmar la imagen de potencia sudamericana que se atribuyó la elite dirigente. Desactivados esos conflictos, surge el ABC como la unión de tres antiguos rivales, aliados ahora en una entente que más allá de los proclamados principios pacifistas, mal escondió aquella imagen de potencia, y mucho menos los anhelos de servirse del ABC para vehicular un

pretendido 'Destino Manifiesto' formulado en clave argentina.

A lo largo del siglo XIX frente a las distintas amenazas de expansión europea, los gobernantes argentinos rechazaron toda propuesta de acción coordinada en el espacio latinoamericano. La constitución del ABC marca una excepción. El ABC permitió a Argentina suavizar viejas rivalidades con sus vecinos y de paso tratar de neutralizar posibles obstáculos que aquellos podían poner en el cumplimiento del destino de grandeza que la elite asignó a su país. Con el ABC el país rompió su tradicional aislacionismo hacia el resto de América Latina, sellando un alianza no con "inorgánicas repúblicas latinoamericanas" sino con vecinos en los que se reconocía un grado semejante de civilización, y por tanto de competencia.

En el ambiente del Centenario argentino, la elite dirigente creyó llegado el momento de hacer oír su voz en el entorno continental. Esto significaba fundamentalmente demostrar la validez de principios rectores de una política exterior, como lo eran la defensa del arbitraje para la solución pacífica de las disputas internacionales, y la postura de no interferir en los asuntos internos de otras naciones.

Entre la manifestación de esta voluntad y los resultados prácticos alcanzados medió una enorme distancia. Sobre todo porque esa voluntad tuvo como interlocutor a los Estados Unidos.

Hacia 1910 y después de décadas de profundos desacuerdos, Washinton y Buenos Aires inauguraron una etapa de mutuo entendimiento. El cuestionamiento argentino hacia las políticas comerciales estadounidenses recorren un largo historial de desafíos a cualquier propuesta política de indole hemisférica. Esta oposición comenzó a diluirse una vez flexibilizados los obstáculos que impedían un intercambio económico significativo, pero sobre todo desde que Washington reconoció, sólo declarativamente, que Argentina se encontraba en un umbral de civilización similar al suyo. Cuando esto sucedió la elite dirigente creyó que su hora había llegado. Después de años de combatir al panamericanismo éste fue asumido plenamente en el entendimiento de que se asistía a un momento fundacional: un panamericanismo de nuevo tipo donde las posiciones argentinas serían aceptadas y compartidas.

Los vanidosos gobernantes argentinos pensaron que los elogios de la prensa y el gobierno estadounidense abrían posibilidades de establecer una nueva relación que por otro lado se asentaba en la explícita, aunque confidencial, intención de Buenos Aires de servir de contrapeso a las ambiciones de Washington sobre el espacio latinoamericano. Esta imagen de sentirse copárticipes de una nueva relación hemisférica, no fue ajena a un discurso wilsoniano, en el que en alguna medida confiaron los gobernantes argentinos.

La coyuntura creada por la guerra en México sirvió de plataforma de lanzamiento de este cambio de la conducta exterior argentina. En tal sentido remarcamos, que la participación de la diplomacia rioplatense en el conflicto mexicano estuvo absolutamente mediatizada por una reformulación de la relación entre Washington y Buenos Aires.

Rómulo Naón fue el artífice de los distintos esfuerzos "pacificadores" en los que se vió envuelta Argentina. El representante argentino en Washington interpretó cabalmente el papel asignado a una diplomacia de nuevo tipo. Fueron sus meditados informes los que una y otra vez torcieron la cautela de su cancillería, arrástrandola a participar en una política que se dirigía en dirección contraria a los principios proclamados.

La diplomacia argentina en el transcurso de las "gestiones pacificadoras" olvidó el principio de no intervención en los asuntos interiores de México. Fue imposible compatibilizar una propuesta antintervencionista, y al mismo tiempo buscar el reconocimiento del gobierno norteamericano. Frente a esta disyuntiva la diplomacia argentina demostró una docilidad excepcional hacia los lineamientos del Departamento de Estado. Situación que, denunciada abiertamente por el carrancismo, puso en posición incómoda a la cancillería de Buenos Aires. Naón maniobró con habilidad mostrando un doble discurso. Por un lado se esforzó por hacer pública la intransigencia argentina frente a

las presiones norteamericanas, pero por otro, recomedaba y de hecho practicó una política "informal y privada", que creyó mucho más conveniente para los intereses de la nación que representaba.

La poca transparencia de la actuación argentina se puso de manifiesto no sólo por las denuncias carrancistas, sino también, por el amplio recelo que el ABC despertó en el resto del continente. Una ola de opiniones contra las supuestas pretensiones hegemónicas de la entente, diluyeron las esperanzas puesta en ella por los gobernantes argentinos. México lejos de pacificarse de acuerdo a las pretensiones norteamericanas, terminó gobernado por Carranza, quien desde un principio puso en entredicho las supuestas ventajas de cualquier oferta mediadora.

La formulación de un pretendido destino manifiesto argentino, aparece con claridad expuesto en la coyuntura mexicano-norteamericana. De tal suerte que, si en el contexto internacional -como lo sugiere F. Katz- la Revolución Mexicana estuvo determinada por el conflicto entre Estados Unidos y Europa por la preponderancia en América Latina,² la posición de la diplomacia argentina, quizás pueda interpretarse como un intento, frustrado a la postre, por ocupar un lugar en ese reparto de áreas de influencias. Y en la búsqueda de ese reparto, la condescendencia hacia Washington era un riesgo no muy bien calculado. De todas formas ese intento argentino, no tuvo más

apoyo que la visión imaginaria que de su país tuvo la diplomacia argentina del Centenario.

Si Argentina no obtuvo ningún rédito con su lanzamiento a la arena de las controversias hemisféricas, no se puede decir lo mismo del ejecutor de esta tentativa. Romulo Naón supo aprovechar la "confianza" de que gozó en el Departamento de Estado a lo largo de su gestión diplomática. Regresó a Buenos Aires contratado como el representante legal de la Standart Oil Co.³

La Revolución Mexicana fue también objeto de interés fuera del ámbito de la política oficial argentina. Socialistas y anarquistas observaron el proceso desde ángulos diferenciados.

Los primeros mostraron un oscilante y contradictorio acercamiento. La confianza depositada en el magonismo pronto fue motivo de decepción al descubrir que el Partido Liberal Mexicano se inclinó hacia posiciones anarco-comunistas. La defensa del maderismo alcanzó su límite con los sucesos de la Decena Trágica. A partir de entonces, en el horizonte socialista, México aparecía como la confirmación en los hechos de una base doctrinal que privilegiaba las ventajas de la evolución por sobre las de la revolución. De una "republiqueta" anarquizada y bárbara poco se podía esperar. La certeza en el arribo al socialismo por vía evolutiva, requería de un clima de "paz y progreso", que llegado el caso, mejor podía garantizar una intervención norteamericana,

que los personeros de las "oligarquías criollas".

Hacia 1915 esta caracterización comenzó a modificarse. Observamos que ello se debió a la conjunción de dos elementos. Por un lado, el colapso del mundo europeo a partir de un guerra que ponía en tela de juicio lo que se consideraba un verdadero modelo de organización societal. Y por otro, una campaña propagandística diseñada por el carrancismo, que rápidamente interceptó al Partido Socialista, al punto de convencerlo de las virtudes de una revolución como la mexicana. México, para el Partido Socialista, pasó a convertirse en toda una "experiencia", fundamentalmente porque de las ruinas de la guerra civil, emergía una Constitución como la de 1917, que prometía legislar sobre una variedad de aspectos coincidentes con buena parte de las propuestas programáticas del socialismo argentino.

El caso de los anarquistas fue distinto. Ellos desde una época muy temprana depositaron su confianza en la organización liderada por los Flores Magón. La red de circulación de Regeneración permitió a los anarquistas argentinos entrar en contacto con la realidad mexicana mucho antes de que la Revolución fuera noticia en la prensa diaria. Este acercamiento se vió reforzado por las imágenes trasmitidas por dos "viajeros", Greaghe desde Los Angeles, y González Pacheco desde México. Estas comunicaciones, fueron recibidas en un ambiente argentino especialmente movilizado por los sucesos en México. Noticias de profundas

divergencias en las filas revolucionarias, el peligro de una guerra de conquista norteamericana, en el marco de la Primera Guerra Mundial, desataron en el seno del anarquismo un polémica acerca de la factibilidad de ver materializados en México los principios del comunismo anárquico.

La polémica no giró en torno al papel del campesinado en el proceso revolucionario, tardamente apareció este tema, pero la discusión ya había cesado. Por el contrario, la imagen de una sociedad asentada sobre una ancho sustrato indígena, portador de formas de organización social "comunistas", sirvió en un principio, para discutir supuestas ventajas que tenía el magonismo para extender su influencia.

La idea de un México "indígena" también estuvo presente las filas del anarquismo argentino, pero a diferencia de aquellas opiniones que consideraban al elemento aborigen como un verdadero obstáculo en la marcha hacia la civilización; para un sector de los anarquistas, la presencia indígena representaba una ventaja a los fines de implantar las doctrinas libertarias. El ideal anarquista orientado a la fundación de una nueva sociedad a partir de "idílicas" bases de solidaridad humana, parecía concretarse, para el caso mexicano, en las "comunidades" zapatistas.

Sin embargo la polémica trascendió estas cuestiones, para instalarse en un terreno de contornos "doctrinales". En realidad

Quirole usó el caso mexicano para tratar de demostrar la validez de un arribo a una sociedad anárquica por la vía de la lucha armada. En tal sentido, México demostraba esa posibilidad, como otras en las que el polemista creyó firmemente. Era el caso de entender la organización anarquista a la manera de una "vanguardia" esclarecida que llegado el momento, y en circunstancias "especiales", pudiera llegar a implantar el anarquismo "manu militari". En México se encontraban esas "circunstancias especiales", y por ello había que apoyar una revolución que creía viable en el marco de una lucha que a la vez entendía planetaria.

México, en las filas del anarquismo argentino sirvió para despertar, momentáneamente, conciencias en letargo. La experiencia mexicana podía ser útil para movilizar en su teoría y en su práctica a un movimiento anarquista en franca declinación. Esto fue confesado abiertamente por Quirole y para ello usó las páginas de la Protesta. El intento resultó vano al fin, la Revolución Mexicana no interrumpió la agonía de los libertarios argentinos.

La Revolución Mexicana en Argentina también fue motivo de manifestaciones solidarias, movilizaciones callejeras y simiente de organismos que, fundados con el objetivo de apoyar a México, expresaron un torrente de ideas de corte "antimperialista".

Manuel Ugarte colocó a México en el centro de sus propuestas "defensivas". Y por esta vía, la Revolución quedó inserta en una atmósfera de exaltados discursos "juvenilistas", que convirtieron a los sucesos mexicanos en punto de referencia obligado de una campaña con aspiraciones continentales.

También para Ugarte México se elevaba como un "ejemplo", no sólo porque en los momentos en que denunciaba el peligroso expansionismo estadounidense, éste se materializó en territorio mexicano, sino además, porque México resistió, y lo hizo con éxito. De suerte tal, que el "ejemplo" mexicano confirmó a Ugarte la certeza de sus apreciaciones, y cubrió de optimismo una propuesta de dimensiones y adhesiones continentales.

Las características del "antimperialismo" ugartista, limitaron su apreciación de la Revolución. La defensa de la soberanía mexicana aparece como el eje de todo su accionar. Pero sobre esta base, no resultó difícil convertir a Ugarte en un vocero de la causa carrancista. I. Fabela lo rescató de la marginación argentina. Y el México de Carranza terminó prestigiándolo, al descubrir las coincidencias con un discurso que enaltecía las virtudes de un continente en permanente amenaza.

Al calor de la Revolución Mexicana terminó de fraguarse el contenido de este primer antimperialismo argentino. Pero también, y una vez terminada la fase armada del conflicto; México, en el

horizonte de Ugarte y en el de sus seguidores. cristalizó como un espacio donde materializar soñadas utopías de regeneración continental. Ugarte abandonó su país, pero los estudiantes universitarios, en plena efervescencia reformista, no olvidaron las propuestas del "paladín" de la causa latinoamericana.

Por último, en el desarrollo de nuestro estudio aparece con claridad la formulación de una estrategia carrancista hacia América Latina. México se lanzó a la búsqueda de apoyos continentales. Esta campaña alimentó esperanzas y generó adhesiones en el espacio latinoamericano. La idea de un México "barrera" de contención frente al expansionismo norteamericano, estuvo presente tanto en la política carrancista como en las acciones solidarias que aquella despertó en el continente. En Argentina, aquella campaña no logró permear la voluntad "panamericana" de la elite, pero sí consiguió torcer las opiniones de socialistas, e incorporar a Ugarte a un ejército de intelectuales latinoamericanos dispuestos a dar batallas en defensa de un México revolucionario.

Dejamos abierto un camino para una indagatoria más amplia: la repercusión de la Revolución Mexicana en resto del continente. Historia comparada de procesos, lugar de encuentro de propuestas transformadoras, ámbito para reflexionar sobre un fenómeno cuyas proyecciones hacia América Latina "intuímos" que no fueron pocas, y por tanto ameritarían ser objeto de un detenido estudio.

NOTAS

1. La afirmación corresponde a E. Nelson, delegado argentino al Congreso Científico Panamericano reunido en Washington en 1916. "¿Qué es América Latina?" en *Nosotros*. Bs.As. Año X. N.92. Dic. 1916. p. 296.

2. F. Katz. Op. Cit. Vol.I. pp.40 y ss.

3. Naón volvió a aparecer en la escena política argentina a finales de la década del veinte. En una coyuntura donde el Congreso argentino discutía una posible ley de nacionalización de yacimientos de hidrocarburos, el ex embajador asumió "publicamente" la defensa de los intereses petroleros norteamericanos radicados en Argentina. Véase, C. Mayo y F. García Molina. *El general Uriburu y el petróleo*. Bs.As. CEAL. 1985. Cap.V.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS Y ARTICULOS

- Abad de Santillán, D. Ricardo Flores Magón. Apóstol de la Revolución. México. Grupo Cultural Ricardo Flores Magón. 1925.
- Abad de Santillán, D. El movimiento anarquista argentino. Bs. As. Ed. Argonauta. 1922.
- Alberdi, J.B. "Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano." en Obras Escogidas. Bs. As., s.e. Vol.VII. 1954.
- Alva, V. Las ideas contemporáneas en México. México. FCE. 1960.
- Antokoletz, D. Historia de la diplomacia argentina. Bs. As. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. 1923.
- Antokoletz, D. La Liga de las Naciones y la Primera Asamblea de Ginebra. Bs.As. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto. 1921.
- Ardao, A. "Assimilation and transformation of Positivism in Latin America", en R.L. Woodward (Ed.). Positivism in Latin America, 1850-1900. Lexington, Massachusetts, D.C. Health and Co. 1971.
- Astigueta, F.B. Solidaridad Americana. Bs.As. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. (tesis doctoral), s.f. (1885?)
- Bagú, S. Evolución histórica de la estratificación social argentina. Caracas. Universidad Central de Venezuela. 1969.
- _____ La realidad argentina en el siglo XX. Argentina en el mundo. Bs. As. FCE. 1962. Vol.III.
- _____ Vida ejemplar de José Ingenieros. Bs.As. Ed. Claridad. 1936.
- Becú, C. El ABC y su concepto jurídico y político. Bs.As. Lib. La Facultad. 1915.
- Bernstein, E. Socialismo evolucionista. Valencia. F. Sempere y cia., s.f.
- Blanco, J.J. Se llamaba Vasconcelos. México. FCE. 1977.
- Botana, N. "La reforma política de 1912" en M.G. Zapiola (comp.) El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina hasta 1930. Bs. As. Ed. Amorrortu. 1975.

_____ El orden conservador. Bs. As. Ed. Hyspamérica. 1984.

Bott, E. "Hacia la unificación económica de América" en Revista Argentina de Ciencias Políticas. Bs.As. Vol.II. 1916.

Buckner, E. "Impresiones de la República Argentina" en Revista de Derecho, Historia y Letras. Bs.As. Año XIV. T.LXLI. 1913.

Buchrucker, C. Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial. 1927-1955. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1987.

Bunge, C.O. Nuestra América. Ensayo de psicología social. Bs.As. Ed. Casa Vaccaro. 1918.

Burgin, M.P. Aspectos económicos del federalismo argentino. 1820-1850. Bs. As. Ed. Hachette. 1971.

Cadenhead, I.E. "Flores Magón y el periódico The Appeal to Reason" en Historia Mexicana. México. Colmex. N.49. 1978.

Calvo, A. Política Americana. Bs.As.. s.e. 1886.

Cárcano, M.A. Roque Saenz Peña. La revolución por los comicios. Bs. As. EUDEBA. 1961.

_____ Mis primeros ochenta años. Bs. As. s.e., 1943.

Cockroft, J. Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana. México. Siglo XXI Eds. 1978.

Coni, E. "Dos aspectos de Estanislao Zeballos: el historiador y el economista" en Boletín de la Academia Nacional de Historia. Bs. As. N.2. 1927.

Coni: Paz, A. Historia de la Doctrina Drago. Bs. As. Ed. Perrot. 1975.

Connell Smith, G. Los Estados Unidos y la América Latina. México. FCE. 1973.

Córdova, A. La ideología de la Revolución Mexicana. México. Ed.Era. 1979

Cornblit O.; Gallo E. y O' Connel, A. "La generación del 80 y su proyecto. Antecedentes y consecuencias." en T. Di Tella, et. al. Argentina, sociedad de masas. Bs. As. Eudeba. 1965

Cornblit, O. "Inmigrantes y empresarios en la política argentina" en T. Di Tella y T. Halperin Donghi, Los fragmentos del poder. Bs. As. Ed. Jorge Alvarez. 1969.

Cortes Conde, R. y Gallo, E. La formación de la Argentina Moderna. Bs. As. Ed. Paidós. 1967.

Cumberlad, Ch. La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas. México. FCE. 1982.

_____ Madero y la Revolución Mexicana. México. Siglo XXI Eds. 1983.

De Irigoyen, B. "Política Americana" en Revista Nacional. Bs. As. N.7. 1886.

Del Mazo, G. El radicalismo. Ensayo histórico y doctrinario. Bs. As. Ed. Raigal. 1957.

Diccionario de Historia, Biografía y Geografía de México. México, Ed. Porrúa. 1986.

Etchepareborda, R. Política externa argentina. Córdoba. UNC. 1967.

_____ Zeballos y la política exterior argentina. Bs. As. Ed. Pleamar. 1982.

Fabela, I. Historia diplomática de la Revolución Mexicana. México. FCE. 1959. 2 vols.

Fell, C. José Vasconcelos. Los años del águila. México. UNAM. 1989.

Ferns, H.S. Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XIX. Bs. As. Ed. Hachette. 1972. Cap.XIII.

Ferrari, G. Conflicto y Paz con Chile. Bs.As. Eudeba. 1969.

_____ Esquema de política exterior argentina. Bs. As. Eudeba. 1983.

Ferrater Mora, J. Diccionario de Filosofía. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1965. p.711.

Flores Magón, R. et.al. Regeneración 1900-1918. México. Ed. Era. 1977.

Fodor, J. y O' Connell, A. "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX" en Desarrollo Económico. Bs. As. IDES. N.49. 1973.

Funes, P. Pensando América Latina en la Década del 20. Mimeo. 1991.

Galasso, N. Manuel Ugarte. Bs. As. EUDEBA. 1973. 2 vols.

Gallo E. y Sigal, S. "La formación de los partidos políticos contemporáneos. La UCR. (1891-1916)" en T. Di Tella, et. al. Argentina, sociedad de masas. Bs.As. Eudeba. 1965

Gallo, E. y Cortés Conde, R. La república conservadora. Bs. As. Ed. Paidós. 1972.

Garcíadiego, J. "Movimientos estudiantiles durante la Revolución Mexicana", en The Revolutionary Process in Mexico. Essays on Political and Social Changes 1880-1940. (J. Rodríguez, Ed.). University of California Press. 1990.

Gálvez, M. El diario de Gabriel Quiroga. Bs. As., s.p.i., 1910.

Germani, G. Política y sociedad en una época de transición. Bs. As. Ed. Paidós. 1966.

Ghiraldo, A. "Revolución social en México" en Ideas y Figuras. Bs.As. Año IV. N.75. 11/7/1912.

Giberti, H. Historia económica de la ganadería argentina. Bs. As. Ed. Hyspamérica. 1986.

Gonzalez Arrilli, B. "Estanislao Zeballos" en Investigaciones y Ensayos. Bs. As. Academia Nacional de Historia. N. 6-7. 1969.

Halperín Donghi, T. "1880, un nuevo clima de ideas". en El espejo de la historia. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1987.

Hart, J. Los anarquistas mexicanos. 1860-1900. México. Sep/70. 1974.

Ibarquren, C. La historia que he vivido. Bs. As. EUDEBA. 1969.

Ingenieros, J. "Sociología Argentina" en Obras Completas. Bs.As. Ed. Mar Océano. 1961-1962. T.6.

Justo, J.B. Teoría y Práctica de la Historia. Bs. As. Ed. La Vanguardia. 1938.

Katz, F. La guerra secreta en México. México. Era. 1982. 2 Vols.

Krauze, E. Caudillos culturales de la Revolución Mexicana. México. Siglo XXI Eds. 1978.

Lascano, L.A. Irigoyen, Sandino y el Panamericanismo. Bs.As. CEAL. 1986.

_____ Puerreydón. Bs.As. Ed. Raigal. 1951.

La Argentina frente al intervencionismo panamericano" en *Todo es Historia*. Bs.As. N.97, 1975.

Lascano, V. *América y la política argentina*. Bs. As. Ed. Perrot. 1961.

López Arango, E. y Abad de Santillán, D. *El anarquismo en el movimiento obrero*. Barcelona. Ed. Cosmos. 1925.

Luna, F. Irigoyen. Bs. As. Ed. Belgrano. 1978.

Mac Gann, Th. *Argentina, los Estados Unidos y el sistema interamericano. 1880-1914*. Bs.As. Eudeba. 1960.

"La Argentina y los Estados Unidos. 1880-1914" en *Argentina del Ochenta al Centenario*. Bs. As. Ed. Sudamericana. 1980.

Mac Gregor, J. *México y España 1910-1913*. México. Tesis de maestría en historia. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. 1991.

Manning, W.R. (ed). *Diplomatic correspondence of United States concerning the independence of Latin American Nations*. New York. 1925. T.I

Marotta, S. *El movimiento sindical argentino*. Bs. As. Ed. Lacio. 1961. 2 vols.

Matienzo, J.N. *El gobierno representativo federal de la República Argentina*. Bs. As., s.p.i.

Mayo, C. y García Molina, F. *El positivismo en la política argentina 1880-1906*. Bs. As. CEAL. 1989.

El general Uriburu y el petróleo. Bs. As. CEAL. 1985.

Melo, C. "Estanislao Zeballos" en *Revista de la Universidad de Nacional de Córdoba*. Córdoba. T.II. 1961.

Melgar Bao, Ricardo. "La Revolución Mexicana en el movimiento popular nacional de la región Andina". En *Boletín de Antropología Americana*. México. Dic. 1982.

Meyer, L. *Su majestad británica contra la Revolución Mexicana. El fin de un imperio informal*. México. Colmex. 1991.

Meyer, E. *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*. México. INAH. 1970.

Monzó, J. *El Pacto pacifista del ABC*. Bs.As.,s.e. 1915.

Moreno Quintana, L. *La Diplomacia de Argentina. La Plata, s.e., 1918*.

Moreno Martínez, R. La doctrina Drago y sus proyecciones en la vida internacional. Córdoba. UNC. 1960.

Nelson, E. "¿Qué es América Latina" en Nosotros. Bs.As. Año X. N.92. Dic.1916.

Netlau, M. Contribución a la bibliografía anarquista en América Latina. Bs. As., s.p.i., 1927.

Odone, J. Historia del socialismo argentino. Bs. As. CEAL. 1983. 2 vols.

Ortiz, R.M. Historia económica de la Argentina. 1850-1930. Bs. As. Ed. Hachette. 1971.

_____ Historia de la industria argentina. Bs. As. Ed. Hachette. 1966.

Orzabal Quintana, A. "Zeballos y el panamericanismo" en Revista de Historia del Derecho. Bs. As. 1976.

Oved, I. El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina. México. Siglo XXI Eds. 1978.

Panettieri, J. Argentina: historia de un país periférico. Bs.As. CEAL. 1986.

Pantoja, D. (V. G. Quesada) Los Estados Unidos y la América del Sur. Los yanquis pintados por sí mismos. Bs. As., s.e. 1893.

Patout, P. Alfonso Reyes y Francia. México. Colmex. 1986.

Paya, C. y Cárdenas, E. El primer nacionalismo argentino en Galvez y Rojas. Bs. As. Ed. Peña Lillo. 1978.

Pereyra, H. "La reforma de la ley electoral del año 1902. Proyecto J.V. González." en Trabajos y Comunicaciones. La Plata. N.7. 1967.

Pereyra, C. El Mito de Monroe. Madrid, s.e., 1915.

Peterson, H. La Argentina y los Estados Unidos. Bs. As. Eudeba. 1970.

Phillips, R. Jose Vasconcelos and the Mexican Revolution of 1910. Stanford University Press. 1953.

Piñeiro, N. La política internacional de Argentina. Bs. As. s.e. 1924.

Podestá, L. "Dr. Estanislao Zeballos" en Anales de la Academia de Derecho y Ciencias Sociales. Bs. As. N.2. 1957.

Fortantiero, J.C. **Estudiantes y política en América Latina.** México. Siglo XXI Eds. 1983.

Posada, A. **La República Argentina. Impresiones y Comentarios.** Madrid, s.e., 1912.

Puig, J.C. "La política exterior argentina: incongruencia epidérmica y coherencia estructural." en **América Latina, políticas exteriores comparadas.** Bs. As. GEL 1984. Vol.I.

Puy, P. **Francia y la Revolución Mexicana. 1910-1920. O la desaparición de una potencia media.** México. FCE. 1991.

Quesada, E. "Política Americana" en **Revista Nacional.** Bs.As. N.9. 1887.

_____ "La política americana y las tendencias yanquis" en **Revista Nacional.** Bs.As. N.10. 1887.

_____ **Recuerdos de mi vida diplomática.** Bs.As., s.e. 1904.

Rama, C. **Historia del movimiento obrero y social latinoamericano.** Barcelona. Ed. Laia. 1976.

Rapoport, M. **Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas. 1940-1945.** Bs. As. Ed. Belgrano. 1980. p.23.

Report on the commercial relations of the United States with all foreign nation. Washington. 1866. Vol.I.

Richmond, D. **La lucha nacionalista de Venustiano Carranza. 1893-1920.** México. FCE. 1986.

Rippy, F.J. **La rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra por América Latina.** Bs. As. Eudeba. 1969.

Rock, D. **El radicalismo argentino.** Bs. As. Amorrortu Eds. 1975.

_____ "Machine politics in Buenos Aires and the Argentine Radical Party, 1912-1930" en **Journal of Latin American Studies.** Vol. 4. Parte II. Nov. 1972.

Roig, A. **Los krausistas argentinos.** México. Ed. Cajica. 1969.

Rojas, R. **La Restauración Nacionalista.** Bs. As. Ed. Peña y Lillo. 1971.

Romero, J.L. **Las ideas políticas en Argentina.** Bs. As. FCE. 1979.

_____ **Situaciones e ideologías en América Latina.** México. UNAM. 1981.

- Root, R. "México" en Revista Argentina de Ciencias Políticas. Bs.As. Vol.V. 1912.
- Ruiz Moreno, I. "Propaganda argentina en América" en Revista Argentina de Ciencias Políticas. Bs.As. Vol.4. 1912.
- Ruiz Moreno, I. Historia de las relaciones exteriores argentinas. Bs. As. Ed. Ferrot. 1961.
- Ruiz, N. Ley Saenz Peña. Pro y contra. Bs.As. CEAL. 1985.
- Sacalabrini Ortiz, R. Historia de los Ferrocarriles Argentinos. Bs. As. Ed. Plus Ultra. 1971.
- Saenz Peña, R. Temas de política internacional. Bs.As. Ed. Raigal. 1952.
- Sanguinetti, H y Ciria, A. La Reforma Universitaria. Bs. As. CEAL. 1984. 2 vols.
- Sanz, L.S. "Historia Diplomática." en Historia Contemporánea Argentina. Bs. As. Academia Nacional de Historia. Ed. El Ateneo. 1964. Vol.II.
- Sarmiento, D.F. Facundo. México. SEP/UNAM. 1982.
- Sbarra, N. Historia del alambrado en la Argentina. Bs. As. Ed. Raigal. 1955.
- Scobie, J. Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910. Bs. As. Ed. Hachette. 1968.
- Secretaría de Relaciones Exteriores, Labor Internacional de la Revolución Constitucionalista. México. Imp. Secretaría de Gobernación. 1919.
- Selser, G. Alfredo Palacios. Nuestra América y el imperialismo. Bs. As. Ed. Palestra. 1961.
- Serrano Magallón, F. Isidro Fabela y la diplomacia Mexicana. México. Sep/80. 1981.
- Serrano, S. La diplomacia Chilena y la Revolución Mexicana. México. SRE. 1986.
- Seymour, Ch. (ed.) The intimate papers of coronel House. Boston. Vol.II. 1926.
- Silva, C. La política exterior de la nación argentina. Bs. As. Ministerio del Interior. 1946.

Skirius, J. José Vasconcelos y la cruzada del 29. México. Siglo XXI. Eds. 1982.

Gsmith, P. Carne y Política en Argentina. Bs. As. Ed. Paidós. 1983.

Snow, S. The Pan-American Federation of Labor. USA. Duke University Press. 1964.

Solberg, C. Immigration and nationalism in Argentina and Chile. 1890-1914. Texas. Texas University Press. 1970.

Soler, R. El positivismo argentino, México, UNAM, 1976;

Spalding, H. Argentine. Sociology from the end of the Nineteenth Century to World War One. Bs. As. Instituto Torcuato Di Tella. Documento de Trabajo N. 52, 1976.

Spencer, H. Creación y Evolución. Madrid. Valencia Sampere y cia. Eds. s.f. p.122.

Suárez, J.L. "El conflicto mexicano" en Revista del Centro de Estudiantes de Derecho. Es.As. N.45. Año VII. Agosto 1914.

Suriano, J. Trabajadores, anarquismo y Estado represor. De la ley de Residencia a la de Defensa Social. (1902-1910). Bs. As. CEAL. Colección conflictos y procesos de la historia argentina contemporánea. N.9. 1988.

Tedesco, J.C. Educación y sociedad en argentina. 1880-1900. Bs. As. CEAL. 1982.

Terán, O. José Ingenieros. Antimperialismo y nación. México. Siglo XXI Eds. 1984.

The foreing debt of the Argentine Republic. Baltimore. 1934.

Torres Parés, J. La Revolución sin frontera. México. UNAM. 1990.

Ugarte, M. Mi campaña hispanoamericana. Barcelona. Ed. Cervantes. 1922.

_____ El ejemplo de México" en Revista Americana. Bs.As. N.1. Julio, 1914.

_____ "Una alianza sudamericana para la preservación de la civilización latina" en Review. Paris. 1/12/1910.

_____ El Destino de un Continente. Bs.As. Ed. de la Patria Grande. 1962,

_____ El porvenir de América Latina. Bs. As. Ed. Indoamérica. 1953.

Ulloa, B. La Revolución Intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos. 1910-1914. México. Colmex. 1971.

Usunge, D. Fundamentos de la política internacional argentina. Rosario, s.d.i. 1952.

Vasconcelos, J. El Ulises Criollo. México. SEP/FCE. 1981. 2 Vols.

Viñas, D. Del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal. Bs. As. Ed. Jorge Alvarez. 1965.

_____ Literatura argentina y realidad política. Bs.As. CEAL. 1982.

Walter, R. The socialist party of Argentina. 1890-1930. University of Texas Press. 1977.

Whitaker, A.P. Argentina. México. Ed. Diana. 1966.

Zeballos, E. "Río Branco" en Revista de Derecho, Historia y Letras. Bs. As. T. XLI. 1912.

_____ "La diplomacia desarmada" en Revista de Derecho, Historia y Letras. Bs. As. T. XXX y XXXI. 1908.

Zuleta Alvarez E. El nacionalismo argentino. Bs. As. Ed. La Bastilla. 1975. 2 vols.

Zumeta, C. El continente enfermo en Pensamiento político venezolano del siglo XIX. Textos para su estudio. Ediciones conmemorativas del sequiscentenario de la independencia. Caracas. 1961. T.II.

PRENSA PERIODICA

Argentina

Crítica. Bs.As.

Crónica. Bs.As.

El Diario. Bs.As.

El Diario Español. Bs.As.

El Nacional. Bs.As.

La Argentina. Bs.As.

La Gaceta de Buenos Aires. Bs.As.

La Mañana. Bs.As.
La Nación. Bs.As.
La Patria. Bs.As.
La Prensa. Bs.As.
La Protesta. Bs.As.
La Razón. Bs.As.
La Tribuna. Bs.As.
La Tarde. Bs.As.
La Unión. Bs.As.
La Vanguardia. Bs.As.
Sudamérica. Bs.As.
Ultima Hora. Bs.As.

México

El Ahuizote. D.F.
El Demócrata. D.F.
El Día. D.F.
El Diario. D.F.
El Dictamen. Veracruz.
El Imparcial. D.F.
El Liberal. Puebla.
El País. D.F.
El Paladín. D.F.
El Pueblo. D.F.
El Reproductor. Orizaba.
El Tiempo. D.F.
El Universal. D.F.
Excelsior. D.F.
Jalisco. Guadalajara.
Gil Blas. D.F.
La Opinión. Veracruz.
La Prensa. D.F.
Nueva Era. D.F.
Ypiranga. D.F.

América Latina

El Diario de la Marina. La Habana.
El Siglo. Montevideo.
Tribuna Popular. Montevideo.
El Comercio. Lima.
El Tiempo. Lima.
El Grito del Pueblo Ecuatoriano. Quito.
El Diario. La Paz.
El Tiempo. La Paz.

El Diario Ilustrado. Santiago de Chile.
El Mercurio. Santiago de Chile.
La Opinión. Santiago de Chile.
La Unión. Santiago de Chile.

Estados Unidos de América

The New York American. Nueva York.
The New York Times. Nueva York.
The Washington Post. Washington.

Inglaterra

Daily News and Leader. Londres.
The South America Journal. Londres

ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo del Ministerio de Relaciones y Culto de Argentina.
Archivo General de la Nación Argentina.
Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.